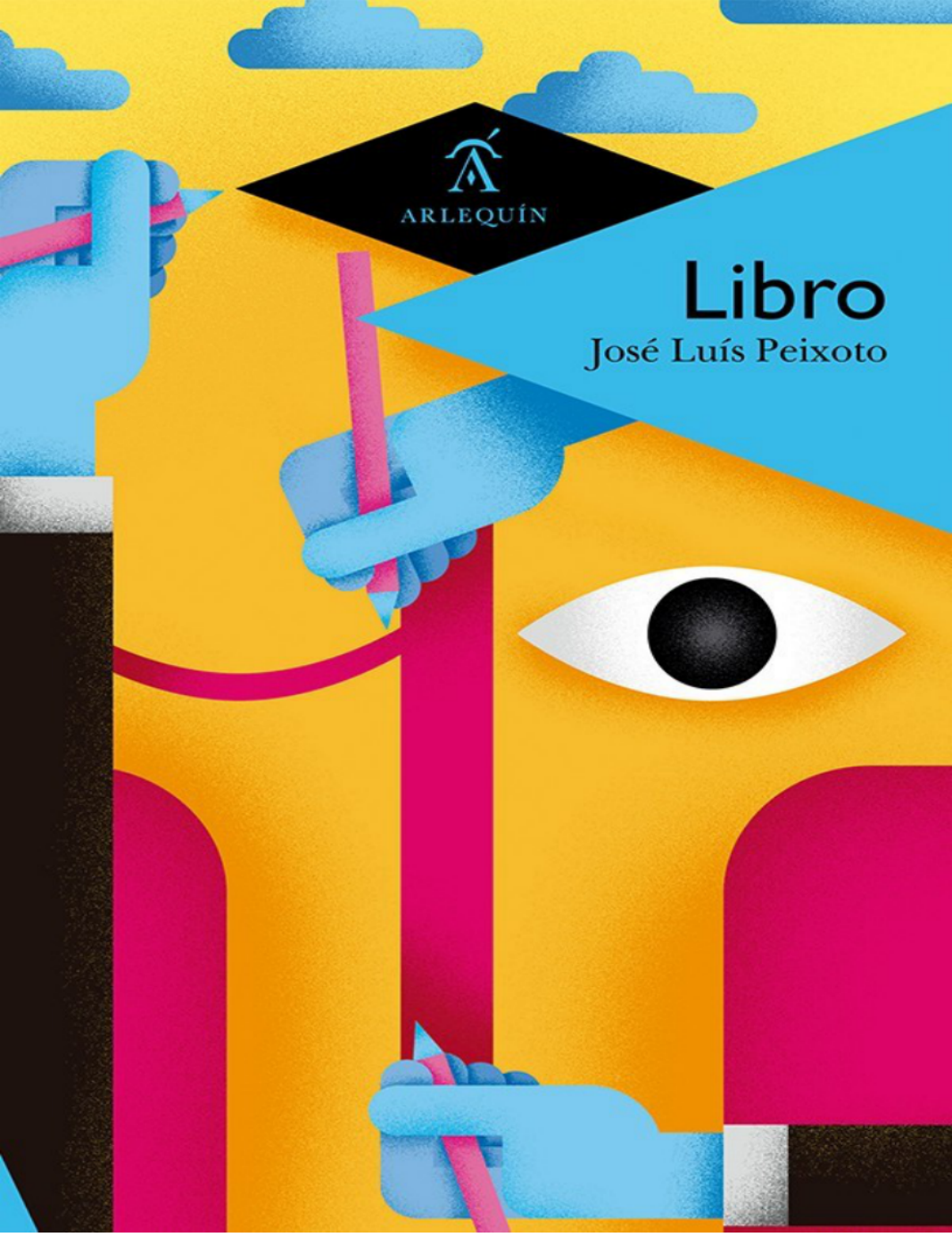
ARLEQUÍN
Libro
José Luís Peixoto

José Luís Peixoto

Libro

Traducción
Diana Alcaraz

ARLEQUÍN

Dirección editorial:
Felipe Ponce • Elizabeth Alvarado

Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos
e das Bibliotecas e pelo Camões, Instituto da Cooperação e da Língua – Portugal

© Diana Alcaraz, por la traducción

© José Luís Peixoto, 2010 by arrangement with
Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K.,
Frankfurt am Main, Germany.

D.R. © 2018 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
45050, Zapopan, Jalisco.
Tel. (52 33) 3657 3786 y 3657 5045
arlequin@arlequin.mx
www.arlequin.mx

ISBN 978-607-8338-98-6

Hecho en México/Made in México

Un libro más es un libro menos;
un acercarse al último que espera en
el ápice, ya perfecto.
JULIO CORTÁZAR, *La otra orilla*

(1948)

La madre posó el libro en las manos del hijo.

Qué misterio. El niño no lograba imaginar un propósito para el objeto que sostenía. Pensó en olerlo, pero la puerta del patio estaba abierta, entraba luz, había mucha vida allá afuera. El niño tenía seis años, se le escapó la atención, se distrajo, pero no se desinteresó por el libro, únicamente dejó de interrogarlo en cuanto objeto en sí, empezó a cuestionarlo de manera mucho más abstracta, en cuanto intención, en cuanto sombra de un acto. La madre pronunció el nombre de su hijo:

Ilidio.

El niño, Ilidio, estaba intentando imaginar en ese momento la intención de su madre, lo que pretendía al entregarle aquel libro que era demasiado grande para sus manos, aunque no era demasiado pesado. La madre volvió a pronunciar el nombre de su hijo, Ilidio. Y los colores de ella volvieron a definirse delante de él.

Escucha.

Esta palabra simple, de sílabas simples, fue entendida por Ilidio completamente, ya estaba oyéndola antes de ser dicha y continuó oyéndola en el silencio que vino después. Aquella voz diciendo aquella palabra era parte de Ilidio. Podía oírla en su cabeza siempre que quisiera. En ciertas noches, cuando se abrazaba a su madre, a su tibieza, sin poder dormir, oía pedazos de su voz, rasgados, pasándole por la cabeza como serpentinas. En una de esas noches, o en varias, es muy posible que haya distinguido esa forma pacífica con que la madre siempre le decía: escucha. Había tonos de voz que la madre solo utilizaba para ciertas palabras o expresiones, como cuando se hartaba y decía: por favor, esculpiendo cada consonante, con un gran silencio entre por y favor, soplando al final; o como cuando decía: ah, mentiras y más mentiras, y soltaba una carcajada; o como cuando decía: tú lo que quieres es estar de flojo y andar en la chacota y parecía que estaba cantando. No faltarían ejemplos de palabras que lograba recordar en la voz de su madre.

Ilidio tenía hambre. Llegaba de lejos el cacarear de una gallina, llegaba del patio del vecino, del otro lado del muro. Era un cacarear permanente, casi dormido, casi arrastrándose, pero continuo siempre. Era un cacareo que, asentado sobre aquella hora de la tarde, parecía distribuir una misteriosa armonía, como el maíz

quebrado que, muy a veces, el vecino lanzaba sobre la tierra del patio. Ilidio sabía que normalmente la gallina comía piedras y en ciertos momentos luchaba con lombrices, a las que vencía en un duelo desigual. Desde lo alto de la pila de leña ya la había visto. En ocasiones, se planteó la posibilidad de comer lombrices. Cuando la gallina las estiraba con el pico las reventaba y exhibía su interior, le parecían deliciosas.

Su madre iba a decir algo importante. Era una mujer que hablaba mucho y se reía mucho. Ilidio la llamaba cuando quería que viera algo, ella miraba, pero no paraba de reír o de hablar. Ahí, en ese momento, su madre decía las palabras una a una, como si solo pudiera usar pocas y tuviera que escogerlas muy bien. Había demasiado silencio. Ilidio sentía eso, pero no era capaz de encontrar las palabras para decírselas a sí mismo. Esto era algo que sentía como el cambio de hora en el verano, en el invierno, como los días de la semana, el sábado, el miércoles, y muchas otras cosas que sentía sin conocer. Ilidio esperaba, tenía seis años, estaba tranquilo. Su madre dijo:

Nunca olvides.

Ilidio pensó en los trenes. Su pensamiento en los trenes no tenía motivo evidente. En realidad, era una incógnita completa. Pensó en los trenes, en el brillo de los trenes, pero lo que realmente sintió fue falta de comprensión. Tenía la forma de neblina, era falta de comprensión fresca, como puntos de agua disolviéndose en la piel del rostro.

Por primera vez en la vida se lamentó de que hubiera tantos asuntos en el mundo que no comprendía y se desanimó. Pero una mosca hizo un ángulo recto en el aire, después otro, además, los seis años son una edad de muchas cosas por primera vez, más de una al día y por eso, inmediatamente, se recompuso. Los asuntos que no entendía eran una especie de mareo, pero Ilidio era fuerte.

A lo mejor estaba hablando de atender a la cabra: nunca olvides atender a la cabra. A Ilidio no le gustaba que su madre lo mandara a atender a la cabra. Si estaba ocupado en contar una historia a un paraguas no quería ser interrumpido. A veces, su madre escogía los peores momentos para llamarlo, él podía estar contemplando un secreto, por eso se asustaba y después se irritaba. A veces hacía berrinches en medio de la calle. Su madre se avergonzaba y, más tarde, en la casa, le decía que la gente del pueblo no había visto nunca un niño tan malo. Ilidio se sulfuraba, pero se acordaba de los hombres que lo llamaban demonio, le decían, ah, muchacho del demonio. Con este recuerdo recuperaba el orgullo. Era un demonio,

pero no era malo. Esa certeza le daba fuerzas para protestar más, incluso para gritar si se le antojaba.

A lo mejor estaba hablando de los quehaceres de la casa: nunca olvides los quehaceres de la casa. A Ilidio no le gustaba hacerlos y le irritaba que su madre le hablara de eso cuando llegaba de la escuela. El primer año estaba lleno de obligaciones. Quería comer, quería jugar, hacía muecas. Su madre le explicaba que si hacía inmediatamente los quehaceres tendría el resto del tiempo libre. En ese momento, Ilidio se impacientaba. Entonces, su madre podía levantar la voz para hablarle de los otros niños que tenían que trabajar, ayudar en el campo. Ilidio conocía a esos niños, pero no quería oír hablar de ellos y se sentía ofendido. Su madre podía continuar esa conversación sin resultados o podía dejarlo ir. En ese caso las tardes pasaban lentamente, eran enormes, o pasaban de prisa, apenas habían iniciado y ya estaban terminando, ya habían acabado. En las mañanas subsecuentes Ilidio llegaba a la escuela sin haber hecho la tarea. La monja podía o no descubrirlo. Si lo descubría, podía o no castigarlo. Mientras le daban reglazos no lloraba. Era conocido por eso. Extendía la mano derecha y esperaba. Mientras le daba reglazos, la monja lo amenazaba, lo insultaba, alteraba la cuenta cuando se le antojaba, la regla cortaba el aire, hacía un sonido limpio y seco, le acertaba en los huesos de la mano con toda la fuerza, pero no lloraba. Se ponía muy rojo, abría mucho las fosas nasales para respirar, pero se mordía los labios y no lloraba.

No, no había motivo para que su madre hablara de los quehaceres de la casa. Quizás estaba hablando de lavarse las manos: nunca olvides lavarte las manos. O quizás estaba hablando de la sal: nunca olvides la sal. Pero no había motivo para que su madre estuviera hablando de la sal. Ilidio sabía que su madre podía estar hablando de todo: nunca olvides todo. Pero Ilidio tenía seis años y no quería considerar esa posibilidad porque todo era demasiado.

Mayo. Finalmente, era mayo. El tiempo se distendía por fin. Una breve teoría: hay ciertos movimientos que son posibles solo después del inicio de la primavera. Durante el invierno más riguroso, el cuerpo los olvida, mengua, se endurece como los árboles. En mayo, el cuerpo recuerda estos movimientos, decide aprenderlos de nuevo y, al hacerlo, redescubre su verdadera naturaleza. Por eso se habla de renacer en la primavera, por eso las personas se enamoran y por eso crecen las plantas. Esos movimientos son simples, todas las personas los saben hacer. Al ser puestos en ejecución, dan lugar a multitudes desordenadas de secuencias que, al finalizar su

movimiento, encienden el sol.

Su madre sabía lo que tenía que hacer. Había quedado convencida por la voz con la que conversaba cuando estaba sola. Y por la vida, claro. Su madre conversaba con la vida. Cerró la puerta del patio, puso la llave sobre la mesa vacía, entró al cuarto, el sonido de abrir y cerrar el cajón vacío de la mesita, salió del cuarto, tomó la maleta, dio tres pasos, tac, tac, tac, y abrió la puerta.

Vamos.

Ilidio se levantó del banco, lo acomodó a oscuras, se metió el libro debajo del brazo, agarró la maleta y se fueron.

Bajaban lentamente, asegurando cada pie en las piedras de la ladera. Madre e hijo, cargados con las maletas, vestidos con su ropa más nueva, se equilibraban. Desde lo alto de la cuesta podía verse la distancia del pueblo y, allá en el fondo, los campos extendidos. Tal vez había pájaros que en aquel mismo lugar, con solo abrir las alas, planicie tras planicie, se dejaban deslizar hasta el horizonte. La madre y el hijo no podían, estaban presos por zapatos apretados.

El pueblo descansaba a la sombra. Faltaba poco para que las personas llegaran del campo, las calles serían atravesadas por hombres y mujeres con los rostros cubiertos de tierra. Había horas antes y después en las que el pueblo había estado en movimiento pero, mientras Ilidio y su madre bajaban por la ladera, el pueblo descansaba y apenas se oía, allá a lo lejos, con un ritmo seguro, el sonido del mazo golpeando el cincel. Allí, clavado en el aire, sobre el pueblo, ese sonido era triste como la muerte repetida de un gorrión.

El albañil estaba en el balcón de la casa de doña Milú. Según sus cuentas, medio día más y terminaba las pequeñas obras para las cuales había sido llamado y que, a él solo, le habían llevado casi dos semanas. El albañil abría un hueco en la parte del balcón de la casa de doña Milú, se llamaba Josué. Era joven, tenía treinta y ocho años. Se aplastó un dedo entre el mazo y el cincel, dejó caer el cincel al lado de los pies y arrugó el rostro. Se sopló el dedo, pfff; después, para olvidar, escupió con fuerza. El viento paró en ese instante.

Un arco largo y demorado.

Abajo, el escupitajo estalló en el centro de una piedra del camino. Ahí se quedó, secándose o siendo olvidado. Josué entró a la casa y por eso, luego de un instante, al fondo de la calle en esa misma banqueta, no vio surgir los bultos de la madre y del hijo. Venían cargados con maletas, eso lograba distinguirse incluso a lo lejos. No se podía distinguir el color de la ropa que usaban, la falda

de la madre tal vez era grisácea o negra, el saco café del hijo podía ser de cualquier color oscuro. La madre llevaba un pañuelo que le cubría la cabeza. Algunos días, se acomodaba el cabello rozando la frente con una mano y jalaba el pañuelo con la otra. Ilidio conocía ese gesto.

El tiempo era casi perfecto. Lejos, en el atrio, las campanas tocarían. El tiempo estaba limpio como la brisa que comenzaba. Madre e hijo no caminaban aprisa, pero se aproximaban. Pasaron por la puerta de la casa de doña Milú, por debajo del balcón desierto. La madre sostenía dos maletas que no le incomodaban la postura. Caminaba derecha y seria. Los ojos de la madre, los ojos del hijo. Las imágenes se empañaban tal vez a causa del silencio.

Llegaron a un punto en el que el muro de la casa de doña Milú se redondeaba en una esquina que daba hacia el descenso de la fuente, continuaron. La madre soltó la maleta y se inclinó hasta quedar delante de Ilidio. Era elegante su cuerpo doblado dentro de la ropa. Tenía las cejas finas. Arregló el cuello de la camisa del hijo y, como si sus manos fueran escobas, las pasó por su saco, limpiándolo de nada. Le quitó la pequeña maleta y la dejó en un banco de piedra que había al lado de la fuente. Le quitó el libro que traía debajo del brazo y lo puso sobre la maleta. Tomándolo por los hombros, una vez más, lo miró en silencio. El silencio pasó. La madre tenía una voz:

Quédate aquí, no te muevas de aquí.

Ilidio era capaz de entender y obedecer las órdenes simples de su madre.

Espera aquí.

No respondió. Quería ver lo que iba a suceder. Durante la última semana, su madre seria, sin palabras, Ilidio no comprendía. A su lado, el agua de la fuente.

Los ojos de la madre se quedaron fijos en los del hijo hasta el instante en que el cuerpo de ella se giró y se alejó, regresando por donde había acabado de llegar. Ilidio estaba pensando en algo, tal vez en los pájaros que iban a meterse entre las hojas de la hiedra que cubría lo alto del muro de doña Milú, frente a él, pájaros de primavera. Alas u hojas. Y no se esforzó en oír los pasos de su madre, alejándose hasta ser apenas un resto de sonido. Solo el instinto. Cuando le pareció que ya había pasado mucho tiempo sin mover los pies, con las manos detrás de la espalda, inclinó el tronco hacia enfrente para ver a su madre, allá al fondo, allá al fondo, alejándose, era su madre y después, uy, desapareciendo, doblando la esquina. Ilidio volvió con el cuerpo a su posición. Lejos, en el

atrio, las campanas de la iglesia dieron las siete de la tarde. Esa hora se propagó por todo el pueblo. A los seis años, Ilidio sabía bien que en el atrio el toque de las campanas interrumpía las conversaciones y los pensamientos.

Una lagartija subiendo por la pared. Frente a él, metros, estaba el muro de doña Milú, derramaba un manto de hiedra, hojas verde oscuro, casi negro. A su derecha estaba la fuente nueva, un chafariz con tres bebederos que escurrían agua abundante hacia un pequeño tanque con un borde de mármol, el cual llegaba por encima de las rodillas de las mujeres, hasta la cintura de Ilidio, y tenía unas marcas redondeadas delante de los bebederos, en las que era posible acomodar las vasijas. A su derecha, los bebederos estaban clavados en un muro encalado que del otro lado tenía la pila a donde se podía llevar a los animales a beber. Después, bajo un tejado, estaban las piletas para lavar ropa. A su izquierda, estaba el camino de tierra que llevaba a la calle de la casa de doña Milú y a todo el pueblo. Detrás de él, estaba una pared, por la cual subía una lagartija y por detrás de esa pared, estaban los huertos. Todo esto, agua, huertos, cal, se mezclaba con el final de la tarde y se transformaba en una brisa que olía a cielo limpio. Cuando inspiraba, Ilidio sentía una especie de felicidad. Sentía que algo iba a cambiar. Mientras tanto, ahí, el canto distante de las cigarras, las palmas de las manos puestas sobre la cal todavía tibia por el sol de la tarde, el agua agua agua.

Ilidio tenía hambre. Pasó un grupo de mujeres con canastas de ropa sucia. Lo miraron y no dijeron nada. Poco después, se oía el agua siendo tirada al aire, el eco estridente de sus carcajadas. Lo que decían eran como aullidos, quejas o súplicas y, después, carcajadas. Eran ruidosas. El agua recibía puñetazos. Pasó también un hombre cojo, curvo, con las piernas arqueadas. Tenía el cabello viejo, jalaba una burra de ojos cansados. Eran dos grandes ojos castaños. Ese cansancio contenía tristeza. El cansancio de Ilidio era diferente. La tarde oscurecía y a esa velocidad, Ilidio se impacientaba y se enojaba. El hombre no se demoró. Después de que la burra bebió, cuando aún se estaban preparando para subir, después de pasarse un pañuelo enrollado por la cara, preguntó:

¿De quién eres hijo?

Ilidio dijo el nombre de su madre.

¿De quién?

Repitió el nombre de su madre. El hombre se quedó inmóvil, haciendo cuentas mentales, intentando entender y después, de repente, comprendió. Como si Ilidio hubiera dejado de existir, subió

el camino de tierra, seguido por la burra, resignada.

En el silencio del espacio inmediatamente a su alrededor, Ilidio esperaba todavía. La tarde desaparecía, las formas ya no tenían sombra y, poco a poco, cambiaban de color, se transformaban ellas mismas en sombra. Ilidio tenía hambre y, por eso, pensó en beber agua, desconocía la historia de la fuente. Pero, por un instante, creyó que cuando su madre volviera, se daría cuenta de que se había movido del lugar y se enojaría. No le tenía miedo pero, en ese lugar, quiso evitar esa escena, incluso porque las mujeres ya habían terminado de lavar la ropa, la habían exprimido y subían calladas, cargadas, el olor del jabón azul, las sandalias escurriendo en la tierra seca.

Y no era casi de noche, era ya de noche. Permanecía aún el recuerdo de la tarde, pero ya era de noche. La campana había dejado de dar todas las horas. Ilidio enrollaba preguntas dentro de sí mismo. Bebió agua. Con el cuello estirado, sentía cómo el agua le escurría por los costados de la boca y por la barbilla. Estaba fresca y lo saciaba. ¿Dónde estaría su madre? ¿Por qué no lo iba a buscar? Ilidio se irritaba con esas preguntas. Su madre solía regañarlo por mucho menos. Cuando llegara, la castigaría.

Había grillos alrededor de la fuente. El cielo estrellado parecía un campo entero de madrigueras de grillos. Ilidio sabía que esa era la hora entre cenar e irse a la cama. Tenía hambre, pero se acordaba de estar sentado en el suelo, jugando con carretes de hilo y oyendo a su madre contar cualquier cosa, comentarla y reírse. Los carretes de hilo contorneaban los ángulos gastados de las piedras del suelo. La madre no paraba de coser, el dedal, el brillo en la punta de la aguja, el hilo estirado; y podía estar el fuego encendido, con una olla de agua recargada en las brasas, siempre caliente, hirviendo. Después de este recuerdo, pensaba en que si su madre llegara, tal vez no le diría nada. Correría hacia ella a abrazarla. Pero, inmediatamente, miraba a su alrededor y pensaba que no. Cuando su madre llegara, habría palabras de enojo para decirle.

A partir de cierto momento, empezó a contener la respiración. Se desafió a sí mismo a contener la respiración hasta que su madre llegara. Habría sido un instante de gran efecto, pero no tenía aliento suficiente. Estaba cansado de mirar hacia donde ella podría aparecer y no ver nada, ninguna alteración, nadie. A partir de cierto momento, empezó a sentir una punzada que se le clavó y prosiguió. Dolía. Y la mejor ropa, la maleta hecha, el libro, las preguntas sin respuesta. Pensó en regresar solo a su casa. Tal vez su madre estaba allá esperándolo, preocupada. Pero pensó también en la puerta

cerrada de la casa, por la noche, y fue como la imagen de una pesadilla. Quédate aquí, no te muevas de aquí, espera aquí. Él conocía la voz de su madre.

Mientras estaba haciendo pipí, se puso a llorar. Era un niño de seis años, por la noche, en una calle de tierra, haciendo pipí y llorando. Se conmovió con la pipí que escurría, extrañó a su madre preguntándole: ¿ya?, ¿terminaste?, como cuando acababan de despertar y lo acompañaba al patio. La cabra lo miraba. Era una cabra joven y se interesaba por todo, quería aprender corneando las cosas. ¿Dónde estaba la cabra? No la había visto en el patio antes de salir. Un misterio insignificante.

El pueblo entero estaba durmiendo. Nada perturbaba la noche. Pensó en llamar a su madre. La voz le salió desconsolada, infantil; y tuvo que llorar otra vez. Pensó en muchas cosas y, con el tiempo, sintió que se encogía hasta ser menos que una piedra, un grano de polvo. El miedo le helaba las orejas, la punta de la nariz, las manos, las rodillas y los pies. No lograba salir de dentro del tiempo. Cerraba los ojos, pero sentía un choque de miedo y volvía a abrirlos mucho de repente.

Todavía de madrugada, cuando Josué bajó por el camino de la fuente corriendo, tropezando con las botas flojas y desperdigando piedras, Ilidio no reaccionó al verlo. De la misma manera, no reaccionó a sus palabras:

Me atrasé, perdóname. Estaba despreocupado, pensando que era hasta hoy. Bien despreocupado. Hace rato, cuando me di cuenta de que había sido ayer, hasta salté de la cama.

Jadeante, el albañil tomó la maleta y el libro. Intentó agarrar el brazo de Ilidio, pero solo lo sujetó por la manga y dio el primer paso, el segundo, el tercero. Ilidio lo acompañó, habría seguido a cualquier persona a cualquier lugar. La mañana era líquida, los colores estaban hechos de vapor y Josué no se callaba:

Yo sabía que era ayer, pero el miércoles empezó a parecerme que todavía era martes, anduve todo el día así, fui a acostarme así y, sin querer, me atrasé un día, regresé. Si hubiera pasado un viernes, me habría dado cuenta de inmediato. En la casa de doña Milú los viernes cocinan pato. Huele.

Ilidio miraba las calles vacías. La tierra aún cubierta por el rocío, las piedras pulidas. Luchaba con el impulso de creer que estaba siendo llevado con su madre porque había pasado la noche entera esperándola, imaginando su llegada y decepcionándose repetidamente. Ilidio conocía poco aquel extremo del pueblo. Le llamaban São João, tenía la calle de São João, que acababa en el

campo y la Capilla de São João. A la puerta de una casa de paredes que escamaban cal vieja, el albañil empezó a barajar un manojo de llaves. Miró una como si fuera diferente de todas las otras y, con esa, abrió la puerta. Ilidio entró, sintió un olor frío y extraño, salado por todos lados, todos los rincones. Buscando, miró hasta las vigas del techo, entró en el cuarto grande y salió corriendo, entró después en el cuarto más pequeño, única habitación que le faltaba, y salió devastado. Pensó que nunca más volvería a ver a su madre. Intentando animarlo, Josué le preguntó:

¿Ya fuiste al patio?

De nuevo, la esperanza. Ilidio saltó, el suelo no existía en aquellos pasos, atravesó la puerta del patio y en la claridad del día, en un instante, se quedó inmóvil, sin acción.

En aquel patio desconocido, la cabra atada al tronco de un naranjo lo miraba.

Ilidio avanzó despacio, pero hubo algo en él que permaneció suspendido y se hundió. Cuando abrazó a la cabra, sintió consuelo y tristeza al mismo tiempo. Su madre había estado allí en aquel patio desconocido y también esa idea le dio consuelo y tristeza, sobre todo tristeza. El niño demonio, que hacía berrinches, al que le daban reglazos, que se irritaba, se quedó ahí, tirado en el suelo, abrazado a la cabra, llorando. Era un niño que había perdido a su madre. Ignorante del momento, con la lengua de fuera, la cabra berreaba. Josué se asomó por la puerta del patio y no supo qué hacer ni qué decir. Luego de un año estarían los dos comiendo en un consomé las mejores partes de aquella cabra.

(Fuente)

Además de los pozos, aquella era la tercera fuente del pueblo. Las otras apenas alcanzaban para abastecer a toda la población, pero esta nueva había sido despreciada el día en que, por misterios subterráneos, la canalización se entremezcló y los bebederos del chafariz empezaron a arrojar el contenido de la fosa séptica de doña Milú. Sí, el contenido de la fosa séptica de doña Milú.

En la barbería fueron consideradas las sentencias de varios especialistas en pozos y riegos. El asunto era tratado con seriedad. Se tenía respeto por quienes, al anochecer, con la nariz tapada, solo al llegar a su casa se dieron cuenta de lo que transportaban en la vasija. A partir de ahí, a pesar de las garantías firmadas, solo quien tenía menos escrúpulos usaba aquella agua.

No siempre había sido así. Durante los primeros meses de la fuente nueva, llegaba a haber pequeñas multitudes de mujeres que se aproximaban a los bebederos con pequeños pasos, codeándose, abriéndose camino cuando alguna salía con la tinaja o el cántaro lleno. Esa, poniendo la tinaja en lo alto de la cabeza, sobre un pedazo de tela enrollado, se alejaba de las que esperaban, se retiraba más alta, como un gigante muy erguido, con cabeza de barro. Al ras de la fuente, las tinajas y las vasijas derramaban agua al ser retiradas del bebedero, mojando el suelo y los pies blancos de las mujeres.

(1953)

Josué solo usaba sus propios cuchillos.

Los llevaba en la mano envueltos en un estuche de tela. Iban bien afilados con una piedra que guardaba al lado de la pileta. Josué era delgado y su cuerpo atravesaba el aire. Se movía como si aquella mañana de marzo pudiera acabar en cualquier momento. Decía buenos días a las personas que aparecían y desaparecían. Atrás, con pequeños pasos, con más pasos, Ilidio lo seguía. Josué desaceleró al aproximarse a la entrada de la fuente nueva. Se detuvo.

¿Podemos ir a verla?

Con malos modos, el niño negó con la cabeza.

¿Es por aquella vez que doña Milú no me pagó?

Hirviendo, Ilidio cruzó los brazos, continuó mirando para otro lado y no dijo nada.

Cuando tenían que referirse al día en que la madre de Ilidio se había ido, hablaban de la vez en que doña Milú no le pagó al albañil. Lo que había sucedido poco se adecuaba a esa frase, doña Milú le había pagado al albañil pero, años más tarde, el valor de esa historia poco importaba. A Ilidio no le interesaba en lo más mínimo. Lo que le interesaba y permanecía después de ese mismo tiempo, era la determinación de no volver a la fuente nueva. Con gran sacrificio fue allá dos veces, ambas para cumplir la voluntad del albañil y ambas para salir de ahí débil, niño. Pero Josué continuaría siempre insistiendo. Por un lado, le gustaba que Ilidio fuera valiente, y por otro lado, mucho mayor; quería que los dos pudieran contemplar juntos la fuente nueva, su orgullo.

A Ilidio le había ido mal en el segundo año de escuela. No era por falta de capacidad, era por culpa del viento. Tenía su vida dividida por la vez en que doña Milú no le pagó al albañil. Antes de eso, estaban los años en que era demasiado pequeño para recordar, años de niebla densa, donde imaginaba movimientos. Mezclado en aquella niebla, saliendo de él, estaba su primer recuerdo, su madre en el patio ofreciéndole un durazno. Junto a ese se encontraban otros que no eran los primeros solo porque no tenían fecha. Toda la casa era así. Ilidio se acordaba de estar en la casa durante el anochecer o de mañana, la voz de su madre, algunas de las cosas que decía, su rostro. Después, se acordaba de mucho más. Hasta de la vez en que doña Milú no le pagó al albañil. A partir de ahí se acordaba de todo. Creía que era capaz de recordar cada instante de cada día de los últimos cinco años. Eran tiempos duros, habían comenzado la mañana en que, después de haber dejado a la cabra, volvió a entrar a la casa del albañil, sin fuerza en las piernas, temblando, con la boca amarga. Al poco tiempo, sin preguntas, entendió que su madre lo había dejado con Josué. Intentó tener esperanza, pero no quiso hablar de eso. En ningún momento pensó que el albañil pudiera ser su padre. Ilidio no tenía padre.

Estaban acostumbrados el uno al otro, a las pequeñas y a las grandes cosas. Ese año Ilidio haría el examen de cuarto, era importante. Josué se acordaba bien de su examen y le decía muchas veces al niño que en sus tiempos era bastante más difícil. Y tal vez lo era. Era sabido que la ambición de Josué podría haber llegado lejos, podría haber hecho carrera en el ejército, podría haber sido guardia, podría haber pasado los días resguardado en vez de andar por ahí en el polvo. Pero también se sabía que la ambición de Josué

estaba hecha de piedra y ladrillo. Era una ambición que apenas existía en aquel pueblo, fue a hacer el servicio militar y volvió inmediatamente.

(Fuente)

Pensaba en las noches en las que se había acostado con los ojos abiertos, imaginando la fuente, recordaba. Josué no sería capaz de olvidar su propia sorpresa el día en el que el yerno de doña Milú lo llamó al ayuntamiento. Con la boina en la mano le costó entender lo que oía. No por ser palabras difíciles, mal pronunciadas, sino por ser palabras increíbles, frases extravagantes: maestro, quiero encomendarle una fuente. El yerno de doña Milú tenía un bigotote, parecía mezclarse con las patillas y con las cejas peludas. Su despacho olía a cera, tenía una alfombra, las paredes forradas de papel tapiz y una silla real, un trono, detrás del escritorio. Josué tenía vergüenza, pero era un hombre. El doctor le explicó la idea con papeles y gestos dibujados en el aire. A Josué le gustaba oír al doctor tratándolo de maestro. Sus botas todavía estaban sucias sobre la alfombra. Sus pantalones todavía dejaban polvo en la silla dorada, pero su rostro pertenecía ya a otra forma.

La fuente fue levantada durante el otoño más memorable de la vida de Josué. Las pilas fueron terminadas a inicios de febrero. La fuente nueva fue inaugurada el día 27 de febrero de 1939, un lunes. El albañil era un muchacho de casi 27 años, vestía un traje nuevo, grisáceo. El yerno de doña Milú y su familia, incluyendo a la propia doña Milú, usaban ropa que, no siendo nueva, era de gran distinción. La ceremonia se retrasó media hora porque faltaban algunos preparativos y, después, se retrasó otras tres horas mientras esperaban la llegada del presidente del concejo. Toda la gente estaba convencida de que el patrono de la fuente estaría presente. Nadie lo había invitado, todos creían que alguien se había encargado del asunto. El presidente del ayuntamiento, yerno de doña Milú, pensaba que la secretaria se había encargado de la invitación, la secretaria pensaba que el yerno de doña Milú no había dicho nada porque quería hacer la invitación personalmente. El pueblo pensaba que entre la secretaria y el presidente del ayuntamiento, alguien se había encargado de este asunto. Nadie llegó a darse cuenta de que la invitación no había llegado y por eso, pasadas las tres horas, cuando se decidió seguir con la ceremonia, el presidente del Concejo quedó silenciosamente mal visto. A la semana siguiente, cuando llegó el periódico, el yerno de doña Milú leyó que el día de la inauguración de la fuente el presidente del

Concejo había dado un discurso en el Terreiro do Paço, en Lisboa, delante de una manifestación de apoyo de doscientas mil personas. Dueño de ese conocimiento, resolvió esconder el periódico y, más tarde, destruirlo.

En el pueblo, el 27 de febrero de 1939, todos los seres vivos se reunieron en el camino que llevaba a la entrada de la fuente. Estaban los niños descalzos que, con pantalones cortos y camisas sucias, pasaban por entre las piernas de las mujeres y de los hombres: a lo lejos, las mujeres apreciaban el agua que fluía de los bebederos; los hombres usaban el cordón del reloj colgado sobre el bolso de los pantalones. Dispensadas del trabajo y de la escuela, las voces se enrollaban unas con otras. Era fiesta. Las calles del pueblo estaban barridas, las casas estaban encaladas, había arcos con flores de papel que se habían empezado a hacer inmediatamente después de la Navidad. Después de la conferencia entre doña Milú y su yerno, después de la confirmación de que ya no aguantaba más tiempo de pie, tras tres horas, decidieron dar inicio a la ceremonia. El rostro de Josué brillaba, brillaba de verdad, su piel tenía luz. Todo el pueblo estaba preparado para aplaudir. Quitando los momentos en los que se dirigía directamente al presidente del Concejo, el discurso del yerno de doña Milú se redujo a un tercio.

Más tarde, Josué sintió que debía haberse despedido de los hombres que construyeron la fuente con él. Sabía que iban a verse siempre, a encontrarse en el pueblo, pero también sabía que el tiempo durante el que trabajaron en la fuente fue distinto.

Durante todos los días del primer verano de la fuente, Josué se quedaba recargado en el muro de los huertos, al lado de los muchachos, en medio de ellos. Hablaban poco, se limpiaban los dientes con palillos. Ellos iban a ver a las muchachas que pasaban por la fuente, él iba a ver la fuente. Fue así hasta el día del horror con la fosa séptica de doña Milú, los bebederos chorreando una pesadilla maloliente, mierda. Cuando lo supo, Josué se quedó helado, el mundo ganó una nitidez distinta. Al aproximarse a la fuente, al sentir el olor, hubo un instante de tristeza, como si su corazón se hubiera tragado a sí mismo. Ese instante pasó, pero la tristeza, con variaciones de intensidad, permaneció. Algunos le dijeron que habían sido las comunistas, por culpa de la cuestión del jefe del concejo y no sé qué más. Le dijeron que había sido una canallada. Josué lo dudó, sabía que la sed no estaba incluida en las ideas del comunismo. Además, no necesitaba culpables. Se bastaba consigo mismo frente a la humillación de ver hombres de fuera, técnicos con corbata, mandando a desenterrar la cañería que había

montado y sustituirla por otra, más fea.

El pueblo, la vida. A Ilidio le costaba dejar los berrinches. En los cinco años que habían pasado juntos, un par de veces, el albañil se hartó y lo golpeó con la palma de la mano, en una de esas le sacó sangre del labio, pero entendió en ambas que no valía la pena. Con él solo el tiempo funcionaría. Tenían tiempo, tenían sabañones en los dedos de los pies y llegaron al galpón del padre de Cosme, casi al lado del cementerio.

Josué tocó y entró inmediatamente porque jaló la cuerda que atravesaba un agujero en el portón y del otro lado levantaba el pestillo. Era una cuerda sucia y suave. Estaban esperándolos y los recibieron con grandes bocas abiertas. Ilidio se aproximó a Cosme.

¿Qué hay?

¿Qué hay?

En la superficie limpia de la mesa, Josué puso los cuchillos sobre el estuche de tela. Se quedaron expuestos hasta el instante en que, por costumbre, empezó a afilar uno. Los hombres estaban ansiosos.

¿Vamos a buscar al animal?

El banco estaba en medio del patio. Alrededor, los árboles abrían un claro de cielo. El banco tenía las patas torcidas pero firmes, madera gruesa. Estaba mojada, acababan de vaciarle una cubeta de agua encima. Los hombres iban rodeando al puerco. Uno de ellos agarraba una cuerda que estaba amarrada a la pata delantera del animal, gruñía, olfateaba todo, rascaba. Cuando se aproximó al banco, el puerco presintió algún secreto terrible. Se diría que presintió lo que le iba a pasar. Los hombres lo agarraron, le amarraron las patas, lo acostaron encima del banco y Josué le clavó el cuchillo hasta la empuñadura en un punto específico del pescuezo. Durante este tiempo, el puerco chilló con todas sus fuerzas, su estridencia impresionaba, ofendía la piel. Ilidio y Cosme observaron sus ojos. Sus chillidos se oyeron, sin duda, por todo el pueblo. La abuela de Cosme recogió la sangre en una palangana y, mientras el animal perdía sus últimas fuerzas, la fue removiendo con una cuchara de madera para que no se cuajara.

Los hombres eran: Josué, el padre de Cosme, dos vecinos y Galopim. Está claro que Galopim no era un hombre, pero tenía la corpulencia de uno. Fue dispensado de raspar los pelos chamuscados con un cuchillo. Esa era la parte que Ilidio y Cosme preferían y por eso, después de que una mujer pasó la antorcha por el puerco, Galopim se quedó esperando. Luego, los tres juntos

observaron cómo Josué, con cuchillos, despedazó al animal que, mientras tanto, ya estaba colgado en una viga del techo del galpón por las patas traseras y ya tenía las costillas abiertas.

Salen tantas cosas del interior de un puerco. Los tres muchachos ya habían estado en muchas matanzas, pero solo guardaron silencio cuando Josué liberó en el suelo un cúmulo redondo de tripas rellenas. La abuela de Cosme con las manos arremangadas y con un delantal grueso, sonreía por los ojos. Los muchachos sabían que podían continuar ahí solo si ayudaban a lavar las tripas. Salieron uno atrás del otro. Antes de llegar a la pocilga, la madre o la abuela de Cosme podrían llamarlos, vengan acá a ayudar a lavar las tripas; después de pasar la pocilga, ya podían fingir que no habían oído. Por eso iban muy derechos, callados, apresurándose pero sin querer parecer apresurados. Pasaron una frontera invisible y respiraron. En el lodo había un puerco menos. El padre de Cosme tenía estos animales. También tenía perros, patos y gallinas. Tenía palomas que enloquecían a Galopim. El olor de los puercos se incrustaba en la piel. En el cielo había nubes, era azul, grisáceo y blanco. Los muchachos pasaron por los comederos, pasaron por la piedra en donde le gustaba sentarse al padre de Cosme, saltaron la valla, entraron al cercado y se fueron al galpón donde el vecino guardaba la paja. El vecino tenía más de ochenta años, era sordo y mal corredor. Se instalaron. Cosme sacó un cigarro del bolsillo y lo levantó en el aire. Sonrió, lo olió, lo incrustó detrás de la oreja. Ilidio y Galopim también sonrieron.

Tumbados, hablaron de ratoneras, de jugar a la pelota, se rieron. Galopim tenía ya casi catorce años, pero no era capaz de seguir todas las conversaciones que Ilidio y Cosme, de once y diez, tenían. Muchas veces, cuando Galopim se reía era porque veía que ellos se reían. Eran muchachos. Entraba una franja de luz por la puerta abierta del galpón de la paja. La cerca estaba cubierta de enero. Sin lluvia, solo la amenaza, el frío crecía dentro de las piedras. También los árboles estaban hechos de frío, hasta el momento en el que ardían en el fuego y subían por las chimeneas de todas las casas del pueblo. El cercado olía a enero. El galpón de paja olía a paja. Cuando Cosme habló de ella, vivaz, empezó inmediatamente a tocarse.

Tiene buenas caderas.

¿Pero sí está buena?

Está buena, gorda. Tiene unas lonjas aquí en la panza.

¿Le viste la panza?

Se le podía ver por encima de la ropa. Déjame hablar.

Ilidio lo dejaba hablar, pero tenía preguntas que le quería hacer. Cosme tenía ya la mano dentro de los calzones. Cuando Ilidio y Galopim se metieron también la mano en los calzones, hubo un olor a transpiración, a pito mal lavado, que calentó el aire del galpón ligeramente.

Es de piernas gruesas, se le nota por los tobillos. Y tiene hombros anchos y tiene acá unos melones. Uy, hasta duele. Aquí, en la zona de la cintura, está bien torneada, parece una mula.

¿Y a qué hora llega?

Yo qué sé a qué hora llega. Debe estar por llegar. Ya te dije que me dejes hablar.

A Cosme no le gustaba ser interrumpido mientras se masturbaba, se molestaba. Estaban hablando de una muchacha que había llegado de otro pueblo para ser criada por la vieja Lubelia, su tía. Las dos estaban invitadas por la madre de Cosme para la comida. Los muchachos habían oído contar muchas cosas, pero Cosme era el único que la había visto. Tenía sentido, la vieja Lubelia era una de las que nunca faltaba a la misa el domingo, Cosme era el monaguillo que cumplía todas las órdenes del prior. De raya al lado, con lo mojado de la brillantina que su madre usaba para aplacarle el cabello chino, con una cota blanca y la cara lavada de santo, Cosme observaba y analizaba. El domingo anterior, la sobrina de la vieja Lubelia había estado en la misa por primera vez. Cosme pudo mirarla mejor cuando, detrás de la tía, fue a tomar la hostia. Flexionó la rodilla y abrió la boca para recibirla. Cosme cerraba los ojos para recordar esa imagen.

La paja crujía en el lugar de cada uno de los muchachos. Cosme continuó hablando, con pausas. Se habían ya bajado los pantalones. Normalmente era en este momento cuando Cosme se levantaba de repente, empezaba a hacer pipí y, fingiendo lo que había oído describir en la plaza, gritaba: es ahora, es ahora. Esa era su interpretación de varias conversaciones incompletas que había escuchado. Ilidio y Galopim, que ya se habían distraído mucho antes de eso, se ponían los pantalones y comenzaban a hablar de fruta, por ejemplo. Pero aquel día, Galopim hizo un sonido desde dentro, como el de una vaca muriendo. Los otros se detuvieron a mirarlo y cuando abrió la mano, estaba lleno de moco blanco, blancuzco. Nadie encontró de inmediato las palabras. Cosme volvió a guardar el cigarro en el bolsillo, se aproximó y fúnebre, dijo:

Galopim, tú estás enfermo.

Se presentaron los tres, pálidos, culpables, cuando los hombres ya estaban alrededor de un plato con tocino frito. El padre de

Cosme sujetaba la garrafa. Ah, valientes. No había ningún motivo para que los hombres estuvieran en el patio, en el frío, lanzando vapor con la respiración, pero ahí estaban, al lado del lavadero. Cosme, Ilidio y Galopim eran un grupo desproporcionado, con la diferencia de alturas y maneras de caminar. Muy blancos, venían callados. Con la navaja, Josué cortó pan y una tira de tocino para cada muchacho. El padre de Cosme llenó un vaso con vino para los tres. Al poco tiempo volvieron a ganar color.

El cielo estaba con aire de lluvia.

Continuó así.

La vieja Lubelia y la sobrina llegaron, pusieron el primer pie en el galpón y saludaron a las mujeres, las tías solteronas de Cosme respondieron a coro. En el patio, el padre de Cosme estaba a la mitad de la historia de cómo, durante un toque de difuntos, su hijo se desorientó al tocar la campana.

Tan, tatan, tan, tan, parecía que había fuego.

Los hombres se reían y se reían más cuando contó que fue por culpa de las ratas en la torre de la campana.

En vez de jalar la cuerda de la campana, se agarró a ella y se quiso subir.

Cosme no se reía. Si hubiera querido subir lo habría hecho por las escaleras. Su padre no sabía ni lo más mínimo sobre la torre. Estaban las cuerdas para tocar, pero también había una escalera de metal pegada a la pared que llegaba hasta las campanas. Además, las ratas tenían cara de persona. Eran dos ratas peludas con el cuerpo sucio y peludo de ratas y con cara de persona. Un hombre y una mujer. Cosme estaba seguro de que se sorprenderían cuando supieran ese detalle. Les contó:

Las ratas tenían cara de persona.

La voz se le desmoronó a la mitad porque la vieja Lubelia y la sobrina se asomaron al patio en ese mismo instante. También ellas, como los hombres, se quedaron en silencio por un momento antes de explotar a carcajadas. Rojo, Cosme se escondió detrás de Galopim que miraba para todos lados y, por imitación, también se reía.

Así, cuando le presentaron a la sobrina de la vieja Lubelia, Cosme no la encaró de frente. Los otros muchachos no fueron presentados, pero la vieron bien. Sobrepasaba lo que Cosme había sido capaz de describir. Tenía carne y tenía un tipo de rostro que ni Ilidio ni Galopim, todavía menos, conocían. Hasta su color era diferente de lo que habían visto. Hasta su olor de lejos. Se llamaba Adelaide, hasta el nombre, era mayor que Ilidio y Cosme, tenía

trece años. Callada, entrelazaba los dedos.

Las matanzas del padre de Cosme eran abundantes. La mesa fue puesta en el centro del galpón. Al lado, estaba el puerco colgado por las patas traseras. En una esquina estaba la abuela de Cosme picando trozos de carne para los chorizos. Adelaide, claro, se quedó pegada a la tía. Del otro lado Cosme se negó con vergüenza, se quedó en ese lugar Ilidio. Cuando la olla del *serrabulho* llegó, se alejaron todos a su paso. Ilidio empezó a cortar pedazos de pan al interior del plato.

Galopim era sencillo. No tenía ninguna deficiencia, su hermano sí era deficiente. Galopim solo era sencillo. Eso explicó que se hubiera empezado a servir antes que todo el mundo, incluso antes que las invitadas. Nadie se extrañó, nadie comentó, todos sabían que Galopim era sencillo, hasta Adelaide sabía, entendió por la expresión. Ilidio se quedó esperando. El caldo oscuro del guisado estaba cocinado con sangre de puerco y con dibujos irregulares de vinagre. Ilidio admiraba los pedazos cortados de hígado, de bofe o de corazón, que aparecían a veces, medio sumergidos en el caldo de los platos que la madre de Cosme servía.

Mientras esperaba, sintió por un instante que la sobrina de la vieja Lubelia, Adelaide, lo estaba espiando por el rabillo del ojo. A partir de ahí, Ilidio estuvo consciente de cada movimiento. O porque podía tocarla o porque, aun sin tocarse, ella sentiría que se estaba moviendo. Llegó a contener la respiración, se imaginó transparente. Una muchacha nueva en el pueblo no representaba solo ventajas, tenía que nutrirse. Estaba muerto de hambre y tenía un plato lleno de guisado de sangre enfrente. Esa tarea fue facilitada cuando Adelaide empezó a comer. Los movimientos de ella disculpaban los de él. Comieron hasta que la cuchara golpeó y golpeó en el fondo inclinado del plato, se deleitaron y se escarbaron los dientes con la uñas. La madre de Cosme le hizo dos preguntas a Adelaide. Recibió dos síes ahogados que no fueron suficientes para interesarla. La conversación ya había terminado cuando, tímida, Adelaide vomitó un chorro negro en el regazo de Ilidio. El caldo del guisado revuelto con pedazos medio masticados de bofe le calentó las piernas. No fue ese el día en que Ilidio de enamoró de ella.

Doña Milú aspiraba a la libertad. Su matrimonio con cuatrocientos invitados y bavaresa de piña era una minucia entre muchas. Las joyas eran un detalle que aguantaba como su nombre, María de Lourdes, o como su piel blanca, suave. Su abuelo, idealista, había sido propietario del primer automóvil que atravesó las calles del pueblo. Su padre había sido propietario del segundo. Pero doña Milú, aún adolescente, era poco allegada a la mecánica. Cada vez que hacía un viaje entre la casa y el internado, el olor del cubreasientos le penetraba las fosas nasales durante una semana, se levantaba de mañana ya sintiéndolo. Doña Milú era adepta al ritmo inequívoco de los platanares, defendía la botánica. Primero con su padre, después con su marido, le gustaba pasear por los campos. Al observar un alcornoque reconocía su propia naturaleza. Al observar una hierba recién nacida, también. Al observar un gorrión, también; un pavo real, un pez del lago, un girasol, un chopo, también.

Sola, le gustaba pasear por el jardín.

Cuando su marido murió no tuvo ánimo para llantos. Hasta ese momento, a sus casi sesenta años, su vida había transcurrido sin mayores tragedias. Era el mismo sol el que la iluminaba todos los días. La luna llegaba al anochecer. Doña Milú era amable con las mujeres que ayudaban en su casa. Por lealtad, respeto y admiración, algunas envejecieron al mismo tiempo que ella. A los hombres doña Milú les contaba chistes y usaba palabras que no tenía por costumbre utilizar. Por cortesía, los hombres se reían de sus chascarrillos. Acostumbrada a ser la más vieja, era con esa misma ligereza con la que se dirigía al cura. Los sábados, este llegaba en bicicleta para dar la misa en la capilla. Se reía con ganas. Cuando iba a la capilla de doña Milú no llevaba monaguillo. Cosme insistía, quería ir, pero el cura no tenía tiempo.

Doña Milú se divertía con el hecho de ver a un cura andando en bicicleta, uno moderno, pero le pedía que rezara la misa íntegramente en latín. Los nietos eran ya hombres y durante la homilía se aburrían hasta perder la consciencia. Su yerno y su hija se despertaban uno al otro con ligeros pellizcos en los dorsos de las manos. La atención de la familia se reunía en los cantos. Quien los encontrara separados no imaginaría la polifonía de la que eran capaces en conjunto. Doña Milú erguía las cejas, estiraba los

párpados y cantaba con una voz que había aprendido en discos de gramófono, óperas italianas. Los agudos de la hija de doña Milú encajaban en la voz barítona del marido, combinaditos. Los nietos de doña Milú, al contrario de lo que se temía, se habían beneficiado con el cambio de voz. Al inicio el cura se asustó, pero después fue entendiendo el significado profundo de ir a aquella capilla una vez a la semana. Aquellas cinco personas necesitaban que alguien les diera razones para aquel canto.

Se dormía temprano entre sábanas frescas, pero había dolores que le crecían dentro del cuerpo. Doña Milú dudaba que las parras sintieran dolores en las articulaciones, pero se resignaba. En las caminatas por el jardín avanzaba despacio con el bastón firme al frente. Por la mañana, cuando nadie estaba mirando, se quitaba los zapatos y se quedaba parada sobre la tierra como un arbusto. Esa era una imagen inusitada que nadie veía.

Fue doña Milú quien le presentó al albañil a la madre de Ilidio. No lo hizo personalmente. Encargó un vestido al mismo tiempo que encargó un nuevo enjarre para los pedestales de las estatuas del jardín. En la entrada de la antecocina, mientras esperaban a que doña Milú los recibiera, se conocieron. Nacidos en el pueblo, sabían quién era el otro, claro, pero nunca se dio la oportunidad de que hablaran. La madre de Ilidio tenía mala fama y hacía mucho tiempo que Josué no estaba con una mujer. Ella era bastante más joven que el albañil. Poco había resentido el parto, continuaba vigorosa. Sin demora, en ese momento, él dijo que necesitaba un par de pantalones. Cuando ella pasó por la casa de él para sacar las medidas, se acariciaron.

Se separaron inmediatamente después. Ella era una muchacha de dieciocho años, pero habló con voz de mujer. Consciente de la forma en la que la luz le iluminaba las mejillas, los labios, seria, le dijo a Josué que no quería. Él pensó en insistir, pero se sentó en una silla. Ella puso su mano sobre la de él y ese toque ya no fue con deseo. Él se levantó y dejó que ella lo midiera con la cinta. Fue ella la que empezó a reírse. Josué le preguntó el motivo y empezó a reírse también. Ella no le respondió, solo se siguió riendo. Él dejó de preguntar porque, mientras se reía, creía que ya sabía el motivo por el que se estaban riendo. Estaban juntos riéndose.

2. Barbería

En la barbería no tenían ni idea. Cuando Josué se iba a cortar el cabello, mientras esperaba, los hombres empezaban a hablar de cualquier cosa. Después, si no encontraban la ocasión para hablar

de ella, era el propio barbero quien, sonriendo, empezaba la plática. Entonces podía quedarse con las tijeras y el peine suspendidos a poca distancia de la cabeza de un hombre, capa apretada alrededor del cuello, mitad del cabello cortado. Josué no quería hablar del asunto, como si no quisiera dar detalles, tal vez sonriera también. El barbero tenía los ojos brillantes y continuaba cortando el cabello, serio, regocijándose con lo que se imaginaba.

Barrer los cabellos, barrer puñados de cabellos negros y grisáceos, o arrastrarlos con los pies, sentir los cabellos rígidos perforando la lengüeta de la bota, quitarlos por la noche de los calcetines mal iluminados por la luz de la lámpara de petróleo. La barbería olía a crema para barba, claras a punto de turrón raspadas de la cara con una lámina, puntos de sangre, pequeñas figuras brillantes de carne viva, el lápiz hemostático para tapar las heridas, el rociador de talco, de caucho, como una corneta muda; la barbería tenía el olor de los que estaban sentados en las sillas conversando o esperando su turno y de los que se asomaban para ver quién estaba. Las paredes estaban forradas con fotografías de actrices y otras mujeres extranjeras. En los instantes en que las conversaciones llegaban al silencio, los hombres se quedaban parados mirando a las mujeres de las fotografías. Ellas siempre los miraban de vuelta, mantenían una sonrisa que cada hombre juzgaba ser para él. Enmarcado por esas mujeres desinhibidas estaba el espejo. Reflejaba todo el local como si fuera una ventana hacia otra barbería donde estaban los mismos hombres, pero donde tenían otros pensamientos.

Era sábado por la mañana cuando Josué, a la espera de que le cortaran el cabello, sabía que nadie ahí sería capaz de comprender lo que sucedía cuando se encontraban. A ella le gustaba quedarse a hablar con él, el tiempo pasaba demasiado rápido y ella tenía que salir siempre corriendo, tenía que ir a buscar a su hijo a la casa de alguna señora que se había quedado a cuidarlo. Se veían una o dos veces a la semana y era sorprendente, como un espectáculo de fuegos pirotécnicos, ver la luz de aquella muchacha morena, siempre entusiasmada con detalles, riéndose muy alto. El barbero sabía eso. Alguien que necesitaba cortarse el cabello o rasurarse había oído sus carcajadas en la calle, al pasar. ¿Ella es de las que se ríen? Josué dejaba esta pregunta sin respuesta, como dejaba casi todas, su timidez era la respuesta. Josué sabía bien aquello que todos entendían, pero también sabía que era un hombre libre y que la fama de ella era irrecuperable. Existía la posibilidad de que alguien considerara que un hombre no debía meterse con una

muchacha de la edad de ella, con la fama de ella y con un hijo sin padre, pero sería incomprensible para todos que un hombre aún joven y saludable recibiera en la casa a una muchacha con la fama de ella sin cogérsela o, por lo menos, una mamada.

Además, a veces, cuando ella salía por la puerta disparada, con los triques saltando dentro de la cesta de costura, él se instalaba al fuego y con las piernas abiertas, bajo esa luz intensa, se masturbaba pensando en ella. Le tenía afecto.

El barbero era capaz de abrir y cerrar las tijeras con gran rapidez. Tenía un bigote negro, de esos despeinados, y era cojo. Como una ayuda a su suegro, cuidaba de uno de los huertos que estaban pegados al muro de la fuente nueva. Ese era un asunto que le agradaba a Josué. Para quien no había oído, el barbero solía hablar de una manguera que pasaba por encima del muro y que una de sus hijas acomodaba contra el bebedero. En la otra punta, el barbero, boina puesta, llenaba los cajetes de los árboles y regaba todo lo que tenía acomodado en el huerto. Y el agua ¿verdad que es buena? Josué insistía en esta pregunta, hasta que el barbero le decía el agua es buena.

Pues sí, el agua no era mala. Ya habían llegado a esa conclusión muchas veces, pero ni los que vivían cerca la utilizaban. La casa de doña Milú tenía un pozo claro, el resto de los vecinos daba grandes vueltas con carretas, carretillas y cargaba las tinajas sobre la cabeza. De entre los que vivían cerca, eran pocos los que tenían animales de carga. Había también mujeres menos aseadas que no se incomodaban lavando la ropa en las piletas. Pero solo quien no tenía escrúpulos usaba esa agua para beber.

Sentado en la silla del barbero encaraba el espejo con desánimo. Después de la fuente nueva no volvieron a contratarlo como maestro y, en vez de llamar hombres para sus obras, fue él quien empezó a ser llamado para ayudar en obras ajenas. Exceptuando eso, trabajitos. No se quejaba de nada, solo de su orgullo. Le costaba acostumbrarse a ese dolorcito clavado en los nervios, aguja. El barbero le preguntaba entonces ¿cómo va a ser? Pero el corte de cabello de Josué era siempre el mismo, no hacía falta respuesta. El barbero lo sabía bien, era igual al de todos los hombres del pueblo.

Cuando Josué no estaba, su nombre seguía siendo mencionado. Los hombres trataban de alcanzar con la palma de la mano las moscas que se les posaban en las piernas. El pueblo ofrecía asuntos curiosos y variados, pero no siempre había novedades relacionadas con todos ellos. El enredo que más atraía el nombre de Josué a la barbería era su relación con la madre de Ilidio. Ese era un asunto

que tenía siempre muchas novedades. Por un lado, el padre de ella, borracho escandaloso, se liberaba diciendo toda especie de vulgaridades. Por otro, en las misas, por las entrelíneas de los sermones, el cura iba dejando escapar noticias románticas. Cuando el barbero o los hombres querían hablar de la madre de Ilidio, no necesitaban mencionar al hijo, a su padre el infeliz o a Josué; la llamaban la amiga del cura.

* * *

3. Cura

Josué nunca había hablado con ella sobre el cura. Hubo una única vez, fue ella quien empezó. Dijo el cura y puntos suspensivos. Silencio, en espera. Josué continuó mirándola serio, sin reacción y ella cambió de tema. No llegó a ser una conversación.

A veces el mundo parece inclinado. Después de un entierro se dio que el cura y Josué tuvieron que saludarse. Estaba lloviendo. Fue un momento indeseado por los dos, el cura exagerando gestos y cortesías, el albañil murmurando mitades de palabras. Sin saber, solo imaginándose lo que el otro podría estar pensando. Afortunadamente, estaba lloviendo.

Todos los días ella iba a llevarle leche al cura. Tenía dos botes de aluminio, uno era de él. Los más groseros discurrían bastante sobre el asunto de la leche. Eran comentarios de ese tipo los que los hombres hacían en la plaza o en la barbería. Las mujeres que se recargaban a la sombra para conversar sostenían la escoba de paja, le dirigían un saludo desganado y veían cómo se alejaba. Cuando estaba a buena distancia, las voces de las mujeres silbaban como mechas de cuetes. Toda la gente sabía. Cuando ya estaba loquito, el cura empezó a dar señales, a decaer, pero fue la mujer que ayudaba en su casa quien lo confirmó. Mientras servía comidas y cenas le fue notando los cambios: primero, una sonrisa que no se le borraba del rostro, una comprensión infinita ante la comida quemada, salada, avinagrada; después, empezaba a hablar de su amiga a propósito de los berros, del tiempo, de la circulación sanguínea; después, era solo ella, su amiga, solo hablaba de ella, los sermones eran una comedia, solo quería estar con ella, ya estaba loquito.

Cuando quedó embarazada los humores del cura se fueron calmando, mezclándose con la realidad. Le gustaba comer pan tostado por la mañana. La mujer que ayudaba en su casa lo hacía en la lumbre. Fue en esa ligera espera, delante de una taza de café,

cuando el cura tuvo la idea. Le concertó un encuentro con dos pastores de ovejas. Ella aceptó la idea, la comprendió. En el cuarto de visitas de la casa del cura, ella recibió a uno el miércoles y recibió al otro el jueves. Mientras estuvieron en el cuarto, una hora, dos horas, el cura se quedó sentado en la sala, carpetitas tejidas sobre los brazos del sillón, llevándose un vaso con agua a los labios y oyendo voces y sacudidas.

La mujer que ayudaba en la casa del cura lavó las sábanas.

Durante esas tardes el cura descendió a su invierno, enero, para así regresar al punto de donde meses antes se había alejado. En ese paisaje nítido parecían estar todas sus elecciones, toda su vida, aquello con lo que podía contar, aquello que era. La realidad se tornó real muy de repente, llegó a sentir mareos, presión baja. Sus humores se fueron calmando y el jueves, cuando entró al cuarto, inmediatamente después de que el segundo pastor saliera, en el momento en que la recibió en los brazos y sintió el olor estancado de la habitación, tuvo pensamientos nuevos.

Ella no quería nada. La noche en la que nació su hijo en la cocina, a poca distancia del fuego, sentada sobre un charco, lo sujetó con las dos manos y lo miró. Esa visión, repetida, le dio fuerzas para hacer todo, todo; y más tarde, para salir de la casa donde había dado a luz. En presencia de varios testigos, cuando le preguntaron por el padre de su hijo, mencionó los nombres de dos pastores de ovejas. Cuando recibieron la noticia, tanto uno como otro hicieron gestos con el bastón, la llamaron perra e ignoraron el asunto. Durante esos meses, antes y después del nacimiento de Ilidio, ella se acordó muchas veces de su madre.

Por su parte, el cura se acordó muchas veces de las mollejas con salsa de tomate, poseía un gusto con cierto refinamiento. Había estudiado para cura y, al contrario de casi todas las personas del pueblo, conocía otros lugares. Conocía el lugar de donde había venido, lejos, que le había moldado la manera de pronunciar ciertas palabras, conocía el seminario y conocía aquel pueblo. La mujer que ayudaba en su casa desde hacía doce años, desde que había llegado, tenía habilidad para hacer té. Cuando venía con la bandeja de la tetera y él le agradecía, ella cerraba los ojos y sentía una compresa tibia sobre el pecho.

Era una vida tranquila. El frescor de la iglesia cerrada, el eco de los pasos, los bautizados, las primeras comuniones. El cura nunca quiso conocer a Ilidio. Por esa razón habría cancelado las entregas, cada vez más raras, de leche. Pero el cuerpo no lo dejó. Era joven y sabía que al salir del baño o al pedalear por las calles del pueblo

podía acordarse de la primera vez. Ese recuerdo hacía que le ardieran las mejillas y consistía en la imagen de una muchacha de casi catorce años; ella, apoyada en una cómoda, levantándose la falda e invitándolo. Por eso, fue un alivio cuando llegó la hora de dejarla partir. Continuaría acordándose de la primera vez, todos los detalles, el instante mojado en que había entrado en ella, pero sería obligado a cerrar esa imagen en la memoria. Así, se quedaba más cerca de solo haber sido imaginada, de nunca haber pasado.

A lo largo del tiempo, los contactos entre el cura e Ilidio, que no llegó a ser bautizado, fueron ínfimos. Diez años después, se resumían en historias cortas que uno y otro oían contar a Cosme y en un breve episodio en el que, sabiendo del interés de la madre por inscribirlo a la escuela, intercedió ante la monja para que aceptara una botella de aceite de oliva y un alumno en el primer año. El cura tenía buenas intenciones. El inicio del desinterés que sentía por el niño empezaba con la certeza de que no era su hijo. Y no lo era. La madre de Ilidio también sabía que no.

4. El Sorna

A la mitad de la tarde, después de haber bebido una buena dosis, buscaba la sombra y dormía una siesta. Uno de los lugares donde le gustaba acomodarse era una de las paredes de la Casa del Pueblo. A la sombra, en el fresco. La pared era irregular, cavado en la cal y al ras del suelo tenía un hoyo donde su cuerpo cabía parcialmente. La capa de mugre que la pared acumulaba en aquel punto tenía su silueta. Roncaba, se quedaba con medio cuerpo dentro de la pared, como una larva, medio extendido en el suelo, como perdido; de vez en cuando se desahogaba echándose un pedo, hacía eco. Quienes disfrutaban de este espectáculo eran los niños que se acercaban lentamente en fila india y le hacían cosquillas con la punta de un palo.

Corriendo detrás de algún pillo, traía el cabello desgreñado, la barba crecida, sucia, la piel quemada y arrugada por el sol, la voz gruesa, rasgándosele la garganta, y los dientes amarillos. Olía a sudor viejo, a vino tinto, a vómito; olía a orina que en los días malos le escurría por la tela del pantalón; olía a fenol. Mientras corrían delante de él, los niños se reían, ni los más pequeños le tenían miedo.

El padre de la amiga del cura tenía nombre, se llamaba Armindo. A veces, cuando estaba sobrio, serio, tal vez un poco triste, decía me llamo Armindo. Nadie le hacía caso. Lo llamaban el Sorna. Se desconocía al padrino, pero nadie necesitaba explicación,

era un mote evidente. Se reían, lo llamaban el Sorna. Escupían en los vasos de vino que le pagaban y lo veían beber, le daban las hilazas de los chorizos para que las masticara, lo desafiaban con tareas imposibles a cambio de vino tinto. En las calles, en los poyos del pueblo, las mujeres decían que era una miseria. Cuando decían que había quedado así después de la muerte de su mujer, una santa, se olvidaban de que ya en ese tiempo desaparecía durante dos, tres días trabajando en el campo y, de inmediato, pasaba cuatro, cinco, trastabillando de taberna en taberna. La gran diferencia era que la mujer, cuando lo agarraba, le daba un buen baño dentro de la tina, andaba mucho más enjuagado. Si lo agarraba dormido, iba a buscar las tijeras de costura y le cortaba el cabello, andaba mucho más trasquilado.

La mujer del Sorna, madre de la amiga del cura, también tenía nombre. Era conocido sobre todo por las mujeres que le llenaban la casa con pedidos de blusas y faldas negras de viuda. Eran piezas que duraban años. Las mujeres se enervaban cuando necesitaban una pieza de ropa, se quedaban indecisas y embobadas con la ilusión de futuro contenida en una pieza de ropa por estrenar. Ella las comprendía. Aún joven, ya sus manos eran alabadas tanto por las ricas, por las perfumadas, que eran quienes gastaban más tela, como por las mujeres del campo, que tenían media docena de faldas a lo largo de su vida. Le enseñó a su hija lo que sabía, ese arte la ayudaría en muchos momentos, no en todos.

Había quien atravesaba el pueblo para ver a una niña de once años cosiendo a máquina, llena de desenvoltura. Para llegar al pedal tenía una lata que oscilaba debajo de los pies. A veces, su madre se acercaba para acomodar la lata en el pedal de la máquina y se alejaba, sonreía, se enternecía. Cuando estaba acostada en la cama, muerta, arreglada por la hija, las visitas buscaban momentos propicios para comentar la poca suerte de aquel matrimonio. En voz alta, hubo una mujer que dijo: deberían haberla visto vestida de novia. Su hija tenía doce años y oía todo con los ojos. Por detrás de ellos guardaba imágenes de la muerte de su madre que no le contaba a nadie.

No, no había sido por culpa de la muerte de su mujer. A veces, en estallidos de conciencia, él mismo se culpaba por la muerte de ella, podía hasta llorar, pero no, no había sido por culpa de eso. La única diferencia fue que, después de la muerte de su mujer, los muchachos mayores se acercaban para darle puntapiés con las mismas ganas con las que podían arrojar una pedrada al lomo de un perro. Al inicio, cuando se alejaba, sin responder, era por haber

desistido de sí mismo, por falta de opciones, por no saber qué hacer; después, no respondía, se alejaba, porque temía que alguno de los muchachos que le daba puntapiés pudiera ser Ilidio.

No era. Ilidio sabía que aquel hombre era el padre de su madre y le tenía miedo. Los otros muchachos se reían, contaban anécdotas, Ilidio podía incluso reírse también, podía escucharlos y fingir, pero tenía miedo. Era oscuro y agónico ese miedo, le había sido transmitido por su madre. Él no sabía que su madre le había contagiado el miedo, la madre tampoco, ni sabía siquiera que el miedo se podía contagiar por los ojos. Ella pensaba que las imágenes que recordaba estaban encerradas dentro de ella, le parecía que ella misma era como una casa cerrada, donde aquellas imágenes se repetían siempre. Cuando aquello empezó a suceder ella no sabía de lo que se trataba, tenía once años y su madre le confeccionaba vestiditos para las cucharas de palo. En su memoria, esas imágenes se frotaban unas contra las otras, eran minutos con la mirada perdida en la abertura estática de una ventana, un silbido agudo y permanente, tenían colores imprecisos. Más tarde, ya mayor, cuando aquello estaba sucediendo, facilitaba los movimientos de su padre, los conocía. Los pensamientos eran ya concretos, hechos de palabras, la temperatura era nítida, ella pensaba en tantas cosas.

Su madre estaba viva y después su madre murió, nunca se lo contaría a nadie y él no paró. Se quedó asqueada, embarazada; y él no paró. Sacando la medida para unas mangas, ella sentía dificultad de decir algo sobre su padre, de mencionarlo o de oír que lo mencionaran. Pero había algo en ese silencio que dibujaba una sombra de aquello que solo ella sabía. Fue por eso que nadie en el pueblo la censuró cuando se fue. Josué llegaba con Ilidio todavía pequeño y nadie tenía nada qué decir.

Había noches en las que el Sorna, perdido de borracho, se enrollaba el cinturón alrededor del cuello e iba a los naranjos de la plaza, solo, diciendo que se mataría. Eran noches frías. Tiraba la punta del cinturón hacia alguna rama más baja, pero nunca acertaba.

(1958)

Si alguien me hubiera querido despellejar yo habría aceptado. Agarré un salpullido tal que me dolían las uñas de tanto rascarme. Las mujeres que entraban en el cuarto juntaban las manos en el pecho y decían ay, muchacha, cómo estás. Yo sabía que no estaba en condiciones de presentarme delante de la gente, pero sabía todavía mejor que no me podía mover, tenía el cuerpo todo marcado de comezón, tenía filas de puntos rojos, ronchas, por todos lados. No tenía sosiego en ninguna posición. Tenía tu edad, diecisiete años y no veía sino las paredes de aquel cuarto. No tenía ni siquiera una ventanita, imagínate. Acostumbraba meter los brazos hasta el codo en la cebada. Dijeron que fue eso. A mi poco me importaba saber lo que era, me quedaba extendida en la cama, horas, a oscuras, llena de pomada, solo aguantando aquel infierno.

Desde que había iniciado el verano, la vieja Lubelia ya le había contado esa historia a su sobrina por lo menos una docena de veces. Julio estaba terminando, agosto se presentía. Año tras año, la vieja Lubelia tenía miedo de que la sobrina se aburriera. Cuando no la veía, se asustaba, la llamaba, Adelaide, Adelaide, llegaba a afligirse y la muchacha aparecía, inocente, con el sobre de las fotografías en la mano. A escondidas, la vieja Lubelia ya le había revisado la gaveta de la mesita numerosas veces. Era un sobre gastado, con una fotografía de sus padres y otra de dos de sus hermanos pequeños.

La vieja Lubelia sabía. Visitó a la hermana una vez, la casa sucia, abarrotada de hijos saliendo por debajo de las sillas y ella, Adelaide, tendría diez u once años, con un bebé en los brazos. Era una casa igual a aquella en donde había nacido, en donde había nacido la hermana paridera y en donde habían nacido sus catorce hermanos, contando muchachos y muchachas, vivos y muertos.

En secreto, por la noche, después de rezar, pensaba que era por eso que a sus casi treinta años, cuando ya había desistido de casarse, aceptó el trabajo en aquel pueblo. Fue a encargarse de una vieja solitaria y amargada a la que nunca quiso, pero de la que heredó la tienda y en la que encontró un ejemplo de su propia amargura.

La vieja Lubelia pasaba los días detrás del mostrador. Por encima de la puerta tenía una tablilla antigua que decía: se venden estampillas. Al lado, clavado en la pared, estaba un buzón de

correo, de fierro. Era la vieja Lubelia la que tenía la llave. Vendía timbres postales y muchos otros artículos: papel, lápices, sobres y, próximo a la Navidad, uno o dos juguetes que los niños se quedaban mirando desde la calle. Daba el servicio de correos y, cuando se daba el caso, también registraba nacimientos y defunciones. A cambio de casi nada, se ponía los lentes y leía la correspondencia de quien no sabía leer.

Por costumbre, maldecía cada grano de aquella tierra, pero era ahí a donde pertenecía. Sentía paz cuando cerraba los ojos y más allá de la envidia, desprecio y odio que alimentaba por un grupo vasto de personas, sentía una cierta comunión con aquel lugar. Sabía el nombre de todas las calles, callejones y pasajes. Sabía de memoria el nombre completo de todas las personas adultas del pueblo.

Dos años después, cuando regresó a la tierra en donde nació, a la casa de su hermana, no se quedó el tiempo suficiente para visitarla. Animada por los reflejos que de sí misma encontró en la niña, se la llevó para vivir con ella. Por todo esto, la vieja Lubelia sabía. Puede sentirse falta hasta de un estropajo viejo. La nostalgia enturbia el tiempo y en la distancia, una cosa mala, pésima, puede transformarse en cualquier cosa maravillosa, algo especial. Es la misma cosa, la misma cualquier cosa, pero la nostalgia ya la confundió. Ella misma, allá en donde estuviera, no sabría decir qué tipo de cosa era.

Y siempre aquel cuarto negro, aquel tormento en la cabeza. La puerta cerrada. Yo oía a mis hermanos riéndose en la calle, al atardecer. Para mí no había atardecer. Me despertaba en la noche con una desvelada fatal, sabía que todas las personas estaban durmiendo, pero poco me importaba, el cuarto estaba siempre negro, una sombra más o menos fresca. La comezón me quemaba todo el cuerpo, yo pensaba me voy a morir, ya estoy muerta. Cuando me costaba respirar, no era tanto por los dolores o por la fiebre, era por la falta de lugar hacia donde huir.

Mientras vigilaba la comida en la lumbre la removía con una cuchara de palo, la lamía, la vieja Lubelia repetía este punto, el cuarto cerrado y oscuro, porque había empezado a contar la historia solo para llegar a ella. De forma sinuosa, quería explicarse, quería que la sobrina entendiera que debía sentirse bien ahí. En el patio había un endrino cargado. La vieja Lubelia sabía que la cáscara de la endrina era un poco ácida, pero ese no era motivo para que la sobrina se desanimara. Contra todas sus costumbres, la llevaba a oír la radio a la Casa del Pueblo, ya habían ido dos veces a ver

películas y le había hecho la promesa de que, cualquier día, irían a un baile. Manifestó esa promesa después de la visita del hermano de Adelaide.

Una tarde, marzo, estaba atendiendo a una mujer indecisa entre dos sobres, cuando llegó un hombre a decirle que era su sobrino. Los hermanos se encontraron con gran estruendo. La vieja Lubelia nunca había visto a Adelaide hablar con aquella voz, la piel le asentaba mejor en el rostro. Fue la propia vieja Lubelia quien en la lumbre de la cocina le asó medio chorizo. Se atragantó al contarle novedades a la hermana. Era chorizo del bueno. Cuando terminó, la vieja recogió el plato y le dio una reprimenda por haber hecho aquel camino, cien kilómetros, más de cien kilómetros en bicicleta. Era insólito e irresponsable. Podría haber caído de cansancio. La pregunta que le hacía era: si te hubieras caído de cansancio, ¿qué sería de tu madre?

En eso tú no pensaste.

Adelaide y su hermano se quedaron mirando a la vieja Lubelia, no supieron qué decir; en ese lapso, la vieja le dio un jalón al respaldo de la silla y empezó a despedirse. Un muchacho no podía dormir en la misma casa que dos mujeres solteras. Además el camino era largo, más de cien kilómetros. Iba a llegar tarde e iba a llenar a su madre de disgustos. Después de que el hermano desapareció, cuando se dejó de oír la salpicadera golpeando, Adelaide empezó a llorar. Fue entonces cuando la vieja Lubelia le prometió que algún día irían a un baile.

(Cuarto)

Sexo. A los diecisiete años la vieja Lubelia era joven. Cuando su novio le bajaba los calzones ya estaba lista para recibirlo. Muchas veces le parecía que estaba siempre lista, lo deseaba siempre.

Las horas tardaban en pasar en aquel cuarto sin ventanas. Después, cuando él llegaba, los minutos desaparecían. Hubo una tarde en la que su madre entró al cuarto y él solo tuvo tiempo de meter la cabeza debajo de la sábana. Lubelia, joven, sudorosa, con las piernas abiertas, fingió que estaba durmiendo. La madre salió en silencio y nunca supieron si se dio cuenta. Preferían pensar que no.

El novio de Lubelia saltaba por el muro del patio y después tenía que atravesar la cocina sin ser visto. A la salida enfrentaba el mismo peligro: hermanos, hermanas, padres, perros. Lubelia podía estar recostada con las manos colocadas sobre su gravidez de tres meses cavilando sobre ilusiones y él llegaba. La puerta se abría y se cerraba en un solo gesto. Confirmaban el silencio, la distancia de

sonidos y no había tiempo que pudieran perder. El novio de Lubelia era igual a una bomba de riego.

Además de la misa, además de los mandados, ir y venir, la vieja Lubelia no permitía libertades. Las idas a la Casa del Pueblo eran parte de la tontería de estar haciéndose vieja. Por lo menos, era así que ella misma entendía esas reuniones. Si antes de que llegara Adelaide le hubieran dicho que años más tarde pasaría algunas noches en la Casa del Pueblo, sentada en sillas que le curvaban la espalda, oyendo canciones, no habría respondido. La tontería de estar haciéndose vieja, pensaba en estas palabras y por detrás de su rostro mohíno, dentro de él, sonreía, le gustaba. Pasar por las calles del brazo de la sobrina, saludar a las personas sentadas a la puerta. Se extenuaba pero le gustaba. Y claro, la muchacha necesitaba distraerse. Ella sabía que no podía contrariar ni al tiempo ni a la naturaleza, sería un esfuerzo inútil.

Iban a la Casa del Pueblo dos veces por semana, más o menos. Cenaban temprano y, al caer la noche, iban con el mismo paso, ligeras. Fue lo que hicieron ese día. Tanto durante el verano como en el invierno, la mesa donde comían estaba puesta cerca de la lumbre. La vieja Lubelia comía de espaldas al fuego porque así podía vigilar el mostrador. Cerraba la puerta solo en la noche, pero en el invierno cerraba la puerta al atardecer. Los timbres postales, los lápices y las barras de lacre tenían más demanda por la mañana y al final de la tarde. Andaba en la faena de la casa, podía incluso estar en el patio, pero en cuanto escuchaba a alguien entrar, aparecía inmediatamente. Las personas no necesitaban golpear con la mano el mostrador o llamarla.

Con las idas a escuchar la radio empezó a cerrar la tienda más temprano.

Se arreglaba bien, usaba el alfiler de oro. En la entrada de la Casa del Pueblo había grupos de mujeres conversando. La vieja Lubelia y su sobrina se acercaban a uno, después a cada uno de los otros. Todos la trataban por niña Lubelia. Eran de las primeras en entrar, se sentaban en la primera fila y ya habían cumplido con todos los saludos, la vieja Lubelia ya se había quejado de todos sus achaques. Entre aquellos que no merecían saludos estaban los niños, los hombres de menos de setenta años y los muchachos que abrían grandemente los ojos al paso de Adelaide, rolliza. Estos eran verdadera y ostentosamente ignorados, la vieja Lubelia volteaba la cara para otro lado. En todo momento su expresión era severa, era

la demostración pública de que, en lo íntimo, desaprobaba aquella reunión. Adelaide mantenía la cabeza baja, pero parpadeaba en todas direcciones, no ignoraba. Cuando estaban sentadas, había hasta un muchacho que ya le había visto la sonrisa unas dos veces.

El momento de encender el radio. Era una máquina que imponía respeto. Cuando se aproximaban a ella, los hombres metían las manos en los bolsillos. Era imposible imaginar la cantidad de turbinas que existían dentro de aquella caja extraña. En vez de hacer una bomba hicieron eso, pensaba la vieja Lubelia. El único hombre que tocaba la máquina, que la comprendía, era un individuo bajo, calvo, que atendía el mostrador de la Casa del Pueblo. Sus dedos blancos, poco sol, rodeaban los botones del radio con una elegancia geométrica. La máquina emitía un aullido que penetraba en los oídos, después empezaba a rugir, después se afinaba en la voz de un locutor, articulando muy bien las palabras, anunciando pastas de dientes, licores y presentando artistas. La vieja Lubelia se consolaba con el momento de encender el radio. Seguía cada gesto y cada posición del hombre que la encendía. A la manera de una mujer de casi setenta años, a su manera, lo deseaba sexualmente.

Adelaide aprovechaba estos instantes para levantar la mirada y encontrar a su preferido, recargado en la pared con otros muchachos. Sabía su nombre, Ilidio, sabía bastante sobre él. Lo conocía de vista hacía años. Era mucho lo que entendía de la forma de su barbilla, a veces, en casa, al recordarlo, lo dibujaba con el dedo en el tablero de la mesa. Y la distancia de sus ojos, era por ahí por donde se comunicaban. Cuando ella llegaba del brazo de la tía, él, donde estuviera, dejaba de prestar atención a la conversación, podían continuar hablando con su imagen, pero él ya no estaba ahí.

El salón de la Casa del Pueblo era pequeño. Cabía media docena de filas de sillas para las mujeres, volteadas hacia el radio, el cual se encontraba sobre una mesa, acomodado en la pared del fondo. Los hombres se recargaban donde podían o se acercaban a la puerta. Los niños se sentaban en el suelo, al lado de perros acostados, entre piernas como troncos de árbol. En invierno, había braseros, las mujeres se agarraban a sus chales y los jalaban sobre los hombros. En verano, el radio se tenía que apagar cada media hora, se calentaba, las mujeres dejaban las manos caídas en el regazo o en la bolsa del delantal. Aquella noche fue también así. En los minutos en los que el receptor estaba apagado, enfriándose, los hombres liberaban la puerta para que corriera una brisa. Cuando estaba la vieja Lubelia no apagaban la luz. Lo intentaron dos veces y su

corazón se había disparado, pánico, pánico, tenían que volver a encenderla. Ella decía que era por culpa de los sinvergüenzas, su sobrina sospechaba que era por culpa del salpullido.

(Cuarto)

El salpullido fue la excusa que los padres habían inventado para esconder a la hija. En una conversación susurrada cerca de la conejera consideraron otras dolencias. Fue el padre quien escogió, un brote de salpullido, se queda con un brote de salpullido.

Lubelia protestó, no quería. Recostada en la cama, desconsolada, se le olvidó cómo hablar hasta la primera visita furtiva del novio algunos días después. Esa fue la primera vez que se bambolearon en una cama. Antes se habían desahogado apoyados en un quiosco, detrás de unos barriles, encima de una higuera, sentados en un banco de piedra, contra varias paredes.

Su madre lo supo inmediatamente, faltaban trapos ensangrentados para lavar. Su padre lo supo semanas más tarde, cuando su madre le contó. Al inicio del verano, en el patio, al atardecer, sus padres decidieron esconderla. Creían que el muchacho, novio clandestino, iría a asumir responsabilidades. El padre de este era barrendero, honesto. Tendrían largas conversaciones. Si tomaron la decisión de alejarla de las miradas del pueblo, no fue porque creyeran que el pueblo era malo, fue porque creyeron que el pueblo era pésimo, ruin, terrible. El pueblo tenía la amargura y el veneno en los ojos.

El cuarto no pertenecía al mundo. Por sí solo era un mundo. Ella pasaba horas acostada, poca luz. Con serenidad, sentía el reposo del cuerpo removido y sentía un ser que se desarrollaba, crecía en su centro. Entonces, como si flotara en un río, podía dormirse.

Dormían juntas. Al inicio, el ataúd que la vieja Lubelia guardaba debajo de la cama le causaba impresión a la sobrina. Era un ataúd nuevo, barnizado. Los sábados lo sacaba de debajo de la cama, le limpiaba el polvo con un trapo y lo abría bajo la claridad de la ventana del cuarto. El interior tenía pliegues de tela blanca, brillante. Comparado con los muebles de la casa, el ataúd estaba mucho más cuidado. Sentada al fuego, meditando, la vieja Lubelia consideró su compra durante meses. Todavía vivía sola cuando llegó el hombre a medirla y, después, a entregar el ataúd listo. La vieja Lubelia era dueña de sí misma, tuvo la idea de mandar a hacer un ataúd porque no quería deberle favores a nadie.

En la Casa del Pueblo el orgullo le congelaba el rostro.

A través del humo que los hombres soplaban y que se levantaba de los cigarros que les ardían entre los dedos, antes de terminar pisados contra el suelo, Ilidio no paraba de mirar a Adelaide. Aun cuando ella fingía estar mirando para otro lado y se quedaba vigilándolo solamente por el reflejo cromado del radio, él seguía mirándola. La vieja Lubelia y su sobrina se iban siempre antes del final. Cuando faltaba un cuarto para las diez la vieja se levantaba con la muchacha pegada al brazo. Justificaba su partida aludiendo al desorden que hacían todos al salir al mismo tiempo. Con mayor sinceridad, le atraía la imagen de levantarse entre las otras mujeres, viudas y casadas. Durante ese entero momento la miraban desde abajo. La vieja Lubelia y su sobrina se iban en medio de una canción, nadie les reclamaba por arrastrar las sillas. Fue así también aquella noche. Con una diferencia, cuando pasaban en dirección a la puerta, sucedió.

El corazón de ella latió de prisa, lo sintió en el cuello, le costó respirar. Adelaide sintió la mano de él tocándole los dedos. Era un toque caliente, fuerte, piel, ah, y le dejó un papel doblado en la palma de la mano. El aire entraba y era inmediatamente expulsado por el pecho. Ella apretaba el papel con tanta fuerza. Su puño cerrado se endureció como las sillas de palo de la Casa del Pueblo. Después de que salieron, ya se habían alejado, la tía le preguntó ¿estás bien? Se asustó, respondió que sí. La tía continuó la marcha, quería hablar, oírse a lo largo de las calles, el calor subiendo de la tierra y de las piedras, el cielo lleno de estrellas, todo el universo.

Cuando llegaron a la casa Adelaide tuvo que abrir los dedos uno a uno. Cada dedo retomaba su forma, renacía. Después, con delicadeza, desdobló el pequeño papel, estaba humedecido por el sudor de la palma de la mano. Con caligrafía perfecta:

Si te haces mi novia te doy una paloma, cien escudos y un libro.

Ilidio. Ella temía lo que deseaba. Intentó distinguir un olor por debajo del sudor que penetraba el papel. El amor, ella siempre soñó con esa palabra, esa idea. Ahora podía empezar a vivirla. Escondió el papel en la alacena.

¿Estás moviendo algo en la alacena?

Se asustó con la pregunta de su tía, respondió que no. La vieja Lubelia repetía que tenía sueño, pero su sombra no dejaba de proyectarse en la pared, la luz débil de la vela. Adelaide entró en el cuarto y se recostó, la tía se preparaba para roncar, estaba agarrando impulso. Los grillos rodaban cascabeles al ras de la tierra, los perros se ladraban unos a otros entre puntas opuesta del pueblo.

Adelaide no conseguía dormir, una paloma, cien escudos y un libro, no se quería dormir.

A esa hora Ilidio podía haber pasado por la calle de Adelaide. Después de la Casa del Pueblo fue a buscar a Josué a la plaza. No estaba en el mostrador de la taberna, no estaba conversando cerca del poste, no estaba viendo a los hombres jugar cartas. Ilidio decidió irse a su casa por la vereda, camino iluminado por estrellas y sombras negras de olivos. La oscuridad no le daba miedo. Al mismo tiempo, en otro punto del pueblo, en una cama de fierro, al lado de la vieja Lubelia, encima del ataúd, Adelaide no se dormía. Cuando llegó a su casa, Josué estaba levantado en el patio con el torso descubierto. Se sentó al lado de él. En el silencio Josué soltó un pedo. Se rieron. Y continuaron en silencio. La luna.

Ilidio soñó que Adelaide se hundía en un pozo sin fondo, una caída perpetua, un grito; y se despertó de repente sofocado. En el lavabo se echó agua sobre el rostro con las dos manos para diluir esas imágenes. Resultó. Permaneció solo con un dolor de cabeza leve en el cual conseguía incluso descubrir algún reposo. Al despertarse no tenía ganas de sandía, solo a Josué se le ocurrían esas ideas. Acabó por comer una rebanada. Estaba fresca, comió otra, semillas.

Josué no era el padre de Ilidio, ni quería serlo, pero cuidaba de él con esmero. Las personas del pueblo que se lo encontraban menos, cuando miraban a Ilidio, se acordaban de la madre. El día en que doña Milú no le pagó al albañil era una especie de lugar árido, de ruina, estaba ahí, existía; pero después de eso había mucho que había crecido solo entre ellos dos. Mucho que era importante. Hacía nueve años que Ilidio vivía en aquella casa de São João, no le gustaba cuando Josué se ponía a recordar.

Como todas las mañanas llegaron juntos a la obra. Había un olor a cemento secándose, el maestro ya estaba ahí, Josué le dijo buenos días y el maestro lo llevó de inmediato por el brazo para preguntarle algún detalle. Eran seis hombres construyendo aquella casa. Ilidio desató la cerradura de alambres de la bodega en donde guardaban las herramientas. Había sido él mismo quien la había cerrado el día anterior.

No acostumbraban a trabajar en la construcción de casas desde los cimientos. Para Ilidio era la tercera vez. Antes de pasar agua por las cubetas, golpeaba con ellas el suelo para quitarles las capas de cemento viejo que se acumulaban. Ese ruido seco, sin eco, atravesaba las paredes de la obra y se extendía por la mañana, el día empezaba a moverse.

Construían pocas casas desde los cimientos, era una lástima. Josué estaba destinado a la construcción civil, pero las obras grandes del pueblo, casas, galpones, eran confiadas solo a tres maestros. A sus cuarenta y cinco años Josué solo aceptaba trabajar para uno de ellos. A lo largo de los años había inventado difamaciones con los otros hasta quedarse a trabajar solo o únicamente con aquel maestro de bigote blanco, trabajitos, lavabos tapados. Los otros dos maestros eran un poco más jóvenes que Josué. El maestro de bigote blanco tenía casi setenta años, pero trabajaba como un muchacho de treinta, era honesto, Josué lo trataba de usted.

Señor, usted tiene que tomar en cuenta la holgura de la viga.

Josué volvió con el maestro. Esta vez era él el que lo traía del brazo. El tejado estaba casi listo, iban a empezar a aplanar las paredes. Mientras Ilidio lavaba las cucharas de albañil había un ruido de metal contra metal y agua, el sol empezaba a calentar el cemento entre los ladrillos. En la calle, frente a la obra, Ilidio clavó la pala varias veces en el monte de arena fina, como si quisiera matarlo, empezaba, tiró varias paladas de arena al suelo. Con más cuidado, llenó la pala de cemento y la tiró sobre la arena. Fue a buscar la azada y mezcló todo hasta que la arena cambiara de color, más oscuro, abrió un hueco en el centro del montículo. Llenó las cubetas de agua. Era bonito aquel lago de agua contenido en un cúmulo de arena mezclada con cemento, sentía placer al destruirlo con la azada. Un hilo de agua escapándose y él lo recogía con la punta de la herramienta, lo arrastraba, lo jalaba hacia él. Ya tenía la punta de las botas cubierta de mezcla. El otro ayudante estaba mirándolo, a la espera. Quiso revolver la mezcla un poco más y después le llenó las cubetas. Lo vio entrar por el hueco de la puerta, cargado, tembloroso; luego recomenzó a hacer mezcla. Sería así toda la mañana. Por la tarde cambiaban.

Aquella casa necesitaba de mucho enjarre. Los dueños iban a casarse a mediados de septiembre. El padre de la prometida aparecía todos los días al final de la tarde, venía siempre exaltado. La obra estaba atrasada, ya debía estar lista. Al padre de la prometida no le importaba la lluvia que había caído durante dos semanas, sin descanso, sobre los espacios abiertos de los cimientos. Se lamentaba por el albañil que estaba en cama, eran siete hombres al inicio de la obra, nadie tenía la culpa de un pico descontrolado, pero había quedado con el maestro en que la casa estaría lista a principios de agosto. Faltaban días y los carpinteros todavía no habían empezado a sacar medidas. El padre de la prometida se

angustiaba. Hubo una vez que empezó a gritar:

Tramposos, estoy rodeado de una bola de tramposos.

El maestro lo calmó. Después, cuando se fue, estaban todos bebiendo un vaso de vino, el maestro hizo una cara amarga, escupió un pedacito de corcho y dijo:

Lo que no quiere es pagar.

Si había eco a Josué le gustaba silbar. Escogía una entre tres melodías incompletas que conocía y, de repente, el tiempo pasaba al ritmo de aquel silbido, se extendía. Aquella mañana, además de ese concierto, se oía el sonido de la mezcla siendo raspada por la llana con la cuchara y después siendo tirada contra la pared, como un puñetazo húmedo. Tres hombres repetían esto en tiempos diferentes, aleatorios. Ilidio pensaba en trenes cuando sintió pasos, levantó la mirada y vio a Cosme. Estaba de vacaciones. Su padre no lo quería guardando puercos. Al verano siguiente ya habría acabado el quinto año. A pocos metros de Ilidio, Cosme se quedó parado, boina en la cabeza, manos en los bolsillos, después de un compás tosió y preguntó:

¿Y luego?

¿Y luego qué?

¿Y luego qué?

Sí, ¿y luego qué?

Y luego qué. Entonces, ¿la chava?

Y entonces, la chava ¿qué?

Entonces la chava mis huevos. Cuenta, mierda.

Ilidio se rio y le contó.

1. Una paloma

Cosme tenía poco con qué entretenerse y por eso también estaba con Ilidio cuando llegaron a la puerta de la casa de Galopim. Ya era agosto, la tarde estaba en su último instante. Después del trabajo Ilidio se había lavado, cambiado de ropa y había salido en dirección a la casa de Galopim. La cal ganaba una oscuridad blanda. Cosme lo encontró a la mitad del camino y oyó a Ilidio contar que el día anterior, en la Casa del Pueblo, ella respondió, asintió con la cabeza. Normalmente, Cosme se quejaba de la falta de detalles en las descripciones, pero en aquella ocasión solo lograba sorprenderse. La sobrina de la vieja Lubelia, Adelaide, aprovechó las distracciones de la tía para asentir con la cabeza. Después de que él entendió y hubo sonreído, ella todavía asintió con la cabeza dos veces para que no restaran dudas.

Entusiasmado, Cosme tocó a la puerta. Se arrepintió de

inmediato al sentir la madera vieja, un montón de tablas mal clavadas, moviéndose debajo del puño. Las precarias condiciones de la puerta, los remiendos sueltos y los agujeros hicieron que los dos golpes de Cosme parecieran truenos. Se quedaron callados debajo del recuerdo de esos estruendos. La puerta se movió, Galopim asomó los ojos verticalmente por una rendija abierta de la puerta, sonrió. Cuando Cosme e Ilidio entraron, las palomas echaron a volar hacia varios puntos de la casa, de las sillas hacia las vigas del techo, de las vigas hacia la mesa, de la mesa hacia encima de la alacena, de la alacena hacia las vigas, las sillas, la mesa; algunas palomas echaron a volar por la puerta abierta del patio. Con esa agitación, el hermano de Galopim, que estaba acostado en una cama, se inquietó también, empezó a hacer sonidos con la garganta y a torcerse como podía. Cubierto de tierra y de sudor, Galopim acababa de llegar del campo, los miraba con una sonrisa reverente, esperando que hablaran.

El hermano de Galopim era delgado y blanco. Tanto sus piernas como sus brazos eran largos leños, como ramas de parra o palos de otra orden, piel y hueso. Estaba encogido en la cama. Vestía solamente una camiseta interior de algodón. Tenía los pies agrietados y las manos torcidas hacia adentro, los extremos de sus brazos eran las muñecas dobladas en un ángulo. Cuando abría ligeramente las piernas, era visible un badajo considerable, valiente martillo. Tenía la cabeza de lado con la cara asentada sobre la sábana. Tenía los ojos estrangulados, afligidos, como buscando algo, como si se quisieran liberar de aquel cuerpo, como si aquellos ojos se hubieran dado cuenta de repente de que estaban en aquel cuerpo y quisieran reventar en las órbitas. Apretaba los labios, los huesos de la cara, la barba creciendo, la cabeza pequeña. Cosme no era capaz de mirar hacia otro lado. Mientras Ilidio explicaba, Galopim oía y Cosme miraba, las palomas se calmaron poco a poco. El crujido de las alas de las palomas explotaba solo a veces. Ilidio ya había terminado, pero Galopim mantenía la cara con la que había escuchado toda la explicación, como si esperara más. Pero no había más, Galopim despertó y empezó a apuntar hacia las palomas, ofreciéndolas, aquella es más astuta, aquella es más esquiva. Iba a romperle el pescuezo a una cuando Ilidio lo impidió. Quería la paloma viva. La agarró por la parte trasera apretándole las alas y la pagó con cambio. Cosme continuó en silencio. La oscuridad se instalaba y atenuaba el peso del olor. La única claridad era la poca que entraba por la puerta del patio, la claridad de la noche que iniciaba. Se despidieron de Galopim y ni siquiera vieron que encima

de un banco, al lado del fuego apagado, indiferente al resto de la casa, estaba un tablero de ajedrez con una partida iniciada.

Ilidio se introdujo en la sombra, el sol era ácido. Adelaide lo siguió. Nadie diría que era dos años más joven que ella. Había dado un gran salto entre los trece y los catorce. A los quince años continuaba creciendo. Ilidio se abrió un botón de la camisa, ella miró hacia otro lado, él alejó el brazo que traía pegado al cuerpo y le ofreció la paloma con la mano derecha. Adelaide se rio. No imaginaba que él le quisiera dar en serio una. No podía aceptar, no tenía dónde guardarla. Ilidio le sonrió con los ojos y soltó la paloma al aire. Suelta, regresaría a la casa de Galopim. Juntos, la vieron desaparecer en el cielo.

2. Cien escudos

Tenía el billete preparado y lo extendió encima de la sábana, lo alisó. Tenía pocas ganas de dormir, la lámpara de petróleo iluminaba el cuarto con un olor caliente, la paloma se arrullaba dentro de la caja de zapatos. Ilidio se encantaba con el poder de aquel papel, con aquellos dibujos y aquel color que valía casi una semana de cargar piedras, colar arena, acarrear cubetas con mezcla. En el fondo, al darle aquel papel estaría dándole el resultado de horas de su vida, estaba diciéndole: estuve vivo para ti, por ti. Recostado en la cama, Ilidio tenía la certeza de que ella, más que nadie, entendería el significado profundo de aquel billete.

Adelaide se rio. Podía tener aquella desenvoltura con un muchacho por haber lidiado tanto con sus hermanos, estaba acostumbrada. Además, a Adelaide le gustaba reírse. Por un momento esperó que Ilidio hiciera algún truco con el billete como había hecho con la paloma. Pero continuó únicamente ofreciéndolo. Ella lo aceptó, lo dobló y lo guardó en el bolso del delantal.

3. Un libro

Temprano, antes de irse al trabajo, cuando anduvieron los dos brincando encima de las sillas, de la mesa, intentando atrapar a la paloma con la punta de la escoba, Josué no le hizo ninguna pregunta. Pero en cuanto Ilidio dejó el libro encima de la mesa el albañil le preguntó:

¿A dónde vas con eso?

Fue más fácil no responder. Volvió a guardar el libro.

De camino a la obra Josué empezó a hablar de la importancia de aquel libro, debía cuidarlo siempre. Cuando iba a decir algo sobre la madre de Ilidio, este lo hacía callar. No le gustaba que se mencionara ese asunto, no existía. Se pelearon durante el resto del camino y estuvieron molestos toda la mañana.

Ve allá a buscarme la plomada.

Fue con estas palabras que, al finalizar la mañana, Josué volvió a dirigirse a Ilidio. Mientras lo veía alejarse en la dirección de la bodega de las herramientas, Josué creía que el simbolismo de la plomada le había pasado totalmente desapercibido. Se engañaba.

En cuanto los hombres empezaron a aflojar y el maestro dio la orden de ir a comer, Ilidio inventó un pretexto de muchacho y corrió hacia la casa. Las calles, la casa; guardó el billete en el bolsillo de la camisa, fue a buscar el libro y sacó a la paloma de la caja de zapatos. Esta vez con extremo cuidado para que no se soltara de nuevo. Se la metió dentro de la camisa y la apretó con el interior del brazo. La paloma se acomodó, estaba lista para todo.

Ilidio llegó primero y se quedó en una esquina del callejón, al sol. Sujetaba el libro en la mano derecha y tenía el otro brazo apretado contra el pecho. Esperó y la vio llegar con una canasta vacía. Contempló sus pasos. Adelaide había pospuesto un mandado que le había sido pedido a la mitad de la mañana. La vieja Lubelia quería hacer sopa de espinacas para la cena. Cuando llegó al patio, se sorprendió con la sobrina lavando la ropa. Adelaide esperó la hora adecuada, pactada por gestos y papeles, para ir a buscar las espinacas. Había sido más fácil de lo que había previsto un día antes angustiada, sosteniendo la cabeza sobre la mesa en la cena.

Como si desaparecieran, entraron al callejón. No había tiempo. Si alguien imaginara, sería malo. Si alguien viera, sería el fin. El callejón quedaba en la parte trasera de la panadería, olía a harina y a leña de encina. En la sombra, la paloma, los cien escudos. Estaban a solas por primera vez, había detalles en la respiración. Ilidio le tendió el libro con cierta torpeza. Los años habían pasado sobre aquel libro. En tamaño era una especie de muerte. Adelaide lo aceptó y lo acomodó en la canasta.

Tengo que irme.

Adelaide salió de la sombra, salió del callejón y se apresuró calle arriba. Ilidio la miró. Ya eran completamente novios. Existió aquel momento y existió el momento en que, a sus espaldas, dos perros se desataron a pelear. Se asustó, ni siquiera se había percatado de la presencia de los perros, ni se había dado cuenta de la manera en la

que se estudiaron a lo lejos, gruñeron. Aquellos perros se odiaban. Shhh, perro. Sin aproximarse, batió las palmas e hizo ruido, intentó espantarlos. Uno de los perros se alejó gruñendo. El sol era incandescente en la cal. Ilidio empezó a correr por las calles, daba saltos. Estaba feliz y atrasado. Cuando llegara a la obra, seguro que el maestro lo iba a llamar pendejo. Le encantaba llamarlo pendejo, le daba gusto eso. Si Josué estaba presente, se reía y no decía nada.

(1960)

Galopim no comprendía el tren.

Recargado en la ventana con la boca abierta, veía los campos pasar y sentía el ruido del tren en el reposabrazos, en las nalgas sentadas, en los pies dentro de los zapatos. Las nubes se alejaban más despacio que los árboles que pasaban zumbando. Mira un muchacho allá al otro lado guardando media docena de ovejas. Galopim apuntaba hacia la ventana, pero a los muchachos de su edad poco les importaba. Usaba un traje grisáceo que le había sido regalado por una viuda. Es una buena ventaja que tengan el mismo tamaño, dijo la viuda. Pero no lo tenían. Galopim era corpulento, pero el fallecido, un señor grande, era más corpulento todavía. Los pantalones, amarrados con un cinturón, hacían fuelles en la zona de la cintura. Las mangas del saco le llegaban casi a las puntas de los dedos. La viuda también dijo que era una buena ventaja que calzaran del mismo número, pero tampoco calzaban. Los zapatos iban asegurados por unas plantillas de cartón ásperas.

La ciudad, los ojos de Galopim se bamboleaban por la ciudad. Los ruidos le hacían preguntas a las que no sabía responder. Las casas se levantaban delante de él. Las palomas lo calmaban en vuelos sobre plazas y avenidas. A lo largo de las banquetas, evitando y sobrepasando personas desconocidas, Galopim seguía a los otros muchachos de su edad. Entraron por una puerta abierta, subieron por unas escaleras estrechas, escalones de madera gastada que olían a musgo seco y que se oscurecían.

Galopim siguió sujetando su maleta casi vacía. Estaba ligeramente despeinado. Intentó escuchar con mucha atención lo que dijo un muchacho de su edad, muy serio, y una mujer de pecho erguido que estaba sentada detrás de un balcón.

Somos ocho.

Pero había un gato, peludo, que pasaba por las piernas de los otros muchachos de su edad, por la suyas; de un brinco, logró subir al mostrador. Galopim dejó de escuchar la conversación para seguir los movimientos del animal. La mujer no le prestó interés al tenderle la llave al muchacho con quien había estado hablando. En el fondo del corredor, detrás de una puerta, estaba el cuarto: media docena de literas de metal, una esquina del techo desmoronado, nubes negras de humedad en las paredes, una mesa pequeña y vieja.

Los muchachos de la edad de Galopim estaban alegres. Al día siguiente iban al sorteo militar. A los ojos de todos ellos, la ciudad parecía aceite para freír. Era casi de noche.

Los muchachos hablaban de sus asuntos. Galopim estaba sentado en una cama, mirando. Aprovechó un poco de silencio y preguntó:

¿Qué vamos a comer?

Los muchachos se rieron. Galopim estaba acostumbrado. Si lo oían, se reían siempre. Entonces, uno de ellos se aproximó, le pasó un brazo por los hombros y como si le secreteara, dijo:

¿Viste al gato que estaba en la entrada? Vamos a cazarlo, prepararlo, comerlo. Asadito, con unas papas que vamos a comprar, sabe a conejo.

Todos los muchachos se rieron. Se rieron durante mucho tiempo. Uno de ellos dijo que iban a comprar unas papas tiernas, se rieron más. Otro dijo que para las maduras él no tenía dientes y se rieron más. Otro dijo que las maduras eran las que no tenían dientes y siguieron riéndose. Galopim también se estaba riendo.

Ya era de noche cuando los muchachos salieron. Galopim continuó sentado en la cama. Uno de los muchachos de su edad le dijo que iban a comprar papas, los otros, claro, se rieron. Iban a las putas.

La primera que encontraron dijo que se llamaba Gloria, tendría tal vez unos cincuenta años, les mostró la pierna hasta el liguero, recogió los billetes y fue andando hacia el callejón donde los esperaría uno a uno. Discutieron por instantes acerca de quién sería el primero. Ganó el que tuvo la decepción de entender que el callejón era en realidad una calle desierta, papeles llevados al viento. De la puta no quedaba ni la sombra.

Los muchachos caminaron en silencio con las manos en los bolsillos. El dinero que les sobraba alcanzaba justo para un vaso de vino cada uno. Entraron a una taberna y lo bebieron. Cuando se sentaron en los escalones de una iglesia, tenían el sabor a vino tinto llenándoles la boca. Se quedaron observando el movimiento. Gloria, dijo uno. Otro le elogió el pecho, imitó la forma de este con las manos. Y discutieron cada detalle, desde que habló con ellos hasta el instante en que, de espaldas, dio vuelta a la esquina. Dijeron que tenía cara de puta, imaginaron la cantidad de hombres a los que ya habría servido, estuvieron de acuerdo en que estaba con ganas cuando los miró. Debe haber sucedido algo, dijo uno. Debe haber aparecido alguien, dijo otro. Se levantaron con más ánimo y con las nalgas heladas.

Cuando llegaron a la pensión, en las escaleras, en el corredor,

unos querían decir algo y otros los mandaban callar. Se oían los pasos de todos en la madera, como una tormenta distante. Abrieron la puerta y se quedaron en silencio.

Galopim sostenía la navaja y estaba terminando de desollar al gato.

¿Dónde prendemos la lumbre?

Los otros muchachos de su edad no respondieron. Fue la primera vez que no se rieron de lo que dijo.

Al día siguiente fueron al sorteo. Galopim quedó excluido.

(1964)

Las paredes estaban más resignadas que las palomas.

Era una hora plateada. El fin de la tarde atravesaba el tiempo y entraba por la puerta abierta del patio. El fin de la tarde atraviesa el viento. Se oía el crujido de las hojas de los árboles a lo lejos, pero se oían también las alas de las palomas rayando el aire, gemidos cortados, pero se oía también el fuego ardiendo, las llamas haciendo estallar la madera, pero se oía también el agua. El hermano de Galopim estaba desnudo, sentado dentro de una tina de peltre, encogido. Galopim derramaba una olla de agua tibia sobre la espalda de su hermano, hacía vapor. Las palomas no tenían miedo del fuego ni del agua ni del vapor. Volaban porque no podían estar inmóviles, eran palomas jóvenes. A veces, salían de dentro de las sombras y se lanzaban por la puerta abierta del patio. Encontrarían el cielo. Galopim levantaba el agua con sus manos y la pasaba por el cuerpo de su hermano, por los hombros puntiagudos, por los brazos delgados. Le lavaba la baba del mentón y del pecho. Le lavaba la cara, le sentía la barba clavándosele en las palmas de las manos. Su hermano respiraba ansioso por la nariz, abría mucho los ojos. El esplendor del fuego no bastaba para iluminar toda la casa. Había palomas que llegaban con el último destello de luz. Se sorprendían cuando se posaban en la mesa, en las vigas o en la alacena. Tenían noticias que darles a las palomas. Galopim puso la toalla en la espalda del hermano, se abrazó a él y lo cargó. Lo llevó escurriendo hasta la silla que estaba puesta delante del fuego. Lo secó, siguió secándolo. Sobre la cama estaban la camiseta de algodón, los calzones y un par de calcetines.

El río Mondego tenía excelentes márgenes para vomitar. Cosme conocía a fondo la vida de estudiante, era difícil sorprenderlo, pero siempre que podía iba al pueblo, pasaba el verano, la Pascua, la

Navidad. En Coímbra, Cosme seguía pensando en el pueblo. Cuando llegaba quería saber quién había muerto y en cuanto oía nombres y explicaciones se dolía tanto como cuando todavía era el que daba el toque de difuntos, pequeño monaguillo, la vibración profunda de las campanas propagándose sobre el pueblo. Cosme era capaz de mucha seriedad.

También era capaz de las más variadas actitudes, principalmente actitudes tontas, irreflexivas, que incomodaban a la mayoría de los presentes. Cuando entraban a la plaza, los hombres y los muchachos aguzaban inmediatamente el oído, se acercaban a él esperando circo. Aquella noche, Ilidio estaba apoyado en una pared de la plaza oyendo el discurso de Cosme. La luna estaba increíble.

Y yo le dije: ¿Necesitas lentes o qué? La tipa justamente tenía unos lentes y se quedó quieta, mirándome. Una puta con lentes, quieta, mirándome. Y yo diciéndole: hazle como quieras, pero yo no pago tantos billetes por una mamada.

La historia podría continuar hasta la precisión infinita de los detalles, pero la mañana nacería temprano al día siguiente y si contara toda la historia, se acababa. Ahí en la plaza, las historias eran contadas por pedazos. Por eso hubo una pausa, una frase incompleta y los hombres aprovecharon para despedirse. Recogieron las sonrisas y las levantaron por los caminos por donde se alejaron. La luna iluminaba el fondo de las direcciones. La calma era fresca. Ilidio y Cosme se quedaron solos con un muchacho de once o doce años que los miraba a la espera de algo más. No sabían quién era. Pasaron junto a él sin verlo. El muchacho miró alrededor y estaba tan solo la noche.

El rostro de Cosme, mortecino, era muy diferente de aquel otro rostro, también suyo, iluminado y vivo con el que contaba los enredos de las putas el día de la inspección. Ilidio tenía la mano derecha en la bolsa del pantalón y la mano izquierda en el bolsillo del saco. Cosme se levantó, se levantaron los dos, y encendió un cigarro. Y siguieron bajando la calle. Allá abajo, llegarían al punto en el que se separarían. En la esquina frente al herrero, al lado del herrador, Cosme giraba a la derecha en dirección al cementerio e Ilidio seguía por el camino de São João. Hasta llegar allá, sabían por experiencia que la longitud de la calle podía variar. Ya la habían bajado corriendo, el viento pasándoles por los oídos, las imágenes desenfocadas de las puertas sucediéndose, las paredes derretidas en formas de cal; y ya habían demorado horas perdidas descendiendo esa misma calle, dando un paso, parando, parando, dando otro paso, casi dando otro y parando, quedándose parados.

Aquella parecía ser una de estas veces largas, sombras lentas. Ilidio caminaba despacio, dejando su peso caer encima de cada huella, Cosme caminaba más despacio todavía.

La guerra.

¿Qué?

La guerra, mierda.

Ilidio estaba tan cubierto por sus pensamientos que le costó entender a Cosme a la primera.

Sé que me voy a morir en la mierda de aquella guerra. O regreso de allá sin una pierna, sin el pito. Yo lo sé, no me preguntes cómo es que lo sé. Eso no es para tipos como yo, vas a ver. Regreso de allá ciego, ya verás. Vas a ver bien, yo soy el que no va a ver nada, regreso muerto. Allá, las calles del pueblo llenas de viejos que ya le deben tiempo extra a la tumba, todos llorosos diciendo: pobrecito y no sé qué más. Y yo tragándome los huevos de los negros. Que se metan el pobrecito por las nalgas. Ah, es la patria y no sé qué. Y luego ¿por qué soy yo el que se tiene que amargar con esa mierda? ¿No sabes? ¿Por qué soy yo el que se tiene que quedar ahí, estirado en la caja de muerto, tragando la patria a paladas?

¿Tienes miedo?

Tengo frío.

Todavía de madrugada, Adelaide despertó con la pesadilla de un perro ladrando en la calle. Se volvió a dormir, pero cuando despertó para levantarse le pareció que no había dormido nada. En camisón, fue a buscar una brazada de leña, una piña seca y encendió el fuego. Se quedó sentada en el banquito mirando a su tía, silenciosa y despeinada. También en camisón, con los hombros cubiertos por un chal, la vieja Lubelia trazó rectas en el suelo de la cocina. Abrió puertas, ventanas, llenó una cafetera de agua y se aproximó a la lumbre para hacer el café.

La cara de Adelaide estaba necesitando un lavado. Tenía los ojos llorosos, lagañosos y empañados, tenía mal aliento. Las ideas de la vieja Lubelia refunfuñaban, encontraban expresión en largos gemidos nasales, no eran exactamente palabras. Quien mal la conociera creería que estaba malhumorada. Adelaide la conocía bien. En muchos aspectos, eran dos mujeres.

Aquel inicio de la mañana estaba helando. Adelaide tenía moco escurriéndole por la garganta y sostenía una pregunta que era espesa, prohibida, exactamente con la consistencia de ese moco. Carraspeó, tosió, desflemó verde dentro del lavabo. Con la garganta

limpia preguntó:

¿Tía?

¿Sí?

¿Tía?

¿Sí?

Mañana ¿podemos ir al baile del sorteo?

La vieja la miró sorprendida.

Por favor.

La vieja no había respondido todavía, pero Adelaide ya sonreía con los ojos.

Por favor, ándale.

Bailes y más bailes. En mis tiempos las niñas no se atrevían.

Adelaide ya no oyó el resto de la respuesta y empezó a entonar una canción y a dar vueltas en medio de la cocina. La vieja Lubelia dijo hacia el vacío, hacia un espíritu, hacia una sombra:

Mírala, se volvió loca.

Adelaide sonreía mucho.

(Cuarto)

Tenía el cuerpo harto de estar en la cama. Era una muchacha de diecisiete años y el cuerpo le pedía que se moviera. La oscuridad le quitaba las fuerzas. El recuerdo de la voz de su padre le quitaba las fuerzas. La única vez que intentó huir llegó al patio. Las estrellas valieron la pena. Su hermano la agarró por el brazo, se lo apretó y la llevó al cuarto de sus padres. Su padre con el torso desnudo, su voz.

Lubelia recordaba cada detalle de la última visita de su novio. Tuvo días y días para recordarla. Después, empezó a contar semanas. Ya se veía el final del verano y su barriga ya cobraba otra importancia. Su madre andaba triste. Su padre andaba triste. Eran espaciadas las conversaciones que oía a través de la puerta, venidas de la mesa durante la cena. Lubelia analizaba sus dedos en la oscuridad, los extendía contra la poca luz que llegaba de la puerta cerrada y no conseguía encontrar una razón por la que su novio nunca más regresara. Era capaz de imaginar muchas fantasías, pero concluía siempre que no había ninguna razón real. Ya a los diecisiete años, de raíz, Lubelia era rigurosa.

Entonces, hubo un momento en que toda la oscuridad del cuarto se introdujo en ella, la llenó. Envejeció. Cuando su cuerpo rechazó lo que podría ser un niño y toda su sangre muerta, Lubelia todavía tenía diecisiete años, pero ya era vieja. La primera vez que salió del cuarto, delgada, amparada por dos hermanos, ya era vieja.

Aún de mañana, aún antes de la comida, Adelaide miró dos veces hacia el rostro de su tía. Le buscó los ojos como si pudiera descifrarla, como si fueran las cartas que las mujeres analfabetas le pedían leer, caligrafías distantes, referencias a Dios. Adelaide encontró los ojos de la tía dos veces pero continuó dudando.

La historia de esa duda era extensa y puntuada por periodos distintos. Durante épocas, estaciones, Adelaide se convencía de que su tía sabía. Esa teoría estaba fundamentada por pequeñas señales y cálculos. Adelaide estaba casi segura, tenía un poco menos de seguridad y, al final, no tenía ninguna seguridad. Inmediatamente, Adelaide se convencía de que su tía no sabía. Se quedaba así durante meses. Después, tenía casi la seguridad, menos, menos; y no tenía ninguna seguridad otra vez.

Es claro que la vieja Lubelia sabía del noviazgo desde el principio. Conocía los cambios en la respiración de su sobrina y se entretenía confundiéndola. A veces le daba a entender que no sabía del noviazgo, nunca abiertamente, nunca mencionando el nombre de Ilidio o algo que tuviera relación directa, pero sí, por ejemplo, hablando de la sopa de nabo y discurriendo sobre la importancia del aceite de oliva. En esas conversaciones sobre el otoño o sobre la ropa interior, aquello que importaba no era el asunto, tijeras o fantasmas, sino la forma. Si estaban hablando de pasteles, Ilidio podía ser, por ejemplo, el fermento y Adelaide podía ser, por ejemplo, la harina. Luego, era el trabajo de encajar dos lógicas en un único discurso. La vieja Lubelia se entretenía con esto.

Josué fumaba un cigarro que le habían dado. Lo ponía entre los labios y cerraba los ojos ligeramente. A los muchachos del sorteo no les hacían falta ni cigarros ni vino tinto. El baile estaba casi montado en el galpón del padre de Cosme. Josué miraba los últimos preparativos con atención. Era primavera, el día terminaba según reglas moderadas. Había un garrafón de vino puesto en el suelo. A veces, Cosme u otro muchacho se aproximaba, se agachaba y llenaba el vaso. Ese gesto se repetía. Las sillas estaban dispuestas alrededor del galpón, recargadas a las paredes, pero aun así, Galopim todavía llegó con dos sillas que ya no tenían lugar. Se quedó parado durante instantes, hasta que Cosme le dijo que se las llevara de regreso.

Josué no se preguntaba dónde estaría Ilidio porque lograba

imaginarlo en la casa, reflejado en el espejo del lavabo, arreglando cada detalle del peinado y de la ropa. Además, no se sentía su ausencia. Con facilidad, un grupo de muchachos borrachos y Galopim, voluntario distraído, organizaban el baile.

Dos minutos después de oscurecer llegó el músico. Josué y los otros hombres estaban en la calle al lado del portón abierto, recargados en la pared, lo vieron llegar ya con la concertina en el pecho, lista para interrumpir conversaciones con melodías improvisadas, casi iguales, difíciles de distinguir unas de las otras. Cosme fue a recibirlo. Se volteó hacia Galopim que apreciaba el brillo de la concertina con la boca abierta y le pidió que fuera a buscar un vaso de vino para el músico.

Cuando Galopim volvió con un vaso vacío en la mano, Cosme y el músico se quedaron mirándolo. No había más vino en el garrafón.

¿No sabes dónde queda la despensa?

Galopim sabía dónde quedaba la despensa y no entendió la pregunta de Cosme. Josué dio un paso al frente y dijo:

Voy con él.

Cosme y el músico, bigotes, volvieron a la conversación. Josué, seguido por Galopim, atravesó el galpón. Iban en una dirección. Atravesaron el patio, subieron los escalones de la puerta de la cocina, la atravesaron sin hablar con la madre de Cosme que se movía en el centro de un escarceo de ollas y llegaron al corredor, el crujir de la puerta de la despensa pareció una mujer bostezando. Entraron juntos en esa oscuridad de paredes apretadas. Galopim cerró la puerta.

¿Por qué hiciste eso?

A oscuras, Galopim no supo responder. Josué le pidió que volviera a abrir la puerta. La despensa olía a vinagre y a comida echada a perder. Mientras Galopim se daba encontronazos contra la cerradura, Josué se dio cuenta por el peso que los garrafones estaban vacíos. Necesitaba luz, necesitaba aire y por eso, se levantó a ayudar a Galopim. Pensó que le bastaba llegar y abrir la puerta, pero la cerradura resistió su movimiento. Después se resistió a su fuerza. Hubo una pausa antes de que empezaran a golpear con las manos abiertas la puerta, más que una tormenta. E hizo otra pausa esperando reacción. Se oía la respiración de Galopim, se oían las suelas de las botas desmoronando granos de arena y de polvo y en el interior de ese silencio, ruidos distantes, ruidos dentro de las paredes, empezaron a distinguir un zumbido, después el zumbido cobró fuerza, después el zumbido llenó el aire negro de la despensa. Josué, acostumbrado a obras y avisperos, reconoció el ejército de

avispas aun antes de sentir la primera picadura ardiéndole en el cuello, la segunda en los labios, la tercera y todas las que seguían. Empezó a golpear con toda su fuerza la puerta cerrada, empezó a dar patadas. Galopim, con las avispas entrándole en la camisa empezó a gritar: ayuda, ayuda. La madre de Cosme tardó en oírlos y en llamar a los muchachos del sorteo y a los hombres que estaban en la calle dando fe. Ese tiempo fue una especie de guerra. Tanto Josué como Galopim luchaban con el aire, con la oscuridad, dándose palmadas en la piel, sintiendo que las avispas se aplastaban secas contra el cuerpo.

Cuando un hombre valiente tiró la puerta de una patada, Josué y Galopim salieron corriendo seguidos por avispas disparadas. Los muchachos se quedaron a aplastar insectos contra las paredes del corredor. Hubo una profusión de puñetazos en la pared que aún demoró un buen rato. Cuando ya solo había una que otra avispa caprichosa escondiéndose en los huecos del techo, los rostros se giraron hacia Josué y Galopim que recuperaban la respiración. Sin que nadie preguntara querían saber los detalles de lo que había ocurrido. Entonces, al mismo tiempo, todos giraron el rostro en dirección a la despensa. Del interior de la oscuridad, arrastrándose, salió el Sorna. Tenía la camisa y los pantalones cubiertos de vómito tinto y tenía el rostro desfigurado por picaduras rojas de avispa. Tenía un ojo más abierto que otro, las mejillas se mostraban en carne viva. Uno de los muchachos lo agarró por el cuello de la camisa, lo jaló como si jalara a un perro por el cogote y lo dejó caer de nuevo. Fue en ese momento, en la sorpresa y el caos, que inició la golpiza.

Cosme, intoxicado, le propinó un golpe en el mentón al muchacho que había jalado al Sorna. Ese muchacho se llamaba Bernardino y, cuando sus ideas se revolvieron con el golpe que recibió, no entendió de inmediato lo que estaba sucediendo. Retrocedió dos pasos y se golpeó la cabeza en la pared, resonó, pero otro ya estaba agarrando a Cosme por detrás y Josué ya estaba intentando sujetar los brazos de aquel. En el angosto corredor, los hombres se envolvieron en una lucha de músculos y de puños cerrados. Galopim parecía una fiera acertándoles a todos los bultos que se le aproximaban. La madre de Cosme soltaba aullidos estridentes. El Sorna estaba encogido en el suelo.

Las personas que llegaron a ayudar lograron atravesar la cocina con ellos, lograron atravesar el patio. La paliza se reanimó cuando llegaron al galpón. Fue en ese momento cuando un muchacho le arrojó la concertina a Cosme. No le acertó, rodaron botones por el

suelo. Ilidio peinado y nervioso solo supo que no habría baile cuando llegó al portón y encontró los destrozos. Adelaide y la tía lo supieron inmediatamente al salir a la calle. Las mujeres, arrimadas a las paredes, no hablaban de otra cosa.

Había una brisa que pasaba rozando la tierra, que le tocaba los pies descalzos, pero él no sentía. En calzones y camiseta interior, sentado en el patio, Ilidio pensaba en asuntos distantes. Oía las campanas, pedazos de domingo; sus pensamientos seguían espejismos por las calles del pueblo. Sabía lo que tenía que hacer. La ropa que había escogido para el baile estaba apilada sobre la silla del cuarto. El día anterior cuando se desvistió, ya sabía lo que tenía que hacer.

Miraba hacia las nubes que flotaban transparentes, pero no quería posponer un segundo de sus pasos. Solo quería respirar los últimos instantes de un tiempo que, por sus acciones, estaba próximo a acabar. Se levantó y entró a la casa.

Empezó a vestirse. Ilidio tenía la certeza de que Adelaide sentía lo mismo que él, exactamente lo mismo. Eran dos personas en el mundo con los mismos sentidos y con los mismos sentimientos. Había adquirido esa seguridad mirándola a los ojos. A veces, cuando podían, se abandonaban uno sobre el otro, deseosos, con hambre. Se envolvían en sesiones fulminantes de roces que Ilidio había aprendido a hacer durar en la memoria. Eran momentos, pero coleccionados a lo largo de los años, sumados, eran horas. Ilidio y Adelaide se confundían. Además, se comprendían, sonreían al mismo tiempo.

Josué estaba recostado, cubierto de picaduras ardientes de avispa, adolorido por encontronazos, patadas y puñetazos. Ilidio salió sin entrar al cuarto del albañil. Caminó muy derecho por las calles del pueblo. Se sentía solemne. Los pequeños detalles adquirían grandiosidad: las hierbas que crecían en la superficie de las paredes, los perros que levantaban la cabeza para verlo pasar, el sonido de las botas raspando en la tierra, las piedras. En el cielo, los pájaros llevaban una dirección. Ilidio creía en un futuro que imaginaba imperfectamente. Avanzaba dentro de él. Tal vez por eso, aquel camino le pareció largo, como si atravesara una edad.

Sabía que a esa hora ya habían regresado de la misa. Golpeó la puerta de la vieja Lubelia. Mientras esperaba pensó en los trenes. Fue Adelaide quien le abrió. Sus miradas se encontraron y fueron un sobresalto delante de lo inevitable. Ilidio tenía veintidós años,

era un hombre serio. Entró sin pedir permiso y sin dar los buenos días. Adelaide se alejó para dejarlo pasar. La sombra fría de la tienda, el olor a goma arábiga; llegó al patio, donde la vieja Lubelia, al aire libre, todavía con la ropa de ir a misa, sorprendida, se quedó mirándolo sin querer entender. No había otra manera, Ilidio dejó que las palabras se le salieran por el rostro, como si fueran ajenas a él, dichas por otra persona. Con las palabras más simples y directas pidió la mano de Adelaide.

Silencio. Los pájaros, los árboles.

No se notaron diferencias en la expresión congelada de la vieja Lubelia, Ilidio y Adelaide le temieron hasta el momento en el que la vieja empezó a reírse de forma inédita. Los pájaros habían dejado los árboles como si las ramas les quemaran. Las carcajadas de la vieja Lubelia llenaron el patio entero y, después, llenaron la mañana entera. Las carcajadas se le enrollaban en la garganta, la colmaban. Respiraba aire sorbido sin parar de reír.

Ilidio y Adelaide se rieron también, creyeron que podían, pero desistieron después de algunos minutos. La vieja Lubelia estaba riéndose sola. Entonces, empezaron a preocuparse, sin saber qué hacer. Adelaide fue a buscar un vaso de agua. Ilidio se quedó en el patio con la vieja que parecía reírse cada vez más alto y ni siquiera miró hacia el vaso que la sobrina le ofreció. Las carcajadas de la vieja Lubelia no daban señales de apaciguarse. Ilidio salió y atravesó el pueblo. En la puerta, esperó a que el médico terminara de comer. No disfrutó del viaje que el doctor le dio en el carro porque estaba preocupado. Cuando llegaron, la vieja Lubelia todavía estaba en el patio, riéndose con ganas.

Esta maleta.

¿Cómo?

Esta maleta, quédate con ella.

¿Y para qué la quiero?

No hacía frío pero estaba fresco. La cocina estaba iluminada por la lámpara de petróleo y por el fuego. Las mujeres tenían sombras desproporcionadas que subían por las paredes y que se doblaban en los ángulos del techo.

Fue entonces cuando la vieja Lubelia habló del viaje. Se quedó en silencio, le costó. Adelaide continuó sin entender. Su tía le explicó que si no fuera una vieja arrugada iría con ella. Dijo que ya no tenía capacidad de ir a ningún lado, mencionó el ataúd que estaba acomodado debajo de la cama. Hizo silencio, se conformó. Ellos vendrían a buscarla en una hora. Entonces, su voz volvió a ser rígida y le dijo que no pensara en dormir, que fuera a hacer la maleta.

En la cabeza de Adelaide las ideas buscaban organización cuando entró al cuarto. Puso la maleta sobre la cama. Buscó un suéter tejido para ablandar el fondo. Dejó el libro cerrado sobre el suéter tejido, lo abrigó.

* * *

1.Conversación entre Ilidio y Josué

Josué decía que el vinagre era para las picaduras de ortiga, no tenía poder sobre las mordeduras de avispa, pero cuando Ilidio le pasaba el trapo mojado con vinagre en los brazos, sentía un alivio fresco. Sabía que el veneno se había disuelto en su interior, lo sentía ramificarse en la piel, mezclándose con la sangre en las venas más finas. A veces creía que las avispas le habían prendido fuego a su cuerpo. No lograba tener pensamientos largos. Por eso no fue a trabajar.

Ilidio olía a obra, a cemento. Había acabado de llegar del trabajo y tenía una duda moviéndose dentro de su cabeza. Mojaba un trapo con vinagre y lo pasaba por los brazos, cuello y pecho del

albañil que gemía bajito, gañía. Ilidio paró en medio de un gesto.

La tienda estuvo cerrada todo el día.

No aguanto. Es esto el infierno. Esto es el diablo de rojo en el infierno.

¿No oyó? Le estoy diciendo que la tienda estuvo cerrada todo el día. Nadie las vio poner un pie en la calle.

Tráeme un vaso con agua.

La vieja no va a lograr encerrarla en la casa. Esa maldita vieja. Pero no sé. Me recargué dos veces en la puerta. No se oía ni un ruidito.

Tráeme un poco de agua, por favor.

Parecía que estaba todo muerto. Parecía que no había nadie ahí. Rodeé la cerca para ver el patio y estaba todo cerrado. Si la vieja la encerró, se encerró con ella.

No orino desde la mañana. A lo mejor otra vez vas a tener que llamar al médico.

Si la vieja le hace daño, la reviento.

¿Por qué no vas allá?

¿Qué?

¿No oíste? ¿Por qué no vas allá?

* * *

Casi no se despidió de la tía. La vieja Lubelia estaba recibiendo el calor del fuego cuando llamaron a la puerta. Adelaide abrió y, en la calle, en la oscuridad, estaba un hombre parado mirándola.

Cuando llegues allá mándame una postal.

Adelaide recibió la voz de la tía pero no le respondió. Le dirigió el rostro pero la vieja Lubelia continuó con la mirada fija en el fuego. La calle estaba simplemente oscura. Adelaide salió sin decir nada. La maleta todavía no le pesaba. El chal que llevaba sobre los hombros no era necesario. Cerró la puerta detrás de sí. Al quedarse sola con el hombre, a lo largo de las calles, se sintió tímida. Caminaba dos o tres pasos atrás de un hombre al que nunca había visto. Buscó la luna en el cielo pero no la encontró.

Comenzó por no entender por qué razón las calles del pueblo estaban desiertas, no era tarde. Dentro de las casas, las personas estaban terminando de cenar. Pero, poco a poco, acabó por encontrar un sentido sin palabras para aquella soledad. Llegaron rápido al final del pueblo. No porque caminaran deprisa, sino

porque dentro de los pensamientos de Adelaide el tiempo pasaba a una velocidad diferente. No sabía quién era aquel hombre, no sabía para dónde la llevaba. Descubrió una parte nueva de su recelo cuando llegaron al inicio de una calle del campo y continuaron: los pasos en la tierra, la respiración, tantos grillos.

Primero era una sombra opaca. Después era una camioneta debajo de un alcornoque. Se aproximaron, las suelas estallando hojas secas. Era una noche verdadera. Encima de la camioneta estaba un grupo de hombres encogidos. Adelaide nunca había visto a ninguno de ellos. No la saludaron, únicamente se acomodaron en el lugar en donde estaban sentados, la barbilla por encima de las rodillas; se acomodaron las boinas en la cabeza. Delante, la puerta de la camioneta se abrió, un brazo de mujer; esa fue una invitación para entrar. El hombre que la acompañaba escogió la otra puerta y se sentó al volante. Entre Adelaide y el hombre estaba una mujer de ojos vivos. La llave, el motor de la camioneta. Adelaide miró hacia atrás y vio a los hombres que se escondían del viento, con los abrigos abotonados, bultos con quienes compartía lo que desconocía.

Los faroles de la camioneta apenas podían iluminar la noche. La mujer abrió la navaja y cortó una manzana por la mitad. Le dio la mitad al hombre y cuando le ofreció la otra mitad a Adelaide la miró directamente. Al tragar la primera mordida, los oídos de Adelaide se destaparon, se abrieron. Entonces, fue como si el mundo cambiara, como si creciera, como si la distancia se volviera real de repente. La camioneta avanzaba, se esforzaba por entre campos de olivos. Con cada hueco del camino, saltaban todos dentro de la camioneta. Eran lanzados al aire y, a continuación, caían con un estruendo. A veces, había algunos metros de descanso e inmediatamente sucedía dos veces seguidas, tres veces seguidas. En la cabina de la camioneta, eran las mujeres las que volaban con menos control. El hombre saltaba en el mismo sitio, para arriba y para abajo, asegurando el volante con las dos manos, con los ojos en el camino. En ocasiones daba volantazos para evitar algún agujero. Otras veces, ni siquiera lo intentaba. Las mujeres saltaban una para cada lado o chocaban en el aire con los hombros, se daban cabezazos en el techo. Atrás, era claro que los hombres iban derrengados. Tirada sobre el banco, sin posición, con la boca llena de manzana masticada, fue que Adelaide entendió lo que le estaba pasando y lloró como una niña. El hombre y la mujer vieron que estaba haciendo muecas y llorando pero no se molestaron. Estaban acostumbrados.

* * *

2. Conversación entre Ilidio y la vieja Lubelia

Ilidio no encontró las calles hasta llegar a la casa de Adelaide. El muro de la cerca tenía un hoyo donde ponía el pie para trepar. Caminaba con las hierbas llegándole a la altura de las rodillas, las estrellas eran el universo entero acompañándolo. Al mirar al frente, una línea en dirección al muro, veía el rostro serio de Adelaide mirándolo fijamente desde el interior inventado de su voluntad. Había una brisa que pasaba por las hojas de los olivos. En la oscuridad, la cal del muro era plateada.

Saltó el muro del patio con facilidad. Debajo del endrino se sintió protegido por la noche. Tres pasos. Tenía un martillo y un desarmador en el bolso interior del abrigo, pero en cuanto puso la mano sobre la cerradura, la puerta se abrió sin resistencia. Avanzó con mucho cuidado y tiento por el suelo de la cocina. Se quedó parado en la oscuridad a oír el silencio. Se aproximó a la puerta del cuarto, la empujó con poca fuerza, acercó el rostro, el silencio; oyó:

¿Por qué tardaste tanto?

La respiración de Ilidio fue interrumpida, su corazón dio un salto. Dentro de ese susto, le pareció que aquella voz le pertenecía a la vieja Lubelia pero sin arrugas por la edad, sin capas sobrepuestas de resentimiento, como joven, niña.

Acércate más. Esperé tanto por ti, me harté de llorar, casi creí que no venías.

Ilidio avanzó en la oscuridad del cuarto y llamó a Adelaide. Sintió que las manos de la vieja Lubelia lo jalaban.

Abrázame, estoy necesitada de un abrazo.

Ella, ¿dónde está? ¿Qué le hizo?

La vieja esperó antes de responder:

Se llevaron a nuestro bebé, mi amor. Yo no fui capaz de mantenerlo dentro de mí y ellos se lo llevaron. Mi madre vino a cambiar las sábanas. Quemó las sábanas viejas en el fuego.

¿Dónde está?

El olor a tela quemada llenó la casa, apestó todo.

Ilidio agarró los hombros flacos de la vieja, la franela de la camisa de noche; la sacudió.

¿Qué le hizo?

Yo no fui capaz de mantenerlo dentro de mí, mi amor bendito. Quise mantenerlo, intenté todo, pero ya no tenía fuerza para tanto.

Mi cuerpo era más fuerte que yo.

¿Dónde está Adelaide? ¿Qué le hizo?

Nuestro bebé está en camino hacia el cielo, mi amor. Dios no va a permitir que un angelito inocente padezca por males que no le son debidos. Dios oye con misericordia sin fin. Por eso estás aquí. Pedí tanto por ti, pedí tanto a Dios que te trajera de nuevo a mis brazos. Bésame en la boca, mi amor, mi gran amor.

Fue triste el momento en que Ilidio empujó el cuerpo de la vieja en la oscuridad. La sintió caer de espaldas sobre la cama.

Ven. Estoy lista, mi amor, mi gran amor. Entra en mí, termina conmigo. Estoy limpia y lista.

Una última vez, sin esperanza:

¿Dónde está Adelaide?

La voz de la vieja Lubelia, rejuvenecida, casi susurrando:

Ven.

Ilidio se llevó las manos a la cara, se la frotó como si no le perteneciera y salió. En el patio la noche era más grande que antes. En algún lugar de aquella noche, Adelaide respiraba, veía un pedazo de mundo rodeándola, tenía pensamientos. Saltó el muro del patio y después el cercado. Llegó a la calle y caminó directo a la casa, perdido.

3. Conversación entre Ilidio y Cosme

Despierta, despierta.

No estoy durmiendo.

Era una hora cualquiera a la mitad de la tarde. Eran las tres de la tarde o tres y media, o cuatro, o cuatro y media. Ilidio acostado en la cama no sabía la hora. Cosme de pie a la entrada del cuarto, tampoco. Josué estaba trabajando, pero la puerta nunca estaba cerrada con llave, solo con el pestillo, Cosme entró sin problemas.

Despierta.

Ya te dije que no estoy durmiendo.

Ya sé a dónde fue. Me contó Etelvino Maltês. Le contó el de las bicicletas, parece que oyó a Zefa y a Cremilde do Tarrancho canturreando debajo de su ventana. Me contó ahora en la plaza. Vine corriendo inmediatamente.

Ilidio estaba en la cama. No sabía qué decir.

Josué pensaba que comprendía. Cosme también pensaba que comprendía. Ilidio se levantó, se quedó sentado en el colchón, nada le impediría mirar directamente a Cosme, el silencio breve.

Se fue a Francia.

El silencio largo. Dentro de este tiempo, en el que se podría

imaginar una carreta que no estaba pasando por la calle, o un rebaño de ovejas que tampoco estaba pasando por la calle, la mirada de Ilidio se llenó de preguntas, de miedo, de paisajes distantes, de viento, de ternura, de deseo, de valentía y de certezas.

¿Me ayudas?

Ahora no es buen momento para pedirle más dinero a mi padre.

No es eso. Yo me las arreglo. ¿Me ayudas a preguntar la manera de llegar a Francia?

Antes de salir, jovial, Cosme sonrió.

Yo voy contigo.

Adelaide solo supo que iba a Francia cuando la camioneta paró debajo de un alcornoque en medio de la noche, cuando pisó la tierra. Fue la mujer quien le dijo, como si ella misma no entendiera lo que decía. Francia, algo. A partir de aquel punto seguían a pie. Las veredas eran reales, separadas por tojos, hechas de tierra suave y piedras. Las dos mujeres y los hombres seguían en fila. Cuando Adelaide tropezaba, golpeaba la espalda del hombre que iba enfrente. Tenían un cielo enorme y negro sobre todo lo que veían. El hombre que había conducido la camioneta sabía el camino. Las veredas eran reales entre las sombras, pero la imagen de Ilidio podía ser vista solo por Adelaide. Era un rostro que se levantaba delante de ella, recordado en el callejón de la panadería, aproximándose antes de besarla. Su voz sonaba dentro de su cabeza. Había grillos, había el ruido arrastrado de los pasos, podía haber un hombre que tosía y carraspeaba, pero por encima de eso, estaba la voz de Ilidio haciendo promesas de felicidad.

Dos horas en las que Adelaide subió y bajó colinas sin salir de la fila. Pararon a descansar. Se sentaron a la orilla de un hilo de agua, un riachuelo pobre. Adelaide se quedó sentada en el suelo, continuó abrazada a la maleta mirando hacia los hombres que cortaban rebanadas de pan, le ofrecieron un pedazo, rechazó, miraba lo profundo de la noche, desconsolada.

Es la ausencia la que hace nacer el pensamiento.

De repente la mujer llegó, salida de la oscuridad, afligida, las enaguas le crujían, la respiración entrándole en medio de las palabras, partiéndolas. Se dejó caer en los brazos del marido, conductor de la camioneta. Firme, caminó a su lado, mientras los otros los seguían. Adelaide caminaba también detrás de ellos, también sin saber.

En el suelo, el destrozo, detrás de la sombra de una roca estaba

el cuerpo de uno de los hombres que venían en la parte trasera de la camioneta. Tenía el rostro y los ojos atravesados por arañazos de garras, la piel rasgada por surcos profundos, clavados en la carne. Tenía el rostro hecho girones. Le faltaba uno de los lados del cuello, comido, arrancado a mordidas. Estaba blanco, como si no estuviera hecho de persona, como si fuera una forma de arena fina. No escurría sangre de las heridas. Estaba seco y helado.

Fueron los lobos.

Uno de los hombres comenzó a querer cavar un hoyo con un palo.

No tenemos tiempo para eso ahora.

Mientras volvían por las maletas y por las bolsas, la mujer sollozaba aún debajo del brazo del marido. Los hombres murmuraban palabras cerradas. El marido tenía una expresión seria y apresuraba a toda la gente, decía que o iban o se quedaban, decía que regresaría para enterrar al muerto, pero ni él mismo, ni nadie creyó que lo haría.

4. Conversación entre Ilidio y Galopim

Toma esta paloma.

Galopim todavía tenía marcada la cara por las avispas y por el montón de puñetazos que se había llevado.

Tómala, llévala contigo. Haz esto: cuando llegues allá, a Francia, suéltala al aire y después, cuando regrese, sabremos que llegaste bien.

Ilidio recibió la paloma. El hermano de Galopim estaba acostado de lado, con la cabeza acomodada en el colchón, respiraba por la nariz y oía. Ilidio desvió la mirada de la paloma que sostenía.

No se te olvide darle agua. Aunque tengas que orinarle encima. El agua nunca le puede faltar.

Sabes que si necesitas cualquier cosa puedes ir con Josué, ¿verdad?

Galopim asintió con la cabeza y continuó sonriendo.

Ilidio lo abrazó.

(Puesto de vigilancia)

Quien abrió la puerta fue Ilidio de catorce años. Era domingo, era casi la hora de la comida. En el instante en que lo miraban sin haber aún abierto la boca, Ilidio pensó que se trataba de una colecta de la iglesia, de alguna decisión que había nacido en la misa. Eran dos hombres sujetando las puntas de una colcha. Detrás, acompañándolos, el cura daba explicaciones a la sorda y al marido

de la sorda. Ilidio lo vio y apartó inmediatamente la mirada. Los hombres que sujetaban la colcha le dijeron lo que querían.

Ilidio los dejó esperando y entró a la casa, atravesó la cocina para encontrar a Josué orinando en el jardín y le contó.

Están haciendo una colecta para construir un puesto de vigilancia.

¿Un puesto de vigilancia?

Sin desviar la atención del arco de orina, sin interrumpir su flujo, soltó un pedo: sonoro, redondo, que tronó en el aire. No fue por coincidencia que dos gorriones se lanzaron volando en direcciones opuestas.

Mira, entrégales este membrillo.

Se rio. Ilidio continuó mirándolo, serio.

Josué vio la orina recogerse, sacudió algunas gotas y, mientras se abotonaba los pantalones, dijo:

Espera, diles que después ayudamos en la obra.

Fue lo que Ilidio les dijo y se quedó viendo cómo golpeaban la puerta de cada uno de los vecinos y repetían la misma conversación mientras bajaban la calle. A los catorce años Ilidio no entendía. Enfrente iban dos hombres sujetando las puntas opuestas de una colcha. Atrás, siguiéndolos, iban el cura, la sorda y su marido. La colcha parecía tener un cierto brillo de nueva, los hombres la agarraban por las esquinas y, cuando las personas aventaban monedas en su interior, se oía un tintín y la barriga de la colcha redondeándose en dirección al suelo parecía crecer.

Ilidio no entendía cómo era posible que aquellas personas que contaban tostones en el mostrador de la mercería, que se lamentaban en la panadería, lograran condiciones para despedirse de las monedas con aquel desapego. Ilidio tenía catorce años, sabía el valor del dinero y el de la cola de una sardina.

Ya al anochecer, después de haber masticado un pedazo de pan con tocino, hablando bajo, alumbrado por la lámpara de petróleo, Josué le explicó.

Se cagan de miedo. Son unos coyones. Si no dan para el módulo, tienen miedo de que los otros piensen que están escondiendo algún crimen. Prefieren quedarse sin comer antes de que les arranquen las uñas con un alicate.

Hizo una pausa y habló todavía más bajo.

La culpa es de Salazar, ese hijo de su putísima madre, ese perro. Y el cura es otro igual. Se llenan la barriga de pasteles, masa fina, pero tienen la cabeza llena de estiércol. Andan con la boca llena de pobres, compadeciéndose, los pobrecitos, los pobrecitos, pero has

de venir tú a decirme cuándo los ves hacer algo por los pobres. Son unos parásitos desgraciados, se han de pudrir con todo el veneno que se cargan debajo de la piel, eso, si no están ya podridos, si no es que ya tienen mierda líquida recorriéndoles las venas.

Ilidio oyó estas palabras y se sintió importante, crecido, hombre. Esa fue la primera vez que Josué le habló de política.

Más tarde, luego de un silencio demorado, a propósito de nada, Josué añadió:

Un puesto de vigilancia. A este pueblo le hace tanta falta un puesto de vigilancia como un brote de sarna. Ese cura lo que necesita es que le construyan un puesto de vigilancia encima del culo.

Josué era sobre todo un sentimental. En noches raras de taberna con otros hombres, después de media docena de vasos de vino, lloraba inevitablemente. Muchas veces, en esas situaciones, los ojos le comenzaban a lagrimar y no podía identificar por qué. Llegaba primero la emoción y solo después el motivo. Los otros hombres de la taberna respetaban esa franqueza. Por eso, cuando todavía no había comenzado a acomodar la ropa en la maleta, Ilidio no se sorprendió de que Josué ya estuviera llorando.

Ilidio no necesitaba poner la palma de la mano en la superficie de las paredes de la casa para saber los detalles de su textura. Antes de sentarse a la mesa, puso la maleta a poca distancia de la puerta. Josué iba entre la mesa y la lumbre, la alacena con las puertas de reja y el cajón de los cubiertos, llevaba u olvidaba cosas, el pan, los tenedores.

Se sentaron a cenar pero casi no comieron, no fueron capaces. Josué había bajado la llama de la lámpara a propósito, no quería ser visto. La maleta hecha, lista, era una presencia.

Entonces Josué quiso hablarle de valor. En vez de eso le pidió que comiera, le dijo que iba a necesitar fuerzas. Al mirarlo, el albañil se acordaba bien de la madrugada en que se atrasó para ir a buscarlo a la fuente nueva, se acordaba de todos los momentos en que sonreían juntos. Comprendía que Ilidio tenía que partir. Quería que se sintiera vivo y no quería volver a mentirle. Años antes, cuando los muchachos de la edad de Ilidio fueron al sorteo militar, lo convenció para que no fuera, le afirmó que no valía la pena. Le dijo:

Con tu madre desaparecida y tu padre desconocido, no vale la pena que vayas.

En aquel momento, creyó que prefería hacerle daño a perderlo. Los remordimientos llegaron reflejados en el espejo. Después de contemplar la tristeza de Ilidio durante días, durante semanas, al verse en el espejo, no quería creer que aquellas palabras habían salido de su rostro. No volvieron a hablar sobre eso y ese arrepentimiento se oscureció dentro de él.

Al otro lado de la mesa, en otros pensamientos, mientras empujaba papas con el tenedor, Ilidio quiso decirle que había aprendido su dignidad, que conservaría su ejemplo. En lugar de eso, continuó el silencio y por instinto intentó protegerse pensando en trenes.

Finalmente, la explicación: cuando era más joven que sus recuerdos, tres años, cuatro años, la madre de Ilidio se sentaba en la máquina de costura. De aquel balanceo de sus pies, del círculo que su mano dibujaba, nacía un estruendo repetido. Durante esas horas, su madre escogía una voz que lo calmaba, una voz hecha de la más suave tela y le decía que aquel era el ruido de los trenes, que no debía tener miedo. Durante esas horas, su madre sonreía con fuerza. Después, aquello que le decía de los trenes tenía magia.

Josué e Ilidio eran dos hombres de edades diferentes, sentados en una mesa que compartían desde hacía un tiempo que allí parecía ser toda una vida. El tablero de la mesa estaba gastado por toda la historia del mundo. No había una palabra simple que los describiera. La hora llegó como un clavo oxidado, clavándose entre las costillas.

Lágrimas, sentimental; fue Josué quien se levantó primero, la silla arrastrándose por detrás de las piernas. Ilidio se levantó a continuación, su rostro, material rocoso. Uno de ellos abrió la puerta. La noche era tan grande. ¿Dónde estaba la luna? Las manos de Josué y las de Ilidio se tocaron y se separaron. Ilidio avanzó por la calle hasta desaparecer, hasta que quedó solo la calle vacía, hasta que pareció que también la calle desapareció. Josué cerró la puerta y la casa se volvió definitiva, ningún fuego sería capaz de calentarla.

(Puesto de vigilancia)

Cavar las zanjas para la cimentación con un pico fue una tarea que Josué hizo casi solo, rechazando la ayuda durante días enteros de lodo, calculando que ese crédito delante de los fascistas le sería valioso. Al mismo tiempo, ese sacrificio era un periodo de superación personal. Al emprenderlo, recuperaba la fe en sus manos. Después, en el jardín, susurrando, cuando los hombres lo iban a buscar, mandaba a Ilidio a decirles que no estaba, que no sabía dónde estaba. Cuando lo encontraban en la plaza y le pedían directamente que fuera a la obra inventaba pretextos y hernias.

El puesto de vigilancia se fue levantando. El cura pasaba tardes con las manos en los bolsillos alabando la generosidad del pueblo. Los hombres que lo acompañaban, beneméritos del espíritu, expresaban acuerdo y sin que nadie les preguntara, enumeraban de memoria una lista de todos aquellos que no habían contribuido. Fue en una Pascua cuando, debajo del sol, hombres contrariados colocaron las últimas tejas y mujeres con dolores en la espalda encalaron las últimas paredes. En cuanto el módulo quedó listo, Josué apareció preguntando si necesitaban ayuda.

La inauguración se hizo una mañana de sábado. Hubo misa, bendición, cánticos, discurso del yerno de doña Milú, presidente del ayuntamiento, y aplausos al oír la señal. Los guardias estaban prometidos para dentro de un mes. Para comenzar, un cabo y dos soldados, garantizó el yerno de doña Milú. Pasó el primer verano y el primer otoño. En diciembre, creció una hilera de hongos al ras de las paredes. En enero, nadie se arriesgó a comentar sobre las primeras manchas de musgo. Por dentro, el puesto de vigilancia tenía suelo de losetas de madera; había escritorios por estrenar llevados de Lisboa; había cortinaje en las ventanas cerradas que olía a moho. Solo faltaban los guardias, pero esos nunca llegaron. El pueblo estaba demasiado lejos de las ciudades donde nadie conocía su nombre.

Los lobos. Hasta la primera luz de la madrugada caminaron con miedo de los lobos. La imagen del cadáver, su rostro de carne desgarrada y la opresión que a partir de ahí se envolvió alrededor del pecho, no se disolvió con el día que nacía sobre los pequeños

sonidos, solo cambió de color, clareó. Con la luz, el mundo creció. El hombre que antes conducía la camioneta era el único de movimientos libres, era el único que se fijaba en los pájaros que ensanchaban la extensión del cielo. Los hombres se miraban unos a otros, ese era su horizonte, no se atrevían a más.

La mujer ya no seguía con ellos. Mucho antes del inicio del día, muy dentro de la noche, había regresado sola. Todos entendieron que regresaba por culpa del recuerdo del hombre muerto. A pesar de que no todos entendieron que partiera sola por caminos escondidos y negros, infestados de criaturas invisibles y asesinas, todos entendieron que había sufrido y que necesitaba soledad purgatoria.

Hubo un susto colectivo, ay, en el momento en que el rostro tiznado de un hombre surgió detrás del tronco de un árbol. Ese susto estaba todavía en sus ojos cuando el hombre que antes conducía la camioneta empezó a sonreír y a hablar español. Se conocían, uno estaba esperando al otro. Conversaron, se rieron. Entonces, los entregó al español, barba crecida, expresión maliciosa. No se despidió, desapareció. Siguieron al español sin saber hacia dónde iban. Eran una pequeña multitud de desconocidos asustados. Las maletas les dolían de la misma manera que les dolían los pies, las piernas y la columna. Arrastraban una voluntad que era cada vez más difícil de explicar, náufragos de todas las palabras que no decían, manchas grises atravesando los campos, escondiéndose. Entre ellos, seguía Adelaide, pensamientos mezclados con tristeza y polvo.

Otra camioneta. El español los hizo subir a la parte de atrás. Adelaide, con ayuda de un hombre que la jaló por la muñeca, también subió. Entonces, el español los cubrió con una lona. Se quedaron sabiendo todavía menos. El motor empezó a funcionar. La lona olía a caucho y a tierra seca. El aire que respiraban y que atravesaban con las miradas era gris oscuro, no el color del final de la tarde, más oscuro que eso. Tal vez por culpa de las sacudidas, tal vez por culpa de los nervios, uno de los hombres vomitó el líquido amarillo que le forraba el estómago, esa aguachirle, claras de huevo, escurría por el suelo, pasaba por las botas de los hombres sentados y olía a vinagre ácido.

La paloma que Galopim le había dado llevaba un señuelo y dentro de la maleta, respiraba entre camisetas interiores de algodón. Tal vez se creyera muerta, tal vez creyera que la vida se había

transformado en un lugar negro, caliente, ritmado por pasos seguros.

Ilidio encontró a Cosme acomodado en el portón del aserradero como habían establecido el día anterior. Lo esperaba al lado de dos maletas que, apiladas, le llegaban a la cintura. Ilidio murmuró un saludo, Cosme iba a comenzar algún asunto, pero se calló en medio de una frase incompleta porque empezó a equilibrar las maletas en los brazos para acompañar a su amigo que ya estaba media docena de pasos al frente, en dirección a la noche absoluta de la calle de tierra. Ilidio no tenía ánimo para conversaciones y Cosme no podía hablar porque las maletas le pesaban, no querían despegarse del suelo. La noche era negra, era negra. Los grillos extendían hilos de brillo dentro de la noche. Si alguno de ellos hubiera mirado hacia el cielo, no habría encontrado la luna.

Debajo de un alcornoque estaba una camioneta. Era así que la había imaginado cuando, en la plaza, un hombre les recibió el dinero y les explicó lo que sucedería. No digo que vaya a ser fácil, aseguraba, pero, durante la explicación, todo parecía fácil. Se aproximaron a la camioneta. Había un grupo de hombres agachados en la parte de atrás, muchachos como ellos y había una mujer en la cabina. Cosme puso las maletas, sujetó a Ilidio por el hombro mientras recuperaba el aliento; atrevido, se dirigió a la mujer. La mirada con la que ella le respondió fue severa. La suavizó al encontrarse con el rostro de Ilidio, casi sonrió. Aún mirándolo fijamente, dijo buenas noches. Regresando a Cosme, les ordenó que subieran junto a los otros, su marido debía estar casi llegando. Antes de hacerlo, Ilidio oyó la voz de Cosme susurrándole una obviedad al oído.

A esta tipa le gustaste.

Encogidos, esperaron tal vez una hora, tal vez más. El hombre con quien habían hablado en la plaza, el marido de la mujer, venía acompañando a una muchacha que también entró a la cabina. El motor de la camioneta rugió dos veces. El viaje comenzó.

* * *

¿Qué sería Francia? Adelaide sabía tres cosas acerca del país al que se dirigía: en Francia, las personas tenían máquinas que hacían el quehacer en la casa, que barrían el piso, que lavaban los trastes y la ropa, brazos de hierro; en Francia, las personas solo andaban en

automóvil, incluso para ir a la panadería; en Francia, las personas comían carne de caballo cocida. Esta última información era la que más impresión le causaba, sentía lástima por los animales. También ya había oído hablar de la ciudad de París, conocía el nombre; y también ya sabía que los franceses hablaban extranjero. ¿Cómo iba a entenderse en un lugar en el que toda la gente hablaba extranjero y comía caballo? Durante las horas de viaje, cubierta por la lona, rehuyendo con el rostro las miradas empañadas de los hombres, Adelaide se afligía con estas preguntas, pero había un pensamiento que le causaba mayor dolor.

El recuerdo del rostro de Ilidio. Al imaginar dónde podría estar el rostro de Ilidio en aquel preciso momento sentía que sangraba por dentro, sentía que el interior de la piel le sangraba y que toda esa sangre se acumulaba, líquida, gruesa y que le bastaría tocar una astilla minúscula para desvanecerse y morir. Adelaide imaginaba su sangre, su vida, escurriéndosele hacia afuera del cuerpo, formando un charco, enterrándose en la tierra, regresando; y bajaba los párpados sobre los ojos.

En un momento que le pareció tantas veces que nunca llegaría, la camioneta paró. Cuando la lona fue levantada todos se habían olvidado de la luz y de los detalles del mundo. En los primeros pasos después de que bajaron, tanto Adelaide como los hombres tuvieron que reaprender a andar. Cada uno escogió una dirección equivocada para avanzar sin destino. Tenían mucha hambre, pero no era en eso en lo que pensaban. Los pensamientos se dirigían con la misma falta de orientación y con la misma excitación tartamuda de sus pasos.

Estaban en una hacienda, había vacas de ojos grandes, serenas, que se sorprendían con aquellas personas perdidas. El español sujetó la punta de una manguera de donde chorreaba agua limpia. Al intentar correr, los hombres se tropezaron consigo mismos. Niña, Adelaide empezó a llorar.

Cosme probó llevar las maletas en los hombros, en la cabeza, pero no aguantaba mucho de ninguna manera y, de vez en cuando, tenía que detenerse. Ilidio lo esperaba, a veces lo ayudaba. A lo largo de veredas, iban siempre al último, los otros hombres seguían la marcha y en muchas ocasiones, los dos temieron perderlos de vista. Cuando finalmente pararon junto a un hilo de agua, fue un alivio. Más que sentarse, se dejaron caer. Ilidio aprovechó para sacar a la paloma, darle aire y agua. Al envolverla con las dos manos, pensó

en decirle a Cosme que no podían continuar con aquel peso de maletas pero antes de eso, la mujer se aproximó. Traía media manzana en la mano y la ofreció en silencio. A pesar de la noche su mirada parecía iluminada por el fuego.

Ven.

Ilidio se levantó y la siguió. Los sonidos gastados de los otros hombres, tal vez voces, quedaban atrás, sofocados por el cielo cargado de negro. Mientras seguía a la mujer por una estrecha vereda, Ilidio llevaba todavía la paloma en las manos. Tanto él, como la paloma, no sabían hacia dónde iban, dónde estaban. Era como si los dos tuvieran un señuelo metido en la cabeza, hecho de tiempo y de cuero, atado por debajo del cuello, apretado.

La mujer se detuvo donde solo se oía su respiración rápida, cada vez más rápida y los grillos, distantes. Entonces, Ilidio la vio bien. Tenía el rostro incendiado, hecho de infierno. Sus ojos eran compuertas hacia otro lugar. Los labios de la mujer desaparecieron por debajo del tamaño de sus dientes, súbitamente enormes y afilados. Levantó las manos lentamente y en la punta de los dedos, tenía garras sucias, gruesas. Sin que existiera un instante entre ese y el siguiente, la mujer se lanzó entera sobre Ilidio. Sintió el cuerpo de la mujer, duro y pesado sobre el suyo en el sofoco de la lucha. En un gesto que no anticipó, le clavó la paloma en la boca abierta. Tuvo tiempo de verla deshaciendo al animal, los movimientos angustiados de las alas, muriendo; y tuvo tiempo de salir corriendo.

No encontró el camino, arrastró el mundo entero en dirección a los hombres sentados que comían pan, que bebían vino. Llevaba el corazón descontrolado, latiéndole en el interior de todo el cuerpo. Jaló a Cosme por el brazo. No hubo preguntas porque no hubo palabras. El rostro de Ilidio estaba cubierto de pánico. Ambos echaron a correr por el campo negro. Las maletas quedaron atrás.

(Puesto de vigilancia)

Gris o azul oscuro eran los colores que se asentaban sobre la cal mientras anochecía. La culpa era del cielo. Había hierbas que crecían pegadas a las paredes y había hierbas que insistían en agitarse bajo la brisa. Galopim llegaba primero y esperaba, se sentaba en los escalones de la puerta trasera. Se quedaba inmóvil, transformándose en piedra, en ladrillo, imaginando que así desaparecía, no podía ser visto. Dentro de la sombra, la mujer casada llegaba siempre aprisa.

Galopim empujaba la ventana que estaba al lado de la puerta trasera. Bastaba el toque de un dedo, el pulgar, para abrirse. La

mujer subía con ayuda de Galopim que le abrazaba los muslos por detrás. Él subía a continuación, sin ayuda. Las suelas de los zapatos aplastaban el polvo que crecía en el suelo de los mosaicos de la cocina. Años antes, todavía durante el proyecto y después durante la obra, el cura había dicho muchas veces:

Los guardias van a preparar aquí ricos antojitos.

Caminaban después por un corredor donde era siempre invierno y llegaban a un salón con escritorios. Entonces, la mujer casada se agarraba con brazos y piernas a Galopim. Quería devorarle la boca. Su eje en las palmas de las manos, cuello, hombros, pecho; se recargaba en uno de los escritorios y se sentaba. En determinado momento, rápido, la mujer casada bajaba la mano derecha sobre los pantalones de Galopim y ya sabía que iba a encontrar un bulto duro, suavizado por la tela. Le abría los botones y aún antes de acariciarlo, sabía que lo sentiría pulsar, como si quisiera crecer todavía más. No lo sujetaba durante mucho tiempo porque se ponía ansiosa, tenía prisa.

Con la falda levantada hasta la cintura, en los días de mayor avidez, se quitaba los calzones y lo metía veloz dentro de sí. Satisfecha, respiraba de otra manera. Otros días, también impacientes, se bajaba los calzones y se quedaba con las piernas abiertas, abierta, esperando un instante. Ese instante estaba hecho de imposible. Después, colmada, como si fuera a morir, sentía el tamaño enorme de Galopim, gigante. Él la sujetaba por las piernas, que eran blancas, no veían el sol. Con el interior de sus brazos le envolvía las piernas, los muslos anchos, superficie de piel blanca. Él tenía fuerza suficiente para llevarla al borde de la muerte. La mujer casada sentía que si él continuaba, podía matarla. Él continuaba, con más fuerza, más profundo y ella sentía que si él continuaba, podía matarla. Él continuaba.

Se sentía también el calor del agua espesa que escurría del centro donde, juntos, se rasgaban. Se sentía también el olor, mezcla animal de traspiración de Galopim y del sexo, que escurría.

Al final, después de enloquecer, se desorientaban por un momento. Regresaban despacio al tiempo, al lugar donde estaban y a sí mismos. Galopim se subía los pantalones y se los abotonaba. La mujer casada se limpiaba con un pañuelo y se recomponía. Era ya de noche. En la oscuridad fumaban un cigarro. Era la mujer quien traía los cigarros y una caja de cerillos. Pensaban. Sabían que aquello no podía durar para siempre. Incluso Galopim, que era sencillo, sabía que aquello no podía durar para siempre.

La noche que pasó en la hacienda acostada en la paja, entre las vacas y el olor de las vacas, el calor pastoso, fue una bendición. Aprovechó ese descanso para aprender nuevamente a creer. De madrugada, cuando el español apareció, alborada, levantando a los hombres aturdidos, Adelaide fue capaz hasta de sonreír. Se levantó y quiso seguir el camino. Ya en la camioneta, cubierta por la lona, cuando un hombre le ofreció media rebanada de pan, Adelaide aceptó.

Horas, ¿cuántas horas duró esa parte del viaje? Sentada, con los movimientos bruscos, no había manera de saber cuándo volvería a parar, pero se había acostumbrado al motor, a las propias sacudidas, a lo rígido con que las tablas de la camioneta le molían las nalgas, los músculos, le descoyuntaban los huesos. Al mismo tiempo, estaba animada por la idea inventada de que Ilidio la encontraría. Lograba imaginarlo sin desistir de todo lo que habían imaginado. Además, ella misma llegaría a Francia. Allá revolvería todo, reviraría cada pedazo del camino, hasta hacerle saber a Ilidio dónde estaba o hasta regresar a su lado, sus pechos de nuevo abrazados, pegados, ninguna distancia. Dentro de sí, sin palabras, repetía una nube informe de esperanza.

La camioneta paró. Bajaron delante de una multitud de hombres y de algunas mujeres, algunos niños agarrados a sus madres. Esta vez, Adelaide y sus compañeros de viaje no tuvieron tiempo de sentir la tierra bajo los pies, el peso de esa seguridad, porque se sorprendieron al ver lo que los rodeaba: como un mercado, personas entre maletas y canastas, mantas extendidas en el suelo, sonrisas despeinadas. La tarde no duraría mucho tiempo. En esa mezcla de colores oscuros, había una calma premeditada que hasta los niños respetaban. No fue Adelaide la que pronunció palabra, fue una mujer que se aproximó a ella y le habló en portugués, pero de otra forma. Apuntando hacia la boquilla de una garrafa le ofreció un trago de vino tinto, Adelaide aceptó. Tras el inicio de la conversación, sentada en una manta al lado de la mujer, supo que aquellas personas venían del norte, conocían bien el río Duero y supo que Francia estaba inmediatamente después de las montañas que se levantaban allá en el fondo.

Comenzó a anochecer, continuó anocheciendo y en un momento de silencio, cuando la mujer del norte se alejó y desapareció atrás de un monte de jaras, iba a orinar, mear, Adelaide abrió la maleta. Apartó la ropa con delicadeza y encontró el libro. Pasó la punta de los dedos por la cubierta, lo sintió. Después, lo levantó con las dos

manos, lo deslizó a lo largo de la piel del rostro, lo tocó con los labios. Mientras lo abrazó mantuvo los ojos cerrados.

Apenas podían respirar. Pararon bajo de la noche inclinados sobre el suelo, con las manos puestas sobre las rodillas. Sin entender, Cosme estaba un poco enojado. Ilidio le explicó de la manera que fue capaz. La dificultad para explicar fue igual a la dificultad para entender. Entonces, en medio de la nada, Cosme decidió interrumpir ese momento y, por una vez, ser metódico. La situación era: estaban en medio del matorral, era noche cerrada, no sabían el camino hacia Francia y poseían los siguientes objetos: una navaja, dos sábanas, dos carteras con un total de doscientos treinta y cinco escudos, una agenda pequeña, un lápiz con la punta quebrada y una caja de fósforos. Además, tenían los cinturones, que podían ser de provecho en alguna ocasión imprevisible, y tenían un seguro que sujetaba una parte del forro del abrigo de Ilidio.

Continuando en la misma dirección, caminaron en silencio, tal vez desalentados, pensativos. Los tojos se les enredaban en las piernas de los pantalones, avanzaban lejos de las veredas. La brea, sin luna, tornaba más vivas las formas que imaginaban, les quitaba el color y les afinaba los contornos. En el caso de Ilidio, era la forma del rostro de Adelaide la que se perfeccionaba. La quería tanto. Había una agitación invisible alrededor de sus manos en los momentos en que pensaba en ella con toda su fuerza. El aire de la noche se tornaba espeso y era respirado no como aire, sino como vigas de madera vieja que le bajaban por la garganta. Se obligaba a continuar porque su cuerpo tenía ganas de desistir. No comprendía el tamaño de la distancia que lo separaba de ella. Se acordaba también de Josué. Repetía dentro de sí mismo lo que le había querido decir y que no había podido. Esas palabras, incandescentes en el silencio, eran un aceite amargo que se mezclaba con la saliva y que se balanceaba en el interior de su boca, hiel. Con cada número contado de pasos, Ilidio escupía.

La soledad absoluta es infértil.

En el caso de Cosme, sus pensamientos dibujaban imágenes del pueblo y borrones desenfocados de las calles de Coímbra. Tenía el tiempo de estudiante turbado por el alcohol y por la euforia. El esfuerzo de subir las escaleras monumentales era poco comparado al castigo de atravesar aquel matorral negro. Se acordaba de su madre, apesadumbrada, sin color, y de su padre, también apesadumbrado, con la misma falta de color, contando de nuevo el

dinero del viaje, billetes con olor a dinero. Llevaba ese remordimiento como un costal sobre la espalda. Se confundía con sus propios pensamientos, divagaba en ellos, dando encontronazos unos con otros. Encontraba cavilaciones sin respuesta, la guerra, la guerra y se hundía en ellas hasta las rodillas. Tal vez ir a Francia fuera una especie de guerra, tal vez estaba yendo en la dirección de todo aquello de lo que quería huir. ¿Hacia dónde iba? Súbitamente, la vida le parecía una encrucijada de callejones.

Espera.

Cosme le pidió a Ilidio que parara no tanto por estar cansado, sino porque necesitaba hablar, necesitaba ser oído y necesitaba alguna idea que lo reconfortara. Pero no fue eso lo que sucedió. Se asustó con una liebre que pasó disparada a pocos metros.

No es nada.

Y continuaron. Sin reloj no eran capaces de prever que la mañana nacería dentro de una hora. Lo oscuro del cielo era tan opaco como el mundo que no existía a metros, kilómetros, del lugar donde estaban. Al aproximarse a los árboles, les parecía que las ramas sostenían ese cielo, como si las copas de los árboles fueran el cielo entero. Les bastaba la memoria para saber que existía lejanía. Muchas veces, las piedras parecían atravesarles las suelas de las botas. Eran piedras duras, rocas con ángulos afilados, picos que esperaron años para herirles las plantas de los pies.

Se equilibraban en una bajada cuando Cosme, un poco detrás de Ilidio, lo vio desaparecer de repente. Un ruido rápido y un estruendo. Dio dos pasos y se quedó cerca de un precipicio de metros. Solo el silencio. Cuando lo llamó, la voz le salió frágil:

Ilidio.

Después comenzó a bajar, rodeando el barranco, casi cayendo también. Ilidio, acostado, tenía el rostro aplastado sobre la tierra. Cosme lo jaló por los hombros, era pesado, las piernas y los brazos eran pesados, la cabeza era pesada. Nervioso, Cosme lo llamó muchas veces, IlidioIlidioIlidio, pero no obtuvo respuesta. Las manos de Cosme, solas, comenzaron a temblar. Ilidio había muerto.

Al final, Ilidio no había muerto. Qué susto. Cosme se asustó con una intensidad que, hasta ahí, desconocía. Cuando Ilidio abrió los ojos, nació el día y Cosme se quedó sin poder hablar durante minutos. El alivio no fue suficiente para borrar la herida del choque que sintió.

Todavía con la cabeza en el regazo de Cosme, Ilidio murmuró las primeras palabras incomprensibles, solo él sabía lo que quería decir. Había pájaros despertando y toda la naturaleza se mostraba indiferente ante aquel pequeño incidente. Entonces, Ilidio se despabiló. Abrió la navaja y afiló el lápiz. Sujetó la agenda en cualquier página, noviembre, y escribió: nos vamos de aquí.

¿Eh?, era la respuesta que Josué daba cuando alguien se dirigía a él.

Buenas tardes.

¿Eh?

O:

¿La mezcla está bien de arena?

¿Eh?

Incluso durante las horas de trabajo, Josué había perdido su robustez.

Fue así durante los días que, lentamente, sucedieron a la partida de Ilidio, fue así que esa primera semana llegó y pasó por la insensibilidad de Josué. Había noches en las que no podía estar en la casa y había mañanas en las que no lograba salir de ella. Pero, también lentamente, fue encallando. La segunda semana después de la partida de Ilidio trajo lluvia y ánimo, trajo días grises y un fondo de esperanza al pecho de Josué, pero también en esa semana, miércoles, en una esquina de la plaza, antes de media docena de copas de vino, que no llegó a beber, Galopim le preguntó por Ilidio.

Hasta ese momento, nadie le había preguntado por Ilidio, las personas del pueblo sabían cuáles eran las preguntas que debían evitar, pero Galopim difícilmente sabía de otras materias. Josué conocía esa sencillez y, por eso, no se tomó la pregunta a mal, incluso sonrió. Antes de que diera una respuesta que no tenía, Galopim, tan sencillo, le contó la historia de la paloma, le explicó los detalles de la raza del animal.

Josué se quedó pálido, la piel de su rostro se transformó en caucho blanco y sudor blanco. Las pesadillas que había cubierto con capas frágiles de cualquier cosa, ramas secas tal vez, se destaparon de nuevo, carne viva, pequeños lagos de sangre.

Más mareado que si hubiera entrado en la taberna, Josué no pudo despedirse de Galopim. Tocado por la nitidez de todas las aristas, atravesó el pueblo y se fue a su casa cavilando.

En Francia, hicieron todo el camino en tren.

Adelaide abría grandemente los ojos cuando pasaban por los pueblos, grandes plantaciones, maizales. Apenas había visto dos o tres estaciones desenfocadas y ya era amiga inseparable de la mujer del norte que había conocido hacía poco y que viajaba a su lado. Se llamaba Libânia e iba a encontrarse con su marido. Adelaide quiso saberlo todo.

Se había casado por poderes. Libânia le contó que fue una fiesta bonita, con *rojões,* y le mostró un retrato, vestida de novia, al lado de un hombre elegante, de traje. Era el padrino, tenía un nombre que Adelaide no memorizó, Alfredo o Alberto, y, durante la ceremonia, representó el papel del novio que a esa hora estaría siendo subido a la grúa de una obra francesa. Libânia conocía esos detalles porque, el sábado del enlace, al anochecer, noche de bodas, le dieron la sorpresa de llevarla a la mercería, donde habló por teléfono con su marido. El aparato estaba puesto sobre el mostrador, al lado de una pila de hojas de papel de estraza y durante la conversación, los padres y el hombre de la mercería la miraban mientras gritaba al teléfono y mientras intentaba oír los gritos que el marido daba del otro lado, en Francia. Después, en el transcurso de los meses, no estuvieron ya cómodos con la correspondencia porque Libânia no sabía leer y tenía que dictarle las palabras a ese mismo hombre de la mercería que, muchas veces, le sugería formas más pulcras para expresarse. Pero Libânia era descarada y le quiso contar a Adelaide intimidades de cuando su marido todavía era su novio y vecino. Adelaide la interrumpió porque nunca había oído hablar de matrimonio por poderes y estaba más interesada en conocer esa ley. Libânia le explicó lo poco que ella misma entendía de papeles, pero le habló con detalle sobre la gran falta que hace un novio el día de la boda.

Si puedes espera a cuando estén juntos.

Demasiado tarde. Adelaide ya solo era capaz de pensar en casarse con Ilidio por poderes. Mantuvo esa idea fija casi hasta la

llegada a París. La intercalaba solo con la sorpresa que le causaban ciertos paisajes. Francia era un bello país y Adelaide estaba esperanzada.

* * *

Ay, qué vida

Cosme se quejó más de mil veces antes de llegar a la entrada de un pueblo español. Cuando se agacharon detrás de un arbusto y se quedaron viendo las casas a lo lejos, allá en la cima de una colina, Ilidio se hincó. La caída lo había hecho cojear durante kilómetros. Llevaba los talones lastimados y el brazo izquierdo parecía querer despegarse del hombro, parecía estar sujeto solo por algunos hilos de músculo y por la piel, por la piel.

Fue Cosme quien saltó en medio del camino y espantó las mulas de un español sentado en una carreta, asegurando las correas. Si Cosme le hubiera preguntado a Ilidio, este habría sido capaz de disuadirlo. Pero no, saltó simplemente en medio del camino, desesperado y hambriento. El español se rio, les dio agua y los llevó hasta cualquier otro lugar. Durante el camino, Cosme no se calló, tal vez el español entendiera la mitad.

Francia, queremos ir hacia Francia.

El español se reía, asentía con la cabeza. Era buena gente.

Ya después de que aquel español, por la noche, se los hubiera pasado a otro español con otra carreta; cuando seguían la marcha con las nalgas temblorosas, Cosme le susurró a Ilidio:

Era buena gente aquel español.

Con ese segundo español, Cosme aprendió algunas palabras. Las primeras fueron: hijos de puta. El español decía abundantemente hijos de puta y guardia civil. Cosme estaba de acuerdo:

Sí, sí. Guardia civil, hijos de puta.

Ilidio, callado y recostado, se recuperaba.

El viaje con el segundo español fue largo, duró tres noches. Las mulas estaban entristecidas de cansancio cuando llegaron a una hacienda en medio de la nada. La noche estaba entrada y un hombre, tercer español, salió a la puerta de una casa cuyo interior estaba iluminado por lámparas de petróleo. Las manos del segundo y del tercer español estallaron en un apretón. Hablaron bastante. El tercer español entró a la casa, salió y les trajo un pan. Cosme lo partió a la mitad y comió su parte. Fue también el tercer español el

que los llevó al pajar. No se quitaron las botas, roncaron a pierna suelta hasta el nacer del día, hasta que el portón del pajar se abrió, lleno de sol; el segundo español entró para despedirse. No había duda de que también era buena gente. Los abrazó y conmovido, los llamó compañeros, les deseó suerte. Entendieron bien esas palabras.

Pasaron una semana limpiando pocilgas, asistiendo partos de marranas y planeando todo lo que desconocían y lo que los esperaba. El fierro de las palas raspaba el suelo de cemento para recoger montes frescos de estiércol de puerco. Las placentas tenían que ser llevadas con las dos manos y con el interior de los brazos hasta el codo. Hacían planes por la noche, en los minutos en que permanecían despiertos con las astillas de paja atravesándoles la ropa y clavándoseles en la piel. En esos días, Cosme casi se enamoró de la mujer desdentada, despeinada, mal vestida, que les servía un cuenco de sopa en la comida y que sonreía mucho, sonrisa bonita. Pero no hubo tiempo para sentimientos tan intensos porque, una madrugada, domingo, el tercer español les pagó con dinero en efectivo, muchas gracias, les dio un papel garabateado de indicaciones y les apuntó la dirección hacia Francia.

Mientras caminaban, de nuevo solos con el cielo, sentían miedo y alivio.

* * *

Los lentes estaban puestos sobre el mostrador. La vieja Lubelia los sujetó con la punta de los dedos como si sostuviera un insecto y se los colocó en la cara, sobre el dorso de la nariz, detrás de las orejas. Sostenía un mazo de cartas y las inspeccionaba una a una. El tiempo pasaba lentamente porque era una mañana de jueves y en la calle solo muy raramente surgía algún hombre en bicicleta o alguna mujer cargada de coles. También dentro de la vieja Lubelia el tiempo era respirado a ese ritmo. Los papeles de envoltura, las hojas de cartulina, las tijeras por estrenar, los sacapuntas, los frascos de pegamento estaban todos acomodados en los estantes adecuados. Ni una mosca cruzaba el aire de la tienda que era limpio y fresco, como si fuera mayo.

Josué entró con la ropa sucia, con el rostro cargado y con las botas explotando truenos en el piso de madera. La vieja Lubelia lo miró y no tuvo oportunidad de expresar su espanto más allá de los ojos pequeños que se abrían mucho sobre los vidrios de los lentes,

porque Josué cerró la puerta detrás de él, la sombra; como una amenaza, dijo:

Ahora vas a explicarme todo bien explicadito.

La vieja Lubelia se echó a correr hacia adentro de la casa. Dio tres o cuatro pasos en la cocina y cuando se dio vuelta, lo vio a la misma distancia de antes y comenzó a aullar:

Auxilio, Auxilio.

Josué se lanzó sobre ella y le tapó la boca, le cubrió la mitad del rostro, le sintió los labios finos en la palma de la mano, la piel suave de la cara. Asustados, los ojos de ella muy abiertos, las fosas nasales rápidas expulsando vapor tibio en el pulgar de Josué. La mano de él era mucho más grande que la cara de la vieja Lubelia. Rabia en los ojos de Josué. Ella intentaba sujetarle los brazos, sus manos eran delgadas y viejas, su piel manchada, las venas en los dorsos de las manos, sus muñecas eran delgadas y nada podían contra el cuerpo de él. La respiración de Josué también era rápida.

Hubo momentos sin palabras, las vigas en el techo, la cal helada en las paredes, los platos empañados en la alacena. Entonces, la mano de ella descendió por el pecho de Josué y le llegó a los pantalones. Las puntas de los dedos buscaron la bragueta y sin distinción en el pánico, fue ahí que se volvieron sensibles.

El movimiento de la mano de la vieja Lubelia hizo que ambos cayeran, como si perdieran la fuerza en las piernas. Mientras Josué ponía la legua dentro de la boca de la vieja Lubelia, clavaban los codos en las piedras del suelo de la cocina y entrelazaban las piernas. La vieja Lubelia le abrió los botones de la bragueta y sujetó un puñado lleno de carne. Josué le metió las dos manos en el escote de la blusa y la rasgó. Después, le jaló la blusa interior y le metió la mano abierta en un lugar de piel suave y tibia. La vieja Lubelia lo agarró ya fuera de los pantalones y lo movía con la mano entera, lo frotaba por debajo de la falda levantada. Pasaron tiempo así, minutos. Entonces, Josué abrió los ojos y se detuvo. La vieja Lubelia, después de un instante, cuando se dio cuenta, abrió también los ojos y se detuvo también. Se miraron y él se levantó dejándola sentada en medio del piso de la cocina, descompuesta, con el rostro extendiéndole una súplica silenciosa.

Ilidio y Cosme estaban durmiendo después de pasar dos noches y dos días sin parar, a pie, casi sin parar. Por insistencia de Cosme, habían descansado unas pocas veces durante media docena de minutos.

Estoy sintiendo la piel pegada a los huesos de la cara. Mírame, dime, ¿tengo la piel pegada a los huesos de la cara? Estoy sintiendo que los ojos me crecen, pero sé que es la cara la que me está adelgazando. Mírame, no me mientas, no te tengo por mentiroso, dime, ¿me está menguando la cara?

Ilidio lo miraba desinteresado y, en momentos como este, proponía que pararan. Los árboles parecían más grandes cuando los veían desde el suelo. Cosme se extendía en la tierra, a la sombra de un árbol, la tierra fresca debajo de la espalda y, cuando abría los ojos, veía las ramas clavándose en el cielo. En ese lapso no se quejaba.

Antes de que se durmieran, Cosme fue todavía capaz de decir:

¿Crees que algún día vamos a llegar a Francia?

Ilidio no respondió. Si hubiera respondido Cosme no habría escuchado, porque en cuanto terminó la pregunta, se durmieron de repente. Se despertaron también al mismo tiempo. Antes, se revolvieron en la tierra como si intentaran escapar de un sueño, pesadilla. Eran pulgas. El día estaba naciendo, nuevo, y tenían filas de pulgas que les subían por las piernas, por los brazos, que les hacían largas travesías por la espalda y por el pecho, que les puntuaban el cuello y el rostro. Cosme comenzó a desabotonarse la camisa hasta que oyó voces. Fue Ilidio quien se asomó y entre los arbustos, armados con carabinas, vio a un grupo de hombres uniformados, cinco o seis, con sombreros ridículos en la cabeza. Sintió que sudaba. Cosme también se asomó y también vio a los soldados de la guardia civil.

Se quedaron recargados en el tronco del árbol, como si pudieran transformarse en cáscara de roble. Oían el crujir de la maleza, los pasos y las voces españolas, voces rudas. Sentían el corazón y sentían las pulgas cubriéndolos, moviéndose con patitas minúsculas de pulga a lo largo de la piel. Cuando los mordían, sentían el ardor, cerillos o agujas. Pero lo peor era la comezón, surcos de comezón en puntos del cuerpo que normalmente olvidaban: las corvas, las ingles, las axilas. O no, lo peor era el corazón entero latiéndoles en la garganta y la anticipación de que los guardias los sorprendieran, apuntándoles con las carabinas y las miradas, inmovilizándolos con aquellas voces ásperas y llevándolos a un lugar sin luz, podrido.

Cada instante de ese momento fue multiplicado por una vida paralizada.

Cuando creían que ya no se distinguían los sonidos de los guardias, continuaron en silencio hasta separar ese recuerdo de los ruidos del campo: el viento, las piedras, las hierbas secándose.

Entonces, con mucho tiento, volvieron a asomarse. Los guardias ya no estaban a la vista. Se lanzaron a la lucha contra las pulgas.

Se habían dormido de noche y por eso no se habían dado cuenta de que la tierra estaba cubierta de pulgas. Había hojas de hierbas que estaban negras, curvadas bajo el peso de multitudes condensadas de ellas. Tenían que salir de ahí. Querían andar, los guardias no debían estar lejos, pero solo eran capaces de correr. Ese movimiento hacía que las pulgas los mordieran más y que el ardor fuera más inflamable.

Llegaron a un arroyo. Las montañas se levantaban delante de ellos. Ni Ilidio ni Cosme conocían aquel paisaje. El cielo era inmenso, conocían aquel cielo y el agua parecía fresca, limpia, corría con fuerza. Cosme no tuvo otro pensamiento y se arrojó, vestido y calzado hacia dentro del agua. Se echó manos llenas de agua sobre la cara, se frotó. Con el agua hasta la cintura, con los cabellos escurriéndole sobre la frente, se desvistió hasta quedar desnudo. Golpeó las ropas contra las piedras, enojado. Ilidio, en la orilla, observó todo eso. Solo entonces Cosme se acordó de los billetes que recibió en la hacienda. Estaba esparciéndolos sobre una piedra para que se secaran al lado de las ropas enrolladas, cuando llegó un guardia español. Ilidio se agachó detrás de un montón de jaras, Cosme, desnudo y esquelético, se quedó paralizado.

El guardia sujetaba la carabina con las dos manos y no dijo nada. Dio algunos pasos en la dirección de Cosme que lo miraba, desconsolado, víctima, con el cabello escurriendo, lacio, haciéndole la cabeza redonda. Entonces, cuando ya estaba cerca, cuando lograban distinguir cada trazo de expresión uno del otro, el guardia se agachó y con la mano izquierda recogió cada uno de los billetes mojados y se fue.

Cuando Ilidio se aproximó, Cosme continuaba en la misma posición, planchado y raquítico, capaz de llorar. Ilidio sin palabras se envalentó y se vistió. Tomó las piezas de ropa una a una y se las puso lentamente. Se alejaron juntos y se fueron a espulgar a la sombra de un árbol.

Después de ese día, de esa noche, del día siguiente y de la noche siguiente, llegarían a Francia.

Adelaide y Libânia se dieron las manos cuando el tren entró en los alrededores de París. Se sorprendieron tanto con los edificios, las fábricas, los almacenes, como con las personas que estaban suspendidas en las estaciones donde el tren pasaba sin parar.

Dejaban escapar risitas nerviosas, ansiosas. Tenían las dos la misma edad infantil, el mismo brillo inocultable en la piel, la misma dificultad para escoger pensamientos. En ese vagón lleno, viajaban también mujeres más viejas que se persignaban y una mujer con un niño pequeño en brazos, un hijo.

El tren comenzó a detenerse, a ser paralelo con muchas otras líneas, carriles y trenes sin fin. Las mujeres que estaban en el vagón y todas las personas que seguían en el tren comenzaron a acomodar secretos en los cestos, en las maletas, comenzaron a tapar las canastas con trapos hasta que dejaron solo el olor de las sartas de chorizo y las manchas de vino tinto, el olor de los dientes de ajo, medias cebollas, sudor. Libânia tenía ya poco control en los gestos, quería saltar por encima de las personas inmóviles frente a ella porque quería saltar por encima del tiempo. Detente, tren; detente, tren, repetía dentro de sí misma. Adelaide, abrazada a su única maleta, la seguía con pasos rápidos y cortos, pasitos, sin saber hacia dónde mirar. En el corredor, había grandes multitudes que se empujaban contra la puerta. Entonces el tren se detuvo, bufó y después de un instante, las puertas se abrieron y liberaron una maraña de voces surtidas en la Gare de Austerlitz.

Cuando salieron, todavía Adelaide estaba desentorpeciendo las piernas, y ya Libânia, después de movimientos furtivos con la cabeza, estaba con los dos brazos alrededor del cuello de un hombre, su marido barbudo. Los padres abrazaban a los hijos que lloraban desconsolados y que habían crecido tanto en tantos meses, los hombres se estaban dando apretones de manos unos a los otros y Adelaide estaba sola, el mundo se construía a su alrededor. Sin nada, Adelaide respiró y se dio cuenta de que el aire era tan diferente. Volvió a respirar. Libânia, de la mano de su marido, se aproximó.

Ven con nosotros.

Adelaide no podía aceptar. Había sido educada a nunca aceptar nada y esa educación se transformó en parte de su naturaleza. El marido jaló a Libânia y ella oyó que le decía algo que se mezcló con los ruidos de la estación y solo ella entendió. Haya sido como haya sido, no importaba, Libânia había ido de Portugal hasta Francia y no era una mujer común. Volviendo a aproximarse a Adelaide dijo:

Ven.

Tímida, Adelaide los siguió. A la entrada de la estación, subieron a una camioneta llena de hombres y mujeres agarradas a niños mocosos, babosos. Esa camioneta habría de llevarlos a la casa del marido de Libânia. Durante el camino de avenidas, Adelaide y una

multitud de rostros, cabalgando entre equipajes y unos sobre los otros, miraban para todos lados. París era una ciudad nueva preparada para estrenarse. Las casas que veían, enormes, eran nuevas, pintadas con aplomo. Ya había caído la noche, pero había tanta luz que parecía de día, estaba más claro que muchas mañanas de invierno.

Sentada en el suelo de la camioneta, Adelaide tenía la rodilla de un hombre incrustada en las costillas, pero poco le importó esta incomodidad. Lo que ocupaba su atención eran los colores de los semáforos, el ruido ligero de los otros carros, las casas tan altas. A la mitad del camino, se acordó del viaje que había hecho en una camioneta parecida a aquella, cubierta por una lona. Encontraba pocas semejanzas entre esos dos lugares iguales, el viento le levantaba los cabellos, podía respirar.

Después de más de una hora de viaje, o dos, la camioneta paró en un lugar oscuro. Las personas comenzaron a levantarse y a saltar con los pies juntos hacia el suelo. Libânia y su marido se levantaron también. Habían llegado. Las calles de tierra estaban rodeadas por casas con paredes de chapa de madera, remiendos de lata oxidada, clavos torcidos, alambre.

Había bultos de niños jugando y perros desinteresados. Adelaide siguió a Libânia, que seguía a su marido. En la calle, se oían las voces dentro de las casas. En la calle, se oían los bebés que lloraban dentro de las casas, se oían hombres eructando. El marido de Libânia, sacó una llave del bolso para abrir el candado de la puerta, jaló la cadena. Entraron. Un fósforo, la lámpara de petróleo. Pan con aceitunas. Acomodaron el sitio en donde iba a dormir. Se acostó.

Con los ojos cerrados estaba como si se durmiera y oyó a Libânia susurrando todas las novedades de su tierra a su marido, pero estaba poniendo poca atención, no entendía algunas palabras. Después, cuando la noche estaba más entrada, Libânia y su marido comenzaron a refregarse, animales hambrientos. Solo pararon un poco antes de despuntar la madrugada, pero no fue por eso que Adelaide pasó la noche dentro de una vigilia blanca, fue porque no paró de pensar en Ilidio. Mi Ilidio, pensaba.

Con la punta de la navaja, debajo de la mirada atenta de Cosme, Ilidio rodeó toda la parte podrida de la manzana, el color café suave llegaba hasta la médula. Después, con cuidado, sujetó la manzana en la punta de los dedos, la vio desde varios prismas para analizarle

la forma irregular y, con precisión indiscutible, la cortó en dos mitades que contenían exactamente la misma porción de pulpa, de piel y de semilla. Todavía Ilidio no había dado la primera mordida y Cosme ya se había tragado su mitad y se lamía con toda la lengua por fuera de la boca.

Estaban en Francia y por eso tenían otro tipo de miedo. Pasaban por los guardias franceses sin recelo, Cosme incluso se agachaba y se ataba las botas delante de ellos, pero cargaban problemas de otro tipo. Habían llegado a la estación de Hendaya después de un camino desmedido por las montañas, donde cazaron un conejo a pedradas, lo desollaron y lo asaron, chuparon los huesitos. Avanzaron hacia Hendaya, se sorprendieron con los veleros, pero no quisieron perder tiempo, fueron inmediatamente hacia los trenes, conforme estaba explicado en el papel que el español de la hacienda les había entregado. En el baño de la estación, mientras se lavaban la cara, los brazos y el pecho, un francés se ofreció para cambiarles el dinero español que Ilidio había logrado ahorrar. Parecía una buena cantidad, tenía un cierto volumen, pero solo recibió tres billetes franceses a cambio. Se quedaron desconfiados, pero no lograron imaginar una alternativa y cuando buscaron al francés, hijo de puta, ya no lo encontraron por ningún lado.

Bo-le-tos pa-ra Pa-rís.

Ilidio le habló alto al francés que lo miraba desde el hueco de la taquilla, dividió las palabras para que entendiera mejor, le mostró dos dedos con una mano y con la otra apuntó para sí mismo y para el pecho de Cosme. El francés de la taquilla enrolló algunas frases y cuando vio que Ilidio no entendía, escribió un número en un papel.

¿Qué estuviste haciendo todos estos años en la escuela?

Ilidio comenzaba a enfurecerse con Cosme, estudiante de mentiras que tanto estudio, tanto estudio y ni siquiera era capaz de decir una palabra en francés.

Siempre fui mucho mejor en latín.

Contribuyendo a esta irritación, el dinero que tenían no alcanzaba a cubrir ni siquiera un tercio del número que estaba escrito en el papel. Entonces caminaron desconsolados a lo largo de una plataforma de la estación y, con la navaja, dividieron la manzana.

Enojo y desánimo, se quedaron una hora sin hablar. Esa hora fue contada por el puntero mayor del reloj de la estación, una vuelta completa. En ese tiempo, también los estómagos se enojaron con ellos, refunfuñaron; y Cosme se pasó un palillo por los dientes dando chasquidos. Después, con la voz saliendo de la ronquera,

Ilidio sugirió que buscaran un trabajo. Cosme no podía con los brazos ni con las piernas, e hizo todo tipo de preguntas: cómo, dónde, cuándo, haciendo qué. Ilidio no tenía respuestas exactas, solo una esperanza vaga a la que se aferraba y que, a veces, se le desaparecía entre los dedos.

Se quedaron hablando así, sentados en una banca de la estación, mientras franceses pasaban a su alrededor. Eran hombres y mujeres con ideas que no compartían, que no se conseguían distinguir en sus rostros. Ni ellos se interesaban por los franceses, ni los franceses se interesaban por ellos. Para los franceses, ellos eran como un poste o cualquier otra figura gris. Para ellos, los franceses eran como sonidos distantes. Pero hubo un hombre, gabardina y sombrero, que se quedó parado a poca distancia y que al mirarlos esbozaba una sonrisa.

Antes de hacer el camino hasta la casa de Galopim, Josué pensó mucho. Esos pensamientos levantaban poca complejidad, ir, no ir, pero el miedo, dibujado con pánico, le impedía tomar una decisión. A la mitad de la tarde del sábado, pájaros estirando el tiempo, avanzó finalmente por las calles del pueblo. Había buena luz y brillaba una claridad intensa en cada detalle. Cuando golpeó la puerta vieja de la casa de Galopim, esperó poco por su rostro.

En la sombra, estaban las palomas atravesando la ansiedad, arrullando; y estaba la mirada fija del hermano de Galopim. Josué creyó que no necesitaba realizar ninguna pregunta, pero el silencio de Galopim continuaba a la espera, por eso, preguntó:

¿Todavía nada?

Sin entender, Galopim no mudó la forma de su silencio y Josué tuvo que explicarle que estaba preguntando si la paloma había llegado.

Tal vez le haya pasado algo a la paloma, tal vez se haya perdido.

Moviendo la cabeza, Galopim le dijo que no, que no había ninguna posibilidad de que una paloma como aquella se perdiera. Era una paloma preparada para encontrar caminos en el cielo, conocía el viento, era capaz de verlo.

Ve el viento como nosotros vemos aquella puerta.

Había acabado de decir esto cuando, en un susto, la puerta reventó y entraron tres hombres. El hombre que venía atrás apuntó hacia Galopim.

Es ese.

Los otros dos lo agarraron por los brazos y lo jalaron. Las

palomas disparaban aflicción en todas direcciones. El hermano de Galopim parecía querer hablar con los ojos llenos de sangre, con el cuerpo contorsionándosele atado a sí mismo, con la boca torcida. Josué no sabía para dónde dirigir sus movimientos.

En la calle estaba un automóvil rodeado de niños del pueblo. Había mujeres espiando detrás de las cortinas de tul, había perros recostados al ras de las paredes y, allá en el fondo, había gallinas desperdigadas, picoteando cualquier insignificancia de la tierra. Los hombres que llevaban a Galopim iban a bajarle la cabeza, meterlo en el carro, cuando Josué encontró algo que decir. El otro hombre, el que apuntó hacia Galopim, se puso enfrente:

Yo lo oí, clarito, difamando al presidente del Concejo.

Galopim tenía más vergüenza que miedo, sabía que aquel hombre que lo acusaba de invenciones era el marido de la mujer casada a la que él encontraba dos, tres veces a la semana en el puesto de vigilancia. Pobre. Galopim tenía lástima del hombre y tenía vergüenza de sí mismo.

Josué continuó defendiéndolo. Habló de la sencillez de Galopim, dijo que él ni siquiera sabría quién era el jefe del Concejo. Los niños intentaban entender lo que estaba pasando, las mujeres estaban amedrentadas dentro de sus casas, había hombres del pueblo asomándose a lo lejos, los perros y las gallinas continuaban en su vida diferente. Los hombres que se llevaban a Galopim le preguntaron a Josué si quería que se lo llevaran también.

Entonces, hubo una franja de luz de la tarde que acertó en el cuerpo del Sorna. No se supo de dónde vino, solo se supo que apareció de repente. Estaba ahí. Los rostros de los niños se iluminaron hasta el momento en que empezó a hablar.

Yo fui el que le puso apodo a Salazar, ese mierdas.

Hubo un instante de escándalo. El Sorna empezó a repetir:

Muera Salazar, muera Salazar.

Gritaba. Los hombres que sujetaban a Galopim no podían permitir aquella situación, cada muera Salazar era insoportable. Soltaron a Galopim, que volvió a tener brazos y piernas, y agarraron al Sorna. Lo tiraron de alguna manera al asiento trasero del carro y bajaron la calle a toda velocidad. Asustados, los perros ladraron. Allá al fondo, como si fueran disparadas por los neumáticos, las gallinas saltaron y batieron las alas, afligidas.

Después de esta agitación, quedó la calle. Galopim, el hombre que lo había acusado y Josué estaban callados. Los niños no sabían si podían decir algo. Los hombres a lo lejos y las mujeres detrás de las cortinas de tul estaban esperando cualquier movimiento.

Galopim entró a su casa donde su hermano necesitaba un abrazo. Josué y el hombre se alejaron en direcciones contrarias. Los niños ya no tenían nada que hacer ahí. Las mujeres y los hombres no tenían nada que ver y necesitaban pensar.

La calle quedó desierta.

Gabardina, sombrero y una maleta enorme. A su lado, el hombre había puesto una maleta enorme, alta, poderosa. La gabardina estaba abierta con un cinturón de tela que le caía sobre la parte trasera de las piernas, una hebilla elegante. Aquel era el tipo de hombre que podía tener una corbata, pero no la tenía, tenía un chaleco de punto y una camisa abotonada hasta el penúltimo botón antes del cuello. El sombrero era de fieltro, con una cinta negra, claro.

Cuando el hombre se inclinó sobre Ilidio y Cosme, cuando les habló, no lo entendieron de inmediato, tardaron en entender que era portugués. No tenía bigote, barba o anteojos, que, ciertamente, serían atributos para su distinción, pero tenía una bufanda puesta sobre los hombros, más oscura que la gabardina; tenía una postura distinta, voz amigable, tal vez haya sido por eso que Ilidio y Cosme no le entendieron de inmediato. Se ofreció a pagarles el boleto.

Ilidio tuvo dudas, pero fijó su mirada en él hasta tranquilizarse. Ilidio creía que la generosidad se podía distinguir de esa forma. Cosme estaba ya preparado para cargar la maleta del hombre, la levantó con dos manos cuando comenzaron a dirigirse a la taquilla. La maleta no era pequeña pero, aún así, era bastante más pesada de lo que parecía. O tal vez era la debilidad acumulada de Cosme que la volvía difícil de cargar.

Todavía estaba recuperando el aliento y ya el hombre, con los boletos comprados, guardaba la cartera. Ilidio recibió los boletos en la palma de la mano y al inspeccionarlos, vio que eran de primera. Barajándolos, pensativo, miró hacia el hombre que le respondió con una sonrisa suave:

Me gusta la compañía.

Ilidio cargó la maleta con la dificultad que Cosme ya conocía. Mientras esperaban el tren, el hombre oyó a Cosme describirle todo el viaje que habían hecho hasta ahí. Se rio con educación de las partes cómicas y se consternó en las partes trágicas. Hizo comentarios de solidaridad asertiva:

Es lamentable que nuestros compatriotas tengan que padecer amarguras como esas.

En cuanto el tren llegó, ruido, agitación, cabezas portuguesas saliendo por las ventanas. Ilidio se sintió tímido al atravesar el corredor del vagón de primera clase. Le pareció que tanto los revisores como los pasajeros, fumadores de pipa, lo miraban con desdén. Ilidio y Cosme juntaron fuerzas para levantar la maleta hasta el estante del equipaje. El hombre se preocupaba por el esfuerzo de los dos compañeros de viaje y, al mismo tiempo, verificaba la hora en el reloj de bolsillo.

Ilidio solo quería que el tren comenzara a andar, tenía curiosidad o ansiedad, no era capaz de distinguirlas. Las voces de los portugueses en los otros vagones llenaban la estación y llegaban distantes a la primera clase. Hubo un hombre que se levantó y cerró una rendija de la ventana abierta, se dejó de oír la multitud. Cosme se acomodó en un asiento. Ilidio se avergonzaba por la forma y el olor de sus cuerpos, transpiración vieja, se mezclaba con los perfumes del terciopelo de los forros. El hombre se quitó la gabardina, la dobló y se sentó, abrió un periódico inmenso. En ese tiempo de lectura entraron dos guardias franceses.

Cosme sonreía, se daba cuenta de que habían llegado a Francia y que ya nada podía suceder. Los guardias les pidieron los pasaportes.

El hombre no tuvo problemas, continuó cordial, cordialmente. Presentó el documento, bien conservado, los guardias observaron la superficie, todo en orden y se quedaron mirando a Cosme y a Ilidio, que se miraron entre sí. Entonces, le explicaron al hombre que no tenían pasaporte. El hombre no perdió la calma y, en francés, dictó algo a los guardias, que tampoco perdieron la calma y, con amabilidad, se retiraron. El hombre sonrío y volvió a abrir el periódico delante de sí. Ilidio y Cosme nunca supieron lo que les dijo a los guardias.

Luego de un compás, el tren partió.

* * *

1. Hasta Burdeos

Cosme iba profundamente dormido con la boca abierta, el cuerpo oblicuo al asiento. Ilidio tenía ideas que no lo dejaban dormir, eran como piedras picudas dentro de los ojos. A veces, tal vez por sugestión, le lloraba la vista. Sereno, el hombre leía cada una de las letras pequeñas del periódico y, en momentos raros, volteaba la página. Se oía el sonido del tren, de la respiración de Cosme, una página de periódico pasando de vez en cuando y el silencio.

El paisaje se delineaba en el vidrio de la ventana. Ilidio pensaba en Adelaide, ¿por dónde andarás tú, mi amor?, y había algo que se le arrugaba en los labios, tal vez el silencio. Pensaba también en Josué, maestro, miraba hacia el horizonte y era capaz de verlo en el patio o en una obra, delante de un fondo de enjarre. Pensaba también en detalles del pueblo: las voces de las mujeres esparcidas por las mañanas, las campanas de la iglesia, la plaza abierta al sol. Pensaba también en los trenes, en el tren, aquel tren donde seguía y que había imaginado en instantes cubiertos de esperanza, madre.

El hombre dejó de leer el periódico, sonrió, necesitaba alguna conversación. Ilidio intentó hacerle algunas preguntas, pero se contuvo, sería de mala educación interrogarlo. En vez de eso, dijo solo: Francia. El hombre sonrió y estuvo de acuerdo: Francia.

Cosme despertó amodorrado. Aseguró que no había dormido, solo había estado reflexionando. Y se quejó de estar molido:

Tengo un dolor aquí en el cogote.

No se quejó del hambre. Fue el hombre quien preguntó:

¿Tienen apetito, señores míos?

Cosme peló los ojos.

* * *

2. Hasta Poitiers

Habían estado sentados alrededor de una mesa baja. El hombre levantaba la cuchara de sopa y la sostenía en el aire antes de llevarla al interior de la boca. Cosme se había metido la punta de una servilleta en el cuello de la camisa y su mirada no se detenía. Más comida, ¿cuándo llegaba más comida? Había comido pan, puré de papa, carne; y recogía la salsa con un lado del tenedor. Ilidio se había avergonzado, pero había comido también barajeando con los cubiertos y con la solemnidad que las personas mantenían en aquel vagón de lámparas opacas. El empleado, uniformado, traducido por el caballero que los acompañaba, había tratado a Cosme de *monsieur* al preguntarle si deseaba más chícharos. Pregunta inútil, la respuesta era evidente.

Habían regresado ya al vagón. Viaje largo, pero cómodo. Cosme no era maleducado. Después de eructar, ofrecía siempre disculpas. El hombre abrió una cigarrera y les ofreció. Fumaron. Satisfecho, Cosme comenzó a presumir de sus estudios. El hombre sonrió, sonreía siempre. Cosme le preguntó qué estaba haciendo en Hendaya. El hombre aprovechó un detalle del paisaje y comenzó a hablar del riguroso invierno de Francia. Cosme estaba cargado de ánimo y se lanzó a disertar sobre ese tema que desconocía. El hombre empezó estando de acuerdo con una de sus ideas y, después, de modo muy refinado, casi sin que se notara, discrepó de

todas las otras. Cosme se durmió a la mitad.

Ilidio y el hombre se miraron. El hombre dijo: pues sí. Ilidio dijo: pues sí.

* * *

3. Hasta París

¿Qué lo lleva a París?

Cuando estaba despierto a Cosme le gustaba hacer preguntas. El hombre se disculpó, necesitaba ir a los lavabos. Apenas salió, Cosme soltó un pedo.

Tenía ese guardado.

Ilidio lo miró sin paciencia. Se quedaron callados. En la estación de Orleans, Cosme abrió la ventana y se asomó. Volvió cubierto por el pitido del jefe de la estación. Traía el pecho saciado de aire nuevo. La sonrisa le llenaba por completo la cara. Agarró las manos de Ilidio.

¿Ya viste? Estamos en Francia. Ya estamos en Francia. Ilidio apartó las manos, no lograba ser dueño de su propio entusiasmo. Antes que eso, quería llegar a París. Cosme ya estaba imparable, había vencido la guerra. Guerra, ¿cuál guerra? Y llenó esas horas con promesas, con planes. Al día siguiente iba a encargarse de una lista infinita de asuntos. Francia ya era suya. Ilidio estaba como si lo escuchara, tenía la posición de estar escuchándolo, tenía la mirada, tenía la expresión que era exactamente como si lo escuchara.

Estaban casi llegando a París cuando Cosme se dio cuenta de que el hombre aún no había regresado. Enumeró posibilidades por comprobar y se propuso como voluntario para ir a buscarlo. Fue.

Ilidio esperó, esperó, pero fue solo cuando ya estaban llegando a la estación, la placa París-Austerlitz en un muro, que Cosme regresó y dijo:

Nadie sabe de él.

Ilidio, poco convencido, le dijo que se quedara en el vagón mientras lo iba a buscar. Barrió el vagón de primera clase en poco tiempo, nada. Entró a los otros vagones, había hombres empujándose y apretándose en los corredores, cuerpos con rostros. El tren paró. Ilidio fue rechazado de un lado y de otro por personas que querían salir. Ya en el tren desierto, cubierto de destrozos, ruinas con olor a pies transpirados y comida, Ilidio pasó por cada esquina de aquella máquina inmensa, abrió las puertas corredizas de los vagones y abrió las puertas que separaban los vagones, el

olor a aceite negro, y nada. En todos lados, nada. En la estación había multitudes de portugueses abrazándose, hermanos y primos boinas puestas, hijos siendo levantados en brazos, esposas conmovidas, sentidas, llorosas. Ilidio volvió al vagón de primera, donde encontró a Cosme en la misma posición en la que lo había dejado.

¿Y?

No sabían qué hacer. Llegó el revisor y les facilitó la elección, tenían que salir. Juntos, llevaron la maleta del hombre, gran cargamento; y bajaron a la estación. Estaban en Francia, estaban ya en Francia, pero no sabían qué hacer. Las mujeres se alejaban debajo de los chales, los hombres cargaban sacos de papas en los hombros y se alejaban también, los niños eran niñitos alejándose también. La estación se quedó vacía de todos los que habían venido en aquel tren fatigado.

Fue Cosme, claro, quien sugirió que abrieran la maleta. A lo mejor hay oro ahí dentro. Ilidio comenzó por luchar con la idea pero, por falta de alternativa, lo aprobó. Fueron a una esquina. Miraron hacia todos lados y, con cuidado, soltaron las correas y abrieron las hebillas.

Dentro de la maleta, desarticulado, estaba el cuerpo de un hombre, muerto, doblado, ensopado por una pasta de sangre, con los brazos y las piernas sin forma, trazando ángulos rectos, con una mirada ciega y la piel del rostro arrugada por el interior de la maleta.

Mientras cerraban la maleta, tuvieron dificultades para tragar saliva, respiraron aire espeso, tibio. Después, la dejaron donde estaba, recargada en la pared, y se fueron lo más rápido que pudieron.

En la puerta de la estación, angustia, necesitaban una ciudad enorme que los recibiera. París tenía un tamaño que, en aquel momento, aún no eran capaces de calcular. Fue necesario atravesar puentes sobre el Sena, andar mucho, recorrieron plazas, avenidas, kilómetros de banquetas, hasta ser capaces de respirar profundo y, por fin, por fin, entender que habían llegado.

Cuando se oyó golpear la puerta, Josué estaba sentado en una silla de madera, lavándose los pies en una tina. Tenía los pies entumecidos y quería ablandar las uñas antes de cortarlas. Era tan fría aquella casa de hombre. Los golpes en la puerta parecían apresurados. Josué, con los pies ensopados, no se movió. O se movió poco, levantó la cabeza y dijo: puede entrar. Quienquiera que fuera sería alguien. Era el padre de Cosme, venía acalorado. ¿Qué tal? Sonreía.

Los ojos de Josué no escondían un niño detrás de un rostro envejecido, estaban colgados en la pausa del padre de Cosme, que poseía una voz expresiva. Esa voz, milagro, dijo que había llegado una carta de Cosme. Esa carta salió de dentro de un sobre y fue desdoblada en el aire. Con los pantalones arremangados y los tobillos sumergidos, Josué se levantó.

Llegaron bien.

Josué bebió la voz del padre de Cosme y se envolvió de felicidad, se transformó en azúcar. Josué tuvo ganas de abrazarlo, pero permaneció en el centro de la tina, de pie, como si se fuera a expandirse en una explosión incandescente.

* * *

(1967)

Adelaide quería hacer su vida.

Se despertaba con las vueltas de Libânia del otro lado de la sábana, dándole papilla a la niña. A esa hora, el marido de Libânia estaba indispuesto, tenía frío en los pies o se incomodaba con pequeñeces. Serían las cinco de la madrugada. Adelaide no necesitaba despertador, pero tenía un reloj de pulso al que le daba cuerda antes de dormir y que ponía sobre un cajón a la cabecera del colchón. Adelaide decía cualquier palabra perdida antes de quitar la sábana que estaba suspendida por una cuerda, superficie blanca de sombras, y que dividía la casa. A veces, cuando Libânia se lo pedía, Adelaide llevaba a la niña a la escuela maternal antes de ir a la casa de la patrona.

Serían las seis y media cuando abría el portón, la perra andaba suelta en el jardín y venía siempre a recibirla moviendo la cola. Adelaide nunca había visto una perra de aquella raza, era una perra fina, se llamaba Princesse, pero Adelaide, bajito, la llamaba Princesa, le hacía caricias por detrás de las orejas y le daba la mano a lamer. Ciertos días, al final de la tarde, la patrona le ponía un abrigo y la llevaba a pasear. A Adelaide le había costado trabajo acostumbrarse a esa moda. La perra tenía buen pelo, no necesitaba abrigos, pobrecita.

En Francia, Adelaide se había sorprendido con mucho. Nunca se olvidaba de la primera vez que entró a un supermercado. Imaginó la reacción de la vieja Lubelia si alguna vez viera un supermercado de esos. Por la mañana, a su llegada, Adelaide abría las ventanas de la cocina de la francesa y comenzaba a preparar el desayuno, los vasitos de loza donde metía los huevos mal cocidos. Cuando la francesa y su marido se despertaban, cuando se sentaban en bata a la mesa puesta de la sala, uno u otro podían llamarla por su nombre en francés y pedirle alguna cosa que faltara. Adelaide sabía utilizar la tostadora.

La francesa y el marido estaban jubilados, en la *retraite*. Tenían hijos mayores que vivían cada uno en sus casas y que ciertos domingos los visitaban, traían a los nietos. A Adelaide le gustaba el olor de la casa de los franceses. Era ella quien compraba los jabones, pero era la francesa la que escogía los aromas. Esos perfumes se mezclaban con el olor propio de los forros, de los cojines, de las maderas antiguas y de las lágrimas de cristal de las lámparas. La televisión estaba siempre encendida y propagaba una música de voces que se diluía por los corredores, que llegaba a la cocina y se confundía con el vapor de la olla de presión, que bajaba las escaleras hasta el sótano y se posaba en la pila de ropa sucia dentro de un cesto. Adelaide sabía utilizar la lavadora, para ella no tenía secretos.

Después de la comida, sopa de *courgette*, tomates rellenos, las horas pasaban lentamente, pero no había prisa. En ese tiempo, Adelaide pensaba en muchas cosas, se acordaba, pero no alimentaba quejas. Alimentaba a los patrones y, después, se alimentaba a sí misma. Por eso, en la noche en que Libânia le habló de la biblioteca, se quedó con la mirada paralizada.

Como consecuencia del mes de junio, aquella noche tenía una claridad que permitía que se miraran. Estaban a pocos metros de la fuente. En Saint-Denis, las personas hacían una fila de bidones que, a aquella hora, no llegaba muy lejos. Había una gritería de niños y

luego, al llegar a la fila, después de saludar a tantas personas en el camino, Libânia bajó a la niña, la llevaba en brazos, y dijo: quiero hablarte sobre algo. Adelaide puso el bidón al final de la fila y, al lado de él, avanzándolo de vez en cuando, Libânia le habló de la biblioteca. Era un trabajo de limpieza fácil, la biblioteca generaba poca basura. Entraba de madrugada, salía temprano y ganaba buen dinero. Libânia no podía aceptarlo porque la panza ya se le notaba, iba a dar a luz en otoño, extrañaba la maternidad y el caldo de gallina servido en bandejas de aluminio.

No seas tontita, dijo Libânia y añadió una serie de groserías. Adelaide prefería que su amiga no dijera tantas groserías y no quería dejar de trabajar en la casa de la francesa, estaba bien. Cuando llegaron al inicio de la fila, fue Adelaide la que acomodó el bidón por debajo del bebedero. En silencio, oyeron el ruido del agua cayendo en el plástico vacío, después llenándose, después lleno. Libânia volvió a tomar a la niña en brazos, Adelaide tomó el bidón con las dos manos e hicieron el camino de regreso.

Las mujeres venían a la puerta de las barracas a llamar a los niños, se deshacían en nombres gritados. Tapados por las sombras, los hombres se reían en grupos. Poco a poco, el *bidonville* de Saint-Denis anochecía finalmente. Esa palabra, *bidonville*, era conocida por Adelaide y por toda la gente, pero nadie la utilizaba. Cuando querían hablar del lugar donde vivían, decían solo Saint-Denis. A lo lejos, se oía un acordeón. Debía ser Tobías. Era él, con certeza.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Libânia le dijo:

Vas a ver que a tu patrona no le importa.

Adelaide tenía miedo de preguntarle, tenía miedo de que se enojara y que la despidiera al momento pero, esa misma noche, antes de dormir, cuando salió por una muda que había dejado colgada secando, el marido de Libânia estaba fumando un cigarro y volvió a sujetarla por la cintura, su aliento picaba. A la mañana siguiente, juntó las palabras que conocía y, con el rostro bajo, preguntó a la francesa si podía aceptar el trabajo de la biblioteca. Iba a dejar de hacer el desayuno. El corazón se le tranquilizó con la sonrisa que recibió. Adelaide no le entendía muy bien, pero sabía que era una mujer correcta, la *retraite* la volvía generosa.

Ese mismo día, a las seis de la tarde, salió más temprano, hizo el camino en el sentido de la biblioteca. Francia tenía callejuelas agradables, pero complicadas de entender, y Adelaide se perdió. Acabó por encontrar el camino con ayuda de un portugués que la vio desorientada en una banqueta. Se presentó casi antes de cerrar y a la madrugada siguiente, jueves, ya estaba delante de la biblioteca,

puertas de vidrio, lista para vaciar cestos de papeles y limpiar todo el polvo que encontrara.

(Cementerio)

Más viejo que su abuela. En el entierro de doña Milú, Josué se sintió viejo. Iba a cumplir cincuenta y ocho años en un par de meses, pero no era el tiempo lo que lo molía, eran los intestinos a los que les costaba trabajar, los dientes descompuestos y la soledad. No lograba entender por qué Ilidio nunca le había mandado una palabra desde que llegó a Francia. Mientras las personas se juntaban en el portón del cementerio, esperando que descargaran el ataúd de doña Milú, Josué solo pensaba que, después, habría de pasar por la casa del padre de Cosme y preguntar si había novedades. Era por las cartas de Cosme que iba sabiendo una que otra cosa, poca.

Josué tenía las manos en los bolsillos y huía de las conversaciones.

El mausoleo de la familia de doña Milú quedaba en la entrada, al inicio del corredor que llevaba a la capilla. El yerno de doña Milú, los nietos y un bisnieto no necesitaban cargar el ataúd durante mucha distancia. Debía ser ligero, doña Milú había empezado a menguar hacía años. Entre las personas que asistían, algunas mujeres se acomodaban los pañuelos en la cabeza y se preguntaban qué edad tendría. Nadie sabía realmente, debía pasar de los noventa. Pero había un tono de tristeza que se tostaba debajo del sol y que se apaciguaba en la sombra de los cipreses. ¿Cómo podrían explicarles a los jóvenes que, antes, había existido una doña Milú? No podían.

La vez en que doña Milú no me pagó, Josué sentía estas palabras pasándole por la frente y, además de lastimarse con ellas, sentía que no esperaba nada. Las calles del pueblo estaban vacías de ideas que lo animaran. Ya el ataúd estaba dentro de la sepultura, ya el cura había dicho lo que quiso, cuando la hija de doña Milú, el marido, los hijos, hombres de barba recortada y el nieto también mayor, se aproximaron unos a otros y comenzaron a cantar una canción de iglesia. Las personas se sorprendieron, pero nadie tuvo la osadía de comentar. Fuera de los muros del cementerio regresaban los ruidos distantes del campo, continuaron las cigarras, la naturaleza. Por dentro de los muros alguien cerró el portón de hierro del mausoleo.

El vigilante, uniformado, le abría la puerta de madrugada. Incluso en el verano, faltaba aún bastante para la claridad del día. Adelaide

apretaba el interruptor y las lámparas fluorescentes después de titilar en acrobacias de luz, se encendían una a una y hacían crecer un zumbido blanco, que permanecía. Limpiaba los estantes despacio y, aún así, le sobraba mucho tiempo para mirar alrededor, hojear los libros franceses y ver los dibujos. Otros días, gastaba ese tiempo en pensar. Otros días, escogía una pluma de los escritorios limpios y ordenados, escogía una hoja blanca y aprovechaba para escribir una carta a la vieja Lubelia, Querida tía, espero que estas líneas la encuentren con salud. Llegó también a escribirles a los hermanos, pero desistió porque ellos no sabían escribirle de vuelta, tenían las manos gruesas. Optó por mandarles solo una tarjeta postal al comienzo de cada mes. Sabía que ellos entendían el afecto sin palabras.

En cuanto llegó a Francia le escribió una carta a Ilidio, Mi amor, no imaginas lo mucho que te quiero, pero no recibió respuesta. Escribió otra, Mi amor, ¿estás enojado conmigo?, pero tampoco recibió respuesta. Escribió otra más, Mi amor, mi corazón se aflige, pero tampoco recibió respuesta, lloró. Más tarde, tuvo que contenerse para no escribirle mil cartas. Las escribía en la cabeza, pero no las pasaba en limpio y no las mandaba, se entristecía con esas cartas silenciosas e invisibles. Y pasaron meses, pasaron estaciones francesas: inviernos helados, primaveras frías, veranos frescos. Cuando entró al trabajo en la biblioteca, ya solo le escribía a la tía, que le enviaba líneas de novedades triviales y nostalgia ríspida.

Salía a las diez de la mañana. Los empleados de la biblioteca comenzaban a llegar a las ocho y media, cuarto para las nueve, eran hombres y mujeres de francés silencioso que aspiraban palabras mudas cuando estaban de acuerdo con algo, *oui-oui-oui*, algunos tenían anteojos colgados al cuello por cadenas finas. Los lectores de libros llegaban a las nueve, el puntero de los minutos, tic, golpeando en la hora exacta. Todos se limpiaban los pies en un tapete enorme que reposaba a la entrada de la biblioteca y, bien educados, todos caminaban como si no tocaran el suelo. A veces, el olor de los libros antiguos, el papel amarillo, podía confundirse con polvo, pero no había efectivamente mucho polvo, las superficies lisas brillaban. Adelaide daba por limpia la biblioteca después de unos minutos. Nadie se quejaba. Por el contrario, su aseo era alabado con frecuencia. Así, pasaba el tiempo olvidado en aquella paz, oyéndose respirar.

El vigilante le tenía aprecio. Era un italiano sonriente que, cada madrugada, añadía una palabra al saludo que le hacía. En varias

ocasiones, cuando Adelaide estaba sola, buscando la palabra *Portugal* en alguna enciclopedia, sentía que él la vigilaba por detrás de los estantes de los libros. A esas horas, hasta los automóviles de las carreteras estaban todavía durmiendo y cualquier silencio se distinguía en el silencio, el pasar de una página tenía la dimensión fónica de un ciclón de papel. No se le hacía extraña la afección del guardia, la sumaba al deseo más abierto de dos pretendientes, tres si contara el de Paiva, que tenía en Saint-Denis. Esos mandaban recados a través del marido de Libânia, los cuales eran entregados a Libânia y que, después, llegaban a ella. Aprovecha, que no vas para joven. Pero Adelaide no hacía caso. ¿Qué estás esperando? Adelaide tenía veintisiete años y no sabía lo que esperaba.

Los pretendientes de Saint-Denis no se cansaban de pasar el día acarreando cubetas con mezcla en los pisos más altos de las obras y, ya al inicio del anochecer, cuando Adelaide pasaba con bolsas de plástico llenas, podían decir una frase en voz alta y artificial solo para que ella la oyera, para que ella supiera. Qué bella mujer, dijo uno. Adelaide sonreía solo por dentro. Tampoco se extrañó cuando uno de los lectores de libros de la biblioteca comenzó a fijarse en ella con insistencia. Era un hombre de poco cabello y maneras inocentes. Al inicio, Adelaide solo pensó en él en el instante en que cruzaron miradas curvas, suaves. En ese punto breve, le analizó la forma de las cejas, no le descifró la edad o las intenciones.

Adelaide no tenía solo tiempo libre, tenía también horarios. A las diez salía de la biblioteca y, sol o lluvia, esperaba por caminos franceses, mostraba el pase, la fotografía seria y entraba a la casa de la patrona cuando la mañana ya estaba a la mitad, eh, Princesa, perrita mimada. En esos meses aún volvía para Saint-Denis a las siete de la tarde, casi siempre a las ocho o a las nueve, pero pensaba siempre que dentro de poco tiempo, tenía que encontrar una casa suya. Sentía lástima por dejar a Libânia embarazada, la niña pequeña era tan graciosa, pero, pero, pero. Si las mujeres de Saint-Denis tenían conversaciones sobre casas para rentar, Adelaide las oía.

Tal vez influenciada por las estanterías cargadas de la biblioteca, ¿para qué querían los franceses tanto papel?, decidió llevar el libro que el primer día de noviazgo, Ilidio le había dado, tal vez lo leyera. En sus manos, el color de la cubierta estaba desgastado por la cantidad de tiempo que había pasado encerrado en la maleta, cuando mirarlo la entristecía. El peso parecía diferente, su realidad era diferente de su recuerdo, de su cicatriz. Así, sintió todavía un temblor antiguo cuando puso el libro en el bolso, al lado del

bocadillo envuelto en una tela, al lado de la cartera, de las llaves. A la mañana siguiente, lo llevó consigo a la biblioteca.

Tenía que encontrar valor.

Al tercer día, respiró y, cuando creyó que iba a empezar a leer, hubo algo que la distrajo, una empleada de la biblioteca que la llamó para hablarle de un asunto de los baños, los espejos, y solo regresó al libro cuando ya era hora de salir. Estaba en la mesa donde lo había dejado y quedó admirada, abrió la boca de par en par. El libro estaba movido. Alguien lo había abierto en una página, número 210, y hecho subrayados a lápiz, en las siguientes palabras: me, gustas. Dos palabras en la página con líneas debajo. Miró en torno y, a lo lejos, entre las personas distraídas, vio al lector de libros de la biblioteca mirándola fijamente. Desvió la mirada, guardó el libro en la maleta y salió. De repente, estaba en la calle. Llevaba pensamientos que ganaban volumen, como nubes.

A Ilidio no le importaba recordar la tarde en que había llegado a Champigny, pero casi nunca lo hacía. Había otras imágenes, más insistentes, llenándolo. Poseía demasiados recuerdos e intentaba expulsar todos los que le fuera posible, pero pocas acciones le costaban tanto como olvidar. En los momentos raros en que no se acordaba de una respuesta, se sentía aliviado.

Salía temprano hacia el rocío de la madrugada, con el mono de trabajo, con el casco amarillo de plástico debajo del brazo. Al lado de muchos hombres, esperaba por la camioneta que los llevaría a la obra. Intentaba ocuparse con las conversaciones que oía, podía intentar desarrollarlas, pero los hombres de Champigny raramente cambiaban de temas e Ilidio era siempre capaz de descubrir un puente entre esos asuntos gastados y sus recuerdos.

En la obra, debajo del color del cemento, apreciaba la compañía del polaco. Se entendían sobre todo por gestos o por una selección de palabras portuguesas y polacas, mezcladas con destrozos de francés, sonrisas tímidas y expresiones del rostro. El cuidado que esa comunicación exigía le permitía un descanso por instantes. El ruido permanente de la mezcladora de cemento y los gritos que los hombres lanzaban desde los andamios también lo distraían.

Ilidio se había desanimado después de las cartas que le había escrito a Adelaide y a Josué. Antes, recién llegado a Francia, no había esperado que Adelaide le respondiera. A fin de cuentas, estaba escribiéndole al pueblo y sabía que ella estaba en Francia pero, al mismo tiempo, había esperado que Adelaide le respondiera.

Tal vez ella pudiera leer las cartas cuando volviera al pueblo, si volvía, o tal vez le llegaran por medio de la vieja Lubelia, o tal vez algún milagro las llevara en su dirección. Hubo una de esas cartas, la última, que mandó dentro de un sobre dirigido a Josué pidiendo que intentara enviársela. Pero nada. Ni el mismo Josué le había respondido las cartas que le había dirigido personalmente, en las que le hablaba de las grandes obras que se hacían en Francia. Llegó a enviarle algunos dibujos improvisados en un intento por explicarse mejor. Primero, quiso creer que eran los correos que no lo encontraban en aquel laberinto de casas sin ventanas, paredes desniveladas de contrachapado. Pero tampoco era eso. Todos los vecinos recibían sobres abarrotados de hojas dobladas, escritas en los márgenes, letra pequeña. A veces, recibían también fotografías de estudio, paquetes atados con fibra de coco.

El desánimo total de esa constatación se instaló cuando ya se había cansado de recorrer todos los barrios de portugueses en la región de París, cuando ya había pasado domingos enteros en la Gare de Austerlitz viendo trenes llegando y partiendo, cuando ya se había aproximado a muchas mujeres que junto al Sena, a lo lejos, se parecían mucho a ella pero que después, de cerca, no eran. El rostro de Ilidio era diferente cuando, al final de esos domingos, volvía a Champigny, su mejor ropa puesta en el cuerpo delgado.

Cosme observaba semanalmente las alteraciones en el rostro de Ilidio. Vivía en Lagny en una casa con cuatro hombres, cuatro cuartos, una cocina con comida echada a perder y un baño sin asear. Era asistente en un hospital francés, hacía el turno de entre la media noche y las ocho de la mañana. Llegaba a la barraca de Ilidio los domingos libres y le repetía que desistiera. Estás perdiendo el tiempo, deja que sea ella la que te busque. Ilidio tomaba a mal estos comentarios y le pedía, con educación y mala cara, que cambiara de asunto. Pero, poco a poco, un año, dos años, fue Ilidio quien abandonó esa conversación, como si la olvidara, como si fuera capaz de olvidar.

Entonces, pasó a ir y venir del trabajo, apartando ideas, intentando no mirar a las mujeres que caminaban en la acera, despidiéndose de la esperanza, ignorándola. Pero es tan difícil ignorar aquello que se sabe. Al final de cada día, antes de acostarse, bajo la lámpara de petróleo, Ilidio se sentaba en un banco y escribía en la agenda el número de horas que había trabajado: doce horas, catorce horas, once horas. Al final del mes habría de hacer las cuentas y, sumando, se habría sorprendido de que ese tiempo hubiera pasado.

¿Quién era aquel lector de libros? Adelaide no supo ni siquiera por qué motivo repetía algunas preguntas dentro de sí misma. Ese día, interrogó todo. Había signos de interrogación en cada pensamiento. ¿De qué tengo sed? ¿Por qué tengo sed? Y bebió un vaso con agua, recargada al lavavajillas de la cocina de la francesa. En Saint-Denis, si no tuviera tanto sueño, ¿por qué tengo tanto sueño?, se habría quedado despierta toda la noche. Ese era un deseo que no entendía y que le ruborizaba las mejillas. Antes, Adelaide creía que conocía bien su cuerpo pero aquella noche, bajo el sonido de Libânia y su marido roncando, sentía la piel y preguntaba por su cuerpo al mismo cuerpo.

Se despertó con el mismo cansancio y, durante el camino hacia la biblioteca, tuvo cosquillas en el paladar. No entendía que aquel lector de libros hablara portugués pero, con más duda todavía, no entendía aquellas palabras seleccionadas en la página, una a una, entre todas las otras. ¿Me gustas? A mí, lector de libros de la biblioteca, hombre desconocido, me gustas, me gusta la leche tibia, me gustan las *farófias,* me gustas tú, empleada de la limpieza de la biblioteca, mujer desconocida. Adelaide se preguntaba sobre aquel lector de libros de la biblioteca, ¿quién era?, y se preguntaba sobre ella misma. Esa pregunta era un pozo más profundo.

Después de limpiar los baños, mientras se quitaba los guantes de plástico, ya sabía qué hacer. Fue a sentarse a la mesa en la que había estado el día anterior y analizó la página siguiente a aquella en donde el lector de libros había escogido las palabras. Al leer las frases, no les descifraba el significado, solo buscaba combinaciones. Podía haberse tardado mucho tiempo, podía haber sido una búsqueda difícil, hecha de posibilidades e intentos, pero no lo fue. Encontró rápidamente las palabras que decían con exactitud aproximada aquello que quería decir. Con un lápiz afilado, hizo una línea debajo de las palabras: no, me, conoce. Y sintió nervios. Miró hacia todas las palabras destacadas en la página y la respiración se alteró. El día no había nacido, necesitaba esperar.

Finalmente, llegaron los empleados de la biblioteca, traían sonrisas cotidianas y la esperanza banal de los jueves, olían a café. Faltaba menos pero, aún así, Adelaide no supo qué hacer con esos minutos. El libro estaba puesto en la mesa, abierto en la página correcta. Cuando pasaba por donde lo podía ver, miraba en su dirección. Continuaba inmóvil, abierto, como si el mundo entero estuviera siendo succionado hacia su interior.

Entonces, inmediatamente después de las ocho horas y cincuenta y nueve minutos, como se esperaba, llegaron las nueve horas exactas. Adelaide, mal escondida, se puso en un lugar a partir del cual podía vigilar el libro. Se cansó después de pocos minutos, se sintió ridícula. Se aproximó a una ventana y miró hacia la distancia de edificios daltónicos. Se dio cuenta de que podía continuar viendo el libro por el reflejo del vidrio. Después de minutos de vigilancia, volvió a sentirse ridícula. Sin ganas, fue al baño. Se lavó las manos dos veces.

Ya no sabía qué hacer, ya no tenía más pretextos para sí misma y estaba disgustándose con la ansiedad que le subía por la columna. Por eso, salió del baño lista para desistir. Sus piernas atravesaron el salón en el sentido de la mesa, del libro. Desaceleró solo en los últimos pasos antes de sujetarlo con las dos manos. Él había respondido. En la página siguiente, había hecho líneas debajo de las siguientes palabras: pero, te, quiero, conocer. Miró alrededor, a lo lejos, el rostro de él inmóvil viéndola. Ahí. Esa mañana, Adelaide transgredió los horarios y quiso salir de ahí de prisa, quiso abrir los brazos, quiso mostrar los dientes.

Más tarde, ya a la hora de la comida, la francesa la notó cambiada, pero no dijo nada. En la noche Libânia habló, se quejó, pero Adelaide solo oía sus pensamientos repetidos. Cuando logró estar sola, abrió el libro en las páginas que tenían subrayados. Con la punta del índice intentó sentir los surcos del lápiz en el papel. Después, analizó la página siguiente. Había varias alternativas. Escogió hacer líneas debajo de: ¿, su, nombre, ? Sintió que tuvo suerte en encontrar dos signos de interrogación, hervían preguntas en su interior. Esa noche, dormir fue un castigo. Si durmió, tuvo un sueño ligero y soñó con aquello en lo que había pensado durante todo el día.

A la madrugada siguiente, se levantó más temprano de lo habitual. Libânia, su marido y la niña resoplaban pesadamente al otro lado de la sábana. Adelaide, intentando no perturbar cualquier sonido dentro de la oscuridad, fue a lavarse afuera, una palangana de peltre. A veces, pasaba un perro entristecido. El aire humedecía la tierra.

Adelaide peinó su cabello.

Adormilada, Libânia salió en camisón de dormir, qué barriga, y le preguntó si podía llevar a la niña a la escuela maternal. Era muy temprano, Libânia estaba pidiéndole llegar tarde a la biblioteca. Por favor. Después de todo, Adelaide no tenía negativas para Libânia. Se sentó en un banco cojo a esperar. El tiempo le pareció lento como

una vida: nacer, ser muchacha, ser mujer con el recuerdo de ser muchacha, ser vieja con el recuerdo de ser muchacha y de ser mujer, morir. Después, finalmente, corriendo con la niña en brazos, el tiempo le pareció rápido como una asfixia. Esperó en la puerta cerrada de la escuela, entregó a la niña a la primera mujer que apareció con un manojo de llaves y huyó por las callejuelas, que le parecieron lentas hasta llegar a la biblioteca. El guardia se sorprendió cuando la vio. La primera cosa que hizo fue poner el libro abierto en la página donde había dejado la pregunta hecha con cuatro líneas. Solo después comenzó la limpieza de la biblioteca.

Los empleados llegaron, llegaron a las nueve horas. Adelaide parecía una tonta, no sabía dónde se tenía que poner. Intentaba controlar las manos, pero estaba segura de su incapacidad. Respiraba profundo. Posaba los párpados sobre los ojos. Falta poco para las diez, logró aguantar, y se aproximó al libro. En lo alto de la página que seguía a su pregunta, con caligrafía sorprendente, estaba escrito: Constantino. Por debajo, de nuevo, había líneas subrayando las palabras: podemos, hablar. Y había líneas debajo de unos signos de interrogación.

Eso fue un jueves que pasó sin dejar huellas. Más allá de los signos de interrogación, más allá de aquel nombre noble, Constantino, aquel jueves no guardaba detalles que Adelaide lograra recordar. Aún en la casa de la francesa, analizó la página siguiente. Por curiosidad, buscó un no, buscó un tal vez. No los encontró. En toda la página, desmenuzando palabra tras palabra, solo logró encontrar una respuesta que hiciera sentido: sí. Hizo una línea debajo de esa palabra única y, dentro de ella, algo se hundió en algo.

El día siguiente, viernes, tenía permiso para llegar.

* * *

(Cementerio)

Le hizo falta la soledad. El mausoleo de la familia de doña Milú estaba rodeado por una verja de hierro baja, con un portón de bisagras trabadas. El espacio entre la verja y el mausoleo apenas alcanzaba para asentar la escalera plegable. Crecían hierbas secas en esa arena. En dos o tres ocasiones, Josué creyó que podía caer despedazándose todo, pero logró sujetarse. Estaba haciendo el trabajo de sellar la sepultura.

Aquel septiembre guardaba aún una parte del hervidero de agosto. Josué se limpiaba el sudor con un pañuelo enrollado. Cuando el yerno de doña Milú lo llamó al ayuntamiento, quiso creer que tal vez le encargaría una obra, maestro, como había hecho con la fuente nueva hacía tantos años. Pero esa esperanza era hosca, tenía el color de un papel grasoso, por eso no se decepcionó cuando lo oyó pedirle sellar la sepultura de la familia de la mujer, donde descansaban la suegra y el resto de los fallecidos. A final de cuentas, el otoño ya venía, traería lluvia.

Por la mañana, a la hora que hacía menos calor, llegaban viudas con cubetas vacías. Lavaban lápidas con esponjas, movimientos largos sobre la superficie del mármol, sustituían flores pobres de plástico que el sol decoloraba y saludaban a Josué. Si la cosa era intercambiar alguna historia, esas serían todas las palabras que él oiría hasta regresar al pueblo, al final del día. El sepulturero prefería jugar a la sueca en las tabernas que pasar tardes perdidas arreglando jardines. Si no moría nadie, aparecía dos o tres veces a la semana para regar los cipreses. A Josué le agradaba esa soledad.

La sepultura necesitaba más cuidados de los que se podía prever y Josué ya no tenía tiempo para hacer trabajos sin perfección. Por eso, dedicó muchos más días en torno al tejado de la sepultura y adquirió la costumbre de estar solo. Sin ayuda, levantó planchas de mármol y percibió los cambios sutiles del cielo sin nubes. En el almuerzo, comía de la olla a la sombra del ciprés que se enraizaba en la jardinera de los angelitos.

La soledad le hizo falta aquella mañana. El sepulturero, perezoso, estaba terminando de abrir la fosa cuando llegó el entierro. La gente se juntó a la entrada de la puerta, Josué bajó de la escalera plegable y se quitó la boina. Tenía recuerdos y resentimiento, pero también tenía dolor.

Las personas, con voz fuerte, solo decían: tuvo una trombosis. O, con más verdad y con más detalles, susurrando, explicaban que la tienda había estado cerrada hacía tres días. Al pueblo le hacían falta el correo y las tachuelas. Fueron varias las mujeres que tocaron a la puerta y se desgañitaron llamándola, niña Lubelia, niña Lubelia, sin resultado. Entonces, las vecinas se juntaron, pidieron ayuda y la puerta fue forzada. En la penumbra, la encontraron en la cama, desnuda y muerta. Quien lo oyó de boca de aquellos que lo vieron dijo que era un cuerpo triste y helado. Las personas cerraban los ojos con fuerza, apretaban los labios y agitaban la cabeza para expulsar esa imagen.

El ataúd entró por el corredor del cementerio a los hombros de

cuatro hombres desocupados. Estuvo expuesto, colocado sobre tablas, sobre la fosa, mientras el cura rezaba avemarías y aseguraba que perdía a una de sus mejores parroquianas. El ataúd de diseño anticuado, cuidado. Era verdad lo que se decía, la vieja Lubelia había guardado aquel ataúd debajo de la cama durante décadas. El sol propagaba ya su fuerza máxima cuando pasaron dos cuerdas por debajo de este, tiraron las tablas y lo dejaron en el fondo de la fosa. Con los sentidos olvidados en una baza de sueca, contando triunfos mentalmente, el sepulturero lanzó paladas llenas de tierra sobre el ataúd. No se vio a nadie llorando.

La iglesia olía a desodorante y a laca. La niña se equilibraba entre Adelaide y Libânia, usaba un vestido brillante y calcetines con holanes, se sentía una princesa de dos años y medio. Las mujeres se agachaban para hacerle caricias y decirle pedazos de palabras melosas. Libânia sonreía y respondía cualquier cosa. Todos los que estaban ahí se habían bañado aquella mañana de domingo.

Llegaron temprano a la misa portuguesa. Se sentaron en un buen lugar. Libânia quería mirar alrededor, arqueaba los riñones y ostentaba la barrigota. El cura aún no estaba en el altar. Las voces eran el eco de un ovillo. Fue ese el momento que Adelaide escogió para decirle a su amiga que había conocido a Constantino.

Grande sorpresa.

Libânia se dejó de interesar en los colores de los vestidos. Buscó los ojos de Adelaide, encontró una sonrisa mansa y quiso saberlo todo, cuéntame todo, pero el coro de mujeres con pasadores en el cabello inició un cántico. Adelaide hizo un gesto silencioso con la barbilla, única respuesta. El cura entró al altar y se persignó.

Josué venía discutiendo consigo mismo cuando entró en la calle de São João. Septiembre podía acabar, el tejado del mausoleo estaba casi listo y Josué tenía prisa por envejecer un poco más. Dentro de pocos años tal vez se pudiera sentar en la plaza, al lado de los hombres que no esperan nada.

Sus ojos se vaciaban a lo lejos y, por eso, solo se dio cuenta de que estaba el bulto de una mujer a su puerta cuando estaba a poca distancia. Por cortesía aceleró el paso. Era la hija del Pulguinhas Chico, nieta del Pulguinhas. Eh, muchacha. Trigueña, sonrisa, le entregó un mazo de cartas. Josué se quedó mirando hacia la mano extendida de la mujer y no entendió. Recibió las cartas. Mientras las

hojeaba una a una, la nieta del Pulguinhas le explicó que estaba entregando correo atrasado y que había encontrado aquellas cartas en una caja debajo del mostrador de la vieja Lubelia.

Josué no era capaz de creer en las certezas más evidentes. Eran cartas de Francia, Ilidio era el remitente de todas ellas. Josué era un sentimental y cuanto más viejo, más decaía con debilidades de ese orden. Comenzó a llorar ahí inmediatamente, en medio de la calle. La muchacha no supo qué decir, dijo: no llore. Pero se arrepintió de inmediato porque el hombre tenía todo el derecho de llorar.

Con la puerta cerrada, la olla puesta en cualquier lugar, la puerta del patio abierta, Josué se sentó a la mesa y con la punta de la navaja abrió las cartas al azar. Le dolió la pregunta que la letra de Ilidio repetía: ¿por qué no me responde? Se conmovió solo. Se enojó con la vieja Lubelia, vieja ruin, pero de poco le sirvió enojarse con una difunta enterrada. Se enojó consigo mismo por haber creído que Ilidio se había olvidado de él.

Releyó las cartas por orden, las analizó. Cuando llegó la oscuridad, encendió la lámpara de petróleo y volvió a leerlas. Esa noche no quiso dormir. Tenía que pensar en todo lo que había leído, tenía que dejar que aquel mundo de imágenes le pasara por los ojos abiertos, fijos en algún punto que ignoraba. A la mañana del día siguiente, en ayunas, buscó hojas de papel para carta y encontró algunas en el cajón de los papeles, por debajo de chismes que no había tocado hacía años. No escribió mucho, solo una parte de lo que había acumulado, se aligeró.

Salió entero a la calle. De nuevo, el sol. Después de tanto tiempo, sucesión de estaciones marchitas, el sol. Atravesó el pueblo hasta la casa del cura. La puerta la abrió la señora que le ayudaba. El señor prior estaba descansando. Josué tenía mayor corpulencia que ella y entró. Esto se resolvió en poco tiempo. El cura estaba lagañoso frente a la mesa del desayuno. Sin quitarse la boina, Josué le habló del problema del servicio militar de Ilidio. El cura oyó y se hizo el desentendido. Entonces, Josué le habló del trabajo que había ofrecido para el puesto de vigilancia y le preguntó si podía darle una ayudadita. El cura, mirando una mosca que aprovechaba el fresco, dijo que esa situación estaba fuera de su alcance, que era un asunto de la nación. Josué no se alteró. Sujetó el estuche de tela, desenvolvió un cuchillo de matarife y lo puso en la mesa, al lado del platito donde el cura acumulaba migajas de pan tostado. En poco tiempo, el cura le iba a dar una ayudadita.

Con la carta en el bolsillo Josué volvió a atravesar el pueblo y llegó a la casa del Pulguinhas Chico. Lo mandaron a la tienda de la

vieja Lubelia, seguía siendo allá donde podía comprar sellos postales. Atravesó el pueblo de nuevo y fue recibido por la hija del Pulguinhas Chico, detrás del mostrador, sustituta alegre. El rostro iluminado de Josué la iluminó. Hablaron como si tuvieran la misma edad, se rieron con la misma facilidad.

Además de las noticias que había escrito para Ilidio, Josué llevaba también la carta antigua que él le había pedido que enviara a Adelaide. La hija del Pulguinhas Chico le dio de inmediato la dirección francesa de la sobrina de la vieja Lubelia. Estaba escrita en el remitente de un sobre que le mostró. Dijo:

Esta carta llegó ayer para la niña Lubelia. Ya no la alcanzó.

Josué se preparó para copiar la dirección, cuando la muchacha le dijo que había encontrado más cartas. Era un mazo de cartas de Adelaide para Ilidio. Josué las recibió y se quedó pensando.

Antes de meter la carta en el buzón del correo, Adelaide le dio un beso con la punta de los labios, un beso en el papel, una especie de despedida o de superstición. La oyó caer y se alejó. En ese camino, le llegaron al recuerdo dulzuras de su tía: cuando fruncía la frente y se amedrentaba, cuando usaba voz de muchacha para llamarla desde el patio, cuando se confundía. Esas imágenes eran escogidas entre otras, menos dulces, más amargas, que la habrían ofendido en aquel momento. Consciente de la elección, prefería los recuerdos agradables, hacía frío y tenía que vivir. No quería congelarse delante del buzón del correo.

Qué verano fresco. Adelaide pensó que aquel papel haría el viaje contrario al que ella misma había hecho. Tal vez la tía pusiera el sobre encima del mostrador de la tienda, tal vez lo pusiera sobre la mesa de la cocina, lo habría de hacer ciertamente. Se descubrió extrañando el mostrador de la tienda y la mesa de la cocina, donde colocó los codos tantas veces. Ahí, en una calle francesa, hecha de colores diferentes y de materiales diferentes, le pareció extraño que todavía existiera ese lugar de cigarras en el verano, inconcreto como el día anterior, como el mes pasado, el año pasado, la infancia.

Pero así, aquel papel llegaría en ese tiempo, aquellas palabras llegarían a lo que fue y en su interior continuaba siendo. Por la mañana, podía escoger aquel vestido de cambray, que la vieja Lubelia no aprobaría y que era demasiado ligero para el clima severo de Francia, pero no podía cubrir todas sus ideas, aún cuando pareciera ignorarlas. En ciertos momentos, Adelaide sentía un gran

secreto.

Pero sí, aquellas palabras llegarían y cambiarían su pasado. Tenía miedo, claro. Adelaide podía imaginar a la tía sin ganas de enternecerse. En la carta, comenzaba por enumerar todos los niveles de estudio de Constantino. Hablaba de los títulos académicos sin tener la certeza de que la tía entendiera bachiller. Sabía que la tía sentía respeto por aquello que ignoraba. Después, sutil, pasaba hacia las cualidades de carácter y, finalmente, mezclada con la despedida y con votos de salud, le dejaba la noticia de que estaba comprometida. No había manera de disfrazar completamente el tamaño de esa revelación, pero Adelaide tenía esperanza.

Cubriendo ese instante, más tiempo pasó, más días. Se encontraban en la biblioteca y se reencontraban al final de la tarde, cuando Adelaide salía de la casa de la francesa. Tenían ya muchas maneras de hablar que solo utilizaban uno con el otro. Constantino usaba una voz afectuosa que no pedía besos ni sugerencias. Era una voz que caminaba al lado de Adelaide en la acera, a ese ritmo. La dejaba entrar a las barracas de Saint-Denis, donde la noche anochecía y el primer abrazo que se dieron fue sugerido por una espera del cuerpo de ella.

Adelaide siguió con la cabeza el camino de la carta. Durante una semana durmió tranquila. Después, comenzó a esperar la respuesta de la tía. Si le preguntaba al marido de Libânia por el correo recibía un gruñido de mal modo y dejó de preguntarle. Si le preguntaba a Libânia recibía siempre la misma respuesta negativa y dejó de preguntarle también. El silencio le raspaba los ojos. Comenzó a cargar sola el peso de cada día y, por la noche, cuando se dormía en la barraca dividida por una sábana, sentía que le oprimía todo el cuerpo, dormía debajo de ese peso. Aun en la distancia, la tía era muy capaz de soltar veneno.

Después de tanto preguntar y después de silencio, hubo una noche en la que, al llegar a Saint-Denis, encontró a Libânia esperándola con una carta en la mano. Adelaide le agradeció y aun cuando leyó el remitente, no se le alteraron los gestos o el rostro. Fingió naturalidad, pero Libânia continuaba mirándola. Era la carta antigua de Ilidio, enviada por Josué. Como si escondiera fiebre, sonrió pálida y buscó un lugar al aire libre, con iluminación y calma suficientes. Leyó la carta. Era breve, una carta corta. Volvió a guardarla en el sobre. En el interior de su mirada, las palabras escritas por Ilidio se pegaban unas contra otras. En el suéter tejido, sentía el olor de la colonia de Constantino. Oía la voz escrita de Ilidio y oía el recuerdo de la voz de Constantino a lo largo del

camino hasta la entrada del barrio. No oía los hilos de voces dispersos sobre la noche de Saint-Denis.

La puerta rechinaba óxido. La niña jugaba en el suelo y Libânia le decía algo. Se respiraba aire. Adelaide encontró el libro donde lo había dejado, a medio leer. Lo abrió y acomodó la carta entre sus páginas. Guardó el sobre con la dirección en el bolso, se desharía de él más tarde, al día siguiente, tal vez rasgado entre la basura de la biblioteca, tal vez abandonado en uno de los contenedores públicos en el camino que hacía de madrugada. Había tomado su decisión. La carta, escrita por Ilidio, se quedaría cerrada en el libro, suspendida, como una página suelta de ese mismo libro, una página que tal vez nadie pudiera entender, una página volátil, que podría estar en cualquier lugar del orden de aquel libro porque, para él, para su entendimiento, era una página que existía y que no existía.

* * *

La distancia entre Champigny y Saint-Denis era aproximadamente de dieciséis kilómetros. Ilidio, agobiado por la carta que había recibido de Josué no sabía siquiera qué dudas tenía. Cuando llegó, fue dispensado de tener que lidiar con esa indefinición.

Reconoció la figura de Adelaide a lo lejos, cuando aún caminaba de la mano de Constantino. Después, la vio abrazarlo, distinguió las ganas con las que se dirigió a él, aquellos brazos, aquel cuerpo. Ilidio dejó de creer que todavía la conocía. Inmediatamente después del tiempo que demoró, vio que se transformaban en sombras alejándose en direcciones perpendiculares. Adelaide siguió por las calles que se abrían frente a ella, Constantino regresó por el mismo camino por donde había llegado. Había un poste oscuro esperando que Ilidio se apoyara en él. Dentro de sus ojos, aún la veía abrazar a aquel hombre tan diferente a él. Apoyado en el poste, era un campo anochecido. ¿De qué le servían las manos?

Despacio, la distancia entre Saint-Denis y Champigny fue mucho más larga. Estaba hecha de carreteras fantasma, de calles fantasma, de casas fantasma, habitada por carros fantasma, luces fantasma y fantasmas transparentes, sin alma, llenos de no vida.

En cuanto despertó, la vieja Lubelia entendió dónde estaba.

El día que mandó a hacer el ataúd, el de la funeraria le enseñó

una muestra. Lo que más le llamó la atención fue el interior, se sintió cautivada por los forros de satín. Como siempre que algo la seducía, tomó ese sentimiento por debilidad, pero cedió. Después, pasó años expulsando insectos de la tela y confirmando con agua y jabón que el satín continuaba blanco y brillante.

Al despertar en aquella oscuridad fría, tenía este conocimiento.

Descruzó las manos del pecho, las levantó y, en el poco espacio, intentó empujar la tapa. No se movió, no hizo siquiera un ruido de madera separándose de los clavos. La tapa era un peso inmóvil, sus brazos eran incapaces. Se pasó las manos por la cara para sentirse, tenía nariz y ojos. Por el esfuerzo y por la negrura opaca, sintió que la respiración se alteraba, seguía el descontrol del corazón, que se lanzaba como un puño cerrado contra puntos opuestos del pecho, que intentaba subirle por la garganta. Quiso gritar, pero también su voz era vieja.

Gritó hasta después de exhausta, hasta no aguantar más el equilibrio de la cabeza, los ojos hinchándosele, casi reventándosele de las órbitas. Cuando se calló, la boca seca, quedó la respiración asfixiada dentro de aquella oscuridad. Clavó los dedos en el vestido e intentó pensar. Le faltaban los pensamientos. Volteó la cara para un lado y para otro. Intentó mover las piernas, pero las rodillas golpearon en la tapa cerrada del ataúd.

Calma, pensó. Y sintió una lluvia de serenidad cayéndole uniforme sobre el cuerpo recostado. Las manos perdieron la forma. Colocó los párpados sobre los ojos. ¿Sería de noche o de día? Su tiempo ya no tenía noches o días. En aquel absoluto, en aquel aire que se tornó sólido, su tiempo estaba hecho de instantes muy lentos. La vieja Lubelia, vieja, vieja, esperaba por ellos, los aceptaba.

(1968)

Cualquier pretexto merecía un juicio.

Porque si era por un silencio, entonces era por un silencio, pero si era por una palabra, entonces era por una palabra.

Huir cómo y hacia dónde no eran preguntas. Adelaide vestía de luto y él, claro, la censuraba por eso, le decía que era un atraso. Adelaide bajaba la mirada o intentaba mirar hacia otro lado. Él la censuraba por bajar la mirada y por mirar hacia otro lado.

Parece que te mudaste a la biblioteca, dijo Libânia la única vez que la visitó. Lo dijo bajito para que Constantino no oyera, pero era poco lo que él no oía. Los lentes que se ponía para leer los libros de letra más pequeñita le afinaban también la audición. En esa única visita, Adelaide descubría brazos nuevos para impedir que la niña mayor de Libânia moviera los libros, a Constantino le daría un pasmo si ella se acercara con los dedos a un lomo. Libânia cambiaba a la niña menor de un pecho para el otro. En medio de esa agitación, conversaban.

Adelaide se preparó para la boda, vestido sobrio, peinado de laca, todavía en la casa de Libânia. Fue de ahí que salió para el registro y esa fue la última vez que pisó Saint-Denis. Las dos maletas que contenían cuanto poseía la esperaban en una perpendicular a la Rue de Crimée, París ciudad, departamento diecinueve, en la casa de Constantino. No era una casa grande, los estantes y las pilas de libros le encogían la sala, el cuarto y los corredores, pero era una casa casa, con paredes de cemento y ventanas de vidrio en un tercer piso. Adelaide probó el elevador y conoció la casa ya después de fijada la fecha de la boda. Fue también en esa última hora de la tarde que probó el sofá, el miedo, con muchos cuidados de Constantino y con muchas promesas de que no iba a doler, pero dolió.

La boda fue fijada en cuanto llegó por correo la noticia fúnebre de la vieja Lubelia, una carta de palabras ceremoniosas y caligrafía redonda, escrita por la mano de la hija del Pulguinhas Chico, y que explicaba también cómo la había pasado a sustituir en sus funciones. Adelaide no se castigó inmediatamente por esa trombosis a miles de kilómetros de distancia. Primero, lloró. Luego, sintió alivio por no tener que enfrentar todas las recriminaciones que había imaginado tras la falta de respuesta a su carta. Fue solo

después, ya con la boda marcada para enero, que se dio cuenta de que tal vez su tía habría expirado con la revelación súbita de su compromiso. Adelaide desconocía la fuerza del corazón de su tía. Las esperanzas de la boda fueron el único consuelo que encontró para cubrir esa culpa que no compartió ni con Libânia, ni con Constantino, ni con nadie.

Parece que te mudaste a la biblioteca, repitió Constantino varias veces después de la visita de Libânia, imitando su voz con desdén. Después, se permitía un instante de silencio y añadía un discurso que serpenteaba entre la ignorancia de Libânia, analfabruta de mierda, y su casa de madera y latas en Saint-Denis, barraca pulguienta. De enero hasta abril, Adelaide se fue habituando a lo gris que oscurecía la forma de ser de Constantino. Los libros parecían hacerle mal. Había un descanso durante las horas en las que se la pasaba leyendo, sentado bajo la luz de la ventana, durante las tardes de sábado, o en el sofá debajo de la lámpara de pie, al anochecer. Pero cuando cerraba el libro se arruinaba todo. Su furia contra la francesa: explotadora, vaca, hubo un día en que llegó a llamarle vaca. En francés, *vache*. De enero hasta abril, Adelaide fue aprendiendo palabras que desconocía, *bourgeoisie*, por ejemplo. Cuando Constantino se envenenaba, llamaba *bourgeoise* a la francesa *bourgeoise* era peor que *vache*, era peor que *putain*. Fue en enero que comenzó a arremeter contra la francesa, pero Adelaide no se dio cuenta. Estaba entretenida con una cámara fotográfica. Los ojos de Adelaide brillaban más que las luces del flash. Era una Kodak Instamatic 50, bonita. La francesa se la dio como regalo de bodas; cuidada, casi nueva. Tal vez Adelaide pudiera haberse dado cuenta cuando, al observar la máquina de uno y de otro ángulo, Constantino comentó que la francesa estaba librándose del fierro viejo que tenía en su casa. Adelaide se sintió, le respondió con un rostro ofendido, pero lo olvidó y no se dio cuenta. Tenía un rollo entero de fotografías de la boda esperando a ser revelado. En febrero, él aprovechaba el antes o el después de la cena para denigrar a la patrona con palabras cada vez más duras. Preguntaba qué era lo que la francesa había comido y encontraba la manera de maldecir sopas, ensaladas y salsas. En marzo, Adelaide ya no podía mencionar a la francesa. Sentía tristeza de que, aun así, él continuara, explotadora, *bourgeoise*, llenando a aquella mujer de casi setenta años, cabellos débiles y pintados, sonrisa, con tantas sombras y tanto rencor. A veces, de día, frente a la francesa, Adelaide se avergonzaba con el recuerdo de aquello que Constantino había dicho el día anterior. Entonces, se volvía tímida,

sin mirar.

Hasta la perra, la Princesa, era desdeñada. ¿Sabes cuántas familias podrían vivir a la larga con lo que se malgasta en ese animal? Pero lo peor, la tempestad, sucedía en el momento en que Constantino llevaba la conversación hacia el marido de la francesa, *bourgeois*, viejo puerco. En abril, llovió. Constantino exigió saber cómo era que el marido de la francesa se dirigía a ella, *madame* o *mademoiselle*. Adelaide no sabía cuál era la respuesta que más lo enfurecería, dijo *mademoiselle*, pero se arrepintió inmediatamente, en cuanto le distinguió la combustión en la mirada. La obligó a prometer que nunca se quedaría sola con el marido de la francesa en la misma habitación y que, siempre que fuera al baño, cubriría el hueco de la cerradura con una toalla. Adelaide nunca pensó que el marido de la francesa, el *monsieur*, la pudiera espiar y, a partir de ese día, dejó de reírse de sus bromas. Muchas veces, él pedía que le enseñara palabras portuguesas, cuchara, pan, servilleta; después las repetía y todos se reían. Eso dejó de suceder. El marido de la francesa tenía casi ochenta años y, a partir de cierto momento, comenzó a ser un bulto que pasaba lejos, que subía o bajaba escaleras, que arrastraba las pantuflas. En abril hizo más frío que en marzo. En una noche de abril, después de una charola de pescado al horno que no les hizo provecho, mientras Constantino discurría sobre las perversiones del marido de la francesa, Adelaide le preguntó:

¿Pero quieres que deje de trabajar en la casa de la francesa?

El día 10 de abril de 1968, cuando supo que había pasado la frontera, Ilidio abrió la ventana del vagón y no encontró la temperatura que esperaba. Bellísimo miércoles. Inspiró. Había aire fresco y puro en Portugal. El tren se volvía más lento, como si quisiera hacerlo sufrir, qué castigo, pero Ilidio era ya solo una sonrisa, los músculos de la cara hechos de cera sonriente. Disfrutaba de los campos de olivo, bebía su distancia.

Se destapó la garganta y escupió por la ventana.

Ilidio no distinguía comprensión en las conversaciones que los otros hombres intercambiaban detrás de él, sentados en las sillas forradas de napa. Seguía de pie y pensaba en Josué sorprendiéndose con su llegada, imaginaba lo que podría decir, si es que decía algo. Ilidio tenía los ojos más grandes que el paisaje. Juraba recorrer todas las calles del pueblo durante las próximas cuatro semanas. No dejaría una sin el rastro de su sombra.

Venía animado por tal influjo desde que había embarcado en Austerlitz. No, desde mucho antes. Y pensaba en los trenes, como siempre. Pero ya no era un niño de seis u once años, era un hombre pleno, veintiséis años cumplidos, conquistas y tristezas; por eso, al pensar en los trenes, dentro de un tren, pensaba en otra cosa.

Sola en casa, recargada en el mostrador de la *kitchenette*. La ropa negra le asentaba en el cuerpo el recuerdo del pueblo. Volvería a usar la falda a cuadros o la blusa amarilla, sabía eso, pero era demasiado pronto, había pasado poco tiempo, pocos meses desde el momento en que, todavía en la casa de Libânia, había recibido la carta que le daba a conocer el fallecimiento de su tía. Ese día, sin fuerzas para los papeles que sujetaba, sin fuerzas para tanto, lloró por muchas cosas distantes.

La casa tenía el sonido de los objetos inmóviles, el hervor silencioso de los libros cerrados y los pasos de los vecinos del piso de arriba. Las manos de Adelaide servían para sujetar el sobre con las fotografías reveladas de la boda. Eran doce. Constantino sin corbata dándole el brazo, ella queriendo sonreír. Los colores tenían sentidos invisibles. Libânia, el marido y las niñas, al lado de los novios, Constantino serio. El collar de oro de Libânia encontrando una ocasión para ser usado. Los compañeros de Constantino, al lado de los novios, sin corbata, con sombrero, con cigarros encendidos. Y la fiesta, el cobertizo donde comieron bacalao al horno, pudín, el pastel que ella había hecho, antes de ser cortado y distribuido en platitos.

Adelaide se apresuró a guardar las fotografías en el sobre cuando oyó la puerta de la calle. Abrió y cerró un cajón.

¿Qué estabas haciendo?

Constantino llegaba de la reunión con los camaradas. Traía entusiasmo, pero traía también preguntas repetidas.

¿Qué estabas haciendo?

¿Saliste de casa?

¿Saliste de casa?

Estaba haciendo algo. No, no había salido de casa. Adelaide dio respuestas apagadas que lo satisficieron. El entusiasmo de Constantino se distinguía en los gestos. Puso un mazo de papeles sobre la mesita de la sala, sacó un vaso del armario de la *kitchenette*, se sirvió un trago de Ricard y lo mezcló con agua que sacó del refrigerador. Adelaide se ponía mal con el olor del Ricard. Cuando tenía que besar a Constantino, ese aliento a anís le entraba por la

garganta, se mezclaba con la saliva y sentía que su rostro se quedaba amarillo, después verde. Constantino encendió un cigarro con una bocanada larga y ella creyó que podía aprovechar la oportunidad. Tenía el silencio delante de sí misma, era una especie de azud y tenía que dar el primer paso, caminar dentro de aquellas aguas que comenzarían por cubrirle los pies, los tobillos y, después de levantar la falda con las dos manos, las rodillas. Sí, el silencio era una especie de azud. Dio el primer paso y comenzó por decirle que estaba pensando en la tienda de su tía. Él, Ricard y cigarro, no dijo nada. Entonces, le habló de cómo la muchacha estaba encargándose de la tienda de su tía. Él ya sabía todo eso, bebía, fumaba, pensaba en otros temas y continuó sin decir nada. Entonces, respiró y, en el mismo tono, continuando, le habló de cómo los asuntos que su tía había dejado pendientes serían resueltos si fuera al pueblo y se encargara de todo. Fue en ese momento que los ojos de él se clavaron en ella. Vació el Richard en el fregadero. Apagó el cigarro.

¿Eso es lo que quieres?

Constantino no podía ir a Portugal por culpa de la política. Los primeros días de cada mes, recibía un vale con la mesada que su padre le enviaba de Lisboa y, después de cobrarla, lo maldecía a distancia. Fascista mugriento. A veces le llamaba execrable, que no sonaba tan mal.

Responde. ¿Es lo que quieres?

Adelaide sabía lo que debía responder. Los ojos encendidos de Constantino le dictaban la respuesta. Bajó el rostro. Entonces, él volvió a contarle cómo a la policía le gustaría atraparlo y arrancarle las uñas con alicates. Con detalles, las uñas arrancadas una a una con alicates y sustituidas por una sangradura imparable en la punta de los dedos.

¿Quieres eso?

Adelaide comenzó a llorar y él continuó. Adelaide se tapó la cara con las manos y él se la destapó, continuó. Adelaide comenzó a babear y a lanzar un aullido bajito. Él se detuvo para llenarse el pecho. Ella estaba despeinada, tenía las mejillas rojas y mojadas, la boca abierta. Él la abrazó.

Ya, ya. Acabamos de casarnos, tenemos tiempo. Este país va a cambiar. Los trabajadores se están organizando por toda Francia, espera a que te cuente lo que se dijo en la reunión. Después va a cambiar el mundo. Y Portugal va a cambiar también. La escoria será completamente expulsada y entraremos juntos a Portugal, vas a ver. Tú sabes que te quiero mucho.

Entre sus brazos, debajo de las lágrimas tibias, Adelaide recuperaba sollozos.

* * *

Eh.

Josué se volteó y chocó de frente con Ilidio.

Qué lloradera, decía Ilidio más tarde ya sentado en la cocina de Josué, a la sombra, riéndose. Las maletas y las bolsas puestas en la entrada. Josué estaba todavía recomponiéndose, se limpiaba la cara con un pañuelo.

Eso no se le hace a un viejo.

Ilidio continuaba riéndose. Entonces, hubo un momento en que se quedaron inmóviles. La sonrisa de uno crecía y atraía la sonrisa del otro, que también crecía. Como si fuera el sol, un sol, que crecía y esa luz los iluminaba de nuevo con sus propios nombres, con Ilidio y con Josué, y así volvían a ser lo mejor de todo lo que habían sido cuando estaban juntos, niño y hombre, muchacho y hombre, hombre y hombre. Se borraba la despedida, la falta se disolvía.

Lo sonidos del pueblo entraban por la puerta abierta del patio y atravesaban el postigo de la puerta de la calle, atravesaban las paredes. Perros ladrando en la lejanía, brisa, la suspensión de la tierra, voces despreocupadas y otros sonidos llenaban la cocina y eran apreciados por Ilidio, eran recibidos por su cuerpo, que olvidaba las molestias del viaje y las digería. La Gare de Austerlitz le parecía el recuerdo de un sueño, despojándose de detalles, empañándose. Tenía a Josué enfrente y en su interior, guardaba aún una nueva sorpresa, pero era capaz de esperar, tenía una sonrisa. El día siguiente sería viernes de pascua. Era todavía de mañana, pero sabía que la tarde llegaría y, después, la noche, justa.

En el jardín, mientras asaba unas chuletas que había traído de una matanza generosa, Josué contó anécdotas de campanas tocando, de rebaños atravesando las calles del pueblo, de humo subiendo por las chimeneas durante el invierno y oyó contar extrañezas de Francia. Comieron. El pueblo ya tenía luz eléctrica, las calles ya estaban casi todas pavimentadas. Entre palabras, Ilidio se alegraba con la sorpresa que contemplaba en silencio. Como se esperaba, llegó la última hora de la tarde y los tractores que traían a los hombres del campo, llegó la hora en que Ilidio tenía que atravesar el pueblo. Sus piernas eran nuevas.

En cuanto lo vio, Galopim se agarró a él. Le importó poco, nada, con su ropa cubierta de tierra sobre la camisa lavada de su amigo, lo apretó contra él, se abandonó dentro de sus brazos. Entraron a la casa. Las palomas planearon, se deslizaron por el aire. Ilidio se aproximó a la cama para acariciarle el cabello al hermano de Galopim. Al recibir la caricia, sus ojos se apaciguaron, sus manos dobladas se abrieron. Y quedaron los tres. Despertando de una alegría atónita, Galopim intentó limpiar dos sillas para que se sentaran. Durante lo que sobró de la tarde, las palomas se inmaterializaron en la sombra, fueron pedazos flotantes de esa misma sombra, como sus voces.

Francia es algo grande, ¿no?

Ilidio asintió.

¿Y Cosme?, ¿anda por allá todo impresionado?

E Ilidio habló para el rostro embelesado de Galopim.

Esa noche, durmió en su cama, el cuerpo envuelto por las sábanas frescas. En la oscuridad, bajo los ruidos que Josué aún escuchaba detrás de las paredes, el cuarto regresaba, traía consigo el tiempo. Ilidio se sintió con otra edad, Francia le pareció imposible. Fue así que el rostro de Adelaide apareció, el recuerdo completo de cómo, ahí, había soñado con ella. Cubrió esa punzada con la reacción que imaginaba en Josué cuando le contara la sorpresa. Y se entregó, líquido, al sueño.

Las mujeres barriendo la calle, hablando a distancia. Levántate, muchacho, gritó Josué desde la cocina, ven a tomar café. Ya la tarde se preparaba. Ilidio abrió la puerta, se sentó en el poyo y vio a las mujeres acomodando ramos de romero por la calle, hasta cubrirla, hasta que no se notaron los adoquines y la calle se transformó en un manto de romero, como un río, las aceras siendo márgenes.

Josué estaba ya enjuto. Tenía la ropa preparada sobre la cama. Ilidio se mojó las manos en el lavabo y lo encontró peleando con el calzador. Se metió con él:

Zapatito fino.

Media docena más de tembleques y quedaron listos, salieron juntos hacia la plaza. Caminaron alineados. Josué no decía nada cuando se acercaban las personas, esperaba que ellas reconocieran a Ilidio y lo vinieran a saludar. Esa sorpresa se repitió muchas veces hasta que llegaron al lugar. Josué entró orgulloso a la taberna.

Los hombres los rodearon en el mostrador. Ilidio les ofreció abundantes vinos hasta que se comenzó a oír el bombo, los pasos lentos de un gigante pesado. En ese momento, sin conversación,

salieron. La procesión subía por la calle del herrero. Enfrente venía un hombre que levantaba un estandarte; atrás, a buena distancia, venía otro hombre con incienso; después, el cura, flanqueado por monaguillos; luego, los angelitos vestidos de blanco, niños con alas y aureolas; después, cargado por hombres, el Cristo cargando la cruz, hilos de sangre escurriéndole por la cara, con una rodilla puesta sobre un fondo de flores; al final, la banda; a los lados, acompañando la procesión, seguían dos filas de mujeres, muchachas y viudas. Cuando la banda dejaba de tocar una marcha lenta, llena de trombones, trompetas y tubas, las mujeres incentivadas por el cura, lanzaban un cántico de aullidos, sin esperanza. En la plaza la procesión se deshizo y todos se mezclaron. Solo los muchachos uniformados de la banda continuaron la formación, las partituras sujetas al instrumento con pinzas de ropa. El cura entró en una casa de dos pisos y apareció en el balcón. En ese silencio en el que todas las personas murmuraban, llegó la imagen de la Virgen María, se abrió un camino para pasar. Y se encontraron. La madre y el hijo. Hacía tanto tiempo que sentían falta uno del otro. En el balcón, el padre tenía una colcha de cornucopias doradas extendida enfrente, comenzó a hablar.

Habló, habló. Ni Ilidio ni Josué lo miraron. Ilidio miró hacia el rostro de Nuestra Señora. Josué miró el esfuerzo de los hombres que cargaban al Cristo y que cargaban a la Virgen; miró hacia los angelitos que pasaban corriendo, jugaban al tú la traes; miró hacia las mujeres vigilándose unas a otras. Se sentía el olor del incienso, del romero y de los cuerpos. Amén, el cura, y amén, una gran cantidad de personas con ropas limpias. En el instante en que el cura se retiró, la banda interpretó otra marcha e Ilidio avanzó entre las personas que se estiraban para tocar los vestidos de las imágenes, para dejarles monedas a los pies o para prenderles billetes de veinte escudos con alfileres. Logró entonces encontrar espacio para sacar la cartera del bolsillo de la camisa y, con pocos movimientos, escogió un billete. Lo sujetó al manto de Nuestra Señora con un alfiler.

Cuando volvió al lado de Josué, no necesitaron decir nada. La mitad de la multitud lo miraba y la otra mitad miraba el billete. El rostro serio de doña Filipa de Lencastre, un rectángulo lila sobre el manto blanco. Cuando le daba el viento, se distinguían tres figuras pías en el otro lado. Las personas se asombraban, una gran parte de ellas nunca había visto un billete de mil escudos.

Les quitaba la cáscara a los huevos cocidos y echaba de menos a la francesa, escurría el bacalao y extrañaba a Libânia, cortaba las papas en rodajas y añoraba el pueblo. Cocinaba bacalao a la Gomes de Sá como si cocinara melancolía en el horno.

Adelaide no necesitaba correo enviado del más allá para saber que la vieja Lubelia no habría estado de acuerdo con un matrimonio tan repentino. Cuando le dio la novedad a Libânia, ella preguntó si estaba embarazada. Para tanta prisa, sería lo lógico. En ese momento, Adelaide se echó a reír, tenía la ceguera de la vida de casada, de dejar Saint-Denis y se reía sin razón. Ahí, recargada en el balcón de la *kitchenette*, tenía otras ideas, se desanimaba.

Llaves en la cerradura; precipitadamente, la puerta se abrió. Y Constantino en todas partes, llegando a la *kitchenette*, dando vueltas a la mesita de la sala, aproximándose a la ventana, alejándose de la ventana, sin sosiego. Y los estudiantes, los estudiantes, los estudiantes. Y la policía que había entrado a la Sorbona. Y los estudiantes que resistirían, que no se iban a quedar. Constantino parecía una batidora eléctrica, las frases que soltaba en el aire se revolvían bajo su agitación, claras a punto de turrón. Adelaide presenciaba ese entusiasmo. El bacalao estaba en el horno. Se sentía todavía el olor a cebolla dorada. El rostro de Constantino se fijó en el de ella y se transformó, abatido. Luego de esos dos segundos, le preguntó si había salido de la casa. Ella le respondió un no apagado. Él insistió. Ella le dio la misma respuesta. Él no le creyó y, durante el resto de la noche, le repitió esa pegunta muchas veces. A la mitad, habló de los estudiantes y aseguró que el bacalao estaba insípido.

Al finalizar la primera semana, pasada ya la Pascua, Ilidio regresó de la casa del padre de Cosme, donde había pasado la tarde describiendo misterios franceses para una platea de tías admiradas, y se sentó en el patio. La luz del sol lo llenaba de tibieza, se le posaba en los párpados cerrados y los cubría con dos monedas de oro. Josué llegó de la obra y descansó al lado de Ilidio, hablando de placas de cemento y bebiendo un vaso de agua turbia. Entonces, Ilidio le distinguió las arrugas definidas y se dio cuenta de que había llegado el instante de contar la sorpresa.

Maestro, he andado con un pensamiento.

Maestro. Josué aguzó los oídos y rejuveneció veinte años.

Comprar un terreno y hacer una casa de dos pisos, una casa desde los cimientos. A Josué se le estaban pudriendo los dientes de

enfrente. Primero, desconfió de lo que había entendido. ¿Estás seguro? Ilidio asintió con la cabeza, media sonrisa, y dijo que quería un patiecito y una cochera, habría que sacar la licencia y comprar un automóvil. En busca de lucidez, Josué se conmovió. Y se lanzó a hablarle de buenos terrenos, juró: será la mejor casa del pueblo. Cuando anocheció, se quedaron intercambiando dibujos sobre la mesa de la cocina. Ilidio le hablaba de las casas que había visto en Francia, el albañil soñaba.

A la mañana siguiente, cuando Josué ya había tomado su café y tenía las botas puestas, Ilidio le preguntó:

¿Va a decir en la obra que no cuenten más con usted?

El rostro de Josué se moldeó en una sonrisa.

Sí, voy a decir en la obra que no cuenten más conmigo.

Después de la comida, ya Josué iba con el dedo estirado, señalando terrenos de jaras y proyectando construcciones invisibles en el aire. La casa podía quedar del lado de la colina y, allá, podía quedar la cochera. Ilidio iba corrigiendo sugerencias y, así, explicaba cada vez mejor su idea.

Pasó otra semana y llegó mayo. Habían escogido dos terrenos bonitos. Uno de ellos, el mejor, pertenecía al cura; el otro, casi tan bueno, pertenecía a un viejo que vivía al lado de Etelvino Maltês. Fueron a encontrarse con el viejo que vivía al lado de Etelvino Maltês.

Viejo del demonio, debe estar convencido de que se lleva el terreno como mortaja, decía Ilidio, mientras pelaba una manzana sobre el plato sucio de la cena. Josué iba callado de un lado a otro. La luz eléctrica lo iluminaba, pero tenía un peso de sombra en la mirada. Se decidió:

Hay una alternativa que te falta contraponer.

Entonces, con delicadeza, le habló del Sorna. El tiempo se volvió espeso, se volvió pesado.

Ilidio no sabía que el padre de su madre había muerto en prisión, ni siquiera sabía que había sido detenido. En cuatro años en Francia no se había acordado de él ni una vez. Entre silencios, con voz baja y grave, Josué le contó lo poco que se sabía de esa historia. Esperó y, con más ánimo, le dijo que podía tomar posesión de la casa. La podían derrumbar. Además, la casa de al lado le había pertenecido a un ahorcado con hijas deseosas de dinero. Todo encajaba. Los dos terrenos, juntos, alcanzaban bien para hacer una bella casa de dos pisos, con patio, cochera y lo que se quisiera. Josué se quedó esperando, temeroso, pero Ilidio arrojó el corazón de la manzana hacia dentro del plato y dijo:

Mañana, vamos a hablar con las hijas del hombre.

Adelaide todavía tenía el libro guardado en una de las maletas con las que había llegado. Estaban apiladas sobre el guardarropa. Constantino nunca se había acordado de abrirlas. Ya lo había encontrado varias veces abriéndole la bolsa y leyéndole los papeles donde apuntaba listas de compras, leche, cerillos, jabón para los trastes, o esculcándole los pañuelos en la pequeña bolsa barnizada que se colgaba en el ángulo del brazo cuando salía a la calle. Pero las maletas continuaban en el guardarropa, envejeciendo lentamente, acumulando bolas de pelusa.

Sin explicación que se comprendiera, cuando Adelaide supo que estaba embarazada, se acordó del libro. El cuarto de baño, blanco y lejía, fue el lugar de esa epifanía, como si hubiera sido atravesada por un eje que, a pesar del tercer piso, a pesar de los vecinos de abajo, le hizo sentir la tierra bajo los pies.

Cuando entró a la sala, Constantino giraba las páginas del periódico con toda rapidez, la televisión estaba encendida, pero solo pasaban películas. A veces, había uno que otro espacio de noticias intermitentes pero, también en huelga, en la televisión pasaban sobre todo película tras película. Al ver a Adelaide, espectro, Constantino se inflamó para decirle que estaba todo parado: correos, transportes públicos, escuelas. Mientras hablaba, su voz levantaba humo de carros ardiendo, llantas ardiendo. Adelaide ya había decidido no contarle en ese momento, cuando sonó el timbre. Constantino se asustó.

¿Estás esperando a alguien?

Adelaide dijo que no, aseguró que no. Era Libânia. Se abrazaron con los ojos cerrados.

El marido de Libânia había comprado un vehículo de segunda mano y se había enterado por Paiva, ¿te acuerdas de Paiva?, que había una gasolinera abierta cerca de ahí. Después de dos horas de fila, estaba listo y esperaba allá abajo con las niñas.

¿Y no subieron?

Será para la próxima. Vine solo a darte un besito.

Constantino no levantó la mirada del periódico.

Susurrando, Libânia le dijo que tanto ella como su marido seguían arreglándoselas para trabajar y recibir. Adelaide sonrió. Pero, cuéntame, ¿tú cómo estás? Adelaide, tímida, con la seguridad de que Constantino no la oía, le contó, le contó, le contó, brisa, como una brisa, que estaba embarazada. Libânia abrió la boca y

pronunció un oh silencioso. Le dio las dos manos y, por un instante largo, se quedaron así, muchachas de porcelana.

Cuando Libânia salió llevando consigo la alegría, Constantino le preguntó:

¿Qué se estaban ahí cuchicheando?

En la ventana, Adelaide la vio entrar al carro y, de espaldas a él, no le respondió.

Cada mazazo que se daba en la pared era como una explosión en el centro de la tierra. Cuando los hombres dejaban los mazos para limpiarse la frente, los mangos de madera gruesa les llegaban a la cintura. Las cabezas de los mazos eran pesadillas de acero sólido, tormentas negras. Ilidio sujetaba el mazo con las dos manos y golpeaba la pared, que caía en grandes tajadas de cal, con ladrillos rojos en las puntas, como entrañas. Los hombres de la obra habían sido escogidos uno a uno por Josué y, antes, se habían subido para descarnar hileras de tejas y hacer caer las vigas. Bajo la luz del cielo, la casa del Sorna revelaba con mayor crueldad su pequeña miseria.

Ni Ilidio ni el albañil aprovecharon nada de la casa. La alacena fue subida a la camioneta llena de loza y llevada al campo, donde la tiraron debajo de un alcornoque. Ese fue también el camino de la cama, aún hecha de sábanas y mantas, así como de todo el cascajo y de todos los trastos, las sillas cojas, las bacinicas y los golpazos. Las paredes se desmoronaban en nubes de tierra caliza y, lejos, en el campo, al margen de un camino de tierra, el monte de cascajo crecía debajo del alcornoque.

La casa del vecino del Sorna había sido despojada por sus celosas herederas de todas las menudencias que tuvieran un mínimo de valor. Los mazos reventaron las paredes con la misma sed con que reventaron la chimenea donde el viejo se había colgado con alambres. Durante la comida, a la mitad de la tarde y al final de cada día, los hombres sacudían gotas invisibles de vasos vacíos y, juntos, los llenaban dos o tres veces para quitarse de la garganta el sabor a polvo. Ilidio conocía bien a aquellos hombres que tenían su edad, poco más o menos. Era en esos momentos de pausa en los que se daba cuenta de cómo el sol y el ácido de las sopas de verdolagas los habían maltratado. Eran hombres feos cuando sonreían, pero que trabajaban sin respeto por el cuerpo. Arrancaban clavos de la pared con las uñas, cargaban todo lo que fuera necesario, incluso toscas montañas.

Josué, albañil y maestro, se envanecía con los viejos y jóvenes que iban a ver la obra, que pasaban horas del otro lado de la calle, a la sombra, dando fe; se envanecía también con las mujeres que pasaban cargadas de hortalizas y que se paraban para decir: sí, señora. Todavía no se había erguido un palmo de la pared y los perros ya llegaban con la cola alzada, admirándose, venían a olfatear los montes de arena, piedra machacada y gravilla. Pocas veces se había visto en el pueblo una construcción de tanto calibre.

Por la noche, exhaustos, Ilidio y Josué solo hablaban de la obra. Los días eran cada vez menos. Cuando faltaba una semana para que Ilidio regresara a Francia, no hablaban de ese momento, solo hablaban de él para tratar detalles contando con esa partida. Josué tomaría la obra solo. Por la tarde, comían sopa de tomate y dibujaban planos en cuadernos de papel.

La mañana en la que una de las tías de Cosme llegó a la obra, estaban en esa ola de despedidas. Desgañitada, lo llamó desde la calle. Ve a ver qué quiere, dijo Josué. Ilidio fue y se quedó hablando con ella a la sombra. El día anterior, al teléfono, Cosme había dicho algo que ella no había entendido bien y le pidió que le diera el recado a Ilidio: que lo llamara con urgencia. ¿Para qué esperar? Fue a la antigua tienda de la vieja Lubelia, intercambió sonrisas con la hija mayor del Pulguinhas Chico y llamó desde allí. ¿Entonces, estás bien o qué? Volvió más desahogado. Pasó por encima de todo en la obra hasta acercarse a Josué. El albañil se asombró al oír la descripción de las huelgas. Por toda Francia crecían hierbas en las vías del tren e Ilidio no sabía cuándo podría partir. Josué decretó una pausa para aproximarse al botellón. Sonrisas, el albañil estaba radiante porque los franceses no querían trabajar.

Se levantó con un dolor, una aguja para tejer, helada, atravesándole el vientre. Estaba tibia y mojada entre las piernas, pensó que había soñado con la orina, a gotitas. Evitando el roce de las sábanas, se levantó de la cama. Sentada en la oscuridad, reconoció cada detalle del cuarto y avanzó, poniendo un paso donde sabía que era la punta de la alfombra, poniendo otro donde sabía que era el piso de losetas, poniendo otro acomodado hacia la puerta y saliendo sin interrumpir el sueño de Constantino.

Cuando se recargó en la puerta del cuarto, era la noche del 12 para el 13 de junio. Adelaide no sabía qué hora era. Eran las tres y media.

En el baño, bajo el zumbido blanco de la luz, retiró de en medio

de las piernas tres dedos rojos de sangre fresca. Tembló como si tuviera frío y tal vez tuviera. En el vientre, el dolor era un pedazo interior de carne rasgándose. Se lavó en el bidé, sangre mezclada con agua, sangre aguada, pero el dolor no pasó. Era un dolor que la doblaba sobre sí misma, que le llevaba las manos al vientre, que le apretaba las manos contra el vientre.

Pensó. Tuvo pensamientos precisos. Solo con la respiración, sin ruido, acomodó una toalla doblada en la sangradura y se vistió por encima de ella. Se puso un pañuelo en la cabeza. Encima del balcón de la *kitchenette*, dejó un papel donde escribió: tuve que ir a la biblioteca, no te quise despertar. Y salió en dirección al hospital.

Ya en el taxi, encontró un gran sentido en la noche. Tanta oscuridad, tenía que ser de noche.

* * *

Ese miércoles, Cosme salió de su casa a las siete de la noche ya peinado para el trabajo. Era todavía de día y cuando el tren desaceleraba antes de parar en las estaciones, dejaba que el cuerpo se inclinara, no resistía a esa fuerza y no se agarraba a nada. Observaba a las señoras y si alguna lo miraba, sonreía. En esos momentos, tenía los ojos de rapiña. No se demoró mucho para llegar a Champigny. Al pasar por los caminos de tierra, silbaba y decía buenas tardes a las personas que aún cuando no lo conocían, le devolvían la amabilidad. No tardó mucho en llegar a la barraca de Ilidio. Lo encontró lavando la loza en una tina.

Entonces, dos meses de vacaciones. Eso sí que fue buena vida.

El rostro de Ilidio tenía tristeza. Cosme cambió la expresión e Ilidio le contó del accidente de Galopim.

Todavía en el pueblo, cuando Ilidio estaba dejando la obra, supo del accidente por una mujer que lo dio por muerto. Fue atropellado y murió. Ilidio llegó a estar diez minutos en esa angustia cuando, más cerca del lugar del accidente, otra mujer le contó que Galopim estaba muy mal, el carro le acertó de lleno y se lo llevó de golpe hasta el final de la calle. Lo habían transportado a Lisboa, pero no había muerto. Fue con eso que tuvo que partir a Francia y fue eso lo que le dijo a Cosme, que lo oyó con las palabras causándole impresión.

Uy. Veo tantos así. Llegan al hospital todos partidos. A veces, son dos o tres por noche. Por fuera, aunque estén todos

despellejados, no se puede saber cómo están. La diferencia está por dentro: si tienen alguna costilla clavada en los pulmones, si tienen algún desgarre en la espina, si les afectó la cabeza.

Josué se comprometió a cuidar del hermano de Galopim, a ir allá todos los días a llevarle alguna sopa. Ilidio aún tuvo tiempo de acompañarlo una vez. Lo encontraron en la cama, entre las palomas y sin entender, miraba afligido a Ilidio y a Josué.

En Champigny, Cosme e Ilidio se compadecieron en silencio.

A lo lejos, se oían madres llamando a los hijos para cenar, perros llevándose puntapiés, el viento. Ilidio fue a buscar una envoltura de papel de estraza que los padres de Cosme habían mandado, un encargo de chorizos, morcilla y farinato. Cosme estaba llorando, abrió la navaja. Ilidio trajo dos vasos y la garrafa de vino. No tenía pan.

No puedo beber mucho porque todavía voy a trabajar.

Cosme era vigilante en el hospital pero, a veces, se creía cirujano. Eran ya dos hombres. Con los vasos vaciándose y el chorizo desapareciendo en rebanadas finas, Ilidio le contó de la casa y de la alegría de Josué, maestro, construyéndola, le contó de las calles adoquinadas y de la luz eléctrica, le contó del aire del pueblo y, a petición de Cosme, le contó de dos o tres muchachas que comenzaban a ponerse rollizas.

Eran casi las once cuando Cosme salió, transportando la envoltura de los embutidos y todas esas imágenes, como un barco que flotaba entre todas ellas. Llegó al hospital, marcó su entrada y se incorporó a su puesto. Se acordó de Galopim, recordó la plaza, se acordó de sus padres. En los intervalos del trabajo, hablar en francés, se llevaba la envoltura a la nariz. Estaba convencido de que tenía entretenimiento para el resto de la noche. Pero, a las cuatro de la mañana, entre las personas que entraban a urgencias, distinguió a una mujer. El sonido de sus pasos, tacones pesados y tambaleantes, fue detrás de ella y la alcanzó a media docena de metros. No lo quería creer. Le puso una mano en el hombro.

¿Adelaide?

Josué le soplaba las ingles al hermano de Galopim. Acostado de espaldas sobre la cama con sábanas lavadas, como un insecto que no se podía voltear, el hermano de Galopim tenía las ingles rozadas por culpa de la orina y Josué, su cuidador, se las soplaba. Café debido a la mugre y el jabón, el agua se tranquilizaba dentro de la tina. El recuerdo del baño se sentía en el olor tibio de la toalla. Aquel aire era solo sustituido muy lentamente por la secura de las caquitas de las palomas y por la transpiración de sus plumas. El albañil se acostumbraba a cuidar del hermano de Galopim, sabía cuidarlo, recogerle sopas de espinacas de la barbilla con la cuchara, dejarle las sábanas blanqueándose al sol, hablarle con voz serena, nacida en un punto suave de la garganta.

Talco en polvo en las ingles, lo vistió con ropa vieja de Ilidio, lavada y planchada. Hasta mañana. El hermano de Galopim ya no lo desconocía más, antes de cerrar la puerta, al mirar hacia la cama, Josué le distinguía en los ojos una súplica conocedora de la soledad. Al salir, se llevaba ese peso clavado en el pecho. A esa última hora de la tarde, llevaba también una carta, donde le describía a Ilidio las novedades de la casa y la mejoría distante de Galopim en el hospital de Lisboa. Estaba casi comenzando el verano, las golondrinas pasaban disparadas por las calles. Desde que salía más temprano de la obra para encargarse del hermano de Galopim observaba nidos de golondrina en los aleros, nidos redondos de barro, cabezas desplumadas asomándose. Las paredes caladas lo saludaban. Las personas iban a sentarse a las puertas para sentir el frescor. A aquella hora comenzaba el anochecer.

Estaba entrando a la calle de la vieja Lubelia cuando vio, allá al fondo, a la hija del Pulguinhas Chico alejándose, desenvuelta y muchacha. Justo a tiempo, la llamó. No oyó, la llamó otra vez. Necesitaba un sello postal, ella esperó por sus pasos descoyuntados, y mientras regresaba, él le agradeció mucho. En la tienda de la vieja Lubelia, las sombras eran todavía más oscuras que en la calle, anochecía todavía más. Sobre el mostrador, ella cortaba tiras de sellos por el papel dentado. Y se detuvo. Le sostuvo la mirada. Él estaba viéndola con esos mismos ojos y lo que sucedió sacudió el mostrador, por detrás, él agarrándole las caderas.

Salió temblando, se acomodó la boina en la cabeza, de noche, tenía cincuenta y ocho años y gestos hoscos. Creyó que las personas que estaban sentadas a las puertas eran capaces de sentirle el olor.

La biblioteca, mentiras. Nadie te vio en la biblioteca. El italiano no te vio entrar a la biblioteca y nadie entra sin pasar por la lente del italiano. Emma no te vio, Chloé no te vio, Camille no te vio. ¿Quieres que continúe? Nadie te vio en la biblioteca. Y yo, como un tonto, preguntando y la gente mirándome y pensando: qué gran idiota.

Adelaide no tenía miedo, nunca dejó de decir que estuvo en la biblioteca. La razón de Constantino ondulaba en corrientes invisibles, tal vez líquidas, que ganaban fuerza, se proyectaban contra la razón de Adelaide, pero se perdían, se escurrían por el muro de la razón irreductible de ella. Estaba cansada pero era una piedra de ojeras profundas, de labios grises. Él había estado en la biblioteca, pero ella le decía que había entrado por la otra puerta. Él le preguntaba acerca de esa puerta, ella la describía con detalles y horas exactas. Él decía que no podía ser, ella decía que podía ser y que había sido. Él vacilaba, ella respiraba. Él le preguntaba lo que había ido a hacer allá, ella decía que había ido a saber cuándo volvía al trabajo. Él le decía que ella no necesitaba regresar a trabajar, ella quería discutir eso. Él volvía a decirle que no podía ser, que había estado allá. ¿Dónde anduviste? Ella decía que no habían coincidido. Ella le respondía creyendo en aquello que decía.

Cenaron.

Los cubiertos le pesaban, la comida se le enrollaba en la lengua. Adelaide estaba débil. El médico no quiso dejarla salir, pero ella le pidió a Cosme y él logró convencerlo. Aún de madrugada, Cosme se lamentaba. En la enfermería, Adelaide, lavada por dentro, revuelta y Cosme ahí, queriendo saber todo. Adelaide atontada, confundida, y Cosme escogiendo un momento para hablarle de Ilidio. Sin dar respuesta, Adelaide, cubierta de blanco y de desinfectante, solo lograba acordarse de la vieja Lubelia. Sentía el rostro de la tía sobre el suyo, como una máscara. No era dueña de ninguna explicación para esa carga.

Nadie te vio en la biblioteca. Nadie. ¿Qué fuiste a hacer allá?

Constantino había envejecido años durante los meses de matrimonio. Adelaide lo miraba y se incomodaba con los pelos de su nariz, de las orejas, con los dientes amarillos dibujados en las encías. Constantino tenía una sombra de plomo en las cejas, era un

viejo enojado con la muerte, pero enojado también con la vida.

Adelaide se levantó de la mesa. Entró al cuarto, subió a una silla, sacó el libro de dentro de la maleta y volvió a la mesa con él en la mano. Se lo mostró.

¿Ves?

Le dijo que había traído el libro de la biblioteca.

Constantino se rio.

¿Libro? No basta tener portada y páginas llenas de palabras para ser un libro. No basta estar hecho de papel. Gorki, ¿sabes lo que es? Tolstói, ¿te dice algo? Dostoievski, ¿puedes pronunciarlo? Trata: Dos-to-ievs-ki. ¿Libro? A veces se me olvida tu ingenuidad.

Y se rio más.

Adelaide regresó al cuarto, guardó el libro en la maleta.

Su marido pasó el resto de la noche maldiciendo a los fracasados de las huelgas, llamándolos *bourgeois*. Antes de dormir, acostados en la cama, le puso el brazo encima. Ella sabía lo que ese gesto significaba y le dijo que no, tenía náuseas. Era cierto. Después de diez minutos estaba inclinada sobre el inodoro, vomitando.

A las once de la mañana ya solía estar bien acostado. Con suerte, si no coincidía con el descanso de alguno de sus compañeros de casa, podía pedorrearse libremente. Cuando llegaba, nueve, nueve y media, el cuarto lo esperaba, de colores invernales aun en los días raros de verano; la humedad de los muros lo esperaba, levantando burbujas en el papel tapiz y oscureciendo las esquinas del techo. Como si sacara agua de un pozo de plástico, bajaba las persianas. Y la lámpara, clic, el foco amarillo, pequeño sol. Al quitarse los calcetines, se le ocurría erguirlos con dos dedos y comparar con ellos su propio cansancio. Los olía y los guardaba dentro de los zapatos. Dormía tan bien en aquel cuarto. Ahí no entraba ni la guerra de África ni la guerra del hospital.

Pero aquella mañana, a las once, estaba con insomnio vivo dándole vueltas a una pesada máquina. Adelaide le había pedido que no le contara nada a Ilidio pero de inmediato, en ese instante, él le dijo que no podía hacer esa promesa. Se sintió serio. Ya debía haberse retirado, pero todavía gastó algún tiempo acompañándola, le quedaba bien la transparencia de la bata, pierna gruesa. Al médico, francés inveterado, muy parisiense, no le gustó que le pidiera dar de alta a Adelaide, pero le gustaba tener el Renault bien vigilado y, por eso, le hizo el favor. Así, cuando ella salió, señora, en dirección a su casa, Cosme salió en dirección a la obra donde

Ilidio trabajaba.

Eran las once de la mañana y Cosme, después de los trenes y autobuses llenos de francesas rubias, iba pisando restos de ladrillos, cemento seco y preguntándoles a hombres con casco amarillo de plástico por Ilidio. Subió cuatro pisos de escaleras mal acabadas hasta verlo alrededor de un manojo de cables de acero. Se reconocieron al mismo tiempo. Sin entender, cielo y grúas, Ilidio se aproximó mientras se quitaba los guantes. Cosme lo esperaba con el brillo de la noticia.

Hormigoneras y sol, Ilidio oyó todo lo que Cosme tenía que contarle, no lo interrumpió a la mitad de ninguna descripción pero, al final, cuando terminó, le dijo que no quería saber nada. Cosme no comprendió. Entonces Ilidio dijo:

El tiempo pasará.

Y Cosme comprendió.

(1973)

Las nubes se sucedían por la ventana de la sala.

Adelaide las recogía con la mirada y las confundía con pensamientos distantes, recuerdos o sueños. Siempre la alfombra, siempre los libros en los estantes, siempre las pilas de libros, siempre la mesita de centro, siempre el sillón. Adelaide extrañaba despegar chicles del fondo de los botes de papeles, extrañaba subir escaleras plegables, extrañaba limpiar el baño de los hombres y de las mujeres. Ah, el trapeador. Desde que había dejado de trabajar en la biblioteca los días se habían comenzado a mezclar, nada distinguía los martes de los miércoles, jueves, viernes. Hasta las estaciones se había comenzado a mezclar: inviernera, primavano, veroño, otierno. Ese *soufflé* de tiempo era interrumpido por las visitas de Cosme, un palillo para ver si el tiempo estaba cocido por dentro.

La primera vez que apareció, también estaba sola. El timbre sonó, pensó que Constantino había olvidado la llave y mira, era Cosme. No preguntó si podía entrar, entró y se sentó. Había encontrado la dirección en la ficha que ella llenó en el hospital y allí estaba, sin gran cosa para decir. Adelaide intentó hacer que saliera, no salió y cuando el marido llegó, abrió de par en par los ojos al verlos sentados en el sillón.

Es un amigo, es de mi pueblo.

Ya después de cenado, cuando Cosme se fue, Constantino se estaba preparando, pero ella no lo dejó comenzar.

¿Viste el deseo con el que te miraba? Espero que no te incomode

que a él le gusten los hombres. Si quieres le digo que no regrese.

Constantino se amansó. Y no, claro que no, no le incomodaba que a su amigo le gustaran los hombres. ¿Y por qué no lo habría de ver? Podía verlo. Debajo de ese sello de aprobación, Cosme la visitó cada quince días, más o menos, llegaba por la tarde, sin aviso. Ella estaba ahí para abrirle la puerta. Se sentaban en el sillón y, casi siempre, Cosme insistía en ponerle la mano en la rodilla. Déjate de tonterías. Ya. Ay, cómo se te ocurre. Ya. En dos o tres ocasiones, le subió la mano por el interior de los muslos, hasta cierto punto. Adelaide toleraba estas incomodidades bochornosas porque le agradaba su compañía y su acento. Juntos, recordaban partes del pueblo y, a veces, Cosme le contaba novedades, ¿sabes quién murió?

E intentaba hablarle de Ilidio, meter esa conversación. Ella no se desinteresaba, pero se escondía atrás de un silencio que no lo dejaba continuar más allá de pocas frases. Ese silencio volvía a Ilidio idéntico a un precipicio, tenía horizonte, pero no permitía aproximación. Adelaide prefería hablar de las calles del pueblo, de historias que ya conocía o que aún no conocía. Cosme sabía unas e inventaba otras, raramente se callaba. En dos veranos, Cosme fue al pueblo. Empezaba a hablar sobre eso en marzo y, cuando regresaba, no paraba de hablar de lo mismo.

La primera vez, Adelaide vio todo natural, pero luego se acordó: ¿tú no te escapaste del servicio militar? Cosme tenía despreocupación congénita y le dijo que en Portugal no había nada que no se resolviera con dos tostones. Adelaide sabía que ese atrevimiento le costó bastante más que dos tostones, pero lo que ella más quería saber eran los detalles del pueblo, quería pormenores, se enloquecía con ellos. En el segundo viaje, le prestó la cámara fotográfica a Cosme, le enseñó a usarla y le escribió en un papel los lugares que quería que le fotografiara, doce fotografías:

1.
Tienda de la vieja Lubelia por fuera
2.
Tienda de la vieja Lubelia por dentro
3.
Calle de la vieja Lubelia
4.
Tumba de la vieja Lubelia
5.
Callejón de la panadería
6.

Fuente nueva
7.
Plaza
8.
Calle del herrero
9.
Casa del Pueblo
10.
Iglesia por fuera
11.
Iglesia por dentro
12.
Calle de São João

Después de cada fotografía, tenía que empujar la patilla de un lado hasta que el número del visor trasero cambiara.

¿Me haces ese favor?

Ese día, Adelaide dejó que Cosme avanzara un poco más, hasta cierto punto, al interior de sus muslos.

Hacía años que había dejado el luto pero, por respeto, una conversación en silencio con su tía difunta, se vistió completamente de negro para recoger las fotografías reveladas. Se decepcionó sola en la acera. En la mayoría de las fotografías, Cosme había olvidado el dedo enfrente del objetivo. Cuando llegó a la casa, Constantino estaba solo esperándola, solo hirviendo.

¿A dónde fuiste?

Las veces en las que su marido llegaba y la encontraba hablando con Cosme, ofrecía largos saludos, era educado, lo llamaba señor Cosme. Esas tardes eran un cambio de aire. Exceptuando eso, el polvo se acumulaba en capas sobre los libros de la misma manera que los días se acumulaban en capas unos sobre otros. Adelaide cargaba tiempo y polvo, se enredaba en estos materiales. Los amigos del marido, parejas de fumadores de cigarros, iban a cenar raramente, dos o tres al año y no la entretenían. Eran casi siempre los mismos aburridos de lentes pero en cierto momento, comenzó a ir una nueva, inoportuna, tenía un nombre cualquiera que empezaba con jota. Constantino siempre estaba de acuerdo con ella y si ella cambiaba de opinión, él cambiaba también. Adelaide no entendía las conversaciones de ellos a propósito, la política, la política. Si empezaban a hablar francés, a pesar de ser todos portugueses, le era más fácil dejar de oírlos. Tenía sus

pensamientos, pero entendía bien los toques de piernas por debajo de la mesa, los cambios en el tono de voz y las zalamerías.

Después, los cabellos largos clavados entre las fibras del suéter y la comprensión súbita, el desinterés súbito. Además, era Adelaide quien le lavaba los calzones a su marido. A los treinta y tres años, cinco años de casada, Adelaide se había hartado de hablarle de ir al pueblo y oír, de nuevo, la descripción sobre las torturas del sueño y sobre la estatua. No era señora de sugerirle ir sola pero, después de una de esas cenas, encontró a Constantino tan pasmado que pensó: es ahora.

Mira, qué buena idea.

No quería creerlo. Desarrolló la materia solo para certificarse. Y él: sí, claro, tienes que ir a hacerte cargo de lo que tu tía te dejó, ya va siendo tiempo, tienes que resolver ese asunto, me parece muy bien, claro, claro, efectivamente.

Adelaide se acercó a Constantino y le dio un beso en la boca.

Pegado a la acera, el muro bajo tenía aún pocas manchas de musgo cubriéndole el color blanco, parecía que hasta los cachorritos se contenían de alzar la pata. Estaba blanquísimo, en lo alto estaba finalizado por un trabajo virtuoso de hierro forjado, pintado de verde oscuro. Tenía dos portones, uno grande daba paso a la cochera, Ilidio todavía no había comprado el carro; y uno más pequeño que se abría hacia una vereda forrada de pedazos partidos de mármol hasta los escalones del rellano, delante de la puerta. Entre la casa y el muro había una especie de jardín, que consistía en dos cajetes con sendos durazneros todavía jóvenes, que se esforzaban por seguir los pasos de las estacas rectas que habían sido clavadas a su lado, ejemplos de verticalidad. La fachada de la casa era imponente. El fondo de azulejos verdes y amarillos devolvía incandescencia en el verano y se deshacía en formas turbias de agua en el invierno. Entre la gente que se dispuso a analizarle los dibujos, hubo quien le encontró rostros, otros identificaron con claridad campos de pinos, otros aseguraron que eran embudos o nubes. En lo alto, en forma de barra, a la altura en la que por dentro se encontraba un ático, tenía azulejos púrpura, de patrón geométrico, con la forma de copos de nieve ampliados. Además de la puerta de la entrada, madera maciza, pesada, la fachada tenía solo dos ventanas, las restantes estaban en otras caras de la casa y en el primer piso había un balcón, hierro forjado, con acceso por una puerta. La casa tenía dos chimeneas y era la única en el pueblo con

tragaluz. La parte trasera resguardaba un pequeño jardín con un lavadero, una conejera vacía y una hilera de coliflores. Cuando iba a regar los durazneros o a arrancar alguna hoja de coliflor, a Josué le gustaba que la gente lo viera desde la calle.

Agosto. Cuando Ilidio abría la puerta, la casa olía siempre a una mezcla entre nuevo y moho. No abría de inmediato las ventanas, prefería saciarse completamente de ese aire inmóvil. Sentado en la penumbra, y Portugal, Ilidio lloraba Portugal. Encima del tejado, construido teja a teja, estaba el cielo de Portugal. Su color lo protegía, quédate aquí, no te vayas de aquí.

En los tres últimos veranos había decidido que, al año siguiente, regresaría definitivamente al pueblo. Pero primero tuvo que terminar de pagar las obras, después quiso empezar a ahorrar para un carro, un carrito. Cosme tenía ya uno que ocupaba las calles enteras del pueblo. En agosto, con el radio encendido, daba lentas vueltas a la plaza varias veces al día. Estacionado, los muchachos iban de lejos para apreciar el tablero y las placas. Cosme fingía incomodarse con los dedazos. Cuando paraba en Champingny, Ilidio ya tenía las maletas listas para atarlas al portaequipajes con correas. Dividían el precio de la gasolina y hacían comentarios sobre los campos lozanos de Francia y los secos de España. Ilidio ya había escuchado todas las reprimendas del maestro de conducción, pero Cosme no le dejaba tocar el carro. Paraban para estirar las piernas y continuaban la marcha día y noche. Llegaban a la frontera de Portugal de madrugada. Llegaban al pueblo a la mitad de la mañana.

Sentado en la oscuridad, Ilidio se recordaba a sí mismo sentado en la barraca de Champigny, también suya; respiraba hasta oír a Josué abriendo la puerta. Las maletas transportaban botellas de coñac envueltas en ropa, suéteres de lana, calcetines de lana, transportaban cuchillos especiales, láminas de acero inoxidable. ¿Para qué quiero yo eso? Josué se incomodaba con los regalos. No sabía agradecerlos, pero sonreía con los labios temblorosos, se conmovía, sonreían los dos. Ilidio traía la fiesta. Ponía una parrilla en el fuego y asaba pimientos. Y pasaba siempre la primera semana. Ese año, también pasó la primera semana.

Agosto estaba lleno de diques, pero Ilidio no era hijo de pato y no sentía deseos por el agua. Prefería las calles del pueblo y, una que otra vez, paseos por la carretera del campo de futbol. Todavía el día en el que llegó, Josué lo acompañó a la casa de Galopim, saludando a las personas apoyadas en los muros, buenas tardes, que esté bien. Le llevó dos bolsas de ropa buena, pantalones y camisas

que ya no usaba. Galopim con los ojos de mayor tamaño, casi como los de su hermano, sosteniéndose en las muletas. Ya, ahora siéntate. Pero Galopim insistía en sus habilidades, niño. Dejó los dientes delanteros en la calle en la que fue atropellado, fueron barridos por una vieja, la misma que lanzó una palangana de agua sobre la sangre aún fresca.

Cuando Galopim volvió a su casa, magullado, con las encías limpias, con los huesos de la cara hundidos, Josué se dispuso a vigilar y orientar lo relacionado al resarcimiento de los hermanos. Con algunos recursos puestos de su bolsillo, la remuneración alcanzaba para caldos y si lo llamaban a las matanzas, para un cuarto de chorizo que comían con pan. Así, Josué desarrolló familiaridad con las palomas. Cuando le estaba dando de comer al hermano de Galopim, se le posaban en la espalda. Si le derrumbaban la boina en vuelos rasantes, los hermanos se reían, gruñían divertidos ante las protestas exageradas de Josué. Las malditas palomas. Fue también el albañil quien en viajes por autobús, se hizo cargo de los asuntos del tribunal. El forastero de corbatín que atropelló a Galopim no tenía el derecho de acertarle en la acera y llevárselo arrastrando durante una gran cantidad de metros. El abogado le mostraba papeles y Josué, indignado, se hacía el entendido.

Tras conversaciones, mucha palabrería, y luego de que Josué les dejó el recipiente de la cena, volvieron a la casa de Ilidio a la hora más fresca. Sin ponerse de acuerdo, hicieron otro camino. Cuando pasaron por la puerta de la tienda de la vieja Lubelia, Josué miró hacia adentro, Ilidio también miró hacia adentro y siguieron, callados, sin decir ni pío.

Hay muchos tipos de endrinos. Adelaide no conocía otros que tuvieran el mismo sabor de aquellos que crecían en el jardín de su tía. No eran verdes ni amarillos, eran rojos y, cuando estaban maduros, su piel adquiría un tono oscuro que los volvía azulados. Si les daba una mordida hasta el corazón podía apreciar la forma en la que el color se propagaba de adentro hacia afuera. Alrededor del cuesco, el rojo era más vivo. Adelaide se levantaba temprano para beber un vaso de agua en el jardín, comer un endrino y sentir los intestinos trabajando.

La hija del Pulguinhas Chico llegaba a la hora adecuada, se hacía notar en la cerradura. En ese instante, ya Adelaide estaba lista y arreglada. Se entendieron bien. Era una muchacha honesta,

cultivada. Adelaide lograba entender la idea que llevó al yerno de doña Milú a llamarla para tomar el lugar de su tía. El pueblo no podía quedarse sin cartas, sin registros y sin cuadernos de papel rayado.

Aquella tierra. A veces se recargaba en el muro y se quedaba mirando hacia el cercado. Los olivos eran los mismos de cuando llegó todavía cría. Sentía lástima de que los olivos no supieran hablar. Tendrían conversaciones plagadas de asuntos. A lo lejos tocaban las campanas. Ese agosto no dejó de ir a la misa de los domingos. No le extrañó que las viudas se quedaran inmóviles mirando hacia ella. Hubo algunas que le fueron a hablar de su tía y a hacerle preguntas de todo tipo sobre su marido. Tampoco le pareció extraño.

Cargando una cubeta y un estropajo fue tres veces al cementerio. Apreció el arte de la lápida que mandó a hacer a distancia. No la engañaron con el mármol, ni con los acabados, ni con el esmalte de la fotografía. La vieja Lubelia la miraba de frente, con la barbilla levantada, más joven de lo que alguna vez se le conoció. Los cipreses estaban allá lejos y no la alcanzaban ni con un hilo de sombra. Adelaide llenaba la cubeta en la única llave que abastecía al cementerio, apenas un hilo de agua. Pasaba el estropajo por lo liso del mármol en movimientos curvos y sentía lástima por todas las estaciones que la piedra había atravesado y atravesaría sin ese alivio. Era todavía de mañana, pero el sol abrasaba.

En cada una de esas tres veces, al llegar a casa, después de sonreír ceremoniosa a la hija del Pulguinhas Chico, después de dejar la cubeta en el suelo de la cocina, abrió el arca del ajuar. Sintió el suave bordado en las telas y la estela del olor de aquel momento en el que fueron dobladas y guardadas, a esperar. Desenvolvió las ollas de aluminio e imaginó las ideas de la tía cuando se las compró. El juego de té, la cubertería, las cucharitas para el café. Sujetó las copas, el vidrio, como si contemplara los días dichosos que su tía le habría deseado. Y en cada una de esas tres veces, volvió a cerrar el arca del ajuar, toalla y sábanas a la espera de nada.

Fue también de mañana cuando Cosme la visitó. Todavía en Francia le ofreció un lugar en el carro pero Adelaide lo rechazó por Ilidio. En aquel momento, mientras insistía, Cosme preguntó: ¿es por Ilidio? Ella respondió que no. En la vuelta supo bien cómo aproximarse. La ida le costaría más, pero poco le importaba, le gustaba parar en estaciones. Cuando Cosme atravesó la tienda de la vieja Lubelia, la cocina y llegó al patio, Adelaide no contuvo la sonrisa al verlo debajo de aquella luz. Estaban ahí. Ante esto, el

invierno francés y la sala de la Rue de Crimée no existían.

Cosme partió sin oírle una palabra acerca de Ilidio. Comenzó con frases sobre él y puntos suspensivos, esperó continuación, pero ella le respondió sobre el cura y los tiempos en que era monaguillo, Cosme se entusiasmó al hablar de aquella época. Después, desconfiado, inició una nueva tentativa, pero ella le respondió con el cementerio y él se quedó callado. El aire había retomado su espesura, ya sin Cosme, cuando Adelaide se introdujo en la sombra del cuarto y sacó el libro de la maleta. Lo había traído no tanto para leerlo, sino para no dejarlo solo en Francia. Lo sujetó con ambas manos, le susurró: estamos en nuestra tierra. Y volvió a dejarlo en el interior de la maleta.

Faltaba menos de una semana para tomar el autobús y los trenes hasta París, poco más de un fin de semana. No contaba los días. A la sombra del endrino, acababa de despertar, oyó los estallidos de los cuetes. Sintió un escalofrío. Sintió ese escalofrío repetírsele en la columna durante el resto de la mañana, durante la tarde y al atardecer. Al inicio de la noche, excluyendo una buena cantidad de juicios, se peinó, se vistió, atravesó las calles y, separada de la multitud, llegó sola a la fiesta.

En lo alto de la colina, el barbero se quitaba el cigarro de la boca como si lo desenganchara del bigote, lo aproximaba al pabilo y ponía cara fea mientras agarraba el cuete con el brazo estirado, chorreando chispas, antes de soltarlo. Era un bicho malo que quería ser liberado. Difícilmente podía, con un ruido de lija se frotaba en el aire y estallaba una bola de humo en el cielo, especie de nube enana. Con el cuello doblado hacia atrás, Ilidio y Cosme apoyaban las manos sobre la frente para ver ese efecto. La vara, desarmada, indefensa, quedaba sin soporte y se dejaba caer sobre los campos, pobrecita.

¿Y las chavas?

Cosme se acercó al frente para responder. Era interrumpido por el estruendo de los cuetes. A veces, el barbero rompía el ritmo de los estallidos para detenerse a oír. Tenía tiempo, le faltaba un manojo entero de cuetes y los clientes de la barbería sabían esperar en la puerta. Cuando Cosme se comenzó a perder en exageraciones, el barbero se volteó hacia Ilidio y le preguntó:

¿Y tú?

Pues ahí me la voy llevando

El barbero continuó mirándolo, a la espera de que prosiguiera,

pero la conversación quedó en ese punto. Se volteó para otro lado y continuó con las explosiones, como si estuviera en una guerra de trabucos contra el cielo.

Los tres, con los oídos zumbando, volvieron al pueblo en el carro de Cosme. El barbero les elogió el velocímetro. Ilidio pidió que lo bajara en la plaza. Era una mañana de fiesta, tenía ganas de caminar por las calles. Y ya, buenos días, buenos días; mujeres y hombres que lo trataban como si no lo vieran hacía mucho tiempo, aún cuando se hubieran cruzado con él el día anterior, ya contando con todos los meses que pasarían sin acordarse de su existencia. Llegó a la casa y se sentó en un escalón de la entrada, simpatizando con una fila de hormigas pequeñas. Josué llegó.

Conocía a Ilidio más allá del silencio. Se acordaba bien de haberlo visto pequeño, con voz de niño, listo, diciéndole lo que pensaba. Josué traía media docena de sardinas en una envoltura de papel de estraza, compradas frescas con hielo. Prepararon la lumbre y las asaron. Hablaron sobre las herramientas, plomadas y niveladores de burbuja, pero Ilidio continuó cavilando en torno a Adelaide. Tenía los sentidos prisioneros.

Josué roncó durante casi toda la tarde. Con la barriga llena, la comodidad del sillón era tan eficaz como palmaditas en la espalda. Ilidio le interrumpió el sueño poco antes de las cinco. Bien vestidos, con camisas nuevas, fueron a pie. Cada determinado número de pasos, Josué jalaba los pantalones por las presillas del cinturón con las dos manos. Al aproximarse a la novillada, vieron inmediatamente a Cosme. Había también un remolino de niños que no tenía dinero para comprar boleto y grupos de hombres, boinas. Cosme no se anduvo con rodeos, en cuanto los vio, los tomó por el brazo. Y los llevó para que se quedaran sentados al lado de su padre.

La novillada había sido completamente pagada por Cosme. Había mandado traer los novillos y se había hecho cargo de los primeros y últimos detalles. La plaza estaba montada en un descampado de la vereda. Consistía en una grada de tablas clavadas y en un cerco de remolques de tractor. El padre de Cosme, Josué e Ilidio estaban sentados en medio de la grada. Los hombres estaban de pie en los remolques. Cuando estaba todo listo para empezar, Cosme dio la orden benemérita para que dejaran entrar a la muchachada, metieron las cabezas por donde pudieron.

El trompetista de la banda había sido convocado. Cerca de Josué, sin aviso, se levantó rígido y entonó un toque español. Entró el primer toro. Era un animal delgado, negro, mezquino en la

bravura. Rodeado por tres borrachos, se rindió arrodillado en el centro de la arena.

Mientras esperaban al otro animal, Josué se quejó con el trompetista. A ver si apuntas el pífano para otro lado, casi me dejas sordo. No le sirvió de nada. A la entrada del nuevo toro, babeando espuma blanca, la trompeta repitió la misma estridencia. Detenido en la tierra lisa, cubierta por una camada de arena esparcida a paladas, el animal tenía un cogote mucho más grueso y los miraba a todos sin entender qué trabajo era ese. Había muchachos que ponían un pie en la arena, dos o tres pasos, gritaban, pero se retiraban en cuanto el animal apuntaba los cuernos desinteresados hacia ellos. Como si quebrara un jarro, el animal se alivió con una meada larga, gruesa, sonora. Cosme, trepando la grada entre los hombres sentados, sosteniéndose en sus hombros, se acercó a Ilidio para desafiarlo. Ni Josué, ni el padre de Cosme se metieron. Ilidio se negó. Cosme no lo quiso creer, pero Ilidio volvió a negarse. Saltó solo dentro de la arena, seguido por tres muchachos de camisas abiertas hasta la barriga.

El toro lo destrozó. Solo paró de molerlo contra el suelo cuando, aprisa, metieron dos vacas asustadas. Grande enredo de hombres tomándolo del cuello, su padre sacándole del bolsillo de los pantalones la llave del carro. Atento a la palanca de las velocidades, Ilidio condujo el carro por primera vez. Curvas, rectas, curvas y contra curvas hasta el módulo de primeros auxilios más cercano. Sin mirar hacia la carretera, el padre de Cosme sostenía al hijo, que gemía en el asiento trasero, lleno de heridas y ensuciando los forros con arena y sangre.

Uno agarrándolo por los tobillos, otro sujetándolo por debajo de los brazos, depositaron a Cosme en el módulo de primeros auxilios. Fueron recibidos por una enfermera afligida, joven, sin anillos en los dedos. En sus trazos había niña y había mujer. ¿Puede abrir los ojos? Cosme abrió los ojos y comenzó inmediatamente a sentirse mejor. Qué cariñosa visión.

Regresaron al pueblo sin Cosme, lo dejaron recostado en una cama de fierro, sábanas lavadas, desinfectado con agua oxigenada y tintura de yodo. Antes de ir a la fiesta, para aprovechar la vuelta, Ilidio fue a buscar a Galopim. El hermano se quedó mirando, con los ojos abiertos, sin saber lo que era una fiesta, contentándose con la breve agitación de la casa.

Galopim se embelesó con el carro. Brillo en los ojos, agua, giró la manivela de los vidrios, apreciando la invención. Cuando llegó con muletas, amparado por Ilidio, los hombres fueron

inmediatamente a buscarle un cajón para que se sentara. Tan desdentado, quedó cautivado al mirar los adornos, las hojas de palmera que cubrían la barra de chapa, las lámparas atadas por hilos, las banderas de papel lustre. ¿Qué bebes? Los hombres queriéndole acercar el vino tinto, pero Ilidio llevándole antes un refresco. Los altavoces retumbaban una canción brasileña que obligaba a conversar a gritos y que, por milagro, nacía de la delicadeza de una aguja deslizándose sobre un disco que giraba indiferente a la algarabía.

Aún así, el descanso de la puesta de sol. La fiesta se diluía en el horizonte de los campos que se acercaban al pueblo. Entre hombres colorados y tiras de tocino, Ilidio recibía el atardecer y se limpiaba los dientes con un palillo. Por petición, describía el internado forzado de Cosme. A veces, le pedían que lo contara otra vez para reírse otra vez.

En los rostros, los colores se manchaban unos sobre otros.

Al caer la noche, Adelaide llegó sola a la fiesta. Las conversaciones gritadas en la barra se detuvieron. Era inevitable, a lo lejos, Adelaide e Ilidio se miraron fijamente por un momento. Fueron más grandes que sus propios cuerpos. Y desviaron la mirada a cualquier detalle inventado. Pero eran ciegos. El tiempo pasó a ser cualquier cosa desmoronada que llovía a su alrededor, pedazos de palabras, pedazos de sonidos, pedazos de imágenes. Las personas, lejos, habían regresado al mundo. Ilidio y Adelaide respondían a preguntas, tenían manos que se interesaban por los objetos, pero en su interior, pero en su interior, llegó un silencio que cubrió y llenó todo, como preámbulo de una tempestad. Y volvieron a mirarse fijamente. Sus miradas atravesaron las lámparas empañadas de la fiesta, las voces, la brisa que les tocaba los cabellos, la música nasal de los altavoces, el olor del vino tinto, los bultos desenfocados de los niños que pasaban corriendo. Adelaide se volteó y se alejó. Ilidio puso el medio vaso de vino en la tabla de la barra y fue tras ella. Al verlo, en sus primeros pasos, Galopim distrajo a los hombres.

Era una noche de agosto, calurosa. Los adoquines emanaban todavía toda la fuerza del calor que habían acumulado durante el día. A medida que caminaban, Adelaide sin mirar hacia atrás, se alejaban de la música de la fiesta y se aproximaban a su propia respiración. No había personas sentadas al fresco porque estaban todas a la espera de los artistas que habrían de sustituir al tocadiscos, estaban en el balanceo de las ropas siendo estrenadas. Si pasaba alguien, tenía prisa y decía buenas noches a Adelaide, y una decena de pasos después, decía buenas noches a Ilidio. En ese

andar, llegaron a calles en donde había madrigueras entre los adoquines. Adelaide contorneó el muro de doña Milú y bajó en dirección a la fuente nueva. Ilidio sintió hielo entre a las raíces de los dientes, sintió una lámina raspándole en el hueso de la columna, sintió las uñas estallando y saltando de los dedos, pero continuó.

Adelaide desapareció detrás del chafariz. Ilidio no tuvo miedo del arrullo de las aguas y desapareció en el mismo punto, detrás del mismo muro. Era una noche de agosto, los grillos. Nada había de realmente negro en las sombras de hiedra que se precipitaban por el muro de doña Milú. La tierra respiraba. Cuando Adelaide salió de atrás del muro del chafariz ya una coma había iniciado el curso en dirección a su útero.

(1974)

Enero, febrero, marzo.

1. 23 de abril de 1974

Adelaide esperó a que Constantino saliera de la casa para levantarse de la cama. Abrió el refrigerador y comió un yogurth de vainilla acompañado de pan seco. Se acarició la barriga con la palma de la mano. Le agradó una patadita que sintió porque, durante semanas, había dejado de sentirlo. En ese tiempo, felizmente pasado, se impacientó, se enervó, lloró por las esquinas.

Comió sopa de calabaza y *farófias*. Por la tarde, en el baño, se desvistió, se quitó las sandalias y permaneció apreciándose de perfil, enorme barriga. Oyó llegar a Constantino. Mientras él se sentó a leer, ella hizo la cena, lomo.

Cenaron. Adelaide dijo que estaba satisfecha y se fue a acostar más temprano de lo habitual, todavía no eran las diez.

2. 24 de abril de 1974

Despertó de madrugada y encontró una caja de galletas. Se sentó a gusto en el sillón de la sala. Aún antes de que el día naciera aprovechó para regar las flores. Volvió a la cama y se pasó la mañana durmiendo.

Puso la ropa a lavar. Los suéteres tejidos dando vueltas dentro de la máquina sabían ser tan tristes. Las mangas, con huesos de goma, fantasmas de la condición pequeñita y mortal de las cosas. Se conmovió en una angustia con perfume de lavanda, detergente.

Merendó un resto de sopa de calabaza. La televisión era una porquería. Eran solo franceses discutiendo nimiedades con aires doctos de juez. Se irritó y tuvo ganas de reclamarle a alguien.

Constantino leía, no sabía hacer otra cosa.

La cena fue pan tostado y té. Apenas y cabía en la *kitchenette*. Se impacientaba cuando tenía que sacar un refractario de la alacena de abajo. Se durmió en el sillón, roncó. Tarde, en el momento en que Constantino la despertó para ir a la cama, dijo que no estaba durmiendo, estaba descansando la vista.

3. 25 de abril de 1974

A última hora de la mañana, mientras ella recogía la ropa del tendedero retráctil, ya seca, Constantino entró jadeante diciendo que estaba estallando un golpe en Lisboa. Adelaide se sentó en un borde de la bañera, escuchándolo. No lo entendió inmediatamente. Observó las ansias de su marido, el drama y cuando él salió a la calle apagó los aparatos, televisión, radio, desperdiciadores de luz, que él había olvidado desconectar.

Antes de comer los restos del lomo, ya había comido una pizca de pan con manteca. La tarde pasaba a la velocidad de los autobuses. La ventana era gris. Constantino entró trayendo la misma falta de aliento con la que había salido. Adelaide se hacía la remolona, desprovista de paciencia. Él hablaba, decía que nunca se habrían de olvidar de aquel día.

Cenaron algo. Él leyó algo. Ella pensó algo. Se fueron a dormir.

* * *

4. 26 de abril de 1974

Viernes. Se levantó con una pesadilla todavía resonándole en las sienes, apretándolas.

Voy a beber una taza de café.

Sabes que el médico te mandó dejar el café.

Eso es porque el médico no está con el dolor de cabeza con el que yo estoy.

Constantino no respondió.

No me voy a morir por culpa de una taza de café.

No te hace mal solo a ti.

Y qué, ¿yo no me sé cuidar? Si yo necesito café es porque el bebé también lo necesita.

No tomó el café, ni llegaría a hacerlo, pero se quedaron enojados hasta la noche. Constantino salió a comprar todos los periódicos y pasó la tarde leyéndolos. A la hora de cenar, no se contuvo y habló sin parar. Aun en la cama, las luces apagadas, todavía continuaba

hablando.

5. 27 de abril de 1974

A las ocho y media salió disparado para llamar un taxi. Ella soplando, soplando, asustada. A las diez, estaban entrando en la sala de maternidad. Ella, tapada con un pañuelo, queriéndose levantar de la camilla.

Fue a las dos y media de la tarde, buena hora. Fue a las dos y media de la tarde que yo nací.

Indique los siguientes datos:

1.
Nombre de su madre.
2.
Autor(a) más antiguo que haya leído.
3.
Título del último libro que haya leído (sin contar este que todavía no termina de leer).
4.
Primera cosa que hizo hoy al despertar (infinitivo).
5.
Color de calzones que está usando en este momento.
6.
Número de su identificación oficial.
7.
Lo que va a hacer en la próxima pausa de la lectura de este libro (infinitivo).
8.
Área de su casa (en metros cuadrados).
9.
Error que más lamenta haber cometido (infinitivo).
10.
Lugar en donde está (plural).
11.
Adjetivo que mejor caracteriza el peinado que tiene en este momento.
12.
Número de veces que se lava los dientes a la semana.

Complete los espacios en blanco con las respuestas anteriores:

Si algún día tengo una hija la llamaré _____ (1), como mi abuela. No la obligaré a leer _____ (2), leerá solo aquello que escoja. Si encuentro un ejemplar de _____ (3) en su buró, sabré que le transmití la inquietud, el deseo de comprender el mundo. A parte de esto, hemos de _____ (4) juntos, veremos el _____ (5) de la puesta de sol y le diré: _____ (6) veces que la adoro. Le diré: _____ (1), ven a _____ (7) con tu padre. Ella me llamará padre. Dirá: ya voy, padre. Y cuando llegue, habrá una sonrisa de _____ (8) esperándola. Otro día, si ella me dice que tuvo ganas de _____ (9), no le recriminaré, le diré que también fui así. Estuve exactamente en el mismo lugar que ella y estuve en otros lugares, en lo alto de montañas, en valles, en _____ (10) y sabré respetar todos los lugares donde estará sin mí. Seré _____ (11) a veces, seré todo lo que sea capaz. Le llevaré _____ (12) rosas en su cumpleaños y un platón de arroz con leche, donde escribiré con canela: _____ (1) y Libro.

* * *

Ahora, libremente.

El autor más antiguo que he leído es Homère, una edición de bolsillo de *Iliade* y después una edición de bolsillo de *Odyssée*. Constantino me dijo: no tienes edad para entender eso. Fue la manera en la que leí con más ganas. Tenía catorce o quince años y entendí lo suficiente. En aquel entonces tuve pesadillas con el *cyclope,* me levantaba sintiéndome mal, con ansias.

El título del último libro que terminé de leer es *Les particules élementaires,* de Michel Houellebecq, también en edición de bolsillo. Ya sé que es una lectura tardía. Se instaló la idea de que las novelas de este tipo tienen que ser leídas en la estación en la que son publicadas o por lo menos, en las semanas en que comienzan a ser defendidas por unos y arrasadas por otros. La polémica es un culo,

dos nalgas. Prefiero ignorar lo que toda la gente está leyendo. Para bien o para mal tengo tiempo. Acaricio la imagen del lector solitario, único lector de páginas que las multitudes ya olvidaron. Me concedo el derecho de disfrutar de mis ilusiones. Si es por consciencia no es por ingenuidad. Me divertí con el pasaje en que la madre de los hermanos baila *bebop* con Jean-Paul Sartre. Tengo la certeza, la certeza, de que Sartre fue un pésimo bailarín, mal coordinado.

No estoy cerca de imaginarme teniendo una hija. Ya tuve esa esperanza con vestidos de holanes y medias de red, sandalias. No sé cuántas veces escogí nombres, de niña y de niño, al lado de novias desnudas. Debe haber un cielo de sombras transparentes para esos niños inventados que llegaron a tener nombre.

¿Es verdad que te llamas Libro?

Un nombre, como un título, tiene mucha importancia. Si no, véanse: ¿fábulas de La Fontaine o menú de restaurante chic?

Le couchon, la chèvre et le mouton, piqué de céleri branche au poivre de Sichuan, avec brocoletto et gengibre mariné.

Le coq et le renard à la sariette, miltonée des tomates vertes, compressé des tomates et petit pois.

Le lièvre et la tortue rôti dans sa carapace, carrotes et harricots verts relevés au ras el hanout et combawa.

El restaurante Le Grand Véfour queda en el número 17 de la Rue de Beaujoulais en los jardines del Palais-Royal. Nunca entré ahí. Sartre, proletariado y campesinado, era cliente regular. Estoy convencido de que ningún mesero lo vio bailando *bebop*.

Libro. Sí, es verdad.

Mi madre se vio en grandes dificultades para bautizarme con el nombre de Libro. Valoro este esfuerzo. En el registro francés dijo que era un nombre portugués. Acababa en o, no tuvieron dificultad en creérselo. En el registro portugués dijo que era un nombre francés de origen argelino. Fue necesario remover algunos billetes de cien francos entre los certificados de la maternidad. Valió la pena la inversión.

Constantino aceptó el nombre sin titubear, creyó que se trataba de un homenaje a su bibliofilia, kilos de papel amarillento que en ese momento estaban siendo empacados y transferidos al lado de *abat-jours* moribundos de la Rue de Crimée para el *quartier* de La Goutte d'Or. Constantino se incomodaba por tener que pedirles dinero a sus padres además de la mesada, pero la casa estaba a muy buen precio. Era una ocasión única, aprovechar o arrepentirse.

La casa[1] donde pasé mi infancia y adolescencia tenía ciento

sesenta metros cuadrados. Tres baños, un escritorio enorme, tres cuartos, una sala de estar, un comedor, una cocina, cuatro balcones. En uno de ellos, el de la oficina, si no teníamos vértigo y nos inclinábamos, podíamos ver la basílica de Sacré-Cœur. En conversaciones con extraños, Constantino encontraba siempre la manera de decir en dónde vivía, presumía. Solo no hablaba de lo que nadie me contó a mí. Fue cuando ya tenía bozo que descubrí la razón de los temores ocasionales de mi madre y del precio irrisorio de la casa. Entre galletas y té, supe por una vecina, *madame* Lefevre, que había ocurrido un crimen terrible en aquellas habitaciones antes de mudarnos, paredes escurriendo sangre, tapiz nuevo. Cuando le pedí detalles, me aconsejó leer a Baudelaire.

Antes de que se me olvide: me lavo los dientes aproximadamente catorce veces a la semana, dos veces al día, después de la comida y al acostarme.

La casa no tenía nada, tenía paredes. Esta casa, no la casa de París. Era una casa nueva-vieja. Llegamos y mi madre me dijo inmediatamente: esto, aquello y lo otro. No sé si hablaba por verme adormilado, perdido, para compensar, o si hablaba para llenarse a sí misma de pretextos, excusas.

Libro, *viens ici*.

Y me explicaba que iba a cerrar el balcón con una marquesina de aluminio, iba a remodelar los baños, iba a instalar un aire acondicionado. Este suelo de losetas de madera se tiene que ir. *Oui, maman*. A la llegada, dormimos en camas improvisadas en el suelo, edredones y ropa doblada que servía de almohada. Al segundo día, fuimos a la casa de la vieja Lubelia a buscar colchones, pero no servían, estaban mohosos, tenían cuencas de cuerpos antiguos, tenían pajas atacadas por moho y hongos fermentados. Eran muy diferentes al recuerdo que mi madre tenía de ellos. Mi carro, treinta kilómetros, y compramos dos colchones nuevos. Aquella noche, hicimos la cama en el suelo sobre esos colchones de resortes, pero no dormimos mejor. Durante esos días, la televisión en el suelo, único mobiliario de la sala, conectada a un enchufe, confundida entre canales mal sintonizados. Las ventanas altas arrojaban luz sobre una extensión de baratijas esparcidas por la cocina y en los cuartos que habíamos escogido. El cuarto de mi madre, en el piso de arriba, con vista sobre el jardín, era originalmente el cuarto de doña Milú, sus aposentos. Mi cuarto, este, planta baja, pertenecía a alguien que ya olvidé. Quien nos dio esa información fue la señora

que vino a traer la llave. Muy desagradable, llorosa, arrastrando los pies por los corredores y abriendo puertas y ventanas sobre el polvo.

Cuando la escritura fue firmada, mi madre y yo conocíamos la casa solo por fuera. Cosme nos mostró una parte de las habitaciones y del terreno en fotografías de internet. Tenía los cuartos ideales para que Proust padeciera décadas de asma y los salones ideales para que Mathilde de La Mole se aburriera de comodidad. Fue también Cosme, apoderado en agosto, falta de notarios, quien firmó la escritura. Había bastante para explorar y, según nuestras cuentas, había tiempo. Para mi madre, el resto de la vida. Para mí, una interrogante, como se ve.

Luego de tres días de campamento, el camión llegó. Anduvo dando vueltas por las calles del pueblo, haciendo maniobras apretadas en cruces, sin que le lograran explicar al *chauffeur* dónde quedaba la dirección que traía escrita en un papel. Las personas habían olvidado el nombre de las calles y el *chauffeur*, con el brazo izquierdo bronceado, francés y frecuentador de putas de carretera, entendía poco de indecisiones. Cansado de kilómetros y botellas de agua de litro y medio ya se preparaba para llamar a la central francesa cuando, en la plaza, un genio desdentado se acordó: a lo mejor es para la casa de doña Milú. Y entonces orientaron al hombre que, cuando llegó, adquirió un alma de plata al hablar y ser entendido. *Fantastique maison, madame.*

Durante el primer año, mi madre se impacientaba porque continuaban diciendo que era la casa de doña Milú, parecía que no la había pagado con el dinero correcto. Pero se acostumbró. Las personas del pueblo estaban poco habituadas a un mundo que cambiara.

Bajo las órdenes de mi madre, milimétricamente, tres hombres con boina en la cabeza encontraron lugares para los muebles que llegaron del *quartier* de La Goutte d'Or. Era obvio el deslumbramiento de los muebles, asustándose con aquellas paredes, buscando el olor de *croissants* y de la Sacré-Cœur. A pesar de aquel camión lleno, sobró mucha casa. Después, fue poco a poco. Recorrimos bastantes veces los treinta kilómetros que nos separaban de la mueblería. Mi madre con lentes de sol, entre el olor del barniz, ignorando las descripciones pomposas del vendedor, estilo Louis XIV, preguntándome si me gustaban las *chaises longues*, *psychés* e *coiffeuses*, pero sin esperar mi respuesta. En los primeros meses, la camioneta de la mueblería llegaba una vez a la semana y las cajas se iban vaciando.

Los libros de Constantino tenían estantes nuevos. Yo tenía la cabeza barajando formas de organización. No me siento atraído por el orden alfabético. Siempre me gustó buscar libros, no quiero saber dónde están, me basta con saber que existen.

Con esta mentalidad, encontré una lógica de archivo que un día me llevaba a arreglar autores por orden de vello facial: Jules Verne, Hemingway, Balzac, Gertrude Stein, Rimbaud. Y que, al día siguiente, me llevaba a organizarlos por la relevancia capilar en la dicotomía obra/autor: Henry James por un lado, Anaïs Nin por el otro. Pero acababa siempre por perderme en dudas personales: ¿dónde encajar el cabello crespo de Alexandre Dumas? Si, a lo largo de su vida, alguien le hubiera guardado la lana, ¿cuántas almohadas se habrían llenado?

Así, los libros fueron encontrando sus lugares provisionales y hubo otros, en gran cantidad, que continuaron en el suelo, apilados, sin lugar. No porque me faltara espacio, sino porque me faltaba paciencia. No necesitaba perder años acumulando dioptrías para saber que no los quería. Eran libros de cubiertas gastadas, antologías en volúmenes de la incoherencia emocional e intelectual de Constantino, tomos de veneno y acidez. Como una enciclopedia: Aberración a Desesperación; Despotismo a Incapaz; Incómodo a Prejuicio; Prepotente a Tirano.

Index Librorum Prohibitorum. Tuve la idea mientras estaba acostado en la cama, domingo por la mañana, claridad cantada por pajaritos, campanas, tilín, tilín, y mi madre, con la voz apagada por la puerta cerrada, preguntándome si quería ir a misa. No quería, pero, *merci*, tuve la idea. Contemplé las imágenes de mi pensamiento, me entusiasmé. Me llené de siglo XVII, me desperecé y comencé el trabajo.

Llené la cajuela, el asiento de atrás y el asiento de adelante con libros sin lugar en mis estantes. Sobraba poco espacio para mí, tenía ángulos de cubiertas acartonadas clavándoseme en las costillas, pero logré soltar el freno de mano y, lentamente, llegué a la carretera del campo de futbol. Era temporada de cigüeñas y me acuerdo de que pasó una planeando. No traía ningún bebé en el pico, no venía de Francia. Me acuerdo de haber sonreído con esa malicia. Estaba tan tranquilo y seguro de mi misión. Los campos eran inmensos. Al borde del camino de tierra, alcornoques antiguos daban sombra a montones de escombros, bidés partidos y lavadoras oxidadas de tanto lavar ropa.

Detuve el carro, las cigarras. Es más fácil descargar que cargar, qué trabajo. Aseguré el montón con la fuerza de mis botas y fui a

buscar la botellita de alcohol etílico. Los regué como si estuviera poniendo vinagre en la ensalada y, después, con tanta lógica, el encendedor. Hacía un fuego bonito.

Volví más ligero a la casa. Llegué antes que mi madre, misa larga. Era exactamente medio día, lo vi en el reloj del microondas, cuando sonó la alarma de los bomberos. Semanalmente, al medio día de cada domingo, la alarma de los bomberos se propagaba por el pueblo como si anunciara un bombardeo aéreo. Nunca entendí esa necesidad de ajustar el reloj con tanto escándalo. A otras horas, después de la alarma de los bomberos, el pueblo se infestaba de bicicletas motorizadas, peones-bomberos, electricistas-bomberos, canalizadores-bomberos.

Pero, aquel día, fue solo después de media hora de alarma, cuando todos los bebés del pueblo ya estaban despiertos, cuando todos los perros del pueblo ya estaban roncos de ladrar y todas las personas del pueblo ya estaban aturdidas con aquel griterío, que se comenzaron a oír las zündapps. Inmediatamente después, la sirena vieja, cansada, del camión cisterna de los bomberos. Mi madre trajo la noticia de que había mucho fuego por los rumbos del campo de futbol. Estaba hojeando los ensayos de Montaigne, todavía tenía la llave del carro en el bolsillo, fui a ver.

El humo se levantaba como un ciclón negro en el paisaje, camino de demonios entre la tierra y el cielo. Me estacioné lejos y me aproximé a pie. Había hombres tropezando unos con otros, gritando el nombre unos de otros. ¿Quién era yo ahí? El fuego se mezclaba con la fuerza del sol para abrasarme a cada paso. Era la piel que se abrasaba, que se engrosaba de rojo. Había hombres con azada, cavando con furia para impedir que las llamas se propagaran; había bomberos liberando mangueras; había hombres cortando pinos con motosierras para apagarles las copas en el suelo. El humo picaba en los ojos con agujas. De repente, Ilidio se acercó a mí con una rama de encina y dijo: toma. Me quedé mirándolo. No me reconoció. Caminé en dirección a un punto de llamas pequeñas, enredándose sobre tojos secos, y las machaqué sin pena.

No, yo no soy una bestia, tú lo eres.
No, yo no soy parásito, tú lo eres.
No, yo no soy un animal, tú lo eres
No, yo no soy maleducado, tú lo eres.
No, yo no soy un insecto, tú lo eres.
No, yo no soy un burro, tú lo eres

No, yo no soy inferior, tú lo eres.

Nunca le llamé padre. Ni cuando era pequeño y solo lograba pronunciar sílabas. Tontantí, a los dos o tres años, lo llamaba Tontantí. Soy capaz de imaginarlo a detalle en la sala de nuestra casa del *quartier* de La Goutte d'Or, en el sillón, repitiéndome: Constantino, dilo, Constantino. Y yo después de horas de masacre diciéndole: Tontantí. Es claro que esta imagen, pintada de insistencia e impaciencia, no es un recuerdo. No tengo recuerdos de cuando tenía dos años, pero soy capaz de creer que fue así. Aquello que sé[2] le da realidad.

Creo que a Constantino no le habría gustado que lo llamara padre. No tendría dificultad en reunir los defectos contra la sociedad patriarcal y echármelos encima, sin derecho a interrupciones o respuestas. Y lo más importante, nunca lo vi llamándole padre a su propio padre, solo fascista. Incluso cuando mi madre lo esperó con un telegrama que decía que había muerto en un hospital de Lisboa, *stop*, incluso años después de estar muerto, incluso hoy, cuando lo dejamos en el asilo, huérfano.

No es una excusa, pero es una excusa.

Fui yo quien le dijo que sí a mi madre. Desperté, la busqué por los pasillos y dije sí. Ella no entendió. ¿Sí qué? Sí, vendemos la casa. Sí, internamos a Constantino. Sí, volvemos[3] a Portugal.

El error que más lamento es haber aceptado la devolución de *Voyage au bout de la nuit*. Es de una ingenuidad sin perdón creer que los libros prestados pueden ser devueltos. Al regresar a Portugal, lo que yo quería era volver a antes de haber aceptado la devolución de *Voyage au bout de la nuit.*

Mi madre no se sorprendió porque, durante la adolescencia, le enseñé a no hacerme preguntas. Por eso, cuando le dije sí, hubo solo una suspensión de polvo flotando, se quedó solo el domingo por la mañana.

Volví a mi cuarto y en la sala mi madre puso un CD de Art Sullivan, imberbe, «Petite demoiselle» en *repeat*. Luego, Nana Mouskouri, «Soleil soleil». Entonces, no sé si por asociación griega o porque Constantino comenzó a berrear en la habitación, la elección musical rayó un surco melancólico: Demis Roussos, «Goodbye, my love, goodbye»; Adamo, «Tombe la neige»; varias de Joe Dassin y, al final, el regreso de Art Sullivan, «Jenny Jenny lady».

Ô Adelaïde, *Ô Adelaïde*, suspiraban las vecinas en la despedida.

Todavía Constantino tenía destellos de lucidez, todavía mi

madre no se había acordado de regresar a Portugal cuando decidió llevarlo a un paseo a las galerías Lafayette. Hasta en el taxi fueron tomados de la mano. Las luces y el aire le harían bien, lo despertarían. Estaban en la sección de los cosméticos, Constantino marchito, callado, y mi madre atenta, cuando él parecía atragantarse, la boca llena y de repente lanzó un chorro de vómito. *Pas de problème, madame*, pero mi madre avergonzada, las señoras tapándose la nariz y la boca con pañuelos, la sopa de frijol con nabizas, semidigerida, expuesta en el suelo, iluminada por lámparas fluorescentes. Yo no estaba ahí, pero sé que fue así. Mi madre me lo contó esa misma tarde, humillada, y me preguntó: ¿quieres regresar conmigo a Portugal?

Bestia, parásito, animal, maleducado, insecto, burro, inferior. Durante la adolescencia no fui capaz de enseñarle a Constantino a no hacerme preguntas. Él no sabía nada acerca del colegio, de los corredores, pero creía que sabía. Solo haces una cosa y ni eso haces. Qué frase tan bonita, tan inteligente, bonito ritmo, bonita mierda. Él creía que era capaz de leerme a través de las calificaciones, de las faltas, por los comentarios de los profesores en la boleta de final de semestre.

No se pueden contar las veces que me han dicho: Libro, ¿te puedo leer? Me río de esa bromita con el ombligo.

En mis cumpleaños, mi madre siempre encontraba tiempo para describirme la manera en la que Constantino se había puesto feliz cuando supo que iban a tener un hijo: yo. Después de una cena de ganso asado, casi la levantó por la cintura, bailó. Si él estaba oyendo añadía siempre que aquel día habían comido exactamente lo mismo que en *L'Assommoir*, de Zola. Por mucho que me pareciera extraño Constantino feliz con cualquier noticia, por mucho que me costara imaginarlo casi levantando a mi madre por la cintura, por más inconcebible que fuera imaginarlo bailando, creí en esta descripción hasta los trece años. Después crecí. Nunca tuve ninguna curiosidad por leer *L'Assommoir*.

Mi madre es una mujer, estornuda, tose. A veces, cuando Constantino estaba sumido en lecturas, en otro mundo, su respiración nos hacía creer que se podía haber dormido. Pero el miedo. Ni yo, pequeño, ni mi madre, en tareas en silencio, le decíamos nada. ¿Por qué mi madre lo permitía? ¿Cómo era posible que lo consintiera? Tengo treinta y seis años y hoy soy capaz de entender que mi madre es una mujer, pero antes incluso de esa certeza, adolescente todavía, la miraba y no comprendía cómo era que aquellas personas se habían gustado una a la otra lo suficiente

para casarse, y, después, cómo es que habían llegado a aquel blanco y negro, a aquella distancia violenta. Si Constantino estaba en casa, se sentía el silencio de cuando estaba leyendo, un miedo que cubría los muebles, una paz que no tranquilizaba, un gris; estaban las arrugas de su voz enojada, censurándonos por existir día y noche, culpándonos por su indisposición constante.

Fue de repente que me convertí en el padre de Lenin. Un día, llegué a la casa y Constantino, en la sala, no me preguntó si ya había conseguido trabajo o una dirección. Te falta una dirección. A él le gustaba mucho preguntarme si ya había encontrado una dirección. No esperaba la respuesta. Era una pregunta que afirmaba. Pero ese día con otra voz, de otra manera, como si le hubieran sacado el sarcasmo de las palabras con jeringa, solo me preguntó:

¿Cómo está, Ilia Nikolaïevitch?

Me preparé para ignorarlo, pero continuó serio mirándome. Después me hizo una prédica sobre la instrucción pública en Rusia. Mi madre nos miraba consternada y demoró algún tiempo hasta susurrarme que Constantino se había despertado de la siesta con aquellas historias.

¿Qué dice, Maria Alexandrovna?

Media hora tratándome por Ilia Nikolaïevitch, hablándome de Simbirsk, del río Volga; decidí ir al internet. Supe que Constantino creía que yo era el padre de Lenin. Mi madre, Maria Alexandrovna Oulianova, era la madre de Lenin. Constantino, claro, era el propio Lenin. Nada menos que Vladimir Ilitch Oulianov.

Ese día, al finalizar la tarde, se durmió viendo caricaturas. Se levantó para cenar, llamándome bestia, recuperado.

Te falta una dirección.

Constantino no era una caricatura de Lenin, era una tristeza. Durante los primeros meses era Lenin en periodos cada vez más largos del día. Una vez me dijo que tenía correspondencia, me entregó un papel dónde había escrito Илья Николаевич Ульянов; y, del otro lado, tachones, garabatos. Otras veces me comunicaba orgulloso sus notas de latín y griego. Era un joven Lenin, útil, deseoso de impresionar a su padre. Con su madre, mi madre, se portaba cariñoso respetuosamente, inventaba gracias y galanteos.

¿Sabes qué? Son los ochenta.

En aquellos meses, mi madre todavía no estaba insatisfecha y podíamos haber vivido así mucho tiempo. Pero en los momentos en que se desvanecía la Rusia del siglo XIX, el cuerpo y la cabeza de Constantino se resentían, cansados de una adolescencia casi revolucionaria. Pasaba cada vez más horas babeando, murmurando

diptongos y orinándose. Yo no sentía lástima por él, pero sentía lástima por mi madre. Tantos años soportando su veneno para terminar ahora madre de Lenin, de un deficiente mental profundo. Por eso la entendí bien cuando me contó el episodio de las galerías Lafayette. Con el dinero de la casa tendríamos más que suficiente para vivir holgados en Portugal y para encontrar un asilo para Constantino, alguien que le cambiara el pañal y le aguantara la revolución, que llegaría tarde o temprano.

Poco a poco toda la casa olía a orina vieja, el olor estaba incrustado en los tapetes, en las cortinas, en el sillón; el espíritu de mi madre envejecía; pero fue solo después de que me devolvieran el *Voyage au bout de la nuit* que comprendí que, sí, tenía que ir4 a Portugal.

Cualquier combinación de vocales y consonantes es propicia para construir el nombre de un escritor. En el pasado, alcanzando resultados diversos, me interesé por las más variadas obras a partir de la extrañeza que me causó el nombre de sus autores: Hella Wuolijoki, Ryenchinii Choinom, Islwyn Ffowc Elis, Per Ahlmark, Ahmed Zaghloul Al-sheety, Álfrún Gunnlaugsdóttir, Kenji Nakagami, Miroslav Krleža, Gert Nygårdshaug, Chimamanda Ngozi Adichie, Peadar Toner Mac Fhionnlaoich, Malú Huacuja del Toro, Sharadindu Bandyopadhyay, Txillardegi, Małgorzata Musierowicz, Jurga Ivanauskaité, Rajaa al-Sanea, László Krasznahorkai, Dan Chaon, Sophus Schandorph, Chae Man-sik, Sokhna Benga, Achdiat Karta Mihardja.

¿Cómo se pronuncia? Todavía en Francia hace tres o cuatro años, una de las trillizas de Cosme, habiendo olvidado la lengua portuguesa, me señaló su nombre, escrito en la portada de una novela, y me preguntó:

Comment ça se prononce?

Le hice notar que, erróneamente, los franceses acentúan siempre la última sílaba de las palabras extranjeras; me demoré en explicarle la diferencia entre la equis y la hache pero, minutos después, ya estaba otra vez confundida. Su nombre, no es menos pronunciable que cualquier otro, recortado letra a letra de un periódico, escogido al azar de un costal dadaísta.

Tristan Tzara es un nombre de escritor.

Y sin embargo, tanto un nombre como un título, tiene mucha importancia.

Su nombre nunca me habría hecho leer una novela. Si lo leí fue

por el título, por mi propio nombre.

Esa fue mi molestia inicial: el título.

Durante el primer diciembre que pasamos aquí, sentí cómo mi madre se desconsolaba. Le faltaba París, le faltaba la Navidad cintilando en las avenidas, le faltaban las avenidas, cargar bolsas en Champs-Élysées. Lo más parecido que conseguí fue llevarla a Lisboa un sábado por la mañana, a un centro comercial. Dos horas después de que saliéramos, mientras buscábamos lugar en el estacionamiento subterráneo, zona azul, E34, ya le distinguía la sonrisa. Escalera eléctrica, intereses diferentes, nos separamos. Compró el regalo a escondidas cuando me fue a buscar a la librería.

Semanas después, nosotros en la casa enorme, sintiendo la altura de las paredes, dos platos, el fuego; cuando llegó la hora de los regalos, yo esperaba calcetines o calzones, un suéter tal vez, no esperaba nada. Rasgué la envoltura y ahí estaba su novela con una tarjeta que decía: un Libro para Libro, *joyeux Noël*. No fui capaz de corresponder con una sonrisa a la altura de las expectativas de mi madre. Se preocupó.:

Acostumbrabas jugar con él cuando eras pequeño.

Yo sabía que acostumbraba jugar con él cuando era pequeño. Yo iba por los higos con él, pero no iba por los higos con Proust; yo andaba en bicicleta con él, pero no andaba en bicicleta con Cervantes; yo jugaba a la pelota con él, pero no jugaba a la pelota con Stendhal. No por ello tenía más o menos consideración por Proust, por Cervantes o por Stendhal.

¿No te gustó?

Tuve que decirle que sí, me gustó, me gustó, porque, madre, no me gustas haciendo pucheros. Ella sabía bien lo mucho que la lectura es un asunto serio para mí. Aquel regalo era un riesgo que creyó que podía correr con seguridad, pobre. Por eso, me dividía entre no querer decepcionarla y las ganas nulas de leer aquel montón de páginas numeradas. Guardé el libro, creí que habría de olvidársele y bebí una copa pequeña de vino de Oporto.

Correo para ti.

Tres días después de Navidad, atrasado, llegó un paquete de Francia, de Cosme. Era un regalo. Era la novela de él, otra vez, repetida. Mi madre se puso contenta por no haber sido la única en tener la idea y por haberla tenido primero.

Hacía frío. Por la noche, llovían líneas de gis. Por consideración hacia mi madre y hacia Cosme me obligué a leer la novela.

Una estrella, o máximo, por el esfuerzo de llenar el papel, dos estrellas.

La trama es floja, invertebrada; y en los momentos en los que logra situarse con interés relativo, narra experiencias banales, historias que no se distancian de aquellas que podrían pertenecer al vecino o, cuando mucho, al vecino del vecino. Un episodio de licantropía y el desenlace sanguinario de un personaje mal desarrollado solo le añaden ausencia prosaica de lógica. La raíz de la vulgaridad generalizada está, sin duda, en la falta de experiencia vital del autor, que no es ningún Jack London, ningún Kerouac. Estoy muy consciente del equívoco que puede resultar de una defensa simplista de la experiencia, aún más porque estoy refiriéndome a un autor que va inmediatamente antes de Pessoa en los estantes alfabéticos de las bibliotecas, pero sé que, incluso Flaubert, que tanto insistió en el alejamiento entre la obra y el autor, al sentarse en el banquillo del tribunal, bien agarrado de los cabellos, no tuvo el pudor de admitir que se llamaba Emma. Al tribunal, no se le miente. Es por eso que me indigna que él, al no haber pasado por las dificultades de la emigración, se haya atrevido a tocar el asunto. Incluso porque si aborda el tema, es para tratarlo de forma superficial, sin retratar aquella que fue la vivencia de millones de portugueses. No se puede hablar de lo que no se conoce, hace falta el testimonio privilegiado.

A pesar de no haberle escrito ni siquiera un *mail,* no me asombré de que Cosme se acordara de enviarme un regalo. En las veinte Navidades que antecedieron a esta, mantuve siempre la costumbre de tomar un tren y, llegando a Lagny-sur-Marne, caminar media decena de calles hasta tocar el timbre de su casa. Las trillizas histéricas con sus vestidos iguales, la mujer de Cosme con delantal y él, solo en la sala, pintado por los colores de la televisión encendida, diciéndome:

Ven acá cerca de los hombres.

Él era los hombres. Repetía esa broma con regularidad. Sus regalos habituales eran botellas de vino tinto portugués que abríamos ahí inmediatamente, con el mismo sacacorchos de todos los años. Cuando acabábamos esa pedíamos a una trilliza que fuera a buscar la botella especial. Con solemnidad, abría la puerta forrada de melamina del bar y aproximaba una botella con la forma de Manneken Pis de Bruselas en lo alto. Le tendía el vaso. El niño de plástico podía orinar tanto aguardiente de madroño, de almendra amarga, como, en años flacos, de orujo vulgar. Pero en cualquiera de los casos, Cosme te inventaba bromas relacionadas con el pito del muñeco.

Las trillizas entraban y salían de la sala. No se callaban, pero

raramente decían alguna palabra que se pudiera comprender. O los sonidos, como los objetos, adquirían un aura empañada, o era yo que me mareaba.

No quiero más.

Y Cosme se reía hasta hartarse. Ya emborraché al niño. A pesar de mis veinte, de mis treinta, aún era el niño.

Comprendo que Cosme pudiera conocer la novela. No hay más escritores que hayan nacido en nuestro pueblo, hasta ahora. Pero ¿cómo habría podido comprarlo? Pregunta sin respuesta.

Desde la perspectiva de mi lectura personal el único momento en el que la novela denota el uso de la experiencia es en un episodio, inmediatamente en el segundo capítulo, ocurrido en un galpón de paja (página 30). Si puedo garantizar que utilizó su recuerdo es porque yo, a los once o doce años, también estaba ahí. Alteró detalles mínimos, los nombres de los personajes, no fue en enero, fue en agosto, pero dejó lo esencial, se limitó a describir lo que fue capaz de observar. Por un lado, no tenía el derecho, no era un recuerdo que le perteneciera en exclusivo; por otro lado, en el lenguaje novelesco, la experiencia debe ser materia de transfiguración y nunca una enumeración literal.

Los personajes se arrastran, incoherentes, inconexos. Lejos de la riqueza subjetiva, se presentan como figuras bidimensionales. Lejos de la construcción arquetípica, se presentan como fantoches de densidad rastrera. Si algún día, por mera coincidencia, se cruzaran con Ishmael, con Julien Sorel o con Raskolnikov, ¿qué les dirían?

La segunda parte consiste en un desequilibrio estructural injustificado, experimentalismo fuera de tiempo. Es en ese punto en el que la novela alcanza niveles intolerables de arrogancia. Más allá de las constantes referencias a autores que él nítidamente desconoce, en un ejercicio fútil de *name-drop*, astucia de google, el clímax de insensatez es alcanzado en una especie de autocrítica que, formando parte de la novela, se refiere a la propia novela. La autorreferencialidad y el posmodernismo soportan todo. Lo que se trasluce es la tentativa de, con ese artificio, llevar a que los otros digan que su novela no es tan mala. En última instancia, la intención descarada de controlar las críticas que la novela pudiera sugerir. Como si quisiera anticiparse a los comentarios de los otros y, así, los vaciara de sentido. Esta intención intenta camuflar la vieja queja de los escritores en relación con los críticos. Si me señalan fallas, la culpa es de ellos. Falta de respeto y resentimiento mal disimulados.

¿Un nombre es suficiente? No lo es. Un título tampoco. Se

esperaría mucho más de una novela intitulada *Libro*. Con expectativas mínimas cabría suponer que una novela que se presenta como *Libro* tuviera, por lo menos, la honestidad de ser lo que anuncia. *Libro* sugiere peligrosamente *el* libro, artículo definido que esta sucesión de páginas, por más encuadernadas que estén, nunca merece. En la mejor de las hipótesis es *un* libro. Es triste.

El 4 de septiembre de 1765, exactamente doscientos nueve años antes del nacimiento de este excompañero de agostos, ahora disfrazado de escritor, Voltaire se refería así a Shakespeare: «c'était un sauvage qui avait de l'imagination; il a fait même quelques vers heureux, mais ses pièces ne peuvent plaire qu'à Londres, et au Canada». Por todas las razones, estoy mucho más próximo del espíritu de Voltaire de lo que él estuvo de la grandeza de Shakespeare. De ese hecho se desprende la benevolencia inequívoca de mis impresiones, aún cuando aparenten severidad.

El aspecto positivo de las horas que perdí leyendo este regalo de Navidad, mi pálido homónimo, fue que, en cuanto lo dejé, comencé a escribir este libro que estás leyendo. Si ese desgreñado que meaba atrás de los alcornoques puede escribir y publicar una novela, yo también puedo.

Cuando Ilidio llegó, mi madre dio un salto invisible en la silla. Cambió la voz para decirle buenos días. Yo untaba mermelada de tomate en una rebanada de pan, interrumpí esta tarea para darle un apretón de manos a Ilidio y para intentar entender lo que hacía allí, dentro de nuestro desayuno. Aun después de despertar podemos despertar de nuevo. En la semisomnolencia, las sorpresas fungen a veces como café. Ilidio tenía los pantalones manchados de cemento del día anterior, la cara lavada y pocas palabras. Fue mi madre quien comenzó a hablar:

¿Gustas?

Claro que no, buena educación provinciana. Su respuesta nos hizo sentir que no eran horas para estar desayunando todavía. O tal vez haya sido solo yo sintiendo ese significado indirecto porque mi madre, inmediatamente después del rechazo de Ilidio, comenzó a decirle lo que pretendía. Lo oí también por primera vez. Me sentí

traicionado por la falta de explicación previa y por ni siquiera haber sabido que lo había mandado llamar. Aquella presencia entre nosotros.

Desde que habíamos llegado de Francia, casi dos años antes, éramos sobre todo nosotros dos. Mi madre no tenía conversación con otras mujeres del pueblo. Sería difícil o imposible explicarles los enredos de París y mi madre se interesaba poco por las enfermedades de los conejos, por los hongos de los parrales o por quejas de artritis y artrosis. Yo sentía repugnancia por sentarme en la taberna a mirar televisión y mandar a pedir cervezas, abominaba el futbol y despreciaba el juego de la sueca. Por eso estábamos nosotros dos. Estaba seguro de que me contaba los pensamientos que revolvía en la cabeza, me equivocaba.

Mi madre tenía la intención de tapizar la casa de azulejos. Desde el suelo hasta el tejado, en la fachada, en la parte trasera y a los alrededores. Incluso los muros del jardín. Mandaría cortar las hiedras y revestiría todo de azulejos. Tenía en mente un modelo azul claro, que recordara días de cielo limpio. Y: los azulejos son más aseados. ¿Qué te parece, Ilidio? Él sin respuesta, pensando. Y: nos ahorramos andar siempre con pinturas. ¿Qué te parece, Libro? Respondí un sí reflejo, ausente, molesto. Entretenida con su propio entusiasmo, mi madre puso las palmas de las manos sobre mis hombros. Me sentí de nuevo un niño.

Entonces, una pausa, y el momento para que Ilidio hablara. El trabajo que le era propuesto presentaba grandes dificultades. Hacía pocos meses, el presidente del ayuntamiento le había pedido personalmente, en una conversación de casi dos horas, que quitara los azulejos de su casa. Llegó a decir que los azulejos afeaban la calle. El ayuntamiento pagaba todo, mandaba hombres a hacer el trabajo y regalaba la cal. O, mejor, ni siquiera era el ayuntamiento el que pagaría, era Europa. Fui observando el desánimo asentándose en el rostro de mi madre. E Ilidio continuaba, decía que el ayuntamiento regalaba la cal, las personas llevaban costales para recoger las piedras de cal que transportaban en carretillas. Por orgullo y por ley, se zafó de cambiar azulejos, hace más de cuarenta años que los tenía a la vista, pero dudaba de que el ayuntamiento autorizara que mi madre cumpliera su idea.

Mi madre. Me acordé de Emily Dickinson, encerrada en su cuarto, desdeñada por los vecinos, muerta en 1886. Durante su vida, vio publicados menos de una docena de las centenas de poemas que inventó e, incluso esos, grandemente cortados, aumentados y revisados por editores ciegos. Su primer libro data de

1890, ya Emily se descomponía. E, incluso ese, también fue cortado, acrecentado y revisado por otros editores, también ciegos. Rostro serio, tristeza casi imperceptible, me pareció que mi madre era ahí una especie de Emily. El presidente del ayuntamiento era una suerte de editor americano de la poesía en campaña electoral. *The poems of Emily Dickinson* fue publicado en su forma original en 1955. O sea, 1955 - 1886 = 69, casi setenta años después de que Emily hubiera vestido su mortaja. No me fue difícil imaginar que, setenta años posteriores a aquella conversación, vinieran presidentes del ayuntamiento a grabar las antiguas casas de los emigrantes, a trazar rutas turísticas, a planificar folletos. Hasta ahí, esperaban que viviéramos en un parque temático de nociones mantenidas por suero, que no autorizaban evolución, cristalizadas con diligencia en despachos y decretos. Mientras tanto, éramos nosotros los que teníamos que vivir ahí, aguantar sus criterios.

Ilidio dijo que iba a hablar con el presidente del ayuntamiento, daría noticias. Se despidió y salió. Mientras le acababa de untar dulce de tomate a mi rebanada de pan, reflexioné sobre el contacto desapasionado entre mi madre e Ilidio. Esa fue la primera vez que los vi juntos. Aquella mañana, mi madre tenía casi setenta años. Ilidio estaba bien entrado en los sesenta. A pesar del tiempo, antes no los habría imaginado5 así.

Desconfié de todo lo que Cosme me contó.

* * *

A mí me daban miedo las conejas recién paridas. El padre de Cosme todavía estaba vivo y yo, a los siete u ocho años, me escondía detrás de él para ver a los conejos pequeñitos, con los ojos cerrados, que chillaban bajito. La coneja se quedaba desorientada, tensa, con las garras clavadas en el estiércol, alerta a cada movimiento del padre de Cosme que le cambiaba el agua y le dejaba hierba que arrancaba con la navaja, hojas de zanahoria, cáscara de papa o restos de fruta migada. En esos días, sentía alivio cuando cerraba la puerta de la conejera. Otros, cuando los hijos estaban casi criados y las madres habían regresado a su resignación dócil, el padre de Cosme liberaba al mismo tiempo la población de todas las conejeras, minutos de libertad, y yo lo ayudaba a limpiar el forro de estiércol con una azuela, la hoja de hierro raspando en la madera húmeda, el olor tibio.

Todavía en Francia, habíamos hecho cuentas para llegar al pueblo por la mañana. Podíamos atrasarnos, lo más tarde que llegamos fue a la hora de la comida. El padre de Cosme estaba siempre esperándonos en la puerta con una sonrisa desdentada, naciente de monosílabos. Estaba también una tía solterona de Cosme, una sombra que tenía vergüenza de reírse y que se quedaba mirándonos con curiosidad tímida de niña-vieja. Entrábamos a la casa fresca, con las ventanas cerradas, al almacén de palanganas ordenadas, al patio de árboles cargados con pájaros y teníamos la noción de que llenábamos esos lugares con colores nuevos. Las trillizas esparcían muñecas rubias y cocinas de plástico ante el gris y el café, la mujer de Cosme pasaba por las habitaciones de silencio como una bandera alegre, Cosme y yo usábamos pantalones de mezclilla y tenis.

No se notaba que veníamos molidos. El motor del carro chirriando durante kilómetros cien veces, mil veces. Yo iba en el asiento trasero con las trillizas. Si Cosme distinguía a lo lejos una flota de policía, era yo el sexto pasajero en un carro de cinco lugares y me escondía en el suelo, a los pies de ellas, entre sandalias y canillas finas. Si alguien hacía señal de luces, volvía a esconderme en el suelo hasta que pasáramos la flota o hasta que estuviera garantizado que había sido falsa alarma. Parábamos para verificar el tanque de gasolina y a la hora de la comida. Cosme soltaba la mesa y las sillas cargadas en el portaequipajes, las abría y las acomodaba cerca de la carretera, en la sombra. Mientras tanto, su mujer se inclinaba sobre la cajuela del carro, descifraba el orden y la posición precisa de los objetos, llegando a la mesa con salchichas y chucrut. En ese momento las trillizas ya habían regresado de los arbustos en donde se habían agachado. Teníamos pan, servilletas, tenedores, cuchillos, platos y vasos de plástico que llenábamos de naranjada. Los carros pasaban y nos miraban. Nosotros los mirábamos y masticábamos.

Acabados de llegar, Cosme podía comenzar a quejarse de los *fogos ruges*, de los *embutelhagens* o de las *auto-rutas*. Su padre ponía una sonrisa de no entender y Cosme me murmuraba:

Es muy anciano, está propenso a toda suerte de *maladías*.

En 1748 el conde de Chesterfield definió iletrado como un sustantivo que se refiere a alguien que es ignorante del griego y del latín.

Más tarde cuando las trillizas comenzaban a ser unas pequeñas mujeres, Cosme no las quería oír hablar de *fiançados* en el pueblo, no se habrían de maridar con *marrocanos* de ese tipo. Si ellas se

preparaban para hacer un *turno*, generalmente, se ponía *jalú*, cuando ellas protestaban, él ordenaba:

Ta gola.

Ellas respondían:

Mafú.

Tanto las trillizas, como Cosme, como su mujer, haciendo el cuarto o lavando los trastes, hablaban este griego/latín que yo entendía bien.

Porque yo pasaba el mes de agosto jugando al balón con el escritor y los otros muchachos de mi edad o acompañándolos en excursiones al campo. Los perros no nos ladraban. Los grillos salían de su madriguera si picoteábamos con una brizna de paja o si nos meábamos encima. En ese caso, salían nadando, a punto de ahogarse. Conocíamos las higueras más lozanas y, después de llenarnos la barriga, nos lavábamos la boca en la fuente para evitar que se nos partieran los labios. Muchas veces, escogíamos una sombra y yo respondía las preguntas de una congregación de ojos muy abiertos. Querían saber cómo era Francia. Yo nunca les contaba de los muchachos que me robaban los plumones y me sujetaban para, con ellos, rayarme nombres en la frente: *salaud*. Nunca les contaba de las tardes de domingo que pasaba encerrado en mi casa, ni de la lluvia, ni de los dolores de cabeza. Les hablaba de las grandes tiendas con los escaparates llenos de todo, les intentaba explicar con dibujos en la tierra lo que era la Torre Eiffel. Una vez les narré la historia completa de *Voyage au centre de la Terre*, como si hubiera ocurrido en un volcán parisiense y la hubiera atestiguado. Luego, podíamos trepar al muro que daba al tanque donde las ricas se bañaban y donde un señor estaba siempre limpiando el agua con un salabre; le pedíamos que nos diera un anillo y él respondía siempre: métete el dedo en el culo y vas a ver, cuando lo saques, tienes un anillo. Era por eso que le repetíamos la petición, nos reíamos siempre de esa respuesta.

Otras veces, yo representaba un camino que los muchachos intentaban seguir para llegar a las trillizas. Sin jamás haber hablado con ellas, las repartían entre ellos y se enojaban unos con otros con esa repartición. Era raro que Cosme las dejara salir. En algunos días señalados, iban con la madre o, entonces, Cosme se llenaba de solemnidad y me llevaba al patio a tener una conversación. Empezaba a señalar hacia cuadrados de tierra seca, separados por cancelas manchadas de sebo seco y me decía con melancolía que, antes, ahí, había pocilgas llenas. Después, serio, con la misma especie de desánimo, me pedía que fuera a pasear con las trillizas.

Cuando entrábamos a la casa ya estaban listas con las mochilas de bandolera, esperando. Al pasar por las calles, me sentía como si pastoreara un rebaño de tres. La conversaciones paraban para observar nuestro paso y solo eran retomadas cuando ya íbamos a lo lejos. Detrás de nosotros, al mismo ritmo, seguían nubes de muchachos, fiu, fiu, que silbaban.

Acostumbraba acompañar a Cosme a la plaza y en las visitas que hacía al cura, a Galopim o a Ilidio. Yo era una presencia muda que oía. Nadie se inhibía al tratar cualquier asunto. A veces bajaban la voz, hacían una pausa y me miraban, decían: él todavía no entiende ¿verdad?, continuaban, yo oía. A los treinta y seis años, delante de este teclado de computadora, aún los oigo. En la taberna de la plaza, Cosme me ordenaba un jugo de lata, que yo bebía despacio para que durara mucho tiempo. Una parte de las elecciones que hice en la vida fueron en el sentido de nunca ser de esos hombres recargados en la barra. Yo los miraba de cerca, pero no me gustaba que se juntaran alrededor de Cosme a beber vino que él pagaba y a reírse de sus bromas, exactamente como si estuvieran riéndose de él; también me dolía, a los once, doce, trece, catorce años tener que convencer a Cosme de no conducir el carro, a pesar de las calles desiertas, y tener que sostenerlo, mucho mayor que yo, más corpulento; me costaba perderle el respeto.

Visitábamos al cura una vez cada agosto. Era siempre viejo. Le hacía caricias en el cabello a Cosme y lo trataba casi como me trataba a mí, como si fuéramos dos muchachos de la misma edad. Siéntense, siéntense. Cosme simulaba prisa, tenía poco que conversar. La casa entera olía a naftalina, las galletas que nos ofrecía en un platito sabían a naftalina. Cosme me llevaba a la sacristía, las campanas. Explicados por él eran temas enormes.

Me acuerdo de que nos acercábamos con más frecuencia a la casa de Galopim. Enloquecía al vernos, se entusiasmaba sin medida. A mí no me eran desconocidas las palomas. Creo que Galopim deducía que yo era hijo de Cosme. Ni él, ni yo hacíamos nada que contradijera esa confusión. Pienso incluso que esa responsabilidad invisible cobraba cierto aplomo. Cada año, pasaba más tiempo desde la fecha en que el hermano de Galopim había muerto de discapacidad. La falta del hermano estaba grabada en su frente y se distinguía aún cuando sonreía desdentado, cuando lo llevamos a dar una vuelta en el carro por el pueblo. En el asiento delantero, acomodaba las muletas al lado de la pierna extendida y se fascinaba. Estaba todo tan cambiado. A veces parábamos para que pudiera saludar personas.

Mi voz6 se oía solo en la casa de Ilidio. Cosme pasaba con él por entre las cintas de la puerta. Yo me quedaba sentado en los escalones de la entrada al lado de Josué. Como si estuviera en un trono estaba sentado en una silla de playa, sujetaba un bastón. Era sordo y yo tenía que gritarle al oído bueno. Aunque apareciéramos dos veces por semana, le tenía siempre que repetir mi nombre:

Libro, Li-bro.

¿Alípio?

Li-bro.

¿Lívio?

Li-bro.

Lloraba. Sus ojos eran el único punto de su rostro que no había sido quemado por el tiempo, arrugado por el sol. Se acomodaba la boina en la cabeza para disfrazar el llanto. Me decía que yo era tan parecido a Ilidio cuando era pequeño. También nos quedábamos en silencio. A veces, soltaba un pedo y continuaba impávido. Como no oía, pensaba que yo tampoco había oído.

Gran parte de este libro que estás leyendo fue escrito con la suma que conservo de aquellos agostos. A Cosme, principalmente, le gustaba hablar.

Cuando juntábamos las maletas para que fueran cargadas en el carro, el padre de Cosme se quejaba de espondilosis. Yo acomodaba los libros en la mochila. Llevé *À la recherche du temps perdu* durante tres agostos seguidos, lo leí tres veces en las horas de más calor. La mujer de Cosme daba las últimas indicaciones a la tía solterona, que escuchaba, hecha una niña. Las trillizas solo pensaban en llegar a Lagny. Los muchachos, el escritor entre ellos, se juntaban al final de la calle y, mientras Cosme ataba bultos al portaequipajes, yo iba por ahí a repartir cosas que no me llevaba: portallaves, revistas francesas que las trillizas no querían y palmadas avergonzadas en las espaldas. Después, los viejos se quedaban en la puerta diciendo adiós, el padre de Cosme y la tía solterona. Atravesamos una última vez las calles del pueblo y era como si todo fuera siendo borrado a nuestro paso.

De regreso a Francia, cuando la mesa ya estaba abierta en el acotamiento de la carretera, la mujer de Cosme llegaba con cajas plásticas llenas de conejo frito. En una de esas comidas, yo tenía diecisiete años y Cosme andaba cerca de su mujer. Las trillizas hablaban entre sí, discutían álgebra, tal vez. Su mujer intentaba callarlo, pero él repetía:

Ay, bueno, ya tiene edad para saber.

Cosme insistía en contar hasta lo que no le interesaba a nadie.

Yo estaba delante de mi plato vacío, cuando él me empezó a hablar de las fiestas del pueblo en 1973, de mi madre, de Ilidio, de la fuente, etc. Perdí el apetito. Tuve poco que decir hasta que llegamos a París.

Dos días después, era de noche. Mi madre bajó a la calle para saludar a la familia de Cosme, agradecer, abrazarme, te extrañamos.

¿Les dio mucho trabajo?

Subimos juntos, ella curiosa y yo sin responder la mitad de las preguntas que me hacía. Cuando abrió la puerta fui directo a mi cuarto.

¿No le das un beso a tu padre?

Aquel día, me di cuenta del tono artificial con que mi madre pronunció esa palabra que usaba tan pocas veces, padre. Antes de cerrar la puerta, todavía oí a Constantino decir:

Es un maleducado.

La semana pasada maté un mosquito con un ejemplar de *Les Cantos,* de Ezra Pound, traducido por dos poetas franceses.

Sí, si algún día tengo una hija la llamaré como mi abuela. No me refiero a la madre de Constantino, claro. Me han asegurado que esa mujer, envuelta en tela de brocado, viuda vieja y rancia, nunca me quiso conocer. Constantino no se despidió de ella cuando salió de Lisboa para no regresar. Hasta que yo cumplí cinco años aseguraba que era por mi culpa, no tenía edad para viajes. Después, decía que la revolución había fallado, los portugueses eran incapaces del sueño, el exilio proseguía. Constantino no guardaba fotografías de su madre. Tuvimos que recoger sus cosas al dejarlo en el asilo y antes de salir de la casa del *quartier* de La Goutte d'Or. Vaciamos gavetas de objetos tristes dentro de bolsas de plástico: plumas estilográficas, tarjetas antiguas, marcadores de libros y chismes, como perros que perdieron a su dueño, inútiles. Constantino no tenía contacto con su madre, pero me garantizó que ella no me quería conocer. Yo, todavía en la escuela primaria, me sentía triste por ese rechazo.

La madre de mi madre no me conoció porque no aguantó, destrozada por hijos y nietos. Es su nombre el que le daría a la hija que pudiera tener algún día. Así, lograré cambiar el tiempo y llegar a conocerla. Podré incluso encargarme de ella, arreglarla, cuidarla como si cuidara a mi abuela; ella sabrá hacer lo mismo con mi madre, Adelaide futura, y sabrá hacer lo mismo con Libro futuro, conmigo. Devaneo, nada es tan simple. Mi madre me contó hasta la

saciedad aquello que quería recordar de su madre: cuando yo tenía tu edad. La dejó cuando era niña, cuando tenía mi edad en aquel entonces. Después, el pueblo y la vieja Lubelia. Después, Francia. Mi madre regresaba al pueblo en intervalos de cerca de diez años. Constantino se impacientaba con las añoranzas y, cada diez años, cuando quería holgura, la despachaba por un mes. Mi madre perdió la confianza con sus hermanos, recua de mecánicos torneros que se mudaron a Lisboa creyendo que era una siderurgia de domingo a domingo, pobres neorrealistas. Yo sabía que tenía un montón de tíos y primos, sabía de ese parentesco, pero no los sabría reconocer si se me cruzaran en la calle.

A partir de los dieciocho años, en Lagny o en París, Cosme me contó mucho más y pasé bastante tiempo imaginando a Ilidio. Fue también a los dieciocho años que, por primera vez, no quise acompañar a la familia de Cosme en las *vacanças*. Mi madre, que siempre me había incentivado, que siempre se había llenado de orgullo con su hijo portugués, se resignó. En esa época solo me rogaba que no me metiera en drogas. Drogado no. Constantino que siempre había sido indiferente, que se aliviaba por disfrutar de un mes sin mí, continuó indiferente. Lograba estar incómodo tanto en mi ausencia como en mi presencia. Cosme y su mujer se enteraron en una visita de sábado. Se callaron porque entendieron que el tiempo estaba pasando. Las trillizas me envidiaban. Si pudieran, tampoco irían.

Sylvia Plath nació el día en que Dylan Thomas cumplió dieciocho años, el 27 de octubre de 1932.

Aquel verano, en septiembre, Cosme llegó con la noticia de que Josué había muerto un día de mucho calor. ¿Te acuerdas de ese señor que estaba siempre sentado a la puerta de Ilidio? Sí, yo me acordaba.

El año pasado, en octubre, tal vez 27, sé que fue un martes, mi madre me incentivó para dar un paseo. Hace mucho que desistió de disuadirme de los libros, tanto *lês* que *treslês,* pero mantiene el hábito de, cuidadosa, después de tocar la puerta con poca fuerza, entrar a mi cuarto y preguntar: ¿no te gustaría dar un paseo? La mayoría de las veces no estoy en disposición para responderle, pero aquella tarde estaba a la mitad de un capítulo altruista y decidí complacerla. El volante del carro, mis manos sintiendo todas las piedras casi como si estuviera deslizándolas en la carretera. Me estacioné en el campo, a poca distancia de un grupo de hombres y mujeres, botas de caucho, que estaban recogiendo aceitunas. Propagaban una gritería animada que no se alteró cuando salí del

carro y me acerqué, buenas tardes. Una ventaja de mi nombre es que no necesita apodos. Mira al Libro, buenas tardes. El sol se estaba poniendo. Intercambié bromas, mientras dos hombres recogieron las lonas debajo del último olivo y las llevaron en las espaldas.

No se me olvida lo que vi a continuación. Las mujeres doblaron las lonas vacías y las organizaron en la tierra, en forma de corredor. Las lonas cargadas de aceitunas y hojas puestas en un montón, en un extremo del corredor. Entonces, se hizo el silencio. Era un atardecer muy nítido. Uno de los hombres se aproximó al montón sujetando una pala y la llenó con habilidad. En un movimiento certero, preciso, lanzó su contenido múltiple a lo largo del corredor de las lonas. Se disgregó en el aire. Bajo el fondo del cielo las aceitunas se separaron de las hojas. Las hojas se quedaron a medio camino dando vueltas sobre sí mismas, pequeñas hélices detenidas por la brisa, y las aceitunas continuaron hasta el otro extremo del corredor de lonas dobladas, donde cayeron en una lluvia de compañeras redondas. Recuerdo que las hojas de olivo son verde oscuro de un lado y plateadas del otro, elegantes, y que las aceitunas, aquellas aceitunas, eran negras, brillantes, sin demasiada agua en marzo, rígidas. Ese gesto, esa historia, se repitió hasta acabar el primer montón y, en el otro extremo del corredor, había un cúmulo solo de aceitunas.

A lo largo de la escritura de este libro que estás leyendo, he sentido que me gustaría poder hacer lo mismo con lo que sé. En el campo, en un atardecer, extender ese conocimiento en el aire, a paladas, y así separar aquello que supongo de lo que realmente fue. Por más efecto que pueda tener aquello que supongo, es aquello que realmente fue lo que llega al lagar, lo que alimenta. Aquello que realmente fue no es necesariamente aquello que sucedió. Es algo más importante, es la verdad.[7] Sí, ya sé, ¿qué es la verdad? Sí, ya sé, no sé.

Te pido disculpas por este comentario, hojita. Sin tristeza, por favor. No lo tomes a mal, hoja de olivo. Necesitaba hacerlo para, luego, ser capaz de olvidarlo. Naciste en una rama, lejos de la culpa, pero espero que puedas intentar entenderlo como si fueras yo.

Ya era necesario tener los faros encendidos, los costales de aceitunas ya estaban cargados cuando llevé a uno de los hombres y seguimos en la camioneta, polvo, hasta el lagar. No sé de lo que hablamos. A la llegada, las máquinas, hombres con bagazo de aceituna entrañado en la piel, manos negras. Uno de ellos trajo un vaso de aceite de oliva nuevo y lo ofreció para que lo probáramos.

Lo olí y dije que parecía bueno. El hombre que había venido conmigo sonrió, recibió el vaso y lo bebió de un solo trago.

Ouvroir de littérature potentielle, OuLiPo. «Des rats qui construisent eux-mêmes le labyrinthe dont ils se proposent de sortir», quien llegó a esta definición fue Raymond Queneau, cuando fundó el grupo literario OuLiPo con François Le Lionnais.

De atrás hacia adelante:

N + 7 = El cascabel estaba vacío cuando salí del camerino.
N + 6 = La cascada estaba vacía cuando salí de la camareta.
N + 5 = El cascajo estaba vacío cuando salí del camarón.
N + 4 = La cáscara estaba vacía cuando salí de la cámara.
N + 3 = El casamiento estaba vacío cuando salí del camaleón.
N + 2 = Los casados estaban vacíos cuando salí del camafeo.
N + 1 = La casaca estaba vacía cuando salí de la camada.
N + 0 = La casa estaba vacía cuando salí de la cama.

Fue Jean Lescure, asociado a OuLiPo, quien inventó el método N + 7. No es difícil y garantiza resultados. Se construye un texto y se cambia cada sustantivo por la séptima entrada de la misma clase gramatical que le suceda en el diccionario.

Aquel día, la primera cosa que hice al despertar fue un N + 7. Tal vez ese día, el cascabel estuviera vacío, tal vez yo hubiera salido del camaleón. Lo cierto es que la casa estaba vacía cuando me levanté de la cama.

Hay quien lee su horóscopo al despertar, a mí, si me acuerdo, me gusta hacer un N + 7. Gasto papel, pero gano discernimiento.

No llamé a mi madre. Me paseé en calzones por las habitaciones, buscándola vagamente. Calzones azules, era junio. Entré a la cocina, abrí la alacena, abrí el refrigerador. Se me antojó una limonada. Me tallé los ojos con las manos. Llegué al balcón. Había sol mezclado con brisa. Sentí esa tibieza en el pecho y en los hombros. Descalzo, bajé las escaleras de granito. Di pasos por la tierra del jardín, uy, uy, y me acerqué al limonero. Corté un limón, corté otro y oí voces.

Frente al lago, mi madre e Ilidio sentados en una banca. Estaban acomodados con naturalidad y distancia. No parecieron darse cuenta inmediatamente de mi presencia, yo respirando. Fue mi madre quien se inclinó:

Ah, eres tú.

No podía fingir que no estaba ahí. Salí de detrás de los arbustos. En calzones, sujetando dos limones, buenos días. Ilidio se levantó

para darme un apretón de manos. Volvió a sentarse, despreocupadamente. Como si continuara la conversación que estaba manteniendo con él, mi madre me informó que el presidente del ayuntamiento no autorizaba el revestimiento con azulejos. Una ordenanza, un despacho, un oficio, etcétera. Con movimientos de cabeza, Ilidio apoyaba la frágil rebelión de mi madre. Me quedé a escuchar, pero me sentía flaco. Esos no eran mis calzoncillos favoritos.

Volví a la cocina y busqué el exprimidor. En el reloj del microondas pasaron diez minutos, once, y mi madre entró. Yo estaba a la mesa, aún en calzones, pero rico en vitamina C. Mi madre se quejó del ayuntamiento, habrase visto, decía que debía hacer lo que quisiera, la casa era suya.

Adelaide, Adelaide.

Ilidio estaba llamándola, había olvidado algún detalle. Antes de que entrara, me levanté y salí, fui a vestirme.

Mientras apretaba el cinturón intenté iniciar un pensamiento. La manera en la que Ilidio decía el nombre de mi madre no coincidía en nada con lo que Cosme me había contado. Aquella mañana, yo tenía treinta y seis años acabados de cumplir. Había pasado la mitad de mi vida creyendo algo que en aquel momento se rasgaba como celofán. Recordaba las horas perdidas alejando una idea inventada, haciendo muecas, de inmediato, pensaba que tal vez era el tiempo el que los había llevado a aquel desprendimiento. Tal vez los adultos en serio fueran así.

Miraba hacia mi experiencia. Charlotte, Aurelie, Mathilde, ¿qué sentía yo por los rostros a quienes les había jurado tanto? No. Si hubiera sucedido todo lo que Cosme me había contado no habría forma de que Ilidio pronunciara el nombre de mi madre, Adelaide, con aquel tono de sábado por la mañana. Recapitulando, estaba mi madre, él y yo en calzones. Si hubiera sucedido todo lo que Cosme me había contado, no hablarían del ayuntamiento y de los azulejos o, más imposible todavía, si hablaran de eso, estarían obligados a un gesto, incluso mínimo, de constreñimiento. Podían pasar décadas sobre esa realidad de la naturaleza humana, continuaría inalterada.

Yo conocía[8] a mi madre. En la contabilidad de nuestras vidas, habíamos caminado kilómetros tomados de la mano, uno al otro nos habíamos dicho todas las palabras que existen en las lenguas portuguesa y francesa. Salí del cuarto, subí las escaleras, atravesé el corredor mirando las habitaciones vacías.

Puse atención a la decoración desarreglada de mi madre: muebles que trajimos de París, mezclados con muebles que

compramos aquí, decorados con trastos heredados de la casa de la vieja Lubelia, mezclados con muñecos de feria o del centro comercial. Mi madre no tiene ojo para la decoración y yo conozco esa falta de gusto, sé su motivo. Tal vez por eso, me sentí injusto, me recriminé por cargar una idea coja durante tantos años. En el instante en el que entré a la cocina, ella estaba con la boca llena, comiendo una rebanada de melón. Casi la abracé.

Salí a la calle decidido. Después de mis dieciocho años casi no volví al pueblo hasta que llegué con mi madre, para instalarme. Desde ese día, a pesar de vivir a pocos metros, sin falta de oportunidades, nunca quise ir a la fuente nueva. En el primer verano, la única vez que mi madre me preguntó por qué no lavaba allá el carro como todas las personas, junté mis peores modos y le dije que yo no era como todas las personas. Y esperé que entendiera. Creí que no me había vuelto a hablar de eso porque se sintió culpable. Sintiéndome culpable esa mañana, bajé en dirección a la fuente. Y me obligué a quedarme al lado de los bebederos durante más de una hora, deseando que el agua que corría me lavara los pensamientos.

Cuando volví a la casa no fui a leer a Paul Éluard.

Sea irrealista, exija lo posible.

Entender algo de mis apuntes era irrealista. De los años que pasé en la París 3, Université Sorbonne Nouvelle, los primeros recuerdos que me asaltan los sentidos son el asco matinal en el metro, aceite con sudor y el mal aliento del profesor de Histoire du Livre, que parecía comer papiros bizantinos en el desayuno y regurgitarlos a lo largo del día. Cuando terminé la preparatoria, *le bac*, y entré a Lettres Modernes, Littérature Générale et Comparée, en la Sorbona, Constantino no se dejó impresionar.

Había corredores, escaleras y sombras, salones donde se antojaba dormir, colegas insoportables, profesores inmóviles en un tiempo que solo ellos reconocían. En la casa, intentaba hablarle a Constantino de las diferentes materias, me le oponía, pero él me interrumpía con desdén y solo parecía interesarse por LGC (Littérature Générale et Comparée). Cuando le iba a hablar de algo que había aprendido sobre Chateaubriand, por ejemplo, él ya sabía y sin mirarme añadía una lista de detalles que me eran ajenos. Lo más humillante era que él sabía lo que estaba diciendo.

Impresionar a Constantino era irreal.

Le fui dejando de hablar de LGC, fui dejándole de hablar. A

veces me preguntaba sobre los sectores más progresistas de los estudiantes, las reivindicaciones, y yo no respondía. Me preguntaba otra vez y yo no respondía otra vez. Entonces, lo normal era llamarme inferior, desarrollar ese tema.

Mi madre me escondía cajas de leche con chocolate en la mochila. Yo solo las descubría cuando llegaba a las clases. En el descanso, las bebía con el popote. En una de esas mañanas lagañosas, cuando estaba sorbiendo el ruido del fondo de la caja, oí a una pareja hablar en portugués detrás de mí. Por la conversación entendí que buscaban a alguien. Hablaban alto y los estudiantes pasaban a su alrededor. Era la mujer la que más se desgañitaba, pero fue el hombre el que se dirigió a mí. En francés, intentó hacerme una pregunta, pero se detuvo a la mitad, interrogó la mujer:

Comment s'appele mostrador de información[9] en francés, Libânia?

La mujer se encogió de hombros, dijo una burrada y afrancesó tres o cuatro palabras portuguesas. Por vergüenza, fingí que no lograba entender.

Para el hombre:

Deja al muchacho.

Continué fingiendo que no entendía.

Para mí:

Merci.

Mientras se alejaban, el hombre consolaba a la bruta, le decía que lo más seguro era que hubieran regresado a Portugal. Y ella, Libânia, decía que no, que el hijo de la amiga estudiaba ahí, se lo habían asegurado; se quejaba de que así nunca iban a encontrar a Adelaide. Fueron a buscar a otro lado, se alejaron, sus voces dejaron de distinguirse. Yo, con una caja vacía de leche con chocolate en la mano, me quedé mirando hacia la nada y entendí que, cuando nos mudamos para el *quartier* de La Goutte d'Or, mi madre no les avisó.

Después de semestres y exámenes, llené la inscripción para una maestría. Compuse un título para la tesis: «Bilinguisme: Nabokov et Beckett, le russe américain et le irlandais français». El título y el tema fueron aplaudidos por compañeros y profesores. Yo estaba entusiasmado, ambicioso, creía que era dueño de una perspectiva única, podría encontrar en mí nuevas interpretaciones, especie de figura mitológico-académica, dos cabezas sobre un cuello: francés y portugués, Francia y Portugal, Constantino e Ilidio. Resistí durante una semana de cenas antes de contarles, pero el entusiasmo me venció. Constantino, indiferente, me preguntó si conocía la

biografía del australiano Andrew Field y, con inglés pronunciado a la francesa, me citó a Nabokov: «I might have been a great french writer».

¿Lo conoces?

Yo lo conocía, ese era precisamente uno de los epígrafes que había pensado usar en la tesis, pero no dije nada, solo perdí la fuerza en los hombros.

Mientras mi madre discutía las condiciones con una mujer en la oficina del asilo, yo miraba a Constantino. Estaba sentado en una silla, vestidito como un muñeco, camisa abotonada hasta el cuello, ausente de sí mismo, listo para ser acomodado en cualquier lugar, en cualquier posición, a merced, Vladimir Ilitch Oulianov cavilando o ni eso, como una planta de maceta, como una lámpara sentada, señal de tránsito en una carretera desierta por la noche.

¿Cómo es que tú, habiendo nacido y crecido en Francia, dominas tan bien el portugués?

Espera, déjame recuperarme del susto, déjame respirar. No esperaba que hablaras ahora. Estabas ahí, tan quieto leyendo esta descripción de Constantino en la oficina del asilo. No me lo esperaba.

Antes que nada, te agradezco el elogio: gracias. No diría de mí mismo que domino el portugués, menos mal que fuiste tú quien lo dijo. Gracias de nuevo. Y, sí, puedes tutearme. Es más, fui yo el que comenzó varias páginas atrás.

Acostumbraban a hacerme ese cuestionamiento y no tengo dificultad en responder, pero al planteármelo así, por medio de este libro, tan de repente, sin respetar las dimensiones lector/narrador/autor, no me parece adecuado. Si Aristóteles hubiera imaginado que podrías hablar desde ese punto hacia este, creo que habría escrito su *Poétique* de manera diferente. Por un lado, esa es una pregunta solo intuida, lo que le quita cierta credibilidad. Por otro, llegó en mal momento, interrumpió la descripción de Constantino en la oficina del asilo y puede traer cierta confusión a los lectores, simultáneos o futuros, más acostumbrados a los lugares tradicionales del lector, del narrador y del autor. Así, prefiero que interiorices que hay mucho que no sabes de mí, acostúmbrate. Yo sé que estamos en una posición ambigua, parece que estamos en la misma piel, pero no lo estamos. Sí, nací y crecí en Francia, y sí, escribo en portugués; si no respondo a tu cuestionamiento es por tu propio bien. Llevarte a creer que puedes saber todo sobre mí, sería engañarte.

Continuando:

Al lado de Constantino estaban dos maletas. En su interior, mi madre había ordenado pijamas dobladas, batas y también sacos, camisas, pantalones, calcetas y una docena de calzones nuevos. Estaba erguido y sentado, como si esperara en un apeadero del más allá y fuera a salir de viaje hacia más allá todavía. Yo lo miraba. Me acordaba de mucho, no podía evitarlo.

Nunca acabé la maestría, pero continué saliendo de mañana y llegando por la noche. Constantino no hizo preguntas pero, al pasar los años, era poco probable que tuviera dudas. Desde el comienzo sabía que yo solo me había inscrito a la maestría porque después de la carrera no me imaginaba buscando empleo. Tenía miedo.

Te falta una dirección.

Lo más humillante era que él sabía lo que estaba diciendo.

El altar de la capilla estaba cubierto por una capa de polvo. El mármol del suelo, bajo una capa de tierra suelta, apenas se notaba en el rastro de mis pasos. Costaba creer que toda aquella tierra se hubiera deslizado por debajo de la puerta. Sería más fácil creer que había nacido ahí, que había atravesado el mármol lentamente hasta llegar a la superficie. Inmediatamente después de entrar, volví a cerrar la puerta. El abandono de la capilla perdía solemnidad con tanta luz.

Había pasado el día escribiendo este libro que estás leyendo, con pausas solo para una sopa y para algunos poemas salteados de Hölderlin. El día anterior, los bebederos de la fuente no habían sido capaces de lavarme los pensamientos. Regresaban ahí, mezclados con el silencio de la capilla. Estaba recargado a una pared lateral, miré alrededor en busca de algo, un palo, algún objeto picudo, pero no lo encontré. Necesitaba organización, datos concretos, me agaché y escribí en la tierra del suelo con el dedo:

9/7/2010

5/2010

7/2008

La tranquilidad de los números: nueve de julio de dos mil diez era el día en el que me encontraba en aquel momento; mayo de dos mil diez había sido cuando Ilidio vino a hablar de los azulejos; julio de dos mil ocho había sido el mes en el que habíamos llegado de Francia.

7/2008: el descubrimiento de la casa nueva, la falta de ollas y yo intentando entender si mi madre mencionaba el nombre de Ilidio, si lo evitaba a propósito, si hablaba de él con otras personas;

el tiempo pasando, meses, estaciones; y yo descansando, casi olvidando, casi olvidando, pero alerta, cruzándome con él en la calle sin más que un buenos días o buenas tardes al verlo a lo lejos.

5/2010: Ilidio irreal entrando por la cocina, yo sintiéndole la mano rasposa por la lija, enjarrada, choque eléctrico; mi madre incomprensible, Ilidio incomprensible, como acostumbrados, cotidianos, indiferentes a todo lo que imaginé, y luego yo fijándome en mi madre, intentando leer su mirada, nada; todavía después, las semanas, mi madre sin volver a hablar de Ilidio, de los azulejos azules, yo pensando que ambos se habían olvidado, que volvíamos a antes.

9/7/2010: aquel momento, el tamaño del día anterior siendo un peso invisible en una balanza de aguja rota y de escala borrada.

Barrí los números con el pie. Me limpié el dedo en los pantalones.

¿Para qué queremos nosotros una capilla?

En cuanto entré a la casa, Galopim murió.

Mi madre llegó a la cocina con el cabello empastado de tinte, con una toalla sobre los hombros y me dio la noticia. Parecía un ave, una pájara, cabeza de crema. Seria, hablaba como si piara. La tarde se demoraba en terminar.

Olía a petróleo y me dijo que, cuando estuviera lista, iba a pasar por el velorio. Yo sabía que Ilidio estaría allí, lo suponía, me ofrecí a acompañarla. Satisfecha por tener un hijo, mi madre mostró una sonrisa. Fui a mi baño a rasurarme. Mientras el espejo reflejaba mis ojos,10 se oían a lo lejos las escalas inciertas de un saxofonista de la banda, ensayo solitario, bocina dentro de la niebla. Después, comenzaba una marcha, fallaba una nota y volvía al inicio.

Al aproximarnos a la calle de Galopim, mi madre se indignaba explicando que el cura no había dejado que tocaran las campanas porque el fallecido no estaba bautizado. Se lo pidieron una sola vez. Por la misma razón, no había prestado la llave de la sala anexa a la iglesia y, por eso, Galopim había sido velado en su casa. Yo me acordaba de las tardes de agosto en las que era la sombra reducida de Cosme, me acordaba de la casa, pero no dije nada, solo estacioné el carro y cerré las puertas.

Dimos pasos por la calle.

El adjetivo que mejor caracterizaba el peinado de mi madre en aquel momento era: fúlgido. La noche nueva, poco oscura, pero el peinado de mi madre, de color fresco, parecía irradiar luz, a la manera de una lámpara empañada. Un escalón y entramos. Estaba Ilidio. Estaba mi madre y tres señoras que, como yo, quisieron

verlos saludándose. Educados, nada que espantara. Estaba el cuerpo de Galopim, recostado en una cama, y esa presencia transformaba todas las palabras y todos los movimientos. Había algo del mundo que se inclinaba en dirección a aquel cuerpo vestido con un traje, inmóvil. La casa había sido arreglada y barrida por Ilidio. Había sido también él quien abrió la puerta del patio. Antes, cerrada durante minutos por una señora, las palomas se pusieron del lado de afuera, arrullando, picoteando la puerta en un ruido de lluvia de granizo y, de vez en cuando, una de ellas se lanzaba volando contra la puerta, estruendo ciego. Esto se lo susurró Ilidio a mi madre porque, cuando llegamos, las palomas estaban quietas, con respeto, encogidas sobre las vigas o posadas en las sábanas de la cama, en torno a él, mirándolo.

Después de la cena, llegaron más personas. Le di un toque en el brazo a mi madre y salí a la calle. Un grupo de hombres, buenas noches. La lámpara, allá en el fondo, parecía más distante que el cielo de las estrellas. Repasaban la historia de la muerte de Galopim, le dedicaban momentos de silencio en que cada uno pensaba en lo que podía. Cuarenta años después de ser atropellado, Galopim recibió una indemnización. Usó el dinero para comprar un carro de segunda mano.

¿Para qué quieres tú un carro si no tienes licencia de manejo?

Ante esa pregunta sonreía sin dientes. Se lo habían entregado en la puerta de su casa. Ilidio llegó a conducirlo en paseos sin acelerar pero, normalmente, Galopim acostumbraba a pasar horas en su interior, sentado, oyendo la radio. Por eso, aquel día a los vecinos les pareció extraño que siguiera en la misma posición desde el día anterior.

Voyage au bout de la nuit. No miré hacia el cuerpo inmóvil de Galopim, sus labios pegados, sus párpados pegados, deshechos en cera, no miré hacia Ilidio, ni hacia las personas hechas de viento estancado, ni hacia las palomas, corazones inmóviles. Le hablé al oído a mi madre y le dije que me iba. A ella no le extrañó. Se quedaba un poco más, volvía a la casa a pie sin problema. Así, su presencia sería dispensada en el entierro. Nadie esperaba que yo fuera al entierro. Estar ahí, para mí, ya era suficiente, cumplir.

Mis sonidos en la casa vacía. Poner las llaves, abrir las puertas, encender los interruptores, pasos en el corredor, bajar las escaleras. Los libros que tengo en los estantes forman un dibujo de mí: lo que quiero recordar y lo que no quiero olvidar. Entre ellos, *Voyage au bout de la nuit* es un espacio vacío en mi interior. Céline no tiene responsabilidad alguna en ello. La lectura efectiva del libro no tiene

responsabilidad alguna en ello. Leí esa novela hace años, me acuerdo de que me gustó la irreverencia, el humor, el lenguaje, lo dejé en el almacén interno de los libros que me dejaron un enjambre de impresiones. Esa idea vaga se trastornó cuando, en París, descubrí que un libro prestado, aquella novela en particular, podía ser devuelto. Erré. Ocho siglos antes de Cristo, ya Ἡράκλειτος ὁ Ἐφέσιος sabía que un libro prestado nunca podía ser devuelto.

Para mí, aquella noche, acostado sobre la colcha de la cama, *Voyage au bout de la nuit* condensaba solo la lectura más romántica de su título. Por mis venas, como vinagre ácido, circulaba la imagen muerta de Galopim, su historia pobre y el recuerdo del error que más lamento haber cometido.

* * *

Por conveniencia personal y geográfica, me trasladaba con más frecuencia a la Gare de Montparnasse que a cualquier otra. Encontraba un lugar donde pudiera apoyar el codo y era allá que me instalaba. Mi rostro acobardaba mendigos con cigarros, no llegaban a aproximarse. Poseía serenidad suficiente para observar hombres, mujeres o familias pasando, subiendo escaleras eléctricas, viendo los horarios electrónicos de los trenes y presentándose, líneas rectas. Una vez, vi pasar a Bernard Pivot.

Entre las actividades que más me ocupaban, se encontraba un pensamiento repetido: hubo un instante en que cada una de estas personas nació. Ese tumulto, multiplicado, equivalía a una especie de guerra mundial perpetua. ¿Cuántos asistentes son necesarios, en promedio, para garantizar el proceso de un parto? Imaginaba ese número multiplicado mil veces, mil veces todas las personas.

Iban hacia algún lugar: Nantes, Rennes, Bordeaux, Tours: venían de algún lugar. Ida o regreso, tenían un punto de partida y un destino.

Con menos frecuencia, para variar, sobrepasando desventajas personales y geográficas, podía también ir a la Gare de Saint-Lazare, Austerlitz, Bercy, Lyon, Est o Nord.

En cualquiera de ellas me tranquilizaba.

Raymond Queneau me ayudaba a la distancia, por correspondencia: «Tu devrais faire mettre un bouton supplémentaire à ton pardessus». Yo acostumbraba a llevar un ejemplar de *Exercices de Style* entre los libros que estaba leyendo en el momento. Y lo

abría en una página al azar. De entre los noventa y nueve estilos propuestos por Queneau, describía mentalmente lo que estaba viendo, utilizando el estilo de la página que caía: *onomatopées*, *alexandrins*, *injurieux*, *télégraphique*, *hellénismes*. Lo importante es que el tiempo pasaba.

Recibía mensajes al teléfono:

Où est-tu?

Era Morgane, Lola o Laurine. Era Brigitte, Virginie o Béatrice. Yo no les respondía de inmediato, esperaba, leía uno o dos capítulos de cualquier libro, iba al baño público, cincuenta centavos, les mentía también por mensaje.

En esa época Cosme y su mujer ya estaban en la *retraite*. Habían sustraído algunos años de fatiga con la firma de un médico francés que les había diagnosticado alguna inconveniencia en los riñones. Por eso, al finalizar la tarde, yo podía meterme en los trenes suburbanos, entre las personas suburbanas, e ir a escucharlos.

Creo que a la mujer de Cosme le gustaba cambiar pañales. A menudo, invocaba añoranzas abstractas del hospital. Mi enfermerita, le llamaba Cosme cuando estaba más cariñoso. Oí centenas de veces la historia de cómo se conocieron, la novillada, etc. Pero, claro, quien hablaba más, quien se desdoblaba en narrativas esquizofrénicas era Cosme.

Me obligaban a cenar. Salía atiborrado y confuso.

Entonces, mensaje en el teléfono, podía ir a encontrarme con Morgane, Lola, Laurine, Brigitte, Virginie o Béatrice.

En todos esos momentos, yo intentaba callar con ruido el ruido[11] que traía dentro de mí, que me constituía.

Yo sabía que me faltaba un rumbo.

* * *

Cuando me convertí en padre de Lenin, dejé de necesitar explicaciones para conducir el coche. Constantino, atontado con Rusia, no era capaz de prever la existencia de automóviles. Su Citroën DS, boca de sapo, tenía casi mi edad. Antes, él no se cansaba de pulirlo y de repetir que era de 1975, de los últimos en ser montados. Yo detestaba los carros y, más aún, aquel carro viejo. Por eso, finalmente libre, aceleraba a gusto, metía el freno a gusto y metía mal las velocidades con satisfacción. Exhausto, el motor del Citroën DS hacía un ruido ronco que paralizaba a las personas en la

acera.

Voyage au bout de la nuit fue el último libro que le presté a Sidonie. Yo tenía treinta y un años, ella era una senegalesa de treinta y cuatro. Nos conocimos en una fiesta de cumpleaños donde yo no conocía a nadie. Había ido con las trillizas que ya no estaban porque tenían la orden de llegar a su casa a las once y media. Fue ella la que me preguntó mi nombre. ¿Por qué será que esa tiene siempre que ser la primera pregunta? Respondí y, antes de que pudiera comentar, le pregunté su nombre. Aún a la defensiva, le pregunté si sabía que Sidonie era el primer nombre de Colette. Ella se me quedó viendo: ¿Colette? No sabía quién era Colette. Mi rostro se desmoronó de espanto. Intenté acordarme de algún título, pero nada. Fue entonces que Sidonie me dijo que no leía libros, no sabía escoger lecturas.

A partir de la semana siguiente, la educación literaria de Sidonie tuvo inicio: yo iba a su casa, apartamento de paredes finas en Clichy-sous-Bois, llevaba un libro y teníamos sexo; volvía luego de algunas semanas para que me devolviera el libro y teníamos sexo; a la semana siguiente, le llevaba otro libro y teníamos sexo; y así sucesivamente.

A lo largo de los años, Sidonie leyó: *Gigi*, Colette; *Le Rouge et le Noir*, Stendhal; *Le Dernier Jour d'un condamné*, Victor Hugo; *La Montagne magique,* Thomas Mann; *Lumière d'août,* William Faulkner; *Madame Bovary*, Flaubert; *L'Éducation sentimentale*, Flaubert; *Les Hauts de Hurle-Vent*, Emily Brontë; *Mrs. Dalloway*, Virginia Woolf; *Le Père Goriot*, Balzac; *L'Amant de lady Chatterley*, D. H. Lawrence; *Les Aventures de Huckleberry Finn*, Mark Twain; *L'Étranger*, Camus; *Bel-Ami*, Maupassant; *Les Frères Karamazov*, Dostoievski; *La Dame aux camélias*, Alexandre Dumas; *Portrait de l'artiste en jeune homme*, James Joyce; *La Philosophie dans le boudoir*, Sade; *Frankenstein*, Mary Shelley; *Germinal*, Zola; *Paris est une fête*, Hemingway; *Mémoires d'Hadrien*, Marguerite Yourcenar; *1984*, George Orwell; *Belle du Seigneur*, Albert Cohen; *Le Procès*, Kafka.

Y *Voyage au bout de la nuit*, Céline.

Creo que se quedó con una cultura novelesca razonable.

Dentro de los criterios formativos mínimos, la elección de los libros era también hecha de acuerdo a nuestros propios avances y retrocesos, a mis propias idiosincrasias. Cuando escogí el *Voyage au bout de la nuit*, pesó la grandeza que yo encontraba en la recepción de esta novela y de Céline, amado como izquierdista y odiado como antisemita, especie de demonio que los engañó al mostrarles cuánto se pareció a sus enemigos. No les gustó el reflejo en el espejo.

Mi error no fue haber escogido esa novela.

Sidonie me envió un mensaje que decía únicamente:

J'ai fini le livre hier.

Eran tal vez las siete, siete y media. Yo estaba en la sala, tumbado. Constantino insistía en un monólogo sobre el *czar* Alexander II. Le respondí también por mensaje, diciendo que salía dentro de unos minutos.

En los túneles, el Citroën parecía un león rugiendo. Subí al elevador de paredes rayadas. Intercambiamos algunas ideas sobre la novela y sobre Céline que fueron sustituidas, ya en la cama, por monosílabos sin definición en el diccionario, pero con tono expresivo.

Cuando caí de espaldas a su lado, nuestras respiraciones se suavizaron al mismo tiempo. Sidonie, vestida solo de la cintura para arriba, fumó un cigarro en la ventana.

Puse la novela en el carro sobre el asiento de enfrente. El carro olía a sexo. Era como si mi ropa hubiera sido sumergida en un tanque de sexo, como si yo hubiera sido sumergido entero en un tanque de ese aceite espeso. Giré la manivela para abrir el vidrio pero aun así, el aire no circulaba. Entonces, con la mano izquierda sujetando el volante, me estiré para girar la manivela de la otra puerta.

Fue ese el momento.

Todavía puedo sentir el volumen de aquel cuerpo en la lámina del carro. Es una sensación que forma parte de mí. No frené de inmediato. En la continuación del estruendo, el cuerpo subió por el capó del carro, donde se quedó encogido. Tenía el rostro de una mujer vieja, guardaba la expresión de agonía del instante preciso en que fue alcanzada por el carro. Frené y cayó lentamente a lo largo del capó, las piernas y los brazos sin fuerza. Yo respirando, corazón; y aún así, con una lámina de lucidez escupida en la cara, once horas y cuarenta y cuatro minutos, las luces de los faros deshaciéndose contra la noche, tal vez un grupo de *ivoiriens* en la esquina, tal vez personas inclinadas en las ventanas de los edificios. Venciendo el temor que me cubría, especie de neblina, di marcha atrás, el embrague, el acelerador, la palanca de las velocidades; me fui sin mirar el cuerpo de la mujer, pero viéndolo, imaginado, un bulto en el arcén de la carretera, pegado a la acera, sombra.

La novela se había caído del asiento.

La recogí cuando me estacioné en la cochera. Mis sienes vivas, yo, aquel lugar sobrepuesto por espectros de una calle desierta en Clichy-sous-Bois. Abrí la puerta y vomité.

Llegué a la casa, la televisión encendida, llegué a mi cuarto. Me dormí vestido sobre la cama hecha, con las palmas de las manos sobre el rostro.

Al día siguiente, desperté, busqué a mi madre por los pasillos y dije sí. Ella no entendió. ¿Sí qué?

Si vendíamos la casa, vendíamos también el carro, regalábamos esas latas a quien las quisiera. Mi madre entendía bien ese detalle.

En medio de la tarde, nervioso, telefoneé a Sidonie. Se sorprendió. Dijo que, por el momento, no necesitaba más libros, tenía que digerir la lectura de *Voyage au bout de la nuit*, pero se comunicaría conmigo. Cuando me preparaba para colgar, me contó que, el día anterior, habían atropellado a una mujer portuguesa a poca distancia de su casa. Electricidad a mi alrededor. Qué coincidencia, ¿no? Una portuguesa como tú. Sí, una portuguesa como yo.

Fui a internet y con dificultad descubrí una noticia de tres líneas: era una mujer de ochenta y un años, portuguesa, que hacía pequeños trabajos de costura en Clichy-sous-Bois.

La última vez que conduje el Citroën DS fue poco antes de volver a Portugal. La casa de París ya había sido comprada por una pareja de americanos que se maravillaron con cada palabra que salió de la boca del agente inmobiliario; ya habíamos llevado a Constantino al asilo y Cosme ya había firmado la escritura de nuestra casa en Portugal, esta casa. Yo estaba yendo a buscar el carro nuevo, dejar el viejo, cuando mi madre me pidió que si podía llevarla a donde había trabajado cuando llegó a Francia.

Un barrio residencial. Recargada en el portón, se inclinó buscando a la perra. El tiempo había pasado. Le sugerí que tocáramos el timbre. Tuvo un ataque de timidez, me lo impidió, creo que incluso se sonrojó. No quería, ni pensarlo. Sacó la cámara fotográfica de la maleta, Kodak Instamatic 50, y me pidió que le tomara una fotografía. Posó, niña de sesenta y tantos años. Tomé dos fotografías.

Fue solo después de que dejamos el Citroën y de que regresamos en el carro nuevo, olor intoxicante a nuevo, fue solo después de que entramos a la casa, que nos dimos cuenta de que la cámara fotográfica no tenía rollo.

Sol, sol, agosto. Sábado de mañana. Me levanté, me vestí con la ropa del día anterior y regresé a la escritura del libro que estás leyendo. A través de las paredes, a lo largo de los pasillos, bajo las

escaleras, oí a mi madre poniendo el CD de Claude François en la sala, «Le téléphone pleure». Cuando yo era pequeño, si Constantino salía, mi madre me convencía para hacer las partes de la niña, cantábamos por encima. A los seis o siete años, no conseguía encontrarle sentido a la letra ni entendía la insistencia emocionada de mi madre. A continuación, tal vez reflejándose en blanco y negro nostálgico, puso «Il y a deux filles en moi», de Sylvie Vartan, mariposa transparente. Después, saltando décadas, puso al exmarido de Sylvie, Johnny Hallyday, «Ne m'oublie pas», grabada cuando Johnny ya había olvidado a Sylvie. Fui capaz de imaginar a mi madre, en la sala, gritando en silencio con un gesto, *ne m'oublie pas* y tocando una guitarra eléctrica invisible. La canción terminó.

Cosme estacionó el carro en el patio, atrás del mío: matrícula 75 y matrícula 77. Cosme salió del carro con Ilidio, azotaron las puertas. Acabaron de azotar las puertas.

Ahora.

Están subiendo las escaleras de granito.

Estoy aquí, sentado en esta mesa, con este teclado de computadora al frente, esta ventana abierta a la izquierda, esta cama deshecha detrás de mí.

En 348 antes de Cristo, a los treinta y seis años, Aristóteles abandonó la Academia.

Tengo treinta y seis años, tengo una credencial de identidad, numerada, que lo comprueba.

Hasta esta equis, esta: X, el libro que estás leyendo tiene 416 728 caracteres, incluyendo notas a pie y espacios.

En 1990, vivían en Francia, un total de 798 837 personas de origen portugués, 603 686 de los cuales nacieron en Portugal y 195 151 nacieron en Francia.

Cada letra y cada espacio de las páginas anteriores equivale a casi dos personas de origen portugués viviendo en Francia en 1990.

Cada golpe en el teclado, en la barra espaciadora. Están tocando a la puerta del cuarto.

Entrez, s'il vous plaît.

Es mi madre. Ilidio está a su lado.

Están callados mirándome. No sé qué ven. Intento fijar mi atención en las cigarras, se extienden dentro de mis inseguridades. Yo soy un niño sin voz, pueden hacer de mí lo que quieran. El mundo está hecho de plomo, como el aire y el tiempo. Mi madre tiene voz. Las palabras se le sueltan de la boca, ruedan por una especie de cuesta, son una especie de rocas: ya sabes lo que tengo que decirte. Las palabras me golpean en una especie de pecho. Mi

madre toma la mano de Ilidio con toda su fuerza, pasa los dedos por entre los de él. Sus manos forman un pulpo receloso, se defiende de un depredador que puede llegar de cualquier dirección, Ilidio, avergonzado, intenta mantener la mirada recta. Mi madre dice que es una mujer que estornuda y tose como las otras personas. Cosme se inclina por la puerta abierta del cuarto por encima del hombro de Ilidio, quiere ver mi reacción, quiere quedarse con una imagen del momento. Siento que mi rostro se derrite. Se me escurre la frente alrededor de los ojos, se me escurren la nariz y la boca por la barbilla. Mi madre dice que están cansados de andar a escondidas, que ya nadie tiene edad para eso. Y se queda esperando. No sé cuánto tiempo dura el silencio. Las cigarras.

Sonrío porque sé que, así, el momento puede terminar, pero no sé si quiero sonreír. Quiero sobrevivir.

Es todo muy rápido. Mi madre se aproxima y me abraza. M'ijito. Ilidio me da un apretón de manos. Cosme continúa espiando. Salen, cierran la puerta.

Este libro podría acabar aquí. Terminábamos así, en el vacío de esta revelación. *The end*. O tal vez no sea siquiera una revelación, tal vez sea solo una señal de mi incapacidad para interpretar detalles.

Intento equilibrarme. Como decía, entre 1960 y 1974, cerca de un millón y medio de portugueses emigraron a Francia.

Cada letra y cada espacio de las páginas anteriores equivale a más de tres portugueses que hicieron ese viaje.

Cada golpe. Están tocando de nuevo la puerta.

Entrez, s'il vous plaît.

Es mi madre. Sola y solemne.

Trae el libro. Lo posa en mis manos.

Mírame. Este silencio es diferente. Soy capaz de comprender lo que me dice sin palabras y de responderle en el mismo silencio.

Maman.

El roce del chal en el que me arropaba.

Oui, maman.

Baja los párpados. Sale del cuarto. Lentamente. La puerta cerrándose como cuando me dejaba durmiendo.

Abro el libro y leo la primera frase:

La madre posó el libro en las manos del hijo.

Este libro podría acabar aquí. Siempre me gustaron los enredos circulares. Es la forma en que los escritores, personas del tamaño de las demás, tienen para sugerir eternidad. Si acaba como empieza es porque no acaba nunca. Pero tú, yo, los Flauberts, los Joyces, los

Dostoievskis sabemos que, para nosotros, se acaba. Con un ligero desvío, los círculos se transforman en espirales y, después, basta un punto como este: . La punta de una pluma clavada en el papel. Un gesto atinando en la tecla entre , y -. Un movimiento sobre un cuadrito de plástico. Esto: . Fíjate qué pequeño es, insuficiente para que espiemos a través de él, copo de ceniza volando, restos de hormiga aplastada. Si lo pudiéramos sujetar entre los dedos, no seríamos capaces de sentirlo, grano de arena. Pero tú aún estás ahí, hola, yo todavía estoy aquí y no podría irme sin agradecerte. Ahí y aquí siguen siendo el mismo lugar. Me siento agradecido por esa certeza simple. El paisaje, mundo de objetos, solo adquirirá realidad cuando dejemos estas palabras. Hasta ese momento, tenemos la cabeza sumergida en este tiempo sin relojes, sin días de calendario, sin estaciones, sin edad, sin agosto, este tiempo encuadernado. Tus manos sujetan este libro y, sin embargo, en tus manos, es mañana. En tus manos, mi madre, Ilidio y Cosme están en el piso de arriba, se oyen los pasos, las sillas siendo arrastradas. En tus manos, el pueblo descansa y París está tan lejos. A veces, pienso en ti sin decirte. Aunque esos pensamientos invisibles están ahora en tus manos. Sujetas mi nombre. Este libro que estás leyendo y que estoy escribiendo, donde estamos, es exactamente el mismo que mi madre me colocó en las manos, como en la primera frase. También ese libro era este. El inicio es ahora. El amanecer solo se distingue del anochecer por aquello que lo antecedió y por la sucesión que le imaginamos, o antes o después. Te agradezco por haber aceptado que este libro se transformara en ti y por la generosidad de haberte transformado en él, te agradezco por la claridad que entra por esta ventana y por todo lo que me constituye, te agradezco por haberme dejado existir, te agradezco por haberme traído a la última página y porque sigues conmigo hasta la última palabra. Sí, tú y yo sabemos, esto: . Insignificancia, pedazo de nada, interior de la letra *o*. Pero esto será dentro de poco. Mientras tanto, aprovechemos, todavía estamos aquí.

1 Nunca encontré el abrigo que todavía busco, una mano que me cierre en su interior y me guarde en el bolso de adentro del saco, paredes que me digan con terciopelo: descansa, niño. Pero busco, continúo, como si creyera que lo voy a encontrar.

2 Me esfuerzo por no olvidar. En cualquier momento desarrollo temas dentro de mí para tener siempre presente lo que aprendí. Muchas veces intento sobreponer recuerdos y entender, delante de situaciones concretas, cuál es la enseñanza que tiene más valor en aquel caso. Por un lado, por otro lado. Dar un paso puede ser fruto de una decisión

compleja. Se encuentra la posibilidad de seguir a la derecha o a la izquierda, puedo continuar de frente o ir hacia atrás, deshacer. Cada elección lanzará una cadena de resultados. Mal comparado, es como despertar en la estación Sèvres-Lecourbe y no tener mapa del metro, nunca haber estado ahí, no saber ni siquiera dónde se está, no saber ni siquiera qué es el metro. Tener que aprender todo. Luego de algún tiempo, con suerte, conversando con limosneros ciegos, músicos de concertina; tal vez se logre llegar a la conclusión de que se quiere ir a la estación Ourcq, ese es el lugar donde se podrá ser feliz, pero ¿cómo encontrar el camino sin mapa, sin conocer líneas y conexiones? Es posible arrastrar la vida entera por el metro de París y nunca pasar por Ourcq. Y también es posible pasar por ahí y no reconocer que es ahí donde se quiere bajar.

3 Yo no tengo para dónde volver. París no es mía, ni de los magrebíes, ni de los búlgaros, polacos, ni de los senegaleses cargando elefantes de madera, marfil de imitación, pulseras hechas en China, mucho menos es de los franceses, atareados con erres de vocales babosas. Si me dieran París, es tuya, yo no la querría porque sé que espectros de esa naturaleza no se dejan poseer.

4 Volver.

5 En el pasado, en relación con temas diversos, me costó aceptar que la manera en que yo veía esto o aquello pudiera estar lejos de la imagen real de las cosas (de esto, de aquello). Si esta persona era otra persona, si aquel color era otro color, tenía que aprender todo otra vez. Tenía que cambiar la percepción de todo en función de ese dato nuevo. Todo está ligado a todo. Esta persona no existe independiente de las otras personas, aquel color no existe independiente de los otros colores. Las personas y los colores no existen independientes de todos los elementos. Hoy, también me cuesta aceptar que pueda ver esto o aquello de forma imperfecta, pero considero esa posibilidad.

6 Existe lo que quiero decir y existe mi voz. No siempre el tono de mi voz corresponde a lo que quiero decir y, aun así, le da forma de la misma manera como las palabras que escojo. Soy menos dueño de mi propia voz que de estas palabras, indexadas en diccionarios que ya estaban impresos antes de que yo naciera. Cuando me fijo en mi voz, me parece siempre demasiado aguda y juvenil, incierta, impropia para afirmaciones serias. Mi voz es como este libro: cubierta, papel, peso medido en gramos. Lo que quiero decir también es como este libro: mundo subjetivo, existente e inexistente, sugerido por el significado de las palabras.

7 «We dance around in a ring and suppose. / But the Secret sits in the middle and knows», Robert Frost, *The Witness Tree.*

8 Si desconfiamos de nosotros mismos, desconfiamos siempre de los otros. Tan simple como esto. Si rimara, podría ser un proverbio.

9 Centre d'accueil.

10 Al mirar fijamente el reflejo de mis ojos en el espejo, me ha parecido muchas veces que está otra persona dentro de ellos. Me observa, me juzga, pero no tiene voz para expresarse. Seré tal vez yo con otra edad, niño o viejo: inocente, triste por verme destruir todos sus sueños; o amargado, culpándome por la construcción lenta de sus resentimientos. Sería mejor si pudiera decirme algunas palabras, pero no. Solo aquella mirada le pertenece. Es ahí que está prisionero.

11 No es ruido. Es un entramado de mundos, una mezcla. Es mirar hacia alguien y no conseguir evitar el recuerdo de todo lo que conozco sobre esa persona y confrontar esas imágenes, sobreponerlas. Vi a Sidonie llorar. Pueden pasar mil años, puedo encontrarme con ella en el supermercado, dudo que he de evocar siempre la imagen de sus ojos lagrimosos. También vi a Sidonie tener un orgasmo, esa imagen también estará ahí, al mismo tiempo, en el pasillo de los congelados. Y estará ahí todo lo que me dijo y que retuve, lo que me contó sobre ella, lo que pensé sobre ella. Llevé a Sidonie al cementerio del Père-Lachaise, fuimos a ver la sepultura de Colette. En aquella visita, en cada paso, me acordé de haber ido allá a visitar la tumba de Jim Morrison con Charlotte, mi primera decepción; o de, años antes, haber ido allá con Constantino a poner flores al Mur des Fédérés. Al mismo tiempo, me acordé de todo lo que le dije a Charlotte, me acordé de haber fumado un *bidî* con la solemnidad de un

churro o de una pipa de la paz; y, al mismo tiempo, me acordé de Constantino jalándome del brazo sin razón. Es difícil de explicar, cansado de describir y cuesta tener esto dentro de mí, pero no es ruido, no es caos. Es posible encontrar una punta y comenzar a desenredar todos esos sentidos, ordenarlos por palabras o por cualquier otro código. Antes, cuando era más pequeño, cuando ese ovillo comenzó a trenzarse, creí que había sido por ese motivo que mi madre decidió llamarme Libro.

Table of Content

Libro
- 1
- (1948)...
- (Fuente)...
- 1. Doña Milú...
- (1958)...
- (1960)...
- Esta maleta...
- (Puesto de vigilancia)...
- Al final...
- Cuando se oyó golpear la puerta...
- (1968)...
- Josué le soplaba...
- 2
- Indique los siguientes datos...
- Complete los espacios en blanco con las respuestas anteriores...